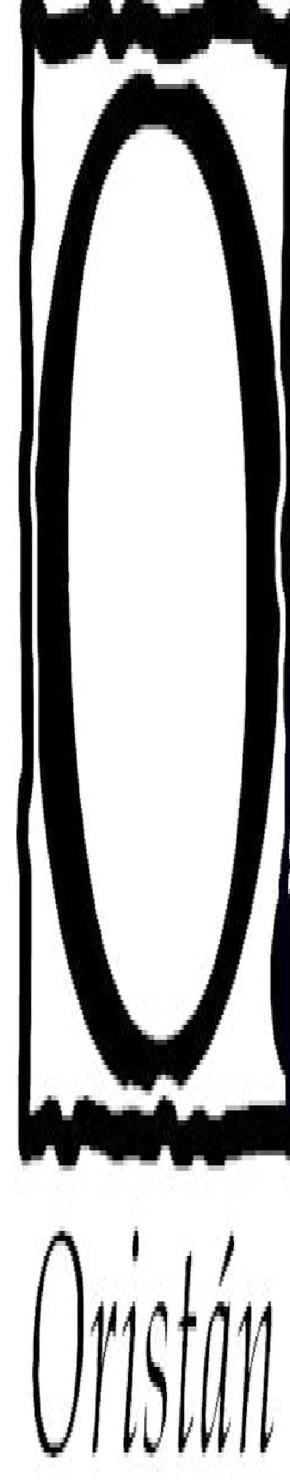


M. GAMBIN



LA TORRE ENCANTADA

M. Gambín.



Oristán

Oristán ediciones.
www.marianogambin.com
Primera edición: noviembre de 2022
Disponible en ebook
Cubierta: Josué Alberto Padrón
Foto del autor: Madi Ramos.
ISBN: 978-84-126230-1-7
Depósito legal: TF 771-2022

Impreso en Grafiexpress

A mis hijas Elisa y Natalia

1

La Habana, Cuba. 1737.

La neblina procedente del mar envolvió las casas cercanas al puerto y creó un ambiente fantasmagórico muy acorde con el propósito del hombre que avanzaba con cautela, siguiendo a un muchacho negro, que abría camino en las tinieblas con un candil encendido en la mano.

–Es por aquí, señor –le dijo con ese acento propio de los morenos de la isla.

El hombre, un tipo delgado de mirada inquisitiva, hizo un gesto al chico para que no se detuviera. No le gustaba la idea de estar tan expuesto en un barrio tan peligroso como aquel. Pero le habían aconsejado hacer la visita antes de zarpar al amanecer y no se iba a marchar sin respuestas.

El muchacho llegó a una humilde casa de una planta con techo de cañas y un muro a media altura que limitaba un pequeño patio frontal. El chico se detuvo y agitó un enjambre de conchas que colgaban del extremo del porche de la entrada, produciendo un seco tintineo.

Una voz ronca salió del interior de la casa. El jovencito indicó al hombre que entrara. Este aferró la empuñadura de su espada para darse seguridad, apartó la cortina de tiras de madera y se introdujo en la vivienda.

Allí se encontró en una amplia estancia apenas iluminada por varias velas a medio quemar. Olía levemente a incienso. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra pudo distinguir unos bancos con respaldo adosados a las paredes, e infinidad de imágenes de santos – unos conocidos y otros no–, colocadas en estanterías a diferentes alturas. Un aire de misterio señoreaba el ambiente, convirtiendo la sala en un lugar aparentemente de invocación.

El hombre no encontró a nadie. Todas las puertas estaban cerradas, por lo que optó por sentarse. Sabían que estaba allí.

Mientras observaba las figuras que atestaban las paredes, se dio cuenta de que estas no eran solo cristianas. Allí se practicaban otros cultos; tal vez mezclados con el católico, pero no de modo tradicional, a la manera a la que él estaba acostumbrado. Eso le dejó intranquilo. Él era muy devoto, y abjuraba de las herejías.

Una voz de mujer mayor se escuchó amortiguada al fondo de la estancia.

–Pasa, hijo mío.

El hombre se levantó y se dirigió a una puerta decorada con motivos florales, o eso le pareció. La abrió y entró.

Mamá Malkia era una mujer de piel oscura más que mayor, vieja, y le esperaba sentada en un butacón de mimbre en el centro de la estancia, con una mesa de madera delante. Un círculo de velas muy efectista rodeaba su enjuta figura y mantenía las esquinas oscurecidas. El olor a incienso era más acusado allí dentro. Otras figuras, similares a las de los estantes de la sala anterior pero de mayor tamaño, aparecían desperdigadas a su alrededor, como escoltando a la mujer.

–Siéntate –dijo, con suavidad, señalando un taburete algo desvencijado.

–Me han dicho que pida su bendición, antes que nada –le dijo el recién llegado.

–Si vienes en son de paz, que Dios te bendiga –respondió la mujer, complacida–. ¿Cuál es tu nombre?

–Amaro Rodríguez Felipe.

–Es muy largo –sentenció la mujer–. Vienes del otro lado del mar, de muy lejos, como tantos otros españoles. Pero tu tierra es distinta, está rodeada de agua. En ella viven multitud de peces. El símbolo secreto del pez significa Olofin Ala, Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. ¿Qué pez prefieres de los que comes en tu casa?

–El pargo, señora.

–Muy bien, te llamaré Pargo. Amaro Pargo.

–Como queráis –dijo el hombre, siguiéndole la corriente.

–¿Por qué te presentas ante mí?

El hombre sintió que llegaba al motivo de su visita.

–Tengo un problema, y no le encuentro solución.

–¿Qué tipo de problema?

–En la ciudad donde vivo hay almas atormentadas que acosan a los vivos. Nuestros curas no saben qué hacer y el vecindario sufre.

–Dame las manos –ordenó, y Amaro obedeció, dejando que los oscuros dedos de la mujer recubrieran los suyos. La señora cerró los ojos y se concentró.

–Para calmar a esos entes, deberás realizar la ceremonia de desagravio de Babalú Ayé.

–¿De quién?

–De san Lázaro. Es el nombre que le damos aquí. Aunque usemos palabras yoruba, somos cristianos católicos.

Amaro no terminó de convencerse, rodeado de tanta parafernalia extraña, pero no dijo nada.

–¿Y en qué consiste la ceremonia?

–Es sencilla. Teniendo los pies puros, tocarás con el vaso sagrado dorado la piel de plata de los anuncios divinos para que suene el latido de amor, e invocarás la misericordia del Señor.

Amaro se quedó perplejo. La frase era más un enigma que una serie de instrucciones.

–Luego te lo explico mejor –añadió la señora, observando la confusión del hombre–. Lo que debes hacer también es crear una iglesia de seguidores que conozcan el ritual, porque el problema puede repetirse en el tiempo.

–¿Cómo que una iglesia?

–Un grupo de personas que compartan tus inquietudes y tu fe. Hombres y mujeres honestos y virtuosos que estudien e intenten comprender la grandeza divina y desvelar sus misterios generación tras generación.

–¿Desvelar misterios? En mi tierra hay mucho de eso. Y se me ocurre un nombre.

2

La Laguna, en la actualidad. Diciembre. .

La más que tenue luz del amanecer se adivinaba detrás de la montaña de San Roque. La penumbra iniciaba su huida rutinaria de todos los días ante el avance imparable de la creciente claridad.

Era domingo, y el día consagrado al Altísimo causaba que no hubiera nadie en las calles laguneras a las siete de la mañana. Salvo una persona: Moisés Marrero, el sacristán de la iglesia de la Concepción –conocido en el centro de Salud anexo a la plaza del Cristo por su insomnio crónico, digno de estudios clínicos a los que se negaba a someterse rotundamente–, que se acercaba por la calle de la Carrera al templo donde ejercía sus funciones.

El sacristán era vecino de la calle Anchieta, cerca del cruce con Silverio Afonso, y su casa colindaba con la de doña Maruca, la tía del alcalde, lo que podía llegar a ser un tormento, ya que la buena señora dedicaba la mayor parte de su tiempo a vigilar detrás de los visillos de la ventana del primer piso los movimientos de los parroquianos por su calle. Como Moisés no tenía secretos, le daba igual, todo lo contrario que al resto de propietarios e inquilinos, suspicaces por el seguimiento continuo de sus idas y venidas por parte de la anciana, y que luego eran la comidilla del vecindario. Nadie estaba a salvo de su afilada lengua.

Moisés sacó el manojo de llaves que portaba en un aro de metal, a la antigua usanza de los serenos –muchas eran, demasiadas para un lugar de paz–, y buscó hasta que encontró la que quería. La de cabeza triangular con el sello de la cerrajería La Estrella, una de las más populares de la ciudad. Se dirigió a la pequeña puerta de la zona este del edificio, –las casas del cura, como las llamaban–, y sin detenerse, la alcanzó en pocos pasos.

El sacristán introdujo la llave casi de memoria, con el tacto de los dedos, ya que la luz no alcanzaba para acertar a simple vista. La cerradura, reconociendo la llave, permitió que le dieran dos vueltas a la derecha y dejó vencer la resistencia del último pestillo, ofreciendo paso franco al portador.

Moisés, que hacía la misma maniobra todas las jornadas, sobre todo los días de guardar, no le dio mayor importancia al acto de entrar en

aquel monumento, y cruzó a tientas el pasillo que daba a la sacristía, desierta y oscura a aquella hora. Buscó con el ademán cotidiano el interruptor que encendía el par de fluorescentes de luz blanca y anodina que traía a la realidad el espacio auxiliar de los sacerdotes de preparación de los actos litúrgicos: misas, bodas, comuniones y demás celebraciones católicas.

La mente de Moisés estaba poblada de negros pensamientos tras haber contemplado en su móvil el vídeo resumen del último partido del Club Deportivo Tenerife, que había perdido en el último minuto del tiempo añadido contra el Alcoyano, uno de los aspirantes al descenso, y que había colocado con ese resultado una nueva piedra, otra, que obstaculizaba el difícil camino hacia el tan anhelado, y a veces utópico, sueño del ascenso a primera división.

Moisés se olvidó del fútbol en cuanto entró en el amplio espacio interior de la iglesia. Se dirigió al cuadro de mandos eléctrico y le dio vida a varias luces del techo, las que sabía que eran las indispensables para moverse por el recinto sin peligro de tropiezos inoportunos.

Con su ojo entrenado, gracias a muchos años de pericia eclesiástica, comprobó desde el altar, hasta el otro extremo del templo, justo donde la vista le permitía llegar, que todo estaba en orden. Al menos en apariencia.

Moisés descendió los escalones que le llevaban de la zona del altar a la de los bancos de la feligresía y el ojo derecho lanzó una alarma a su cerebro. Se giró hacia la nave del evangelio y descubrió una anomalía. Una escalera, que de inmediato reconoció como la de mantenimiento de la iglesia, se hallaba abierta y plantada junto al retablo de san Juan evangelista, algo completamente fuera de lugar.

Moisés trató de adivinar quién de las personas que tenían acceso a la iglesia fuera de las horas de apertura podía ser el responsable de tamaño descuido. Le surgieron cuatro nombres en la mente, y se prometió, cual inspector de policía de cualquiera de las series de plataformas digitales a las que era tan aficionado, llegar hasta el final del asunto, pesara a quien pesara.

Si la inquietud del descubrimiento de la escalera le desasosegaba el ánimo, esto no fue nada en comparación a cómo se sintió cuando, tras cruzar las bancos a la derecha del altar, se encaró con el retablo.

El mundo cayó a sus pies.

En el centro de la fábrica de madera recubierta de plata, en el rectángulo destinado al cuadro de San Juan Evangelista –distinto del Bautista y que en este mundo moderno e inculto muchos confunden–, se le ofreció a la vista una hornacina vacía.

¡El cuadro de San Juan había desaparecido!

Moisés sintió que las piernas le flaqueaban. La pintura del apóstol evangelista, autoría de Cristóbal Ramírez en el siglo XVI, cargaba con

la leyenda de que el santo representado con el águila a su espalda lloró o sudó, que tanto da, durante lo que duró la peste de landres de 1648.

El milagro se mantuvo cuarenta días con sus noches, una casualidad demasiado casual que respaldaba el tiempo aconsejado para afrontar una epidemia.

El sacristán buscó el banco más próximo y se dejó caer en él. Sentía que se mareaba. ¿Cómo era posible que alguien se hubiera llevado la imagen de San Juan?

Cuando los ojos de Moisés dejaron de hacer chiribitas y logró tranquilizar algo su mente, el sacristán dirigió su mirada al entorno del retablo y de la escalera. No tardó en descubrir, en el suelo, unas marcas claras de huellas, como si el propietario de unas suelas empapadas de cal o de pintura blanca hubiera pasado por allí. Aquella pista se salía de lo ordinario, como toda aquella situación. Las marcas de calzado, tras haber deambulado cerca del retablo, se dirigían hacia el lateral trasero de la iglesia.

Moisés dudó entre seguir el rastro o llamar de inmediato a don Cosme, el cura de la parroquia. Recordó que era de despertar difícil, por lo que optó por la primera posibilidad. Las marcas en el suelo eran tan nítidas que el sacristán no tuvo la menor dificultad en hacer el mismo camino. Las huellas se dirigían hacia el baptisterio, donde se encontraban las dos pilas de bautizar: la verde, la antigua, atribuida a los conquistadores de la isla, aunque luego resultó que no era tan antigua, y la moderna, la blanca, que no era tan moderna, y que se encontraban en las dos salas que constituían la base de la enorme torre–campanario adosada al lateral norte del templo.

Pero Moisés no tardó en percatarse de que las huellas pasaban de largo sin detenerse en las pilas bautismales y se encaminaban a una pequeña puerta de acceso a la escalera de la torre, que se hallaba abierta, a pesar de que normalmente se encontraba cerrada.

La curiosidad del sacristán pudo con él y se aventuró a seguir el rastro, escaleras arriba, por los cuatro pisos de la construcción. La mañana estaba fría y un vientecillo helado se colaba por los huecos de la torre durante la ascensión. Por fin, Moisés llegó al piso alto abarrotado de campanas de todos los tamaños, y que ofrecía una panorámica privilegiada de los tejados y las calles de la vieja ciudad. Las huellas terminaban junto a la campana más grande, y allí desaparecía el rastro, como si el causante se hubiera detenido a quitarse el calzado o a limpiarse las suelas. El sacristán miró en derredor, buscando una explicación a lo que ya le parecía inexplicable, preguntándose la razón por la que alguien había sustraído la pintura del evangelista, la había subido por las escaleras de la torre, y después se había esfumado desde lo más alto.

No había huellas de salida, se aseguró bien de ello. Tras tratar de encontrar lógica a lo que estaba viendo, decidió que otras cabezas mejor dotadas pensarían mejor que él y se decantó por sacar su móvil y llamar al cura. Por una vez que don Cosme madrugara, podría valerle la ayuda del Señor. Y el desbordado Moisés, atribulado como estaba, logró acertar a encontrar el número en la lista de contactos y pulsar a continuación el botón verde de llamada.

3

La mañana era fría y unas nubes oscuras procedentes del norte amenazaban lluvia, lo que no era nada inusual en La Laguna en aquellas fechas, y el añadido de un viento persistente prometía una jornada más desapacible de lo deseable. Marta Herrero, algo aterida, pulsó el botón del portero eléctrico de la vivienda de su madre, una casa de dos pisos en la calle Viana, casi llegando a la esquina de San Agustín, que fue el hogar de su infancia y juventud hasta que se independizó, hacía ya unos cuantos años. El sonido mecánico de la apertura de la puerta segundos después le invitó a empujarla y entrar. En el recibidor la temperatura era algo más cálida a la de la calle, pero solo un poco. Sus padres se resistían, como muchos laguneros, a instalar calefacción en la casa, y solo unos radiadores eléctricos calentaban determinadas estancias, las que se usaban en cada momento del día.

–¡Estamos aquí! –Marta escuchó la voz de su madre y por el nivel del sonido dedujo que "aquí" era en la sala de estar, la segunda puerta a la derecha, tras la cocina.

La arqueóloga, una mujer esbelta, de media melena castaña que casi siempre llevaba recogida en una cola, ojos verdes y un andar ágil muy juvenil para su cercanía a los cuarenta, avanzó por el pasillo y entró en el saloncito, que encontró adecuadamente caldeado. Dentro, su madre y su abuela se encontraban sentadas en el tresillo que enfrentaba el mueble de la televisión, librería y contenedor de vajilla, que para todo servía. Se hallaban tomando el cortado de media mañana, como siempre hacían.

–Llegas a tiempo, querida –dijo Yaya, la madre, una profesora recién jubilada que utilizaba ese diminutivo para que se la diferenciase de su madre, la abuela, del mismo nombre, que era doña Candela para todos–. ¿Lo quieres con azúcar o con sacarina, como nosotras?

Marta sonrió, la moda del edulcorante la habían adoptado apenas quince días antes, después de que el médico de familia aconsejase a doña Candela, que pasaba los noventa, que se abstuviese del azúcar y del alcohol. La buena señora se había resignado a cambiar el azúcar de caña por unas gotitas de un líquido transparente que endulzaba, de un modo extraño y casi desagradable, los cafés e infusiones que se tomaba a lo largo del día. Pero, una vez salida de la consulta del doctor, se había negado en redondo a privarse de ponerle un poco de anís al cortado y tomar una copita, pequeña, eso sí, de ron miel de La

Palma en el postre, tanto en la comida como en la cena. "Si la reina madre de Inglaterra se conservaba en alcohol, yo no voy a ser menos", repetía ante la mirada comprensiva del resto de la familia.

Marta se sentó junto a la mecedora de la abuela y dejó hacer a su madre, que le sirvió el café con leche en taza pequeña.

–No hace falta que lo perfumes –le indicó cuando la madre tomó la botella de anís del Mono para alegrar la bebida–. De aquí me voy a la universidad, y tengo que dar clase en modo normal.

–Seguro que tus alumnos preferirían que la dieses en modo chispeante.

–Tal vez, pero se acostumbrarían, y prefiero ser tan aburrida como siempre.

La madre sonrió y miró a su hija con ternura.

–Seguro que no eres nada aburrida.

Marta probó el cortado, y aprobó la mezcla y la temperatura.

–Está muy bueno, gracias.

La abuela desvió por un momento la vista de la televisión, que estaba puesta sin sonido, pero con subtítulos, por aquello de la sordera crónica progresiva que sufría.

–¿Cuándo te ibas a África?

Marta cruzó una mirada con su madre, que se encogió de hombros. Doña Candela perdía la memoria reciente cada vez con mayor frecuencia.

–Abuela, ya volví de Mauritania hace unos meses. ¿no te acuerdas que te traje un collar de piedras brillantes?

La anciana trató de hacer memoria, frunciendo el ceño.

–¿Ese collar era de Maurilandia? Pero, ¿no habías encontrado un pedrusco enorme de oro?

La arqueóloga se cargó de paciencia y de talante comprensivo.

–Son cosas distintas. Es verdad que encontré, con más gente, una pepita gigante de oro que perteneció a un rey muy antiguo. Pero otra cosa es que comprase el collar como regalo para ti a unas artesanas del mercado de Nouakchott.

La mujer se arrebujó en su mecedora, como disgustada.

–No tenías que haberte gastado la pepita de oro en regalarme cosas, podrías haber ahorrado el dinero.

La madre rio con la salida inesperada de la abuela, y Marta no tardó en imitarla. Era mejor darla por imposible.

–Bueno, –dijo, cuando se calmaron las risas–, ¿para qué querías que viniese?

Yaya comenzó a recoger las tazas y colocarlas en la bandeja de madera labrada en la que había traído el juego de café.

–La abuela tuvo anoche una crisis de lucidez y me contó una historia, de esas de hace mil años, que yo no conocía. Creo que

deberías escucharla.

Marta miró el reloj, todavía tenía tiempo suficiente para escuchar el relato, siempre que no fuera de los largos, lo que sucedía en ocasiones. Se volvió hacia doña Candela.

–¿Qué historia es esa, abuela?

–¡La del tío Rufino! –gritó su madre desde el pasillo mientras se llevaba la bandeja a la cocina.

–¿Qué le pasa a Rufino? –preguntó doña Candela al escuchar la frase a medias.

–Que tienes una historia del tío Rufino que contarme –insistió Marta.

–¡Si ya te la conté! –protestó la señora.

–Se la contaste a tu hija, pero a mí no.

Doña Candela miró fijamente a Marta y pareció sospechar que su nieta y su hija podían ser dos personas distintas.

–Es sobre el testamento del tío Rufino, ya sabes, el que se fue a Venezuela y nunca volvió.

Marta asintió, había escuchado la biografía del tío Rufino a retazos, como ocurre en todas las familias, en las que solo se cuenta lo que es contable.

–No sabía que hubiera hecho testamento –reconoció.

–Pues sí que lo hizo, y no veas el follón que formó con sus hermanos.

Marta sabía que Rufino murió sin herederos, al menos que se supiera, ya que líos tuvo con varias mulatas, y que era hermano de su abuela y de otros dos varones, Eulogio y Damián, de modo que ya tenía localizados a los protagonistas de la historia.

–¿Qué fue lo que pasó?

–Dos cosas: por un lado, que dejó dinero en un banco de Venezuela y un par de casas.

–¿Y no se vendieron las casas y se repartió el dinero entre todos? Tenía entendido que fue lo que ocurrió.

–Sí, en eso no hubo mayor problema. Damiancito fue y volvió de América con las perras de su hermano y hubo reparto a gusto de todos. Pero el problema estuvo en los papeles que trajo de allá, concretamente, en su testamento.

–¿Y cuál fue el problema?

–No sé si sabes que tu tío abuelo Rufino era maestro de galerías.

Yaya volvió de la cocina y no pudo evitar intervenir.

–Ahora los llaman ingenieros de minas. Ya sabes, los que excavaron las galerías de aguas que hay por toda la isla.

–Sí –concedió Marta–, era maestro de galerías.

–Pues que hizo muchos agujeros en las montañas y, por lo visto, encontró algo.

Marta se irguió en el asiento del sofá, intrigada.

–¿Algo?

–Eso decía en el testamento. Que sabía el lugar donde se encontraba la plata de don Amaro.

Marta sintió que comenzaba a estar desconcertada.

–¿El dinero de un conocido? –preguntó.

–¿Conocido? ¿Cómo que un conocido? –reconvino la abuela– ¡La plata de don Amaro! ¡De Amaro Pargo, el pirata!

Los ojos de Marta se abrieron como platos.

–¿El corsario? ¿De Amaro Pargo? ¿Sabes lo que estás diciendo?

Doña Candela cerró los ojos y bajó y subió la barbilla con suficiencia.

–Pues claro, hija. ¿Quién no conoce a Amaro Pargo y no ha escuchado que su tesoro sigue escondido en alguna parte, esperando que alguien lo encuentre?

–Eso son habladurías sin fundamento, abuela. No hay tal tesoro.

–Lo que tú quieras, pero Rufino dejó por escrito que sabía dónde estaba esa plata.

Marta tomó aire para tranquilizarse ante la cabezonería de su abuela.

–De acuerdo, y ¿dónde está?

–Ahí vino el problema. Dejó las señas del lugar donde está la plata en unos papeles que escondió en el piano.

Marta miró a su madre, confundida. Nunca había oído hablar de un piano en su casa. La madre se dispuso a aclarar el asunto.

–Por lo que me han contado, el bisabuelo Victoriano tocaba el piano en sus ratos libres, entretenimiento que sus hijos no continuaron, por desgracia. El piano se convirtió en un adorno más de la casa.

–El piano estaba en nuestra casa cuando Rufino se marchó a América –aclaró la abuela–, pero cuando murió papá, Eulogito lo vendió.

–Bueno, seguro que recordaría quién lo compró.

–Ahí se formó la trifulca. Tu tío abuelo se acordaba de que fue un inglés, pero no retuvo el nombre y, cuando preguntó por ahí, solo averiguó que se marchó de la isla poco después. Nadie supo darle razón de su paradero.

–¿Y el piano? ¿Se lo llevó con él?

La abuela se echó atrás en la mecedora, y refunfuñó. molesta con el recuerdo.

–Nunca supimos nada del maldito piano. Y Damiancito, que en gloria esté, estuvo recriminándoselo a su hermano, que también lo acoja el Señor en su seno, durante cuarenta años. Acabaron por no hablarse.

Marta entendió por qué no había escuchado esa historia antes. Las cuitas entre hermanos suelen obviarse en los cuentos de familia.

–Entonces, no hay piano –concluyó la arqueóloga.

La abuela asintió, y se mostró indecisa, como si no se atreviera a contar algo. Las miradas expectantes de su hija y de su nieta, la animaron a decidirse.

–El otro día, después de tomar un roncito, me acordé de un detalle del piano.

–¿Qué detalle? –dijeron las otras dos mujeres al mismo tiempo.

–Pues ahora no me acuerdo –dijo la anciana con fingida pesadumbre–. Tal vez, si me tomara una copita, puede que me venga a la memoria.

–¡Mamá! ¡Sabes que el médico te ha prohibido el alcohol! –explotó Yaya.

La abuela, ante la protesta de su hija, miró a Marta con gesto de súplica.

Marta se levantó de un salto y se dirigió a la cocina.

–¿Dónde esta la botella de ron miel?

4

La periodista Sandra Clavijo, una joven cercana a la treintena que llevaba una carrera fulgurante en el Heraldo de Tenerife, no notó una especial agitación en torno a la torre de la iglesia de la Concepción, a pesar de que la noticia de la desaparición del cuadro se había extendido por toda La Laguna y había llegado a toda la isla. Solo un policía nacional custodiaba, con expresión aburrida, la entrada al campanario.

Sandra, que se había dejado crecer el pelo y lo llevaba lacio por media espalda, vestía como siempre: zapatillas de deporte de marca, unos vaqueros y una camiseta con mensaje en el pecho, a la que añadía en aquella época del año una chaqueta de cuero negro. En sus manos portaba el móvil y una libreta para tomar notas, único detalle que podría hacer que la reconociesen como reportera.

Al acercarse a la imponente mole de piedra oscura que se erguía al final de la calle de La Carrera, reconoció en el hueco del segundo piso la familiar silueta del inspector Antonio Galán, un viejo conocido de unas cuantas aventuras vividas en conjunto los años anteriores. “Mejor que esté Antonio”, pensó. El director Núñez la había enviado a investigar la desaparición del cuadro del evangelista y Sandra rogaba porque se encontrara en el lugar alguno de los policías que conocía. De otro modo, era consciente de que averiguaría muy poco.

La periodista pasó por delante del Palmelita, esa cafetería con aroma alemán, y se dirigió a la base de la torre, donde se mantenía erguido, con los pulgares dentro de su cinturón, el policía de la puerta. Sandra ya sabía que era inútil discutir con la orden de no dejar pasar a nadie que recibían los agentes uniformados, por lo que adoptó un sistema más rudimentario, pero efectivo.

–¡Antoniooooo! –gritó desde abajo–. ¿Me oooyeeees?

El inspector, un hombre cercano a los cincuenta, de anchos hombros, mirada franca, intelecto y conversación propios de un poseedor de título universitario como él, y al que le gustaba vestir de paisano –pero con elegancia–, se asomó al hueco del segundo piso del campanario y recibió una amplia sonrisa por parte de su joven amiga.

–Ya llegó la prensa –le dijo al subinspector Morales, su subordinado y colaborador directo, un tipo grande con camisa excesivamente desabotonada que dejaba lucir varios collares de oro y con una sonrisa fácil en la que exhibía un anacrónico diente dorado. Morales también se asomó al antepecho.

–Ya estaban tardando –comentó antes de reconocer a Sandra–.

¡Diablos! ¡Es esa entrometida metomentodo!

Galán sonrió, Sandra había sonsacado noticias policiales a Morales en multitud de ocasiones a pesar de la resistencia ofrecida por este.

–Ya sabes, Morales: la boquita cerrada con esa chica.

–No me va a sacar ni una palabra. Lo juro.

Galán miró por encima del hombro al subinspector, dándole a entender que tendría que demostrarlo. Luego, desvió su atención a la joven, que esperaba respuesta.

–¡Espera, que ahora bajo!

Sandra aguardó menos de un minuto. El inspector salió a la ancha calle peatonal que se convertía en plaza un poco más abajo. Se reunieron y se dieron el par de besos de rigor.

–¡Hola, Sandra! ¿Cómo estás?

–Muy bien, gracias. ¿Cómo anda Marta? Hace tiempo que no la veo.

La arqueóloga era la pareja del policía, y ambos eran buenos amigos de la periodista.

–En clase, supongo. Últimamente anda algo liada con el final de año. Siempre tiene trabajo extra antes de las vacaciones –Galán dejó pasar un segundo, dando por finalizado el saludo–. Me imagino qué te trae por aquí.

Sandra asintió, el asunto era obvio.

–Sí, el robo del cuadro. ¿Se sabe algo que puedas compartir con la prensa?

Galán se encogió de hombros.

–Acabamos de llegar, como quien dice. Las marcas de unas pisadas en el suelo de la iglesia nos hacen creer que el autor del robo subió por la torre, y ahí se acaba el rastro.

La periodista alzó una ceja, señal de incredulidad.

–¿El rastro se acaba en lo alto de la torre?

Galán esbozó una sonrisa incómoda.

–Así es, tal cual te lo cuento. Solo estoy a la espera de que los de la Científica encuentren algo en los pasamanos y otras superficies de la iglesia, pero no tengo mucha fe. Por aquí pasan cientos de personas.

–¿Podría ver las huellas antes de que las limpien?

–Por mí no hay problema. De resto, aún no tenemos nada. Habrá que buscar posibles autores y motivos para la sustracción. La pintura robada tiene un valor simbólico muy importante para los parroquianos. Tengo entendido que del obispo hacia abajo todos los religiosos de la ciudad se han llevado un gran disgusto.

–Me lo creo. ¿Para qué se habrán llevado una pintura como esa? ¿Tiene un alto valor artístico?

–Sé lo que siempre he oído, que es un cuadro de más de trescientos años, y que se venera como milagroso. Si quieres que te diga la

verdad, no sé si tendría valor en el mercado negro. Es tan reconocible que no se puede comercializar. Pero estoy seguro de hay gente que te puede informar mejor que yo al respecto. Podrías empezar con Ariosto, o con Pedro Hernández.

–Los tengo en mente para después, gracias. –Sandra apartó de su mente a los amigos mencionados por el policía y señaló con la nariz hacia el campanario– ¿La policía ha terminado ya su trabajo?

Galán miró hacia atrás y vio que sus hombres y los de la Científica salían por la puerta de acceso a la torre.

–Hemos terminado. Si quieres, puedes subir.

Los dos amigos se despidieron, y Sandra aprovechó para colarse dentro. La empleada que cobraba la entrada al monumento no se encontraba en su sitio, por lo que la periodista pasó como una exhalación por delante del mostrador vacío y comenzó a subir los escalones.

Las huellas blanquecinas en el suelo de madera barnizada eran llamativas. Como si alguien hubiera pisado un charco de cal o de pintura blanca antes de encaminarse a lo alto de la torre. Las siguió hasta la última planta, donde terminaban junto a una de las campanas, la más grande.

Sandra dio un par de vueltas alrededor de la última pisada, sin poder explicarse por qué cesaba allí el rastro. ¿Se había quitado el ladrón los zapatos en aquel lugar? ¿Se habría limpiado las suelas al darse cuenta de que dejaban unas huellas muy visibles? ¿Acaso no había dejado aquellas pisadas a propósito, para despistar? Desechó la pregunta de si habría salido volando, pero mantuvo la última: ¿Para qué subir a la torre después del robo? Por más que analizaba el asunto, menos lo comprendía.

Entonces, lo notó.

Era como un susurro bajo que parecía originarse en el techo de madera que protegía la última planta del campanario. El sonido le desagradó, no parecía provenir de ningún aparato, aunque estaba segura de que no tenía un origen humano. ¿Sería el viento al pasar por alguna oquedad? El ruido leve comenzó a intensificarse y, con ello, una desazón invadió la mente de la periodista. Sentía que aquel rumor era, en realidad, un mensaje amenazante. Algo en su interior le indicó que el murmullo le estaba diciendo que debía salir de allí. Sandra se conocía y recordaba varias ocasiones en que vio o escuchó cosas que el resto de los mortales no experimentaban, pero trató de restarle importancia. Debía de ser fruto de su imaginación.

Sin embargo, el sonido comenzó a convertirse en un silbido desagradable, como nunca había escuchado antes. La joven miró a su alrededor, tratando de averiguar qué lo producía, pero no encontró explicación al fenómeno.

“Vete, vete ya”, sintió en su interior, sin acertar a adivinar si la orden provenía de fuera o de su propia mente. Y Sandra, al igual que en otras ocasiones anteriores, decidió terminar con aquella situación desasosegante de la manera más rápida posible.

Salió corriendo de la torre.

5

–¿Está el señorito?

Fidela, la eterna asistenta de Luis Ariosto, se encontró a Adela Cambreleng al abrir la puerta principal a una hora algo desusada por lo temprana. La tía adoptiva de Ariosto, una septuagenaria vivaracha con algo de sobrepeso, vestía ropa ajustada deportiva, lo que indicaba que regresaba de su clase de Tai-chi-yoga y otras modalidades de movimiento en grupo de difícil pronunciación.

–Está desayunando, doña Adela –respondió la oronda empleada de hogar, que siempre iba de uniforme.

Adela no necesitó más presentación y aprovechó el momento en que Fidela franqueaba el paso para colarse en la casa y dirigirse directamente a la cocina. Sabía que a Luis le gustaba desayunar allí, sin mayor ceremonia. Otra cosa eran las comidas y cenas, que se celebraban en el comedor o en alguno de los salones de su mansión modernista santacrucera, una parte de la importante herencia que le dejaron sus padres, y que disfrutaba como hijo único. Ariosto, un humanista amigo de las artes que llevaba bien la cercanía de los sesenta manteniéndose en forma, sintió la entrada de su tía, interrumpió su desayuno y ya estaba en pie cuando esta entró en la cocina.

–¡Querida Adela! ¡Qué agradable sorpresa!

Adela dio dos sonoros besos en las mejillas de Ariosto, que correspondió como se debe hacer.

–Siéntate, Luisito, y termina de desayunar. Voy a prepararme una manzanilla con anís.

La mujer se desenvolvió a sus anchas en la cocina de Ariosto bajo la atenta mirada de Fidela, que hacía lo que podía por mantenerse al margen. Con doña Adela no se podía luchar, así que le permitió trastear en los armarios y en los electrodomésticos.

–¿Qué te trae tan temprano por aquí, Adela? –preguntó Ariosto, que estaba terminando su desayuno: un café con leche con una manzana golden cortada en gajitos cubiertos con finas lonchas de queso fresco de Fuerteventura.

–¡Estamos en crisis! –fue la respuesta de la mujer, que coincidió con el timbre del microondas y la extracción del humeante vaso de agua, donde sumergió la bolsita de la infusión. A continuación, se sentó enfrente de Ariosto.

–¿Crisis? ¿Qué crisis?

–¡Un desastre total! ¡Un problemón!

Ariosto terminó su bebida y dejó la taza a un lado. Se limpió los labios con la servilleta y prestó toda su atención a su tía.

–Cuéntame qué te preocupa.

La mujer probó la manzanilla antes de responder. Estaba lo suficiente tocadita de anís.

–¿Te acuerdas de José Acosta, el diseñador de moda?

Ariosto alzó una ceja, mantenía una amistad de varios años con Acosta, y no tenía noticia de que le hubiera ocurrido algo malo.

–José me ha confeccionado varias piezas de mi vestuario. Por supuesto que lo conozco, es amigo mio. ¿Le ocurre algo?

–Pues que pasado mañana tiene el desfile donde va a exhibir sus creaciones para la próxima temporada de primavera.

–Estoy al tanto. He recibido la invitación, y pienso asistir.

–Resulta que dos de sus figurines, o modelos, o como los llamen, se han puesto enfermos y no pueden desfilar.

Ariosto se tranquilizó un poco, el desastre no parecía ser tan grande.

–Seguro que tiene suplentes para estos casos, José es un profesional con experiencia y tendrá recursos para solventar el problema.

–Ahí está el caso, me lo he encontrado esta mañana, al ir a gimnasia, y el pobre traía una cara que le llegaba al suelo. No tenía sustitutos, y los demás modelos con los que trabaja no le servían.

Ariosto se sintió intrigado ante un problema que no le parecía tal.

–¿Y por qué no le sirven? Tiene una cohorte de mozos apuestos para vestir cualquier cosa que haya pasado por su imaginación.

–Pues en eso te equivocas. Los modelos que están de baja tienen unas características especiales.

Ariosto alzó ahora la otra ceja.

–¿Especiales? ¿Qué tipo de especialidad?

–Son gente de cierta edad. Más de cincuenta y cinco, para concretar. Y la ropa que visten hombres así no la pueden exhibir unos jovenzuelos de menos de treinta.

–En eso tienes razón, Adela. A cada uno lo suyo.

–Y yo, dándole vueltas a la cabeza para ayudar al pobre José, he dado con una posible solución.

La mirada seductora de Adela, a la que acompañó una creciente y candorosa sonrisa, hizo saltar todas las alarmas en el cerebro de Ariosto.

–¿No estarás pensando en lo que estás pensando? –le preguntó, azorado.

Adela dejó caer la cabeza hacia un lado con elegancia.

–¿Por qué no?

Ariosto sintió que la digestión del desayuno se detenía de súbito.

–¡No tengo ninguna experiencia como modelo! ¡Puede ser un

desastre!

Adela hizo un gesto con la mano, quitándole importancia al asunto.

–Si es fácil. Solo tienes que caminar de aquí para allá con paso resuelto, mirando al infinito y aparentando ignorar al resto de los mortales.

–Es que yo no me muevo así.

–Podrás hacer un esfuerzo, Luis. Harás eso por José, te conozco.

–Déjame pensarlo –replicó, batiéndose en retirada.

–No hace falta que lo pienses, ya le he dicho que lo harás.

–¿Qué le has dicho qué?

–Que desfilarás, por supuesto, y que es un honor para ti.

Ariosto tragó saliva y sintió que se acaloraba.

–No me puedo creer que me hayas metido en un compromiso así.

Adela dio otro sorbo a su manzanilla.

–¿Para qué están los amigos? Contigo se resuelve la mitad del problema.

–¿La mitad? ¿Y qué pasa con la otra mitad?

La conversación de la pareja fue interrumpida por la aparición de Olegario, el chófer y hombre confianza de Ariosto, un tipo rocoso con huellas de boxeo juvenil en el rostro.

–Buenos días, doña Adela –saludó con la exquisita educación de que hacía gala–. Señor, ¿a qué hora necesita el coche?

Adela miró a Olegario, a quien llamaban cariñosamente Sebastián, y su sonrisa se hizo más amplia.

–Acaba de entrar la otra mitad de la solución –dijo, exultante.

Ariosto pasó la mirada de Adela a Olegario y se dirigió a este.

–Sebastián, ¿qué tal se le da caminar con paso resuelto, mirar al infinito y aparentar que ignora al resto de los mortales?

El chófer se sorprendió de la pregunta.

–Pues mal, creo. ¿Por qué lo dice?

–Porque tiene dos días para practicar. No se preocupe, es fácil, o eso dicen algunas.

6

Berlín, abril de 1936

El Reichsoberfürher Markus Weiss se giró y comenzó a caminar teatralmente con largas zancadas por el pasillo. El comandante Konrad Lorenz le siguió a su paso normal, algo cadencioso, viendo con ojos burlones cómo se separaba de él. Tendría que esperarlo al llegar a la puerta. Weiss llegó a la antesala del despacho de Heinrich Himmler en la sede de la Sicherheitsdienst, el servicio de inteligencia de las SS, en la Prinz–Albrecht–Straße, y comprobó con reprobación, que el citado a comparecer ante el jefe de la policía alemana se había rezagado.

–El Reichsführer no tiene todo el día –le dijo en cuanto Lorenz llegó a su altura.

–No sabe cómo lo siento –mintió el comandante con una sonrisa en los labios.

El reichsoberführer no se molestó en replicar, tocó la puerta con los nudillos y, tras escuchar una voz proveniente del interior, la abrió para que pasara Lorenz, que lo hizo sin agradecer el gesto. El comandante se encontró en una estancia enorme con una mesa de trabajo al fondo, visualmente pequeña en relación al salón. En ella, sentado y aparentemente ocupado con unos papeles, se encontraba Heinrich Himmler, el Reichsführer de las Schutzstaffel, las SS, uno de los mandamases más poderosos del Tercer Reich. Himmler, a cierta distancia, no destacaba por su físico: un hombre bajo, de complexión débil y con un bigotito bajo la nariz que no crecía más, aunque su dueño lo intentara. De cerca, tampoco llamaba demasiado la atención, pero, tras ese disfraz anodino, se ocultaba una de las mentes más perversas y calculadoras del complejo gobierno alemán.

–¡Ah!, Lorenz –dijo en voz baja, pero audible–. Acérquese.

El militar, que lucía un impoluto uniforme negro sobre un cuerpo atlético, avanzó los veinte pasos que lo separaban del gerifalte con paso firme, pero lejos de las gansadas del reichsoberführer.

–Buenos días, Herr Mariscal de campo –dijo en cuanto llegó al borde de la mesa, y se cuadró.

Himmler había ascendido poco tiempo antes a ese escalafón militar, aunque seguía, al menos nominalmente, siendo Reichsführer a las órdenes del ministro Frick, pero todo el mundo sabía que al titular

de Interior le quedaban pocos meses en el cargo. Himmler se abría paso con fuerza en el control policial del país, puenteando al ministro.

–Se imaginará para lo que le he llamado, Lorenz –Himmler no esperó la respuesta y prosiguió–: Le necesito para una nueva misión.

–A sus órdenes –logró introducir tras la frase.

Himmler sonrió levemente. Solo soportaba las interrupciones a sus palabras si eran aplausos o acatamiento de su voluntad.

–Quiero que vaya a España de incógnito.

Lorenz miró a Himmler con algo de sorpresa.

–¿Otra vez a España?

El mandatario hizo un fugaz gesto de impaciencia con la mano.

–Son los inconvenientes de hablar como un nativo español, Lorenz. Pero esta vez su destino no está en la Península Ibérica. Tendrá que desplazarse a las Islas Canarias.

Ahora la sorpresa de Lorenz fue total.

–¿Las Islas Canarias? ¿No están en África? ¿Qué hay allí que sea de interés?

–Recuerde que allí habitan hombres blancos. Tiene que hacerse con una pintura que es muy importante para los planes de nuestro Führer.

«Una pintura» –pensó Lorenz–, «será fácil».

–¿Dónde se encuentra? ¿En un domicilio particular?

–En una iglesia de la isla de Tenerife. Está expuesta al público, por lo que espero que la misión sea rápida y sin dificultades –Himmler señaló un sobre que se encontraba en la mesa–. Ahí tiene sus instrucciones.

Lorenz tomó el sobre y se lo guardó en la chaqueta sin abrirlo.

–Si está en una iglesia, será pan comido. ¿Qué debo hacer con el cuadro?

–Tras comprobar que nos sea de utilidad, traerla aquí, por supuesto, y en perfectas condiciones. Debe usted cuidar de que la superficie de la pintura no sufra ningún daño. Es esencial. Y el asunto debe pasar desapercibido, no queremos problemas con ese gobierno tan inestable que tienen en España.

–¿No se dice que nuestras relaciones con el ejecutivo de la República Española son inmejorables?

Himmler consideró que la pregunta estaba fuera de lugar, pero accedió a responder a Lorenz. A fin de cuentas, era uno de sus mejores agentes secretos.

–Todo es mejorable, Lorenz. Es un gobierno que tiene los días contados –afirmó con tono enigmático–; pero, a pesar de eso, no quiero que se detecte nuestro interés por la pintura. Usted ya sabe cómo proceder. Contará con el apoyo de varios simpatizantes locales, pero no abuse de ellos.

Lorenz entendió que la entrevista estaba a punto de finalizar.

–¿Debo ajustarme a algún plazo?

–Quiero que esté de vuelta en Berlín antes de julio. Así se evitará problemas innecesarios.

Lorenz comprendió que Himmler manejaba información reservada. Algo iba a ocurrir en España en verano. El plazo era cómodo, de cualquier manera.

–Estaré aquí lo antes posible, Herr Mariscal de campo.

Himmler hizo un movimiento con los dedos de la mano derecha, como indicando el camino de salida. Lorenz saludó militarmente y se giró, encaminándose a la salida. No tenía la menor pista de la razón del interés de Himmler por la pintura, pero le daba igual. Tenía una misión que cumplir y la cumpliría.

7

–Cartero.

La escueta palabra resonó en el auricular del portero eléctrico. Doña Enriqueta Cambreleng, una septuagenaria delgada que hacía de la elegancia y del saber estar un estilo de vida, añoró por un momento los tiempos en que todo, pero todo el mundo, saludaba con un buenos días, tardes, o noches, dependiendo de la hora. Ahora parecía que la gente buscaba la economía del lenguaje, sobre todo los empleados del servicio postal, que debería tener más consideración con las letras y las palabras. Si no fuera porque estaba esperando una carta de una prima suya, Amparín, la que vivía en Alfauir, un pueblecito de Valencia, le hubiera dicho un par de cosas al cartero, pero lo último que deseaba era llevarse mal con quien le podía traer noticias y recuerdos tan intensos.

Así que pulsó el botón de apertura y la puerta se abrió. El empleado de correos tardó una exhalación en dejar un par de sobres en el buzón del zaguán y salir de nuevo como alma que lleva el diablo. Antes, los carteros preguntaban por la familia, comentaban algunos cotilleos del barrio y, cuando ya eran de confianza, hasta se tomaban un café. «Los tiempos cambian», pensó Enriqueta, «y no siempre a mejor».

Enriqueta era la hermana de Adela, pero vivían separadas desde que contrajeron matrimonio. La primera residía en La Laguna, y la segunda en Santa Cruz. Las dos habían enviudado hacía más de una década, pero se mantuvieron en sus respectivos domicilios, como debía ser. Sin embargo, estas circunstancias no fueron obstáculo para que siguieran manteniendo una frecuente correspondencia con los familiares de fuera de sus respectivas ciudades y, durante lustros, entre ellas, que ni una bajaba a la capital ni la otra subía a la antigua ciudad principal de la isla. En ello se habían mantenido hasta cuatro o cinco años atrás, en que volvieron a reunirse a raíz de un embrollo familiar relacionado con unos primos ingleses. Pero esa es otra historia.

Enriqueta bajó los escalones del primer piso, donde vivía, a la puerta principal, a nivel de calle. El buzón siempre estaba abierto, por lo que abrió la puertecilla de metal y sacó los dos sobres. Les echó un vistazo rápido: la primera no tenía remite y la segunda era la de Amparín, que había avisado por WhatsApp que enviaba la misiva. Su sobrino adoptivo Luis Ariosto siempre le decía que para qué se escribían con sobre y papel, si podían hacerlo por esa red de mensajería, a lo que siempre le contestaba que se metiera en sus

asuntos. Había jóvenes que no entendían el placer que proporcionaba una carta llegada por correo. Una buena epístola de un par de cuartillas escritas a mano por ambos lados era fundamental para deleitarse con los chismes de la familia y de más allá de ella. Nada de mensajitos cortos con perversos emoticonos añadidos.

Enriqueta subió despacio la escalera, lo que cada día le costaba más. Ya iba para los ochenta y, cuando menos se lo pensara, la incluirían en la tercera edad y le harían ofertas de viajes fuera de temporada y descuentos que ella no pedía y que la incomodaban tanto.

Una vez en la vivienda, se dirigió al salón que daba a la torre de la iglesia de la Concepción, amueblado de modo clásico y con decenas de figuritas de porcelana siguiendo atentas sus pasos. La estancia ofrecía unas vistas espléndidas a la plaza, por donde pasaban a todas horas los laguneros y los visitantes del mundo exterior, que cada vez eran más. La Laguna corría el riesgo de convertirse en una ciudad turística, para consternación suya. Lo de quitar los coches de las vías principales le pareció bien, e incluso le recordó a sus años de niña jugando en la calle, pero lo de colocar mesas y sillas de terraza en el exterior de todos los bares y cafeterías le resultaba excesivo y poco respetuoso con la solemnidad y empaque que emanaba de la vieja ciudad. «Los tiempos cambian», volvió a pensar Enriqueta, «y no siempre a mejor».

Se sentó en su butaca preferida, al lado de los ventanales, con la luz a su espalda, y eligió abrir primero la carta sin remitente. Tenía el matasellos con la palabra Urgente, y se fijó en que había sido enviada aquel mismo día, "¡Hay que ver qué prisas tiene la gente!", se dijo. Con un abrecartas de plata rasgó el filo del sobre y sacó su contenido: una octavilla de papel grueso escrita en uno solo de sus lados, como las invitaciones a actos institucionales. Se colocó bien las gafas de leer, y de coser, que llevaba siempre colgando de un cordón en el cuello, y se dispuso a leer el contenido.

A la atención de Enriqueta Cambreleng.

Sabemos que tiene en su poder un objeto que no es suyo.

Pasaremos a buscarlo en los próximos días, téngalo preparado.

No avise a nadie y así evitaremos situaciones desagradables.

La estamos vigilando. Vemos lo que hace.

La señora sintió un escalofrío a lo largo de su espalda. En su vida había recibido una nota de esas características. Con independencia de la falta de educación de no añadirle el "doña" en el encabezamiento, el texto, escueto, era estremecedor. Pero, lo curioso del caso, era que no sabía a qué objeto se refería el autor de la carta. «¿Un objeto que no es mío?», se preguntó. «¿Qué puede ser?». Había devuelto los últimos libros a la biblioteca con cierto retraso, era verdad, pero eso no explicaba el tenor amenazante del escrito. Y nadie lo firmaba, otra

falta de delicadeza. Y eso de que la estaban vigilando pudo con ella. Se levantó y se acercó a la ventana sin mover los visillos, para que no la vieran con claridad. La vida en la calle transcurría con total normalidad y no detectó a nadie observando sus ventanas.

Incómoda, volvió a su asiento y se puso a pensar. ¿A qué objeto se refería la carta?, caviló durante un rato largo y, tras un chispazo en la memoria, cayó en la cuenta. ¿Sería el cuadro que le dejaron a su difunto Epifanio hace muchos años y que nunca recogieron? Sí, tenía que ser el cuadro, porque no se le ocurría otra cosa. Pero, ¿por qué tanto secreto y ese tono amenazante? Eso no le gustaba. ¿Y lo de no avisar? ¿Qué se creían? Por supuesto que iba a avisar, y de inmediato. ¿A quién? Por descontado, a su sobrino Luisito, que era hombre de mundo y sabría cómo afrontar este asunto.

La carta de Amparín tendría que esperar un poco.

8

El inspector Galán se encontraba en su espartano despacho de la comisaría de la Policía Nacional de la calle del Agua. El subinspector Ramos, un hombre ancho de espaldas, con una mata de pelo cano que le hacía aparentar mayor de lo que era y con un supuesto mal humor que disfrazaba algo de timidez, acababa de dejarse ver en el quicio de la puerta y apoyó el hombro en el filo del marco, como siempre hacía para llamar la atención. El inspector no necesitó mirarlo para saber a qué venía.

–¿Alguna novedad en el informe de la Científica?

–Hay veces que no encuentran ni una huella, y otras que demasiadas –anunció Ramos–. El recuento ofrece ochenta y seis huellas de diferentes personas, y a tenor de la repetición de las mismas, el principal sospechoso es el párroco.

Galán dejó los papeles que hojeaba encima de la mesa y miró a Ramos.

–Déjate de bromas, que el cura es amigo de mis padres. Es de lo más normal que sus huellas estén por todas partes en su iglesia.

Ramos sonrió levemente.

–Por eso lo digo, jefe. Pensé que había pillado la ironía.

Galán pensó en darle una buena respuesta a la frase de su subordinado, pero decidió pasarlo por alto, Ramos era incorregible.

–Vale, listillo. Entonces, no tenemos nada, ¿no?

–La verdad es que la investigación preliminar arroja pocas luces. La iglesia permanece a oscuras durante la noche y no hay cámaras de seguridad, el obispado no se las puede permitir. O eso se dice.

–¿Qué hay de la inspección de las cerraduras?

–No hay ninguna forzada, por lo que el intruso, o tenía llave, o utilizó el sistema de la radiografía. Hay puertas que no siempre se cierran con doble vuelta.

Galán conocía perfectamente la técnica de algunos cerrajeros para abrir puertas con una lámina de plástico duro, introduciéndolo por el resquicio de la puerta, pero le costaba creer que se hubiera utilizado ese sistema.

–Conviene saber quién tiene llaves y quiénes son los últimos en salir de la iglesia, ya que alguno pudo dejar alguna puerta preparada para ser abierta con facilidad.

–Habrá que entendérselas con don Cosme, que es duro de pelar. Creo que Morales, que tiene un punto religioso, sabrá torear al párroco.

–Lo que me pregunto es a quién puede interesar ese cuadro. Sé que se le atribuye un milagro, pero lleva ahí más de trescientos años sin que nunca se le haya dado mayor importancia que a otras obras que hay en el templo.

–Hay una cofradía, la esclavitud de San Juan Evangelista, que se creó poco después de obrado el milagro, y sus miembros mantienen la devoción. Sé que no dejan entrar a cualquiera, y lo sé porque rechazaron la solicitud de Morales, detalle que me confesó una noche de ron y melancolía.

Galán apoyó los codos en la mesa, cambiando de postura.

–Investiga esa cofradía, Ramos. Tal vez encontremos a algún descontento que le haya dado por robar el cuadro.

–Muy descontento tendría que estar –asintió–. Lo miraré.

–Y del tema de las huellas por la iglesia y la torre, ¿hay algo?

Ramos se encogió de hombros.

–Pues no tiene lógica, jefe. Como no lo hicieran para despistarnos, no sé qué pensar.

–Si querían que dirigiéramos nuestra atención a la torre, habrá que mirar también en otros lugares. Pero en eso te doy la razón, que las huellas acaben en lo alto del campanario es absurdo. Voy a investigar sobre la iglesia a ver si encuentro algo que pueda explicarlo.

Ramos supo de inmediato que esa investigación era simplemente preguntar a su pareja, la arqueóloga Marta Herrero, si sabía algo del tema.

–Lo que sí es cierto es que la imagen robada tiene muchos fieles entre los laguneros. Si alguien quería hacerles sufrir, lo ha conseguido. Sin ir más lejos, Conchín está desolada desde que se enteró.

Galán conocía a Conchín, la nueva pareja de Ramos, por su intervención en el asunto del palacio de Nava de la primavera pasada. La mujer, con sus cosas, era un buen exponente del sentir religioso de los vecinos laguneros a pesar de su aspecto de rubia madura excesivamente despampanante, algo que, sin embargo, derretía a Ramos.

–Yo también siento que se atente de esta manera contra los sentimientos de nuestra gente, Ramos. Por ello, es importante que resolvamos este caso y recuperemos la pintura.

Ramos entendió que la conversación había terminado. Se giró, y estaba a punto de encarar el pasillo, cuando recordó algo. Se volvió.

–Oye jefe, llamó el comisario Blázquez: que vayas a ver al obispo, que tiene algo importante que decirte.

Galán, que había vuelto a sus papeles, volvió a levantar la vista.

–¿El obispo? ¿A mí? ¿Por qué no se lo ha dicho al comisario?

Ramos frunció los labios y levantó las cejas, indicando que no sabía mucho más.

–Pues no lo sé. Dijo algo así como que era un detalle que solo podía comentárselo a un lagunero. Y todos sabemos que Blázquez es de Ávila.

–Lo llamaré por teléfono.

–No, dejó claro que quería verte en persona, y pronto. Me da que es por el asunto de tu hermano.

Galán no pudo disimular su contrariedad. Su hermano Pedro, misionero franciscano en Filipinas, quería volver a Canarias, y necesitaba el permiso de la diócesis.

–No me fastidies.

–Si no es por eso, ¿para qué te va a llamar el obispo?

9

Si alguien podía saber algo del piano del bisabuelo Victoriano, ese era don Roque Santana. Maestro de maestros, don Roque era ya un hombre mayor, casi de la misma generación que la de la abuela de Marta y, como ella, pasaba los noventa. Por fortuna, la cabeza del pianista y afinador de pianos estaba lúcida, por lo que la arqueóloga tomó la determinación de ir a visitarle en cuanto terminó su clase en la universidad. El hecho de que hubiera estado hablando durante una hora de los distintos tipos de hachas bifaces prehistóricas, tema soporífero al que siguió el de la dieta del hombre paleolítico, lo que despertó más atención en sus alumnos, no era obstáculo para iniciar una investigación en torno al instrumento musical de la familia que vendió su tío abuelo Rufino.

Se decía que don Roque había rondado a su abuela de soltera, aunque ella lo desmentía. No obstante, en sus recuerdos de niña aparecía la figura amable del músico, amigo de la familia, frecuentando la casa de los hermanos una vez Candela enviudó. Sin embargo, los esfuerzos del pretendiente fueron vanos y el interés de don Roque acabó por ir decayendo y desaparecer del todo, igual que su presencia en la casa.

Don Roque había tratado sin mucho éxito de imbuir el amor por la música clásica, que para él se centraba en los pianos, a las pequeñas hermanas Marta y María. Pero el solfeo fue un obstáculo que las niñas se negaron a salvar. A pesar de su fracaso, don Roque siempre les dispensó un sincero afecto, una confianza que hacía que Marta no se lo pensara dos veces a la hora de acudir al domicilio del viejo maestro.

Don Roque vivía en una casita unifamiliar de dos plantas de la calle El Brezo, en el tranquilo barrio lagunero de san Honorato, de vías estrechas que parecían vivir a su ritmo ignorando el ajetreo y el denso tráfico del resto de la ciudad que las rodeaba.

Marta logró encontrar casi por milagro un aparcamiento apenas a un par de manzanas de allí y se encaminó al lugar donde recibiera los primeros rudimentos de la claves de Sol y de Fa. La casa carecía de portero eléctrico y Marta pulsó un timbre redondo, desgastado por décadas de uso continuado. Le abrió la hija de don Roque, Encarnita, una mujer de unos setenta años, que vivía en el piso alto por insistencia de su padre, que se había quedado en la planta baja para no subir escalones.

–¡Martita! –exclamó sonriente al ver a la arqueóloga– ¡Qué bueno verte! ¡Cuánto tiempo!

Marta dio y recibió dos besos de Encarnita antes de poder explicar su presencia allí.

–¿Está don Roque? Quiero consultarle algo.

–¡Claro que está! ¡Y se alegrará mucho de tu visita! Pasa, pasa.

Marta cruzó el umbral de la puerta y se adentró en el recibidor. Todo estaba igual que como lo recordaba de niña. El tiempo parecía haberse detenido allí como en una fotografía en blanco y negro.

Encarnita asaltó a Marta con preguntas acerca de la salud de la familia, que la profesora respondió a medida que avanzaban por el pasillo hacia la parte trasera de la casa. El sonido de una radio emitiendo música clásica antecedió a que llegaran a un saloncito donde don Roque siempre había tenido su sanctasanctórum .

–Mira quién ha venido, papá.

El anciano, con su eterna barba siempre recortada estilo Ramón y Cajal, fue sorprendido en mitad de un crucigrama, y se bajó las gafas de cerca para ver por encima de ellas.

–¡Vaya por Dios! –dijo al ver a Marta– ¡Por fin un ángel viene a verme!

La arqueóloga sonrió a su antiguo profesor y le propinó los mismos besos que a su hija, impidiendo que se levantara. A continuación, se sentó en una silla a su lado.

–Veo que está muy bien, don Roque. ¿Qué hace para estar tan joven?

–Calla, calla, que la procesión va por dentro –repuso el anciano–. Los médicos me van quitando todos los placeres de la vida, y apenas me queda otra cosa que la música.

–La música siempre ha sido su mundo, lo demás es accesorio.

El anciano aprobó la filosofía contenida en la frase con una sonrisa.

–¿Qué te trae por aquí, Martita?

Marta asumió que, a sus casi cuarenta años, siempre iba a ser llamada de esa manera en aquella casa.

– Le estoy siguiendo la pista a un piano, uno antiguo.

–Pues los pianos no corren mucho. Es el instrumento más pesado que existe.

–Este de que hablo sí parece que haya corrido por el mundo. ¿Se acuerda del piano de mi bisabuelo Victoriano? El que estaba en casa de mi abuela Candela.

El profesor miró a los ojos a Marta y se mantuvo en silencio unos segundos, tratando de recordar.

–Me acuerdo de un piano de pared que había en el salón de su casa. Sonaba bien, sobre todo cuando lo tocaba tu abuela.

Marta se sorprendió de la frase. Nunca le habían comentado que la abuela Candela supiera tocar el piano.

–¿Mi abuela llegó a interpretar piezas de música?

Don Roque sonrió con malicia y le guiñó un ojo a Marta.

–He dicho que el piano sonaba bien, no que tu abuela supiera leer partituras. Lo hacía fatal, pero en aquel tiempo, cualquier cosa que hiciera Candelita me parecía maravillosa.

Marta rio con la salida del maestro de música.

–Siempre con su sentido del humor, don Roque. No cambie nunca.

El profesor esperó a que Marta dejara de reír.

–¿Y por qué buscas ese piano? ¿No lo vendió Damián? ¿O fue Eulogio?

–Por lo que dice mi abuela, mi tío Rufino dejó escondidos unos papeles en el interior del armazón del piano. Y me gustaría recuperarlos.

Don Roque se echó atrás en su asiento y lanzó un leve silbido.

–Lo de Rufino no me sorprende, ya que siempre fue un poco extravagante. Si te fijas, de todos los muebles de una casa, el piano suele ser lo último que se cambia, con lo que eso de esconder algo dentro, no es tan mala idea.

–La abuela Candela recordó la marca, por si sirve de algo: Ortiz y Cussó. El nombre estaba grabado en el interior de la tapa del teclado.

Don Roque adoptó de nuevo su pose de recordatorio.

–Ortiz y Cussó. Ortiz y Cussó –repitió para sí–. Era una fábrica de pianos de Cataluña. Muy antigua, de principios del siglo XX, hace más de cien años. Eran unos pianos extraordinarios, que competían con marcas tan importantes como Stenway y Blüthner. Y lo mejor es que valían la mitad de precio que los otros, siendo igual de buenos. Poseían una artesanía finísima en la que todas sus partes estaban bien terminadas. Eran unos pianos negros estilo art noveau muy elegantes, un mueble precioso en sí mismo, con independencia del sonido que emitían, que era excelente.

–Siendo así, es una pena que mi tío lo vendiera –comentó Marta.

–Ay, hija, los pianos, si no se tocan, se convierten en un trasto para aquellos que no aman la música. Es lo que siempre ha pasado. Los pianos Ortiz y Cussó se construyeron entre 1898 y 1904, ya que luego cambió la denominación a Cussó SFHA, Sociedad Franco–Hispano–Americana, ya sin el concurso del socio Ortiz. O sea, que puedes fechar por aproximación la antigüedad de ese piano que buscas.

–Es muy interesante todo eso que cuenta, don Roque, pero, ¿recuerda a quién se lo vendió mi tío abuelo?

El profesor volvió a bucear en el intrincado archivo de sus recuerdos.

–Fue a un inglés. Sí, un hombre muy cultivado.

–¿Cómo se llamaba?

–Perkins. Sí, mister Perkins, lo llamaban. Lo recuerdo vagamente, estuvo poco tiempo en Tenerife. Se marchó al extranjero con su

familia, a Inglaterra, supongo. No tuvo más remedio.

Marta aguzó el oído ante la última frase.

–¿No tuvo más remedio? ¿Por qué?

–¡Ah! ¿no lo sabes? Pero, ¿no te cansaré con estas historias tan viejas?

Marta sonrió, aquello se ponía interesante.

–Cuente, cuente usted…

10

Moscú, mayo de 1936

–Ha llegado la capitana Nikolaeva, señor.

–Que pase –respondió Artur Khristyanovich Artuzov, subdirector del GRU, la agencia de inteligencia militar del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética. Artuzov era un hombre de mirada severa, con una imagen que imitaba a medias a Lenin, con su perilla, y a Stalin, con el abundante cabello peinado hacia atrás. Llevaba cinco minutos esperando a Valentina Nikolaeva, una de sus espías para los países occidentales, y la paciencia se había agotado sesenta segundos antes.

Una mujer delgada, de mediana estatura y de facciones finas y elegantes, hizo su entrada en el despacho de Artuzov vestida de uniforme militar.

–A sus órdenes, señor subdirector.

–Llegas tarde, Valentina –le recriminó el jefe de espías soviético.

–Los estúpidos de la puerta, que, a pesar de que me conocen y me han visto mil veces, se empeñan en cachearme a fondo.

Artuzov era consciente de los concienzudos que podían ser los guardias de acceso a su oficina en el registro de los visitantes. Sobre todo, cuando se encontraban con una mujer hermosa.

–La próxima vez, llega antes.

–A sus órdenes, señor subdirector.

–Nos ha llegado una noticia que reviste cierto interés. Tu amigo Konrad Lorenz está en España de nuevo.

La mujer no expresó en su rostro la sorpresa que la afirmación le produjo.

–Con todo el respeto, señor, Lorenz no es mi amigo. ¿Qué hace en España? Los alemanes no suelen repetir escenario de operaciones tan pronto.

–El escenario es algo distinto esta vez. Es España, pero fuera del territorio europeo. En estos momentos se dirige a la isla canaria de Tenerife embarcado en el buque Ciudad de Málaga. Llegará en tres días. Debes tomar los aviones que hagan falta para llegar a Casablanca, y desde allí, en barco, a Tenerife.

–¿Una isla canaria? ¿Qué puede haber allí que sea de interés para

los fascistas alemanes?

–Ese detalle todavía no lo conocemos, pero nos intriga la presencia de Lorenz allí. Y para eso te he llamado. Quiero que vayas a Tenerife y averigües qué se trae entre manos el espía alemán.

–¿Tengo que neutralizarlo?

Artuzov conocía perfectamente que Nikolaeva tenía una cuenta pendiente que ajustar con Lorenz a causa de una misión fallida en París el año anterior por su culpa. Valentina no se lo perdonaba y lo tenía entre ceja y ceja.

–Lo dejaré a tu discreción, pero no te hagas notar y, sobre todo, que no te detengan. Aunque el gobierno español actual es amigo del socialismo, eso no significa que podamos garantizar tu inmunidad.

–No me detendrán, señor subdirector. –afirmó Valentina sin pestañear–. ¿Qué cobertura debo utilizar?

–Tienes preparada la documentación de una ciudadana británica. Los ingleses suelen viajar a esas islas por mero placer. Es una decadente moda capitalista que llaman turismo, que creo que desaparecerá muy pronto. Serás una escritora de viajes, de paso hacia Sudáfrica y Australia.

–Si no hay más remedio…

–Es el rol que mejor puede explicar tu presencia allí. El comandante Ustinov te dará los detalles, así que pasa por su despacho en cuanto salgas de este.

–La presencia de Lorenz en esa isla no obedece a ningún interés estratégico de los alemanes en la zona –dijo la mujer–. Va por otra cosa. Va a buscar algo, un objeto, con toda probabilidad.

–Yo pienso igual –admitió Artuzov, atusándose el bigote como lo hacía Lenin–. Hay que saber qué es y hacerse con lo que sea antes que el alemán.

–O eso, o lo otro.

Artuzov sonrió ante la respuesta de su subordinada.

–Exacto, si no podemos hacernos con ello, hay que destruirlo o dejarlo inoperativo. Que el enemigo no pueda usarlo.

–Alemania todavía no es el enemigo, señor subdirector.

Ahora la sonrisa de Artuzov se convirtió en una mueca cruel.

–Pero lo será, capitana Nikolaeva. Lo será.

11

Por una vez, Sandra había podido quedar con Pedro Hernández, el archivero, fuera del Archivo Histórico Provincial. «Para cosas de trabajo, quedamos en el archivo», decía el funcionario, pero Sandra logró convencerle de que era mejor una visita al lugar de los hechos, o sea, en la iglesia de la Concepción.

Sandra llegó al templo antes de la hora concertada, y esperó dando una vuelta por las naves interiores. Aunque trataba de no pensar en ello, no sintió ni notó nada extraño, como la desazón de aquella mañana temprano al subir al campanario. Se prometió no volver a escalar sus peldaños en mucho tiempo. Paseaba sin prestar atención a nada en concreto cuando llegó al final de la nave del evangelio, donde se tropezó con el retablo de las ánimas. A la derecha, un poco en alto y en una penumbra constante, aparecía una pequeña estatua de san Antonio Abad con su cayado y su libro, mirando hacia ninguna parte. A sus pies, un lindo cerdito la miraba con una expresión que recordaba una sonrisa maliciosa. "Por aquí pasaron Pedro y Marta cuando lo del secuestro del nuncio", recordó, "y el morro del cerdito les indicó la dirección de la siguiente pista".

–¡Ah! ¡Aquí estás! –exclamó Pedro, un hombre delgado de mediana edad y maneras educadas, que cruzó la nave principal, acercándose a ella con rapidez.

–Hola, Pedro –contestó Sandra, dándole un abrazo–, gracias por venir.

–Tienes suerte de que tenía el día libre. Si no fuera así, tendríamos que haber quedado por la tarde.

Sandra entendió que los preámbulos habían terminado y fue al grano.

–Me imagino que estás al corriente de lo que ocurrió aquí esta mañana.

–Ya me lo han contado –respondió con pesar–. Ya sabes que las noticias vuelan en esta ciudad. Acepté venir porque quería ver yo mismo lo que había pasado. Todavía no me lo creo.

Ambos se dirigieron a la cabecera de la nave y por el camino Sandra comenzó a sonsacarle a Pedro.

–Cuéntame algo de esta iglesia.

–La iglesia de La Concepción, como la mayoría de las existentes en la isla, es fruto de una sucesión de construcciones y reconstrucciones. –Sandra optó por poner en marcha la grabadora, eran demasiados datos para tomar notas–. Fundada inmediatamente después de la

conquista, en los últimos años del siglo XV, su emplazamiento se localizaba un poco más al oeste, aunque en 1511 se trasladó a este lugar. Inicialmente tenía una sola nave, y a mediados del siglo XVIII se proyectó ampliarla a las tres naves que ahora vemos. La obra no se hizo bien y a comienzos del siglo XIX hubo que derribar una parte y levantarla de nuevo, dirigiendo las obras el arquitecto Diego Nicolás Eduardo, que fue quien finalizó la catedral de Las Palmas. Estas obras no se terminaron hasta 1820, y cincuenta años después hubo que reparar los techos. La orientación del templo se ajusta a la liturgia, o sea, el altar hacia el naciente y al poniente debería estar la puerta principal de acceso…

–Pero las puertas son laterales, no veo ninguna enfrente del altar –interrumpió Sandra.

–Fue anulada porque entraba el viento y el agua cuando llovía. No todos los diseños iniciales son perfectos. Por ello, la iglesia tampoco tiene fachada propia. Se trata de un caso excepcional, es rarísimo que una iglesia principal sólo tenga fachadas laterales. Pero qué se le va a hacer, es parte del encanto lagunero. Como iba diciendo, la sucesión de obras hizo que el edificio no tuviera un estilo definido, aunque tal vez por ello resulte más atractiva. Para colmo de revoltijos, a principios del siglo XX, el canónigo Rodríguez Moure, con toda la buena intención del mundo, redistribuyó los altares, diseñando auténticos pastiches aprovechando piezas de distintos retablos, con lo que no sabemos con seguridad qué es original y qué no lo es. El altar mayor no era tal como lo ves ahora, sino mucho más rico, lleno de dorados. Tras la intervención de 1972, año en que se cayeron los techos, se levantó otro mucho más sobrio, y la iglesia perdió parte de su majestuosidad.

–Y hemos llegado al retablo del evangelio –dijo Sandra, deteniéndose junto a Pedro frente al conjunto de madera policromada. Ambos miraron hacia arriba.

–Es la capilla del Evangelio. En la pared, arriba, es donde estaba la pintura de san Juan Evangelista, pintada por Cristóbal Ramírez de Ponte en el siglo XVI. Por lo que se sabe, el cuadro procede del retablo mayor de la nave central, y se trasladó aquí en 1701, cuando doña Isabel Ponte del Hoyo, patrona de la capilla, permitió a la Esclavitud de San Juan Evangelista colocar en ese lugar la imagen del santo.

Sandra pensó que tendría que resumir todos aquellos datos en su artículo si quería que fuese legible, pero no interrumpió al archivero, que proseguía su perorata.

–Entre el hueco del lugar donde estaba el cuadro –menos mal que los desperfectos del tabernáculo de plata repujada son pocos–, hay dos óleos sobre tabla que representan a los apóstoles Pedro y Pablo y, debajo de ellos, un pequeño Calvario de talla policromada, anónimo

del siglo XVIII y, al parecer, de procedencia italiana. El Descendimiento que ves arriba del todo en el retablo es moderno, de Alfredo Torres.

–Pero no me has contado lo más importante, Pedro.

–El cuadro, al parecer, formaba parte del retablo mayor, compuesto por veinticuatro tablas con temas alusivos a la vida de san Joaquín y de santa Ana, entre otros. De esta obra de conjunto solo se conserva el cuadro que han robado: un San Juan evangelista, óleo sobre tabla de pequeñas dimensiones, que se hallaba junto a los también evangelistas, San Mateo, San Marcos y San Lucas, hoy perdidos.

–Eso no es lo más importante para mí –protestó la periodista.

–Ya llegamos al milagro. Hay muchos testimonios del siglo XVI que dicen que el santo pintado lloró o sudó durante la epidemia de peste de landres de 1648. El milagro duró cuarenta días con sus noches.

–Justo una cuarentena.

–Así son las cosas. El cuadro era secado periódicamente y el prodigio de las gotas volvía a producirse. Las moscas caían muertas al acercarse a la pintura y los vecinos, acuérdate que estaban en medio de un epidemia, empapaban algodones en en el fluido de la tabla buscando la curación de sus males. Según se dijo, hubo sanaciones milagrosas, y durante los días que sudó el santo no murió nadie de peste.

–¿Y tú te crees esas cosas? –le preguntó Sandra, escéptica.

–El hecho es que los laguneros se lo creyeron tanto que se creó la esclavitud de san Juan Evangelista, que dura hasta hoy. Si lo hicieron, fue por algo.

–Vale, vale, un respetito a nuestros mayores –se excusó Sandra–. Y, ¿de dónde dices que venía la peste? ¿De Londres?

Pedro se rio por lo inesperado de la pregunta, aunque interrumpió la risa para no molestar a Sandra.

–Landres, no Londres, es el nombre que se le daba a las tumefacciones inflamatorias de los ganglios linfáticos, generalmente del cuello, axilas e ingles, que provocaba la enfermedad, del tamaño de una bellota.

–Vaya, ¡qué desagradable! ¿Y se sabe hoy día qué enfermedad era?

–Por fortuna, no ha vuelto a darse, pero muchos estudiosos creen que se trataba de la peste bubónica.

–¡Qué horror!¡Hay muchas historias de la peste negra! ¿Crees que la desaparición del cuadro puede estar conectada de alguna manera con la enfermedad?

–Me preguntas algo que no sé, Sandra. Pero te aseguro que espero que no sea así, que no tengamos que pedir al santo que vuelva a sudar.

12

–Querido Luisito, gracias por venir tan rápido. Y buenos días, Sebastián.

Ariosto y Olegario correspondieron al saludo, cada uno a su manera, y Enriqueta Cambreleng los hizo pasar al interior de su vivienda. Los llevó al salón que daba a la plaza de La Concepción, señal de que el motivo de la llamada de la dueña de la casa era importante. Si no hubiera sido así, habrían terminado en la cocina.

–¿Qué es eso tan urgente que no me podías contar por teléfono, Enriqueta? –preguntó Ariosto.

La señora cogió un sobre de una mesita auxiliar recubierta de un mantelito de bordados y se lo dio a su sobrino.

–Me ha llegado esta carta –anunció.

Ariosto abrió el sobre y extrajo la octavilla de papel grueso. La leyó en cinco segundos, y levantó la mirada.

–¿Qué se supone que es esto? ¿Una broma? –preguntó Ariosto, que le pasó el papel a Olegario, que también lo leyó con rapidez.

–No me parece un broma, la verdad –respondió la mujer.

–A mí tampoco –añadió el chófer–. Es un mensaje de advertencia, sin duda.

–¿Y qué es ese objeto del que habla? –preguntó de nuevo Ariosto– ¿Tienes algo que no es tuyo y que debes devolver?

–Solo se me ocurre una cosa. Una pintura que mi difunto suegro don Braulio recogió en su juventud de un conocido, que prometió volver a por ella y que nunca lo hizo.

–Pues para pedir algo así, podrían hacerlo sin necesidad de enviar este tipo de carta tan desagradable. ¿Qué pintura es? Creo que las conozco todas.

La mujer se estrujó las manos, como hacía cuando estaba nerviosa.

–No la tenemos colgada en las paredes de la casa, sino embalada en una caja en el trastero. No sabes las ganas que he tenido siempre de hacerla desaparecer, pero mi difunto Epifanio, guardando siempre el profundo respeto que profesaba hacia su padre, decía que había que conservarla hasta que vinieran a buscarla.

–Pues entonces no la conozco –admitió Ariosto–. ¿Podemos verla?

–Claro que sí, venid conmigo.

Los dos hombres siguieron a la mujer hasta la parte trasera de la casa, donde, desde un balcón pequeño, una escalera estrecha subía a la cubierta de la casa. Arriba, un pequeño cuarto con un ventanuco antecedía al techo cubierto de tejas del resto de la edificación. La llave

estaba puesta en la puerta y Enriqueta solo tuvo que darle una vuelta. El interior permanecía oscuro hasta que un bombilla se encendió en el techo. La dueña de la casa no tardó mucho en localizar la caja. Estaba detrás de otras, por lo que Olegario, anticipándose a los movimientos de la mujer, se adelantó y la extrajo de su lugar de almacenamiento. La caja de madera, estrecha y plana, recordaba las que contienen tubos de pintura. Los dos cierres aparecían en la parte frontal y se abrieron fácilmente. La caja emitió un leve crujido al abrirse y dentro descubrieron una plancha fina envuelta en una tela que fue blanca en otros tiempos. Ariosto sacó la tabla y la desenvolvió con delicadeza, exponiéndola a la luz eléctrica. El motivo de la pintura fue contemplado por los tres.

–¡Vaya! –exclamó Ariosto, que reconoció de inmediato la pintura–. ¡Si es el retrato de san Juan Evangelista! ¡El que está en La Concepción! –Se acercó para verlo mejor–. Es una copia, evidentemente, pero es muy buena. El parecido con el original es extraordinario.

–¿Crees que tiene algún valor? –preguntó Enriqueta.

Ariosto meditó la respuesta un par de segundos.

–Sinceramente, no creo que valga nada, así que déjalo junto a la puerta para cuando vengan a buscarla.

–¿No me debo preocupar? –repreguntó la señora.

–Por el valor del cuadro, nada.

Olegario carraspeó para llamar la atención.

–Si me lo permiten, me gustaría decir algo.

Ariosto y Enriqueta miraron al chófer, esperando que se explicara.

–Con independencia del valor del cuadro, me parece una gran descortesía el modo en que se han dirigido a la señora Enriqueta. Creo que, quien haya sido, tiene necesidad de que le enseñen modales, por lo que solicito estar presente cuando vengan sus supuestos dueños, si es que lo son.

–¡Ah! –exclamó Enriqueta–, ¿Crees que es posible que quien ha escrito la carta no sea el dueño verdadero? ¿Que traten de robarlo?

–Es muy posible –respondió Olegario sin dudarlo–, y eso explicaría ese tono amenazante del mensaje. Me gustaría comprobar que no hay nada turbio en este asunto.

–Por mi parte, no hay problema –dijo Ariosto.

–Implicaría quedarme en esta casa con doña Enriqueta un par de días.

La mujer sonrió con amplitud.

–¡Me encanta la idea! ¡Sería como tener un guardaespaldas privado! Y así estaré mucho más tranquila.

Ariosto frunció el ceño, la situación se le escapaba de las manos.

–Creo que alguien está exagerando –dijo–, pero, si tú lo quieres así,

Enriqueta, así se hará.

–¡Gracias, Luisito!, te haré un pastel de arándanos de los que a ti te gustan.

Olegario sonrió.

–Nada más que por eso, señor, merece la pena.

–De acuerdo –convino Ariosto–, pero, acuérdese, Sebastián, que tenemos un compromiso con José Acosta pasado mañana, y que no se va a librar, que quede claro.

13

El inspector Galán no había vuelto al Obispado desde el secuestro del nuncio, y ya hacía unos cuantos años de aquel suceso. El sol llegaba a su cenit y todavía no se veían muchos peatones en la calle de San Agustín. El policía había acortado por Tabares de Cala viniendo de la comisaría y giró a la derecha. En menos de un minuto se enfrentó a la enorme puerta enmarcada por dos parejas de dobles columnas corintias de la misma piedra negra de que se componía toda la fachada, dándole al conjunto un aire severo y adusto. El empleado de seguridad lo conocía y le dejó pasar con una simple mirada. Galán cruzó el patio pasando al lado de la fuente, donde se aburrían unos peces de colores, y subió por la gran escalera de piedra que se encontraba al otro lado. Una vez arriba, llegó a la pared de cristal traslúcido que llegaba hasta el techo y que daba acceso a la zona noble del obispado.

El policía pulsó un par de veces un timbre que existía a la izquierda de la puerta, junto a un plano de evacuación del edificio que quedaba un tanto fuera de lugar en aquel entorno clásico. Nadie contestó, pero el motor de apertura automática de la puerta se activó, y Galán solo tuvo que empujarla para pasar al ancho pasillo que daba al patio y llevaba al despacho y a los aposentos privados del obispo.

Caminó hasta la puerta anterior a la curiosa capilla del obispado –un gigantesco mosaico neobizantino en que la Virgen y los apóstoles amenazaban con deslumbrar con sus brillantes colores a cualquier visitante que entrara inadvertido–, que estaba abierta. Dos macizas hojas de roble daban paso a un elegante salón de reuniones anexo al despacho obispal. El inspector golpeó con los nudillos en el marco y se asomó. El obispo se hallaba sentado en una mesa larga de madera oscura, revisando papeles. Levantó la vista y reconoció al recién llegado.

–¡Ah! ¡Galán! Pase, pase y siéntese, por favor.

–Buenos días, Ilustrísima.

–Déjese de tratamientos, haga el favor. Con que me llame don Norberto es suficiente.

Galán asintió, se sentó y trató de ponerse algo cómodo en la dura silla de madera.

–Muy bien, don Norberto. ¿Quería usted verme?

El obispo, un hombre maduro, alto y ancho, de modales afables y sonrisa fácil, dejó los papeles a un lado y se centró en su visita.

–Siento haberle molestado y hacerle venir a usted en concreto, pero

de los miembros del cuerpo de policía que conozco, me pareció que era el más indicado para este caso.

Galán se sintió intrigado y con un gesto le invitó a que prosiguiera.

–Verá, Galán, estoy completamente consternado por el robo del San Juan de la Concepción.

–Lo estamos todos, don Norberto, y sepa que estamos desplegando todos los medios posibles para atrapar al culpable y recuperar la pintura.

–De eso quería hablarle –el obispo se detuvo un instante para captar toda la atención del inspector. No hacía falta, ya la tenía–. Hace cosa de una semana detectamos un inusitado interés por ese cuadro.

–Eso puede darnos alguna pista.

–En efecto, por eso lo pongo sobre la mesa. Se trataba de un hombre, extranjero, con aspecto de ser de un país del este: delgado, alto, pelo pajizo y ojos claros, lo que no es definitivo, pero chapurreaba el español con un acento que recordaba a los idiomas eslavos.

–¿En qué consistió el interés inusitado?

–Estuvo durante cuatro días seguidos merodeando la nave del evangelio de la iglesia en diferentes ocasiones, tanto por la mañana como por la tarde. Nuestros voluntarios que controlan el acceso al templo llegaron a la conclusión de que aquella extraña conducta no obedecía a un fervor religioso extremo por la pintura milagrosa. Era otro motivo.

–¿Cree usted que estaba interesado en el cuadro?

–Si no lo estaba, lo disimulaba muy bien. Hubo un momento en que Moisés, el sacristán, le pidió que no se acercara tanto al retablo. Parecía a punto de subirse a él.

–Entonces, alguien habló con ese individuo. ¿Qué dijo? ¿Tenemos algún nombre?

–Las conversaciones se limitaron a saludos y despedidas, y a la llamada de atención de Moisés, a lo que respondió con un "perdone usted". Después de ese episodio, no volvió más por la iglesia.

Galán sopesó mentalmente los datos que le había facilitado el prelado. Al menos, tenía una descripción.

–Necesitaré que Moisés se reúna con el especialista en retratos robot. Daré orden de búsqueda de cualquier persona con esos rasgos.

–Apruebo las medidas que va a desarrollar, inspector –dijo el obispo, y a continuación bajó el tono de la conversación–. Pero también quería comentarle otra cosa.

–Usted dirá.

–Esto debe quedar entre nosotros. Es un tema delicado y debe tratarse con total reserva.

Galán, casi sin darse cuenta, le contestó con el mismo nivel de

susurro.

–Así será.

El obispo asintió, grave. Era lo que esperaba.

–La pintura que han robado, no es la pintura.

Galán alzó las cejas en un gesto de incomprensión ante la frase, que le resultó oscura.

–¿Puede explicarme eso?

–Que el cuadro que han sustraído no es el auténtico.

El policía se quedó atónito de la sorpresa.

–¿Es una copia?

–Así es, hecha hace tiempo por uno de nuestros mejores pintores contemporáneos, en absoluto secreto.

–Y, ¿por qué? ¿Por qué es una copia? ¿Por qué se hizo en secreto?

–Imagínese el escándalo que podría producirse si nuestros fieles se enterasen de que la pintura no es la original.

–Con todo el respeto, don Norberto, no me ha contestado a la pregunta.

–Es una copia porque no tenemos el original. Lo robaron hace más de ochenta años, más o menos en junio de 1936, y el obispo que ejercía en aquel momento lo ocultó.

–¡Vaya! Entonces, tenemos dos robos en vez de uno. ¿Y por qué lo ocultó el obispo?

Don Norberto frunció los labios y cerró los ojos, dudando si confesar el último dato, pero lo hizo.

–Para encubrir el hecho de que a su diácono lo obligaron a hacerlo.

–¿A hacer qué?

–A robarlo.

Galán se sintió más incómodo aún en la silla en la que estaba sentado.

–Don Norberto, este asunto me lo tiene que explicar con más detalle, ¿verdad?

14

Marta y don Roque no se opusieron a la propuesta de Encarnita de tomar un aperitivo. La hija del músico preveía que la charla podía durar algo más de lo normal, y se acercaba la hora de comer, así que preparó tres vermouth rojos Izaguirre, a los que añadió el zumo de una naranja, un chorrito de vodka y una capa de hielo picado. El combinado estuvo a gusto del padre, que lo aprobó ostensiblemente.

–Te ha salido buenísimo, Encarni.

–Gracias, papá –respondió, y miró a Marta– ¿Ya lo has probado? ¿te gusta?

–Me encanta –dijo la arqueóloga tras paladearlo, levantando el vaso para mirarlo bien al trasluz–. Todo un descubrimiento. Me tienes que decir cómo se hace.

–Es muy fácil. Luego te lo cuento.

–Eso, luego –protestó don Roque–, que ahora tengo que contar una historia.

Marta se volvió hacia su antiguo profesor.

–Estábamos hablando de un señor inglés, un tal Perkins.

–Exacto: Perkins. Un buen tipo, muy educado y amable, como estilaban los ingleses en aquella época. Hoy día es otra cosa, como todos sabemos. Los aficionados al fútbol a veces no se comportan como debieran.

–Al grano, papá –interrumpió Encarnita.

El músico asintió, dándose cuenta de que estaba a punto de irse por las ramas.

–Vale, vale. Perkins. Era un directivo de una empresa productora de plátanos, de las primeras que exportaron esa fruta a Inglaterra. Me acuerdo, de chico, cómo comenzaron a plantar plataneras en el norte de la isla, ante la mirada extrañada de los agricultores. Luego, con el éxito, todos se apuntaron al plátano.

–Al grano, papá –reconvino la hija.

–No seas pesada, que lo del plátano viene a cuento –se quejó don Roque–. A las empresas inglesas exportadoras de fruta les fue muy bien económicamente, y eso provocó que algunos de sus empleados británicos, los mejor colocados, buscaran en qué gastarse el dinero en esta isla. Así llegó a oídos de Eulogio, tu tío abuelo, que Perkins iba a pedir un piano a París. Porque en aquel tiempo se pensaba que todo lo excelente venía de Francia.

–Y mi tío abuelo le ahorró la espera –adelantó Marta.

–Así es. No fue necesario encargar el pedido. El señor Perkins hizo

una prueba en casa de Eulogio y, aunque hacía tiempo que no se tocaba el piano y andaba algo desafinado, no tuvo el menor reparo en comprarlo. Se lo llevó a una casa que tenía en La Laguna. Lo sé porque me encargó que lo afinara, fue uno de mis primeros trabajos como afinador.

–¿A qué época se refiere? –preguntó la arqueóloga.

–A mediados de los años treinta del siglo pasado. Justo antes del comienzo de la guerra.

–La guerra civil del 36.

–Sí, por fortuna, no ha habido otra. El señor Perkins vivía una existencia cómoda y plácida y, además de la música, tenía otro entretenimiento que le complicó la vida.

–¿Otro entretenimiento? ¿De qué se trataba?

–Pues que era masón, y de los más importantes, grado 33. Pertenecía a la logia Taoro de La Orotava, una ciudad donde siempre ha habido masones.

–Eso de los masones, ¿no son una secta? –preguntó Encarna.

Don Roque miró con una mezcla de curiosidad y de asombro a su hija.

–Encarni, no era una secta, sino un movimiento humanista –y comenzó recitar de memoria–: La masonería es una asociación universal, filantrópica, filosófica y progresista que procura inculcar a sus adeptos el amor a la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y las artes, la tolerancia religiosa, los deberes de la familia, y que rechaza los odios de raza, de opiniones, de creencias y de intereses.

–¡Toma! –exclamó la hija–. Igualito que un partido político de los nuevos.

–Es toda una declaración de intenciones –dijo Marta–. ¿Hasta qué punto fueron fieles los masones a esos principios?

Don Roque se encogió de hombros.

–Me imagino que, como ocurre con cualquier asociación humana, lo que hace que vaya bien o no, no depende de las ideas, sino de las personas.

–¿Por qué estaba mal mirada la masonería? –repreguntó la hija.

–Evidentemente, no estaba mal mirada por sus integrantes, sino por los que estaban fuera. La sociabilidad y la tolerancia que propugnaba, tanto política como religiosa, se convirtió en un peligro para la Iglesia Católica y para cualquier régimen de corte autoritario.

–El comienzo de la Guerra Civil provocó que todas las logias fueran prohibidas –indicó Marta.

–Así es. Los militares golpistas achacaron a la masonería la “bolcheviquización” de España. Decían algo así de rebuscado como que las altas potestades masónicas, imbuidas del espíritu de lo

internacional judáico, desarrollaron el insufrible movimiento extremista de izquierdas desde 1930 a julio de 1936.

–Una visión algo simplista –comentó Marta.

–Pero es la de quienes ganaron la guerra. Estuviera justificado o no, la masonería cesó, al menos oficialmente, en Canarias y en España.

–Y Perkins era conocido masón.

–Efectivamente. El hecho de ser extranjero le salvó de ser detenido inmediatamente tras el golpe, pero, cuando las cosas se pusieron feas y los guardias de asalto registraron su casa sin su permiso en busca de documentación, optó por marcharse de Tenerife.

–Lo entiendo, lo vigilarían de cerca. Pero, don Roque, ¿qué pasó con el piano?

Don Roque vio que el vaso estaba vacío y miró a su hija.

–Esa es otra historia. Y habrá que regarla con otro vermouth, si quieres que siga.

Marta pidió a Encarnita con la mirada que se moviera. Y esta, cuando se percató de que era el objeto de expectación de los demás, refunfuñó para sí una cantinela sobre médicos a los que no se les hace caso, y se levantó a llenar las copas.

15

La Laguna, junio de 1936

–Lo siento, madame, pero no puedo enseñarle todas las habitaciones del hotel. Algunas están ocupadas.

La mujer hizo un claro gesto de contrariedad y contestó con un marcado acento británico.

–No me llame madame, por favor. Debe llamarme Miss Marple. Eleanor Marple, que quede claro. –La mujer esperó a que el conserje asintiera antes de proseguir–. Verá, my dear, es que soy muy exigente en los hoteles donde me alojo. Mi habitación debe tener unas características muy concretas, por eso tengo que verlas antes.

El conserje del hotel Aguere se hallaba en un brete. El director del establecimiento había salido y se las tenía que ver con aquella cliente tan excéntrica sin ayuda.

–Le puedo mostrar las que están libres, señora. Digo Miss.

–Pero ¿quién se puede estar alojando en esta ciudad con el frío y el mal tiempo que hace?

–Aún no ha llegado el verano, Miss. A veces, llueve –se defendió el lagunero–. Hay dos habitaciones ocupadas por un señor peninsular y por otro inglés.

–¿Inglés? ¿Cómo yo? Entonces no va a haber problema en que vea su habitación también. ¿No es cierto?

La petición de la inglesa superaba con creces lo normal. El conserje comenzó a sentirse acalorado.

–Tendré que hablar con él. Espero que lo entienda.

La mujer pareció pensarse la respuesta.

–Veamos las que están libres, si no le importa.

El empleado hotelero la obsequió con una amplia sonrisa, visiblemente aliviado. Se giró y tomó un puñado de llaves.

–Por aquí, señora.

El conserje salió del mostrador de recepción e indicó a la británica el camino a una espléndida escalera de mármol cubierta en su centro por una alfombra roja que se deslizaba hasta el piso superior. A su espalda quedaba atrás el amplio hall estilo art decó con columnas y techo acristalado sobre estructura de hierro que arrojaba mucha luz al interior, a pesar del día nublado que hacía.

La inglesa y el conserje llegaron a la primera planta y se enfrentaron a un pasillo abalconado donde se distribuían todas las habitaciones del hotel, una decena, que rodeaba desde lo alto el espacio común inferior y las mesas de la cafetería.

El conserje abrió la segunda habitación, la número 2, y la inglesa entró. Se encontró con un par de camas con cabecero y pie de madera dispuestas con pulcritud detrás de una amplia alfombra con dibujos geométricos; una ventana alta cubierta por un visillo de techo a suelo; un armario amplio y una jofaina anexa a una palangana. El baño común estaría al final del pasillo. Lo usual en los hoteles de provincias. La mujer pasó su dedo enguantado por el borde superior de la mesilla de noche y comprobó que no tenía polvo.

–Esta no está mal, aunque prefiero una orientación más al norte –comentó en voz alta–. ¿Por qué no me ha mostrado la número uno?

–Es la que está ocupada por el caballero inglés.

La mujer dejó de examinar el cuarto y se volvió hacia el conserje.

–¡Ah!, ¿sí? Pues esa es la que me vendría mejor. Pero, de momento, me quedaré en esta. Puede hacer que me suban el equipaje, haga el favor.

El conserje suspiró, de nuevo aliviado. Se veía abriendo todas las habitaciones del hotel para calmar las extravagantes exigencias de la inglesa.

–Por supuesto, Miss. Necesitaré su pasaporte para registrarla. Ya sabe, es una formalidad.

La mujer buscó en su bolso, sacó el documento y se lo entregó al empleado del hotel.

–Bajaré yo misma a buscarlo en unos minutos –dijo–. Dos preguntas, ¿el huésped británico está en el hotel? ¿Hace mucho que se aloja aquí?

–No, señora, llegó anoche y esta mañana salió después de desayunar, hace media hora apenas.

La inglesa asintió y se dio la vuelta para mirar por la ventana, momento que aprovechó el conserje para escabullirse y salir de la habitación. La mujer encendió un cigarrillo y esperó a que subieran la maleta de madera forrada de cuero con la que había llegado al puerto tinerfeño. Un botones la dejó en la habitación poco después. Tras darle una paupérrima propina con la calderilla que le había sobrado, la mujer se asomó a la baranda del pasillo exterior. Estudió la planta baja. En aquel momento no había nadie a la vista, por lo que se dirigió de inmediato a la habitación más próxima, la número uno, e introdujo una llave maestra en el ojo de la cerradura. El engranaje no opuso resistencia y la puerta se abrió. Se introdujo con rapidez en el cuarto y cerró tras ella.

Su mirada descubrió una disposición de la habitación

prácticamente gemela a la suya. No había ningún objeto personal del huésped a la vista, por lo que se acercó al armario y lo abrió. Una maleta reposaba en la parte baja y un par de trajes y camisas colgaban de las perchas. Con presteza, palpó los bolsillos de las americanas sin encontrar nada, por lo que se centró en la maleta. La sacó del armario y la colocó sobre la cama. La pequeña cerradura central, detrás del asa, no le causó ningún problema. La abrió en segundos. Dos cierres laterales fueron el último y débil obstáculo.

Dentro de la maleta, en orden impoluto, estaba el resto de la ropa que su propietario no había colgado. Rebuscó con delicadeza debajo de ella y encontró un sobre. Lo extrajo y comprobó que estaba abierto. La consistencia dura de los documentos que había dentro le hizo sonreír. Era justo lo que esperaba. Sacó dos pasaportes: uno británico y otro suizo, ambos con la misma foto y distintos nombres: Lawrence Conrad y Marius Fischer. Eran falsos, evidentemente. Pero la sonrisa volvió a su rostro al mirar de nuevo el británico: Lawrence Conrad. El espía alemán tenía sentido del humor: su nombre verdadero era Konrad Lorenz, todo un mensaje para aquel que supiese leerlo. Y ella sabía. El huésped británico era Konrad, no cabía duda. A pesar de la barba que se había dejado, era reconocible.

Miss Marple se dispuso a dejar todo como lo había encontrado y a pensar en el siguiente movimiento, tras los pasos de míster Lawrence Conrad.

16

–¿Está usted seguro de lo que hace, Sebastián?

Olegario conducía el Mercedes 300 de 1960, un coche negro brillante que ya era elegante sesenta años atrás y que seguía siéndolo en la actualidad. El vehículo transitaba con el motor a pocas revoluciones por la autovía del Norte, descendiendo hacia Santa Cruz, casi llegando a la curva del puente de Taco.

–Seguro, seguro, lo que se dice seguro, nunca lo estoy. Pero entiendo que controlar la vivienda de doña Enriqueta durante un par de días no hace daño a nadie, y ella se sentirá mucho mejor. Si quiere, puede descontarme el sueldo.

Ariosto hizo un aspaviento con la mano.

–No diga tonterías, Sebastián. Lo plantearemos como una comisión de servicio. No lo digo por ella, que claro que estará más segura, sino por usted. No sabe lo que es ser sometido a los brebajes que mi tía llama infusiones.

–Pues a mí, los que he probado, me gustan.

Ariosto miró al techo, resignado.

–Dios los cría y ellos se juntan.

–En cuanto le deje, haré mi petate y subiré a La Laguna.

Olegario deslizaba en su conversación algunos vocablos técnicos de su época oscura de juventud, fruto de sus experiencias en el ejército, en el mundo del boxeo y en la dura labor de estiba y desestiba de varios puertos mediterráneos, donde aprendió varios idiomas y adquirió otros conocimientos poco confesables.

–De acuerdo, pero tenga siempre disponible el móvil, quiero estar al tanto de todo lo que pase –insistió Ariosto.

–Descuide, que eso haré. Espero que quien envió la carta a doña Enriqueta se deje ver pronto. Tengo ganas de echarle mano al pescuezo.

–Tenga cuidado, que el tono era amenazador.

–No está bien que se use ese tono con una señora mayor, y creo que el remitente, con quien tendrá que tener cuidado, es conmigo.

Ariosto convino mentalmente que su chófer era un tipo que se hacía respetar, y que quien tuviera que tener unas palabras con él debía andarse con tiento.

–Le ruego que no se lleve el revólver.

Ariosto sabía que Olegario disponía de un arma, bien escondida en algún lugar ignoto del coche, aunque el chófer se resistía a reconocerlo.

–No sé de qué me habla, señor.

–Ya está dicho. A buen entendedor, pocas palabras bastan.

–Le veo muy refranero esta mañana, señor.

–La sabiduría popular siempre es buen recurso al que echar mano para interpretar todos los aspectos de la vida, Sebastián. No todo está en los libros.

–Desde luego, si algo está en los libros, a mí no se me va a pegar. Pero leer, leo: infinidad de mensajes y chistes por WhastApp, y algún que otro periódico deportivo digital.

–Reconozco que yo también le echo un ojo a la prensa en el móvil.

Ariosto sacó su aparato de telefonía e Internet y lo activó. Pulsó encima del logo del Heraldo de Tenerife.

–A ver qué ha escrito Sandra últimamente –dijo, tanto para él, como para Olegario.

–La señorita Sandra le busca punta a todo. Para los políticos es una mosca cojonera, si me permite la expresión.

Ariosto sonrió, su chófer tenía toda la razón. Los artículos de la joven periodista, basados en fuentes fidedignas, atraían cada vez a más lectores por su crítica –siempre incisiva, a veces mordaz, y con algún que otro tinte humorístico–, dirigida hacia la multitud de políticos que poblaban las instituciones canarias y nacionales.

–¡Vaya! –exclamó Ariosto cuando se abrió la portada del diario digital–. ¡No me lo puedo creer!

–¿Qué ocurre, señor? –preguntó Olegario, lanzando una mirada rápida al retrovisor.

–Esta mañana se ha descubierto el robo del cuadro de San Juan Evangelista de la iglesia de La Concepción. Solo se han llevado la pintura, sin más destrozos, afortunadamente.

–Perdone, señor. Esa pintura que han robado, ¿no es el original de la copia que acabamos de ver en casa de doña Enriqueta?

–Cierto, ¿no le parece una casualidad?

Olegario tardó unos segundos en responder, se sentía presa de emociones encontradas.

–Lo parece, señor. Aunque yo no creo en casualidades. Voy a subir a La Laguna más rápido de lo que pensaba.

Ariosto levantó la vista del móvil al escuchar a su chófer.

–¿No irá a pensar que esta sustracción tiene algo que ver con la carta que le enviaron a mi tía?

Olegario cruzó una fugaz mirada con Ariosto por el espejo.

–Por supuesto que no –respondió en un tono que intentó que no sonara falso.

–Eso me deja más tranquilo. La simple sospecha de que ambos sucesos estén relacionados me pone los pelos de punta.

–Esté tranquilo, señor.

La frase de Olegario no concordaba con lo que pasaba por su mente. De dos cosas estaba seguro: la primera, que el mismo cuadro, o mejor dicho, que el mismo motivo de dos cuadros fuera noticia el mismo día no le hacía presagiar nada bueno. Y la segunda, que recordaba perfectamente el lugar donde tenía escondido el revólver. Sin ninguna duda.

17

Sandra volvió a la redacción con más sombras que luces en su investigación. La policía parecía no tener ni idea de quién podía ser el culpable del robo de la pintura, y la información facilitada por Pedro Hernández le daba para escribir medio artículo sobre la importancia del cuadro de San Juan, más simbólica espiritual que de valoración artística. En suma, que le iba a salir un medio bodrio de reportaje. Necesitaba algo más que le diera enjundia al texto. Se sintió algo perdida y, como en otras ocasiones, decidió echar un vistazo a la hemeroteca del periódico. Desde que don Claudio –el archivero del rotativo, un vejete encantador del que nadie sabía la edad que tenía– se jubiló, el espacio donde se guardaban los ejemplares de más de noventa años de publicaciones ya no era el mismo. Ahora lo ocupaba Belinda, una señora pedante con gafas gruesas que solo parecía usar para mirar por encima de ellas con expresión de estar oliendo algo desagradable, lo que hacía que Sandra evitara subir al almacén de periódicos con tanta regularidad como antes.

Sin embargo, estaba tan desesperada que superó sus fobias y tomó el ascensor a la última planta. Cuando desembarcó en ese otro planeta que era el archivo, Belinda, en vez de alegrarse de recibir su primera visita del día, refunfuñó entre dientes.

–¿Qué se te ha perdido por aquí? –preguntó.

Sandra se esperaba un recibimiento por el estilo.

–Pues estoy investigando sobre algo que le pasó a la pintura de San Juan Evangelista de la iglesia de La Concepción de La Laguna.

La tal Belinda perdió inmediatamente interés por Sandra y su pesquisa y volvió a dirigir su mirada a la pantalla del ordenador, convenientemente colocada de espaldas a quien entrase para ocultar algo que todo el mundo sabía, y es que se pasaba las horas jugando al programa online de solitario. La nueva archivera murmuró sin mirar a Sandra, como quien comenta algo trivial:

–1936. El cuadro estuvo fuera de su lugar durante quince días.

Sandra, que estaba a punto de pasar de largo en dirección al lector de microfilmes –todavía no se había digitalizado ni un cinco por ciento de los fondos–, se detuvo en seco.

–¿Cómo has dicho? –le dijo, volviendo la cabeza.

–Has comentado que te interesaba algo sobre la pintura, y eso es lo único relevante.

La periodista se quedó mirando a Belinda, que se había vuelto en enfrascar en el ordenador, ignorándola.

–¿Cómo sabes eso? –preguntó, desconcertada.

Belinda hizo una mueca de disgusto por obligarla a interrumpir el juego, y desvió la mirada hacia Sandra, siempre por encima de la montura de sus lentes.

–Soy la archivera –dijo con suficiencia rayana en el desprecio–, tengo que saberlo.

Sandra se sintió algo descolocada. Que ella supiera, la tal Belinda no era conocida en el diario por sus dotes archivísticas ni su memoria enciclópedica, pero recordó que estaba allí por mediación de don Claudio, que insistió en enchufarla en aquel lugar. "¿Y si Belinda fuera un diamante sin pulir?", se preguntó. Tal vez sería provechoso tirar de ese hilo que asomaba.

–¿Y sabrías decir en qué mes ocurrió lo que me cuentas?

La archivera hizo una mueca parecida a una sonrisa, como si la pregunta fuera idiota.

–En junio, por supuesto.

Sandra no daba nada por supuesto, pero la información tal vez le ahorrara horas de trabajo.

–Claro, por supuesto –remedó–. ¿Podrías dejarme el microfilm de ese mes?

–Décima estantería, cuarto estante, al final. Sírvete tú misma, guapa.

La periodista decidió obviar por esta vez la antipatía que le inspiraba la mujer y, sin decir más, se dirigió al lugar indicado. Tras buscar los números de estanterías y contar los estantes, indagó al final y encontró la caja de cartón que contenía el carrete del año en cuestión. Lo tomó de su lugar y extrajo el contenido. Se dirigió a la máquina de lectura de microfilmas, que cada vez más recordaba al parque jurásico de los visores, colocó el rollo en su lugar, desenrolló el extremo y lo ajustó en la otra bobina vacía. Una vez todo en orden, comenzó a pasar la película a toda velocidad hasta la mitad del contenido. Se detuvo el 15 de mayo y siguió avanzando, esta vez más despacio. A partir del 1 de junio comenzó a leer las noticias. Estuvo tentada de levantarse para preguntarle a Belinda qué día concreto del mes le había ocurrido algo al cuadro, pero pudo más su orgullo. Ya lo averiguaría ella misma. No podría sufrir otra respuesta desdeñosa de la archivera.

No tardó mucho, el día 5 de junio apareció la noticia. Al contrario de lo que pensaba, no estaba en primera página, sino en las interiores, concretamente en la cuarta, al reverso, ni siquiera al anverso. El lugar donde descubrió la reseña hizo aumentar la consideración que tenía hacia Belinda. Era apenas una media columna, casi de relleno. Sandra leyó en voz alta:

La pasada tarde, debido a un accidente, un empleado de la iglesia

de La Concepción, cuando limpiaba el retablo del evangelio, cayó sobre el mismo, deteriorando en su caída el tabernáculo que contenía el retrato de san Juan Evangelista, que sufrió daños de diversa consideración. Por orden del señor obispo, el marco de plata y la pintura han sido enviados al taller del obispado a fin de ser reparados.

Hasta ahí llegaba la noticia. ¿En realidad era noticia? El asunto parecía banal. Un percance con apenas consecuencias, y que, al parecer, tenía fácil remedio.

Sandra siguió pasando el microfilm durante los días siguientes de junio de 1936, admirándose de la poca conciencia que los paisanos de la isla tenían de la terrible tragedia que se avecinaba en poco más de un mes. El 20 de junio, otra reseña, aún más ínfima, de apenas cinco líneas, informaba que el cuadro había sido colocado de nuevo en su lugar, convenientemente restaurado, para regocijo de todos los fieles.

Ahí se acababa todo, se dijo. Siguió pasando páginas, como quien lo hace de modo automático, hasta que otra noticia, del dos de julio, en la sección de sucesos, le llamó la atención. Volvió a leer en voz alta:

En el día de ayer se ha dado la luctuosa nueva del fallecimiento de don Ginés Padilla Curbelo, empleado del obispado. Se da la circunstancia de que es la persona que hace pocos días sufrió el accidente que dañó el retablo de san Juan Evangelista en la iglesia de La Concepción. A preguntas de este periódico a las fuerzas del orden sobre si existía alguna relación entre el accidente y este súbito deceso, el comisario Pardeza declinó hacer cualquier tipo de comentario. «Todo se verá en la autopsia», fue lo único que declaró a este informativo.

Sandra meditó sobre lo que había leído. ¿Autopsia? Entonces, no había sido muerte natural. En aquel tiempo, y durante muchos años después hasta la actualidad, se practicaban autopsias si el deceso era violento. Algo más había pasado. Miró en los días siguientes, pero no encontró la más mínima referencia a la autopsia del difunto. Total mutismo.

Su sexto sentido periodístico le indicó que de aquel articulito se podía sacar algo más. Buscó la firma del periodista al final del texto: T. E. Afonso.

¿Estaría vivo todavía el tal Afonso? Era una posibilidad. Sandra no dudó ni un segundo más y se levantó de su asiento, recogió el material y lo dejó en su sitio. Pasó por delante de Belinda, y por consideración a la pista recibida, le dirigió un “hasta luego”. Belinda arrugó la nariz y no se dignó responder.

18

Don Roque comenzó a tomarse el segundo vermouth a un ritmo más pausado. Se había quitado la sed y ahora trataba de saborear la bebida con deleite parsimonioso.

–¿Por dónde íbamos? –preguntó el profesor de música, tras dar el primer trago.

–Hablábamos del inglés, el señor Perkins, y también íbamos a hablar del piano –contestó Marta.

–Como decía, Perkins se marchó de la isla poco después de aquellos acontecimientos junto con su esposa, obligado por el ambiente hostil que le rodeaba, a lo que ayudó ser requerido en Gran Bretaña por sus patronos de la empresa.

–Fueron tiempos muy duros, con mucha confusión –razonó Marta–. ¿Y qué fue de Perkins?

–Se le perdió la pista. Nunca más volvió a Tenerife ni se volvió a saber de él.

–Volviendo al comienzo de toda esta contestación, ¿sabe usted qué le pasó al piano de mi bisabuelo?

–Con las prisas, y tal y como estaba la situación internacional, decidió dejarlo en la isla.

Los ojos de Marta se abrieron por completo.

–¡Ah! ¿Sí?

–El piano se quedó, en calidad de depósito, en casa de sus amigos los esposos don Tomás de Ascanio y Méndez de Lugo y doña Catalina Monteverde y Lugo.

–Deduzco por los apellidos que era gente de alcurnia.

–En La Orotava casi todos son de apellido, no te dejes llevar por eso. Pero, sí, en efecto, era un matrimonio de posibles. Sin embargo, ellos siempre manifestaron que el piano era prestado, y que cualquier día su dueño aparecería para llevárselo.

–¿Y el piano sigue en la casa de esos señores?

–Pues no. Tengo entendido que la vendieron con todo lo que había dentro, incluyendo el piano.

–Bueno, entonces, el piano sigue en la casa, aunque ya no sea de su propiedad.

–Que yo sepa, sí. Lo curioso del caso es que el comprador aceptó el piano en depósito, en iguales condiciones que los anteriores propietarios. En una cláusula del contrato se establece que el instrumento no podrá ser vendido, ni prestado, ni destruido, hasta que lo reclame su legítimo dueño.

–Hay qué ver, cuánto legalismo. Y deduzco que el legítimo propietario nunca ha vuelto para reclamarlo.

–No hasta el día de hoy. Por lo que el piano sigue ahí, esperando por su dueño. Lo que conlleva esta situación es que nadie ha querido hacerse cargo del mantenimiento del instrumento, y este se deteriora año tras año.

–Una pena. ¿Y sabría decirme cuál era la casa del matrimonio orotavense?

Don Roque volvió a sonreír, esta vez sin tristeza.

–¿No lo sabes? Es el edificio que corona la plaza de la Constitución de La Orotava. El del Liceo Taoro.

–¿El palacete rodeado de jardines?

–Ese es.

–¿Y me está diciendo que el piano se conserva allí?

–Ahí estaba la última vez que fui. Me imagino que no lo habrán tirado. Es muy difícil que alguien tire un piano a la basura.

Marta sonrió también.

–Eso mismo pensaba mi tío abuelo Rufino.

19

La conversación de Galán con el obispo fue interrumpida por la entrada un tanto teatral por lo solemne en el salón de un asistente con una bandeja.

–Los cafés –anunció.

Galán miró alternativamente al ayudante y al obispo: los dos mantenían una pose seria y digna.

–Los cafés –sentenció el obispo.

Galán no había pedido café, pero entendió que debería ser el ritual acostumbrado a aquella hora, aunque fuera casi la de comer.

El auxiliar realizó movimientos metódicos, y el inspector no dudó por un momento en que los hacía de manera cotidiana. Sirvió el café exactamente hasta media taza y luego un chorro de leche encima, un cuarto en el caso del obispo y, antes de ponerle al policía, le miró a los ojos, esperando instrucciones. Galán respondió de inmediato.

–Hasta arriba, por favor.

La indicación fue obedecida con pulcritud. Las tazas con sus platitos y las correspondientes cucharillas fueron colocadas delante de cada uno y la bandeja con un azucarero y servilletas se quedó a un lado, a la espera. El hombre, un tipo delgado con perenne sombra de barba sobre tez blanquecina, tan típica en muchos seminaristas, se dio la vuelta y salió del salón sin mediar palabra.

–El café es el único… –el obispo se interrumpió y eligió mejor la palabra–, la única manía que me permito.

Galán pensó que el prelado había estado a punto de decir vicio, palabra que estaba claro que trataba de evitar. Tras probar el café, Galán dejó la taza en la mesa y entendió que podían reanudar la conversación.

–Me estaba hablando de un diácono de hace ochenta años y de su intervención en la desaparición del cuadro de San Juan.

–¡Ah, sí! –el religioso pareció algo incómodo con el recordatorio del policía, pero se rehízo en un segundo–. Se trataba de un hombre con cierta… debilidad, por decirlo así. Cometió un desliz y le salió caro.

–Todos somos humanos –comentó Galán, tratando de que el obispo se sintiera más cómodo.

–Sí, lo que pasa es que algunos son más humanos que otros. Yo, ni siquiera había nacido, pero por lo que me han contado, le tendieron una trampa.

Galán tomó otro sorbo de café, lo que fue imitado al instante por el obispo, y esperó con paciencia a que continuara.

–Por lo visto, llegó por aquel entonces a La Laguna una mujer extranjera, muy bella, a pasar una temporada en la ciudad. Algo extraordinario, ya que el turismo entendido como tal era prácticamente inexistente.

–Siempre hubo viajantes de comercio.

–No se le conocía dedicación concreta a aquella mujer, pero, como manejaba billetes, se le atribuyó una fortuna y una conducta algo excéntrica. Acuérdese de la copla de "…a Canarias llegó un día una inglesa soñadora…".

Galán asintió con un leve gesto de impaciencia en el rostro, no estaba para detalles folclóricos.

–A lo que iba –se excusó el obispo–, aquella mujer comenzó a rondar al diácono, un hombre relativamente joven en aquellos años. Con la excusa de varias donaciones para mejoras de diversas iglesias, captó la atención del religioso, y poco después, algo más que la atención.

–Comprendo –dijo Galán, notando la turbación de don Norberto.

–Por lo que sé, y sigo hablando de oídas, la pareja fue sorprendida por un cómplice de la señora, convenientemente provisto de una cámara fotográfica, en un momento poco virtuoso.

–Chantaje –concluyó el policía.

–Exactamente –ratificó el obispo.

–¿Qué quería la mujer?

–Por extraño que parezca, no quería dinero ni joyas, solo el cuadro del evangelista.

–Y el diácono se lo dio.

–Eso deduzco, dada la desaparición del mismo. Y me imagino que a cambio de las fotos y de los negativos.

–Pero algo me dice que la historia no terminó ahí –apuntó el inspector.

–Es usted sagaz, Galán, como en un película de las de blanco y negro. Al día siguiente, aparecieron muertos en un hotel de esta ciudad la mujer y otro hombre, tal vez su cómplice, cada uno en su habitación. Alguien los había asesinado.

El desenlace sorprendió al inspector. No se esperaba algo tan dramático.

–¡Vaya! Quien mal anda, mal acaba. ¿Y se averiguó quién fue el asesino?

–Ahí está el asunto. Que yo sepa, nunca se atrapó a nadie. Y como el caso se centraba en dos extranjeros ajenos al vecindario, a lo que se añadió la confusión del comienzo de la Guerra Civil, con el paso del tiempo el asunto se fue olvidando y al final se dejó de hablar de él.

–¿Sospecha usted del diácono?

–¡Por Dios que no! –el prelado se santiguó–. El pobre hombre tuvo

que pasar un trago horrible, pero estoy completamente seguro de que un hombre de Dios no se atrevería a matar por recuperar un cuadro.

–Peores cosas he visto –comentó el policía–. Tendré que investigar en el archivo de la comisaría central. ¿Y qué ocurrió con el cuadro?

El obispo se encogió de hombros, anticipando su respuesta.

–Del cuadro, inspector, nunca más se supo.

20

La Laguna, junio de 1936

–El verano tarda en llegar del Norte –dijo Lorenz.

–Pero llegará, es el destino inevitable –respondió el hombre que apuraba un vaso de Cinzano.

El intercambio de las frases correctas en clave hizo que los dos hombres se levantaran de los asientos de la barra del bar del Casino de La Laguna. Lorenz sabía que su contacto en la ciudad le esperaría todos los días a las 12 del mediodía en aquel lugar, y que, para comprobar su identidad, debía dirigirse a él con la frase elegida, que debía ser contestada exactamente del modo en cómo este lo había hecho.

A indicaciones del hombre de la barra, se sentaron en una de las mesas más discretas de la cafetería del edificio Art Decó levantado a la mitad de la calle de La Carrera.

–Pieter Hess –dijo el contacto en voz lo suficientemente baja para que nadie de las otras mesas pudiera escucharle. La prevención era infundada, solo había otro cliente en el bar a aquella hora, y era un señor jubilado aquejado de sordera crónica–. Bienvenido a Tenerife. Heil Hitler.

Lorenz le hizo un ademán con la mano para que no siguiese hablando.

–Nada de alemán –le dijo en inglés, idioma en el que continuó la conversación–. Mi nombre para usted es Conrad, Lawrence Conrad. Y a todos los efectos soy un viajante de comercio que busca contratar una partida de fruta con destino a Liverpool.

–Muy bien, míster Conrad. Mi nombre aquí es Pierre Hess, de nacionalidad francesa, y soy el representante de la naviera Compagnie Générale Transatlantique, la CGT.

Lorenz se abstuvo de decirle a Hess que esos datos ya los conocía, prefería ser lo más hermético posible.

–Monsieur Hess, probablemente necesite un pasaje hacia Europa en los próximos días.

Hess sonrió, el tal Conrad le invitaba a seguirle el juego.

–Pues en una semana hará escala en esta isla un paquebote proveniente de La Habana con destino a Lisboa y Amsterdam. Tal vez

le convenga.

–Si termino el asunto que me ha traído aquí, estaré encantado de ser su cliente.

–¿Y puedo ayudarle en algo en referencia a ese asunto?

–Me han comentado que tiene usted excelentes contactos en esta isla.

–Los tengo a su disposición, así como un grupo de incondicionales muy amigos de nuestros amigos comunes.

A Lorenz le hizo gracia la forma de decir que tenía hombres dispuestos a hacer cualquier cosa que él ordenara.

–¿Conoce usted la iglesia de La Concepción?

–¡Mon dieu! –Hess representaba su papel de francés a la perfección–. ¿Cómo no voy a conocerla? Es uno de los templos principales de esta ciudad.

–Lo daba por supuesto, era para que se centrara en el lugar –respondió Lorenz con algo de sequedad–. Quiero examinar de cerca la pintura de san Juan Evangelista.

Hess alzó las cejas de las sorpresa.

–¿De cerca? ¿Cómo de cerca?

–La quiero tener en mis manos y sopesar sus volúmenes. Y también que la vea un conocido mío.

Hess meditó un momento la respuesta, barajando posibilidades.

–Esa pintura es objeto de gran fervor en esta isla. Se le atribuyen propiedades mágicas, o mejor dicho, milagrosas.

Lorenz esbozó un remedo de sonrisa con rictus patético, dando a entender a Hess que ya conocía esos datos.

–Entiendo –dijo Hess, imaginando que la de Lorenz sería una más de las misiones secretas de Himmler, tan aficionado a todo lo sobrenatural. Se rumoreaba que iba tras el arca de la Alianza y el Santo Grial–. En condiciones normales, sería imposible separar el cuadro de la hornacina del retablo donde se encuentra sin llamar la atención. Habría que idear un sistema. Déjeme pensar.

Lorenz le dejó pensar veinte segundos exactamente.

–El presidente de mi compañía se sentiría muy decepcionado si no lográsemos ese objetivo –dijo Lorenz, presionando a Hess.

–¡Ya lo tengo! Pertenezco a un grupo que tiene debilidad por el ocultismo. “Nivaria Desvelada”, se llama. Tenemos previsto el ingreso de un nuevo miembro, que tiene que cumplir una tarea como prueba de admisión. Trabaja en el obispado y tiene acceso a la iglesia. Es la persona ideal.

–¿Cuándo podrá hacerse con el cuadro?

–Déjeme mover unos cuantos hilos, míster Conrad. No creo que tarde mucho.

–Debemos tenerlo en nuestro poder dentro de dos días para que

pueda examinarlo un especialista que estará en la isla de paso.

–Dos días, creo que podrá hacerse.

–Debe hacerse. Esa persona estará en Tenerife muy poco tiempo, y debe analizar la pintura.

–De acuerdo, de acuerdo –Hess, levantó las manos en señal de rendición–. ¿Y quién es ese especialista, si puede saberse?

–Lo sabrá tarde o temprano, así que puedo revelárselo. Es un jugador de ajedrez que viene a jugar unas partidas a la isla.

–¿El maestro Grummel? ¿El francés? –preguntó Hess, incrédulo.

–El mismo. Tiene muchas más facultades que las de jugar al ajedrez, y no trabaja para Francia, precisamente.

Hess se repuso en unos segundos de la inesperada noticia.

–Pues soy su hombre. Voy a ser el anfitrión del maestro durante su estancia en Tenerife.

Lorenz volvió a remedar la misma sonrisa patética para que Hess intuyera que cualquier cosa que pudiera contarle, él ya la sabía.

21

–No conocía esa faceta de hombre tranquilo, Sebastián. Lleva más de quince minutos para tomarse mi té.

Olegario no se atrevió a explicarle a Enriqueta que su serenidad no provenía tanto de su carácter genuino, de por sí calmo, como de la aversión al brebaje que la buena señora le había preparado bajo la apariencia de una inofensiva infusión.

–Las cosas buenas de palacio, van despacio.

–Ese refrán se lo acaba de inventar, Sebastián, pero a mí no me la pega –se quejó la señora.

Ambos se encontraban en la cocina, lo que indicaba mucho. Que Enriqueta Cambreleng accediera a compartir cualquier cosa en su cocina implicaba que su invitado era de confianza. Olegario se dio cuenta y aceptó compartir la poción de hierbas preparada por la anfitriona. Pero una cosa era la buena disposición, y otra tragarse aquella pócima.

–No me negará que ha sonado bien –replicó el chófer de Ariosto–. La calidad de esta tisana es tan elevada, que exige tomársela con mucho reposo y placidez.

–No sé si será por estar en contacto continuo con mi sobrino Luis, pero esa respuesta es digna de él. O sea, que suena totalmente a falso.

–Protesto –dijo Olegario.

–Protesta denegada –contestó Enriqueta con contundencia–. Mi comentario de antes no se relaciona con su filosofía vital a la hora de beber mis infusiones, sino con el hecho de que quiero de que termine ya la bebida para que me ayude en otros aspectos de mi vida cotidiana.

Olegario, aliviado, dejó la taza que portaba en su mano desde hacía un cuarto de hora rápidamente sobre su plato.

–Haberlo dicho antes –respondió–. ¿Qué necesita?

–Tengo dos cuadros que colgar, un lavabo que se atasca y unas puertas de armaritos de la cocina que tienen unas bisagras, de esas modernas con tornillos sin punta, que me es imposible ajustar.

Olegario tragó saliva. Su presencia en la casa obedecía a contrarrestar una amenaza. No se había hablado para nada de utilizar sus dotes, que las tenía, de ejecutar tareas de bricolaje y de mantenimiento del hogar, pero no le importó el cambio.

–Pues estamos tardando –respondió, levantándose con presteza, feliz de que la infusión pasase a otro plano, muy secundario.

Enriqueta se olvidó por un momento del desaire que hacía aquel

hombretón a sus disoluciones creativas, como le gustaba llamarlas. Pero solo por un momento, ya que estaba dispuesta a hacerle pagar por ello. Los arreglos que necesitaba en la casa no se limitaban a las tres operaciones descritas: eran muchos más.

–Empecemos por los cuadros –indicó con igual rapidez, antes de que la promesa se enfriara.

Las siguientes tres horas hicieron que la digestión de la comida ofrecida por la anfitriona –huevos al plato con ensalada, mucha ensalada–, se acelerara hasta el punto de que a Olegario le dieron varias punzadas de hambre antes de terminar con la recolocación de todas las cortinas y visillos de la casa, que eran bastantes.

–¿A qué hora suele merendar usted, doña Enriqueta?

La mujer, ensimismada en calibrar si el borde inferior de los estores estaban horizontales, se desconcertó con la pregunta y miró su reloj.

–En condiciones normales, habría merendado hace una hora.

Olegario miró a la señora con una expresión de reproche.

–Por el hecho de que yo esté aquí no debe cambiar sus costumbres –le reconvino–. Podría resultar extraño para, ya sabe: "ellos".

–"Ellos" –repitió la señora, en tono más bajo, con cierto temor–. Casi me había olvidado. ¿Usted cree que nos vigilan?

–Eso dijeron en su mensaje. Y, ¿quién soy yo para dudarlo?

–Eso digo yo también, ¿quién es usted para dudarlo? ¿Y quién soy yo para dudar que usted lo duda? –La señora pareció cambiar de pensamiento en un segundo–. Podemos merendar algo ligero, que no nos quite las ganas de cenar.

Olegario habría apostado a que cualquier comida que se sirviera en aquella casa iba a ser ligera, si no frugal. Y estaba seguro de que no le iba a quitar las ganas de cenar.

–Hablemos del cuadro, si le parece –invitó el chófer en lo que llegaban a la cocina.

–¡Ah!, el cuadro –respondió con un deje de recelo.

–¿Conoció usted a la persona que se lo dejó a su esposo?

–No, eso fue antes de casarnos. En realidad, se lo dejó a don Braulio, el padre de Epifanio, que encomendó a su hijo la custodia de la pintura hasta que el propietario volviese a buscarla.

–¿Y su marido no le comentó nunca quién era esa persona? ¿Algún dato para reconocerla?

Enriqueta hurgó en los rincones de su memoria, y halló algo.

–Me acuerdo perfectamente de que don Braulio era un buen jugador de ajedrez. En realidad, era un forofo redomado, casi hasta la obsesión.

–Suele ocurrir con los buenos ajedrecistas. Tengo un amigo fanático de la defensa siciliana.

Enriqueta miró por encima del hombro al chófer, asombrada del

contenido de su última frase.

–Hay que ver qué cosas dice –comentó la mujer–. En fin, que don Braulio recibía a veces en su casa a conocidos del mundo del ajedrez. Incluso extranjeros, con quienes mantenía una correspondencia muy activa. Al parecer, se pasaban registros de partidas de campeonatos importantes.

–Ese detalle es muy interesante, pero, ¿qué tiene que ver con el cuadro?

–Pues que creo recordar que una vez Epifanio se refirió a la caja que contenía la pintura como “el cuadro del maestro”.

–¿Del maestro?

–Sí. Pero no sé qué tipo de maestro sería.

–A los grandes ajedrecistas se les llama maestros, doña Enriqueta.

–Es cierto. ¿Cree usted que algún ajedrecista tan bueno pudo estar en La Laguna en aquella época?

–Lo crea o no, querida señora, me propongo averiguarlo.

22

Ariosto cambió el CD en su aparato reproductor. Se había cansado de escuchar La Boheme y se decantó por Madama Butterfly. Se sentía imbuido en un estado de ánimo que exigía melodías armoniosas sin fin, al estilo de Puccini. Haciendo algo de introspección, llegó a la conclusión de que era presa de una cierta inquietud, y la causa era la misiva recibida por su tía Enriqueta. El hecho de que Sebastián estuviera con ella lo tranquilizaba, pero no del todo. A fin de cuentas, aunque su chófer fuera muy eficiente en mil funciones insospechadas, era humano, y eso lo hacía falible, como todos.

La noticia del robo del cuadro del evangelista había aumentado su conmoción, dada la casualidad de que el motivo de la pintura de la casa de su tía fuera el mismo. Estuvo a punto de llamar a Antonio Galán, el inspector de policía amigo suyo, pero lo dejó estar. Las indagaciones estarían en sus fases iniciales y solo conseguiría molestarlo.

También podía llamar al obispo, tenía su móvil en la memoria de su iPhone, a donde había trasladado los números de un agenda repletísima de personas de relevancia que podrían ayudar en algo en cualquier momento. Pero el obispo estaría de mal humor o deprimido, con lo que no sería un buen contertulio.

Ariosto se las había ingeniado para que la mayoría de sus contactos le debieran algún favor. La técnica era relativamente fácil: averiguar los gustos y aficiones de esas personas y hacerles llegar algún obsequio, aparentemente desinteresado, ya fueran unas entradas para conciertos, de música clásica o de los decadentes ritmos modernos; pases para actos deportivos importantes; botellas de vino y champán bien elegidos; algún que otro libro entretenido, como los de ese Gambín, que tanto gusta. En fin, menudencias que provocaban una receptividad mayor de la usual en cualquiera que recibiera su llamada.

Y Ariosto se preguntaba a quién podía telefonear para indagar sobre los últimos acontecimientos referidos al robo del cuadro. Le vino a la mente la figura de Pocholo Teno, el marchante de arte. Si alguien sabía de cuadros, robados o por robar, era él. Pocholo era un compañero de colegio de la infancia que, a pesar de haber culminado la carrera de Ingeniero de caminos con buenas notas, un buen día lo dejó todo por el coleccionismo y promoción de obras de artistas jóvenes, y no tan jóvenes también, aunque tenía debilidad por los primeros, sobre todo si eran chicos guapos.

Ariosto compartía con el marchante el amor por las artes plásticas y siempre habían mantenido una relación cordial. Alguna que otra vez le había comprado lienzos de promesas que ya eran realidades. Ni corto ni perezoso, Ariosto buscó el nombre de su amigo y pulsó el botón verde del móvil cuando lo encontró. Descolgaron al segundo timbrazo.

–¡Luis! ¡Ahora mismo estaba pensando en ti! –respondió Pocholo.

Ariosto trató de obviar el recuerdo de que ya le había respondido así en un par de ocasiones, con lo que no se lo tuvo en cuenta.

–Pues igual me ha pasado a mí –replicó con cierta ironía–. Por eso te he llamado.

–¿Qué maravilla! ¡Es pura telepatía! ¡Me encantan las palabras largas! ¿Crees en la telepatía?

Ariosto intentó no parecer descortés. De todos era conocido su escepticismo por cualquier fenómeno extrasensorial, a pesar de que tenía una novia que se dedicaba a eso.

–Todavía seguimos usando el teléfono. La técnica telepática tardará unos cuantos años más en desarrollarse.

Pocholo soltó una risotada.

–¡Claro! ¡Claro! Todavía usamos el teléfono –volvió a reír–. ¡Qué bueno!

Ariosto esperó a que el marchante de arte recuperara el aliento.

–Te llamo por el asunto del cuadro robado en La Concepción. ¿Estás al tanto?

–¡Sí! ¡Me he enterado! Me parece un horror horrible.

La reiteración era una de las características del lenguaje de Pocholo, y mucho había tardado en sacar una a colación.

–Tenía la curiosidad, ya que sabes tanto de ventas de cuadros, de si esa pintura tendría algún valor en el mercado negro.

–Yo no sé nada de eso –repuso, colocando la mano en el pecho, como si dijera la verdad con el corazón.

Ariosto sonrió con malicia.

–Venga, venga, que más de una vez te has visto implicado en algún asuntillo turbio.

–Me implicaron, que quede claro. Soy totalmente inocente –y sonrió con igual malicia–, en todos los sentidos.

–¿Tendría salida el cuadro del evangelista en el mercado negro?

Ante la repetición de la pregunta, Pocholo optó por dejar de negar la evidencia. Hubo dos veces en que intervino en la transacción de material de dudosa proveniencia, pero eso ya se había terminado.

–No es la obra de un artista afamado. Es del siglo XVII, sí, pero como tantas otras. Este tipo de pinturas sustraídas de su lugar original no suelen ofrecerse en el mercado, sea blanco, negro o de colorines. Son encargos.

–Explícame eso de encargos, por favor –pidió Ariosto, intrigado.

–Pues que quien lo ha robado, sea para un tercero o para sí mismo, no lo quiere para sacar dinero en la reventa. Busca el objeto en sí, que debe tener un valor intrínseco no dinerario.

–Es un cuadro al que se le atribuyen milagros. No tiene otra cosa.

–Pues por ahí tienen que ir los tiros, Luis. Si hizo un milagros en su día, ¿por qué no puede volver a hacerlo de nuevo?

23

Sandra bajó del ascensor en la planta segunda, la de administración. En el tercer despacho a la izquierda del pasillo que cruzaba todo el edificio y lo dividía en dos, se encontraba María Cárdenas, la jefa de personal, todo simpatía y muy aficionada a las novelas de misterio y a las películas de acción, que compartía en ocasiones con Sandra. La joven se asomó a una puerta siempre abierta, como era costumbre en María.

–¿Has visto la última de Tom Cruise? –preguntó la joven. A María, una mujer de unos cincuenta, con cabello negro hasta los hombros y sonrisa franca, le encantaba ese actor americano.

–Todavía no, ¿y tú?

–Tampoco. ¿Vamos a verla un día de estos?

–¿El miércoles, que es más barato?

–De acuerdo, el miércoles, a la sesión de las ocho.

–Perfecto –y lo anotó en su agenda. María lo anotaba todo. Tras terminar de escribir levantó la mirada hacia Sandra–. ¿Y qué más? Porque hay algo más, ¿no?

Sandra sonrió, María siempre la pillaba, por lo que no trató de disimular.

–Quería que miraras en tus papeles antiguos. Quisiera saber los datos de un periodista que trabajó aquí hace muchos años.

–¿Cuánto es para ti muchos años?

–Pues 1936.

–¡Vaya! ¡Si es casi cuando se fundó el periódico! No te puedo asegurar que se hayan conservado todos los datos de esa época.

–He leído un artículo firmado por T. E. Afonso. Es todo lo que tengo.

María miró con algo de reproche a Sandra, lo que traía era muy poco.

–Vale –dijo, y se levantó en dirección a un armario archivero gris de metal con cajones extraíbles, uno de esos del año de la reconquista, como ella decía. Abrió el primero, en el que el frontal aparecía una ficha con las letras A–F.

Con dedos expertos, fue pasando carpetillas de cartón con los apellidos de las personas que trabajaban y habían trabajado alguna vez en el rotativo en los últimos ochenta años..

–¡Afonso! –dijo, al detenerse– Hay cuatro. Solo una con la inicial T, la de Tomás.

María sacó la carpeta, que ofrecía un color más desvaído que las

demás y volvió a la mesa, donde la esperaba Sandra, expectante. Se sentó, abrió la carpeta y la levantó con malicia para que la joven periodista no pudiera ver su contenido. Sandra no pudo reprimirse.

–No seas perversa –le dijo, a medias en broma y a medias en serio–. Déjame verlo.

María sonrió abiertamente antes de replicar.

–Bueno, al ser tan antiguo, no creo que le afecte la protección de datos– , y le pasó la carpetilla.

Sandra la tomó con ansia y la abrió de inmediato. Tomás Enrique Afonso, nacido en Tamaimo, en el profundo suroeste de la isla, entró a trabajar en el periódico en el año 35 y se mantuvo en diversas secciones hasta su jubilación en 1974. Casi cuarenta años. Se le tributó el correspondiente homenaje y ahí se acabaron los datos de su paso por la empresa.

–Si se jubiló en el 74, no creo que siga vivo –dijo Sandra, más para María que para ella.

–Eso me temo. Pasaría de los cien años. Por ahí debe estar su domicilio. ¿Te interesa mucho, mucho? Tal vez puedas dar con algún descendiente.

Sandra se sintió algo contrariada, y reconoció que su ilusión de dar con el señor Afonso era irrealizable. Había pasado demasiado tiempo.

–Es una corazonada. Sobre algo que le pasó al cuadro del evangelista hace ochenta y seis años.

María se sorprendió con la noticia.

–¿El que han robado esta mañana?

–Sí, el mismo. Por lo que he descubierto, sufrió un accidente en aquella época y fue reparado con éxito. Pero luego, el empleado de la iglesia que se vio implicado en el asunto, murió en circunstancias algo oscuras.

María miró a su amiga con algo de escepticismo.

–¿Has encontrado un misterio o te lo estás inventando? ¿Tiene algo que ver con lo que ha ocurrido hoy?

–No lo sé. Por eso estoy investigando.

–Me encanta que haya algún periodista que investigue algo. Hoy todo el mundo se limita a reproducir lo que dicen las agencias o transcriben entrevistas sin más. ¿Te puedo ayudar en alguna otra cosa?

–Búscame la dirección del tal Afonso, que no la encuentro.

María tomó la carpeta y, con manos acostumbradas al manejo de aquellos papeles, dio con lo que buscaba en pocos segundos.

–Aquí la tienes: Santa Cruz, Avenida de 25 de julio, 29, primero derecha.

–Eso está por la plaza de los Patos, ¿no?

–Pues sí, debe ser llegando a la calle Numancia.

–¡Qué casualidad!

–¿Qué es casualidad?

–Pues que conozco a la vecina de enfrente. Doña Adela Cambreleng.

–¿Esa señora tan agradable que siempre está en todos los saraos y actos sociales de la ciudad?

–Esa misma.

–¿No tenía algo que ver con un grupo de ocultismo, de esos de cosas paranormales?

–También. El grupo "Nivaria Desvelada".

–Pues entonces, podrías preguntarle a ella por Afonso.

–¿Crees que se conocieron por vivir cerca?

–Es posible, pero estoy segura de que fue por algo más. Afonso fue uno de los integrantes de ese grupo –María pasó varias hojas del expediente–. Mira, lo pone aquí, en la cuarta página.

24

Ariosto cortó la comunicación tras prometer a Pocholo que se verían en breve y se despidió con ese afecto auténtico de viejos camaradas.

Meditó sobre las últimas palabras de su amigo: «Si hizo un milagro en su día, ¿por qué no puede volver a hacerlo de nuevo?». Pero su mentalidad racionalista le creaba un prejuicio insalvable: Ariosto no creía en los milagros. El robo del cuadro no podía estar basado en la esperanza del ladrón de que volviera a hacer un prodigio semejante, si es que lo hizo y no fue pura ilusión de una población sometida al riesgo de una pandemia.

Pero, si descartaba esa razón, ¿qué le quedaba? La importancia intrínseca de la pintura, poco vendible fuera de los cauces legales, no explicaba un interés tan alto como para robarla. ¿Tratarían de chantajear a la esclavitud con un rescate? No podía descartarlo, pero no veía a los cofrades desembolsando una cantidad sustanciosa a unos ladrones estafadores.

Ariosto meditaba en el salón azul de su casa sentado en una de las butacas orejeras, y la entrada de Fidela lo sacó de sus pensamientos. La mujer, que bordeaba la edad de jubilación, se esmeraba más de lo usual en su trabajo desde que Olegario se fue a casa de Enriqueta.

–¿Desea algo el señorito?

Ariosto hacía mucho tiempo que había dejado por imposible el lenguaje laboral de Fidela, tan de otro siglo, de otra época, que ella insistía en usar. Así que, cansado de luchar, se rindió varios años atrás.

–Fidela, no hace falta que venga a preguntarme si necesito algo cada media hora.

–Es que como Sebastián no está, igual se le ofrece algo.

Ariosto sonrió.

–No se me ofrece nada distinto aunque Sebastián estuviera en casa. No lo necesito a todas horas. Por cierto –Ariosto miró su reloj–, ¿no es hora de que termine la jornada? Son casi las cinco.

Fidela asintió, pero con cierto azoramiento.

–Es que, pensaba decirle que, como no está Sebastián, quisiera quedarme a dormir esta noche.

El dueño de la casa miró al techo, resignado.

–No es necesario. Haga el favor de marcharse a su casa, que me las puedo arreglar yo solo.

–Le he dejado una mousaka de berenjenas con carne de pato en el

horno para cenar. Está riquísima.

Ariosto recordó la excelencia del plato de otras ocasiones y su inicial irritación por la pesadez de la mujer desapareció.

–Me parece una gran idea. Tal vez convendría que Sebastián se ausentase más veces –bromeó.

–¡Ay! ¡No!, que a esta casa le hace falta su chófer.

–En eso estamos de acuerdo, pero no es argumento suficiente para que se quede aquí por la noche. Ande, márchese cuando quiera.

Fidela inició el movimiento de salida del salón, pero, tras dudar un segundo, se detuvo.

–Me ha parecido escuchar, sin quererlo, por supuesto, que estaba hablando con alguien de la imagen de san Juan de La Concepción.

Ariosto era consciente que la mayoría de sus conversaciones telefónicas eran escuchadas por Fidela, pero la discreción de la mujer hacía que fuera irrelevante. Era parte de la familia desde jovencita, a la antigua usanza.

–Pues sí, no sé si sabe que esta mañana descubrieron que la han robado de su retablo –dijo Ariosto.

–Sí, las malas noticias vuelan. Ya sabe que mi hijo Yeray pertenece a la esclavitud de san Juan.

Ariosto se enderezó en el sillón. Aparecía una nueva perspectiva en el horizonte.

–¿Y qué se dice entre los esclavos del asunto? ¿Tienen alguna sospecha?

–¿Qué si se dice algo? ¡Se dicen mil cosas! Casi todas sin fundamento.

–Póngame algún ejemplo.

–¿De las boberías que dicen algunos? No vale la pena.

–Ha dicho que casi todas las habladurías no tienen fundamento. ¿Hay alguna que lo tenga?

–Al menos una, por lo que yo entiendo.

Ariosto se incorporó y apoyó sus codos en las rodillas, interesado.

–¿Y qué dice?

–Que fue el tipo que estuvo rondando la imagen la semana pasada.

Ariosto se sorprendió de la información.

–¡Ah! ¿Alguien estuvo especialmente interesado en el cuadro?

–Eso ha dicho el sacristán, y varios de los voluntarios lo confirman. No me pregunte si se lo han comentado a la policía, porque ya lo han hecho.

–Me lo ha quitado de la boca. ¿Y se sabe por qué ese sujeto estaba interesado en la pintura?

–De eso no puedo decirle. Pero, según cuentan, se acercó a escasos centímetros del cristal que la protege del exterior, como si quisiera ver los detalles muy de cerca.

–Así no se aprecia un retrato. Tal vez ese hombre estuviera interesado, más que en la imagen, en los componentes del cuadro: la tabla, las pinturas, el barniz que lo cubre.

–Tal vez estuviera buscando las lágrimas del santo.

Ariosto dio un respingo. «¿Las lágrimas?». Fidela, ante la expresión de confusión de su jefe, se sintió obligada a aclararlo.

–Ya sabe, la tradición dice que San Juan lloró durante cuarenta días y que ese milagro terminó con la peste.

Sí, sí –dijo Ariosto, quitando importancia al asunto con un gesto de la mano–. Lo que me pregunto es qué tipo de lágrima podía estar buscando ese hombre.

25

La Laguna, junio de 1936

Una mujer con acento canario había contestado en el número de teléfono 136 de La Laguna, el domicilio de míster Perkins. El señor no se encontraba en casa, pero había dejado el recado de que si llamaba cualquier persona que le dijera que estaría en el restaurante La Valenciana hasta la una. El local se encontraba en la calle de La Carrera, como todo lo importante en la ciudad. Valentina Nikolaeva tomó el impermeable –el conserje le había aconsejado que no saliera sin él– y un bolso rojo –más rojo que la revolución bolchevique–, que era el accesorio identificatorio convenido.

Para su sorpresa, el restaurante–cafetería estaba más cerca de lo que había imaginado. Apenas cinco minutos de paseo y las tres puertas altas del establecimiento la recibieron con las hojas abiertas. En el piso superior debía de estar el restaurante, ya que vio a un hombre asomado a la ventana con un vaso de vino en la mano.

Valentina se asomó al interior. No quería llamar la atención y no estaba dispuesta a meterse en un bar de hombres solos; su presencia podía ser malinterpretada, y más con un bolso tan colorido bajo el brazo. En la barra, dos parejas sentadas en taburetes altos bebían cerveza y se reían abiertamente. Como iban vestidos elegantemente, Valentina consideró que la cafetería entraba en lo que se podía calificar como decente y entró en ella. Se acercó a un camarero que sacaba lustre a unas copas, escoltado a su espalda por una serie de estanterías llenas de botellas de vino y de brandy, y preguntó por el señor Perkins. El empleado del restaurante no se extrañó para nada de la pregunta y le indicó que estaba en la planta superior, en la mesa del fondo, donde siempre.

Lo de "donde siempre" ratificó la idea de que Perkins, aunque fuera inglés, estaba plenamente integrado en la sociedad lagunera. La mujer subió los dos tramos de la escalera y comprobó que, en una mesa a la derecha, junto a la ventana, un caballero vestido con traje y corbata, luciendo una perilla recortada y fumando en pipa, leía un periódico en inglés. Valentina entendió que existían pocas posibilidades de que se equivocara de hombre. Se acercó.

–Míster Perkins, supongo –le dijo en inglés.

El hombre levantó la vista del periódico y, al ver a una mujer bonita, vestida con elegancia, dobló el papel sobre sí mismo y se levantó, saludándola con una inclinación.

–El mismo –respondió en el mismo idioma–. Y usted es…

–Eleanor Marple –le ofreció la mano, que estrechó el inglés–. Ya sabe, la escritora de viajes.

–¡Ah! ¡Sí! Me avisaron de su llegada –dijo Perkins, invitándola, arrimando una silla, a sentarse–. Lleva usted un bolso precioso.

–Es del color de los nuevos tiempos –respondió Valentina, sentándose tras recogerse la falda.

–Que sean buenos para todos –concluyó el inglés.

Valentina miró hacia los lados. Solo había una mesa ocupada por el hombre que había visto asomado a la ventana, y que en ese momento estaba sentado en la otra esquina, de espaldas.

–¿Podemos hablar aquí?

–Por supuesto –contestó Perkins–, no hay nadie cerca que sepa hablar la lengua real. Bienvenida a Tenerife. Debe de haber sido un largo viaje, si viene desde donde yo creo que viene.

–Han sido cinco aviones para poder arribar en tiempo récord. Debe saber que hay un agente alemán en la ciudad.

–¿Un alemán? Pues no he oído nada. Ya sabe que en las ciudades pequeñas las novedades corren rápido. Solo estoy al tanto de que un compatriota inglés ha tomado una habitación en el hotel Aguere, pero todavía no me lo he encontrado.

Valentina se asombró del nivel de cotilleo de la población, y se preguntó si su estancia sería todo lo discreta que ella deseaba que fuese.

–No es inglés, sino alemán, y es uno de los especialistas de Himmler. Viene a buscar algo y mi misión es saber qué busca y hacerme con lo que sea si tiene utilidad para nosotros.

–Me puedo informar. En esta ciudad, si uno tiene interés, acaba por enterarse de todo.

–Es de vital importancia, míster Perkins. Necesitaré su ayuda. ¿Tiene usted medios que prestarme?

–Tengo un par de criados de confianza que pueden cubrir cualquier contingencia. Y también estamos mi hijo y yo, que podemos ayudar.

–Cuantos menos seamos, mejor. Lo digo solo por si es necesario.

–Me imagino que acaba de llegar. ¿Dónde se aloja?

–También en el Hotel Aguere. He pedido la habitación de al lado del alemán.

Perkins aprobó mentalmente la audacia de la mujer. Desde luego, tenía todo el aspecto de ser una profesional.

–No hay muchos más establecimientos de categoría en la ciudad. En Santa Cruz es otra cosa, pero la hora de camino de distancia y el

grado de inclinación de la subida hacen el viaje bastante incómodo.

–He observado que hay mucha diferencia de temperatura entre la costa y La Laguna. Hace hasta algo de fresco aquí arriba.

–Son las cosas de la altura. De hecho, yo mismo estoy pensando en mudarme a un clima más benigno. ¿Ha oído hablar de La Orotava y de su puerto?

–No, pero seguro que hace mejor temperatura.

–Eso mismo iba a decirle. Me imagino que no conoce a nadie aquí, por lo que esta tarde la invito a tomar el té en mi casa. Vamos a estrenar un piano que acabo de comprar.

–Me asombra que sea uno de los nuestros y continúe con esas costumbres occidentales tan decadentes.

Perkins sonrió.

–Nunca hay que quitarse el disfraz, miss Marple. Igual que usted.

–Lo que no logro entender, si es cierto lo que me han informado, es cómo puede participar en las reuniones de la masonería. Si hay algo contradictorio, es la revolución y los masones.

Al inglés no se le borró la sonrisa.

–Doble disfraz, querida mía. ¿Quién va a sospechar que un empleado británico de una empresa frutera, que además es masón de alto rango, tenga algo que ver con la revolución?

26

El archivo de la Policía Nacional se hallaba en uno de los sótanos de la comisaría de la avenida Tres de Mayo, en Santa Cruz. Los fondos, que no se habían conservado en su integridad, se remontaban a los tiempos de la Segunda República, más de noventa años atrás, cuando se tuvo la feliz idea de guardar los expedientes que se formaban en el instituto armado. Durante muchos años no se le dio mayor importancia a aquellos folios caducos que, más que archivarse, se depositaban en el sótano para que dejasen de ocupar espacio en los armarios de los despachos. Las carpetas se introducían en cajas numeradas por años, sin mayor descripción. El proyecto de catalogación del archivo policial, anunciado a bombo y platillo por sendos ex alcalde y ex comisario jefe, se quedó en mera declaración de intenciones por falta de presupuesto. Y es que, como todo el mundo debe saber, hay mil cosas más importantes que perder el tiempo con papeles viejos y emplear dinero en ellos.

Sin embargo, al menos uno de los ex comisarios tuvo la sensibilidad suficiente como para destinar una partida de dinero sobrante al final de un ejercicio anual para comprar archivadores de cartón neutro que sustituyeran a las carpetas rojas y azules enmohecidas con los elásticos esquineros rotos.

Así, cuando Galán, tras pedir la llave del archivo al compañero encargado de su “custodia”, entró en el amplio espacio semisubterráneo del edificio, se encontró con decenas de filas largas de estanterías de hierro pintado de gris años setenta que contenían columnas de cajas de documentos. El inspector tuvo que caminar a lo largo de la estancia hasta el comienzo de la hilera de estantes. En lo más alejado de la puerta, encontró los expedientes más antiguos.

Galán cruzó los dedos porque el asunto que buscaba estuviera donde tenía que estar y no se hubiera perdido, como tantos otros, en las sucesivas mudanzas que aquellos papeles habían sufrido en casi un siglo. Descubrió que el año 1936 se dividía en cuatro archivadores de cartón, indicador de que el año había sido movidito. Sobre todo la segunda mitad. Ese detalle le hizo decantarse por la primera caja, ya que lo que buscaba era el mes de junio. La sacó de su lugar y buscó un sitio donde apoyarla. Una mesa auxiliar estrecha, que se encontraba vacía apoyada contra la pared, sirvió para que el inspector depositase sobre ella la caja con sumo cuidado. La abrió y sacó al azar uno de los últimos documentos. Era de junio. El policía, contento, lo introdujo de nuevo en su lugar, cerró la caja y la trasladó a la mesa de estudio, que

se encontraba al otro lado del inmenso salón.

Una vez acomodado en el lugar de trabajo, con la potente luz de un flexo de cuarenta años de antigüedad, Galán extrajo todos los documentos de la carpeta y los colocó a un lado, en el mismo orden en que estaban archivados. Tomó el primero: 2 de enero de 1936. "Por lo menos, la gente se portó bien el 1 de enero", pensó Galán.

Desechando un grupo grueso de documentos, se dirigió a los últimos cuadernillos del montón, y no tardó en encontrar el correspondiente al 1 de junio. A partir de ese momento la búsqueda se hizo exhaustiva, y el inspector aplicó todos sus sentidos en la lectura de los diferentes expedientes que pasaban ante sus ojos. Delitos menores en su gran mayoría, Tenerife era un lugar tranquilo en aquel mes de aquel año. La única anomalía era alguna detención por alborotos políticos, pero muchos menos que lo que se esperaba Galán para ser la antesala de una guerra civil que se inició en Santa Cruz de Tenerife, donde se dieron los primeros tiros y los primeros muertos de toda España.

Al fin, cuando ya sentía que los dedos quedaban impregnados de polvo del papel almacenado, apareció la carpetilla de documentos referidos a la aparición de dos personas asesinadas, hombre y mujer, en el hotel Aguere de la calle de La Carrera. Galán pensó que al actual propietario del establecimiento no le gustaría nada saber que en sus habitaciones ocurrió un suceso tan poco deseable para un hostelero, pero los hechos eran los hechos.

Tras la primera página de apertura del expediente, vinieron los atestados del denominado Cuerpo de vigilancia, una sección dentro de la policía de la época que en Tenerife se arrogaba la investigación de cualquier muerte violenta. Galán se centró en la descripción de lo sucedido: un par de cadáveres pertenecientes a dos súbditos británicos, cada uno en la cama de las diferentes habitaciones que ocupaban, aparentemente sin nexo entre ellos, pero unidos por el método de deceso, un veneno vertido en una bebida transparente desconocida para los agentes, con gran contenido de alcohol. Según decía uno de los informes, en la mesita de noche de la habitación del hombre, apareció una botella, sin marca ni distintivo, de un licor que no olía a alcohol, pero sin que se pudiera determinar ni composición ni su origen. Por supuesto, ninguno de los investigadores quiso probarlo, sobre todo, abrigando la sospecha de que había sido envenenado.

Por orden del comisario jefe, se enviaron muestras del supuesto líquido causante de las muertes a Madrid para su correspondiente análisis químico –en Canarias no había dónde hacerlo–, y los investigadores quedaron a la espera de los resultados. Respuesta que finalmente no llegó, como era de suponer, debido al problema que se

creó el 18 de julio de aquel año.

A Galán las disquisiciones de sus colegas de hacía ochenta años sobre la fórmula del brebaje no le dijeron nada. Siguió buscando en los folios siguientes, a ver si encontraba alguna pista sobre los móviles de los asesinatos, pero no encontró ninguna referencia explícita. Llegó a la conclusión de que los agentes nunca averiguaron si se trataba de un asesinato o de un suicidio en ninguno de ambos casos. Si los policías de los años treinta sabían algo del affaire del obispo con la víctima femenina, no lo reflejaron en los informes. De la historia que le contó don Norberto hacía algunas horas, nada de nada. Como de los difuntos nadie dijo ser familiar ni conocido, y como el consulado de Gran Bretaña, de donde eran originarios ambos, tampoco compareció, la policía dejó a un lado el caso, sin investigar demasiado, debido sobre todo a lo que provocó en toda España el intenso calor de julio de ese año.

El inspector cerró el expediente con un leve sabor a fracaso. Esperaba mucho más de aquellos papeles. La clave tal vez estuviera en la bebida, pero, como no pudo ser identificada, se quedaba en las mismas.

Meditó en el silencio del archivo sobre lo que había leído. Dos extranjeros en La Laguna en junio de 1936, sin aparente conexión a los ojos de los vecinos uno del otro. Y sin embargo, aparecen muertos de la misma manera, al parecer por ingestión de un veneno introducido en una bebida alcohólica desconocida.

¿Qué bebida podía ser aquella? Necesitaba la opinión de un experto en licores y en su historia. No se lo pensó dos veces: para estos casos contaba con la colaboración de su amigo Luis Ariosto.

Cogió su móvil, buscó el contacto y lo marcó.

27

Olegario Mora no había sido todo lo sincero que podría esperarse con su jefe, Luis Ariosto. No le había contado infinidad de cosas de su pasado. Pero, como él pensaba, muchas cosas nunca se las preguntó, y otras, aunque se las hubiera preguntado, no le habría contado la verdad, o simplemente no hubiera contestado, que era lo mismo, aunque no fuera igual.

El hecho era que nunca había salido en la conversación que para Olegario no era la primera vez que hacía de chófer, guardaespaldas y hombre de confianza para todo.

Ariosto era el segundo.

Antes lo había sido para el gran maestro de ajedrez Sergei Rudin, que ya era famoso en el mundo ajedrecístico cuando su primo se convirtió en el presidente de Rusia.

El sambenito que se le adjudicaba a todos los rusos antes de 1989, era el de que aquellos que salían con frecuencia de la URSS eran espías. O al menos que tenían la obligación de informar de cualquier comentario de carácter político, o supuestamente político, que escucharan. Y, además, el deber de sufrir el férreo marcaje de dos o tres miembros del KGB que controlaban todos y cada uno de sus movimientos, día y noche, cuando estaban en el extranjero. Y también cuando estaban en casa.

Sin embargo hubo uno que les salió rana. Sergei Rudin era un verso libre, por adjudicarle un adjetivo. Como todos los grandes maestros rusos, había ganado su primera partida antes de saber hablar –sorprendente lo que llegaba a publicar la propaganda–; había destrozado a doscientos treinta oponentes en una simultánea a los diez años; y había vencido en todos los torneos posibles antes de los veinticinco, para proclamase campeón del mundo a los treinta y cinco, ocho años después de lo esperado por el Politburó que, a pesar de haber conseguido el título, refunfuñaba.

El problema para los dirigentes soviéticos estribó en que Rudin, hombre fácil y voluble en lo que no fuera ajedrez, se enamorase de una mujer en uno de sus múltiples viajes. Y no de una mujer cualquiera. Una hembra de armas tomar, de Salobreña, provincia de Granada, que cantaba el flamenco y la copla como un ángel. O mejor que un ángel, que seguro que esas criaturas celestiales no saben cantar la copla española con estilo y sabiduría, como debe ser.

El gran maestro campeón del mundo descendió al nivel de los mortales y se convirtió, en lo que tardó en conseguir la atención de

doña Dolores, la Lola para sus amigos, en un pobre hombre perdido en los vericuetos insondables de la vida.

Sin embargo, a pesar de que las apuestas iban en contra diez a uno, la Lola prestó atención al ruso. Quién lo iba a decir. Para muchos, fue que a ella le dio pena de aquel hombre; para otros, que le maravillaba eso de mover las piezas en un tablero con unos movimientos que nunca supo entender, sobre todo los del caballo. Para otros, en fin, que simplemente se enamoró de un hombre guapo, rubio y alto, que iba de frente y que no guardaba más secretos que los de sus aperturas y de sus defensas.

La Lola y don Sergio, que lo de Sergei costaba demasiado pronunciar a la familia andaluza de la chica, se trataron, se vieron, concertaron citas una tras otra, para dolor de cabeza de sus escoltas, y, por fin, se prometieron.

Y, una noche en que la Lola y el don Sergio tuvieron un rifirrafe con los guardaespaldas del maestro, por aquello de que no entendían bien lo que era la intimidad de una pareja de enamorados, la cantante le puso los puntos sobe las íes al ruso, lo que entendió el ajedrecista, a pesar de que en su idioma no hay puntos sobre las íes.

Don Sergio, ya asumido el nombre, optó por llamar por teléfono –el teléfono móvil de la Lola, que él no disponía de ninguno–, para pedir asilo político en España al delegado del gobierno en Andalucía, que era don Aniceto Sánchez López, el “Ceti” para los íntimos, entre los que se incluía la Lola, como no podía ser menos.

El “Ceti” cumplió como un caballero y don Sergio obtuvo la tarjeta roja de extranjero asilado en diecisiete horas, récord absoluto en el país hasta el día de hoy, batiendo la marca del futbolista colombiano la “pulga” Barrios, que fue de veinte horas.

El hecho palpable es que don Sergio pasó de tener un grupo de guardaespaldas adictos al vodka a otro, mucho menos numeroso y más permisivo, aficionado a la manzanilla de Sanlúcar, por lo que es posible establecer comparaciones, aunque algún que otro purista se rasgue las vestiduras.

El bodorrio se celebró en la catedral de Granada, qué menos, y la fiesta en una de las cuevas del Sacromonte que, aunque el nombre pueda inducir a confusión, es un espacio habilitado para eventos donde los novios y los invitados de la novia pasaron un rato fantástico, que alguno llegó a calificar de inolvidable. Pero, como todo el mundo sabe, los granadinos, como buenos andaluces, son unos exagerados.

El matrimonio se estableció en Granada inicialmente, hasta que la Lola se hartó de los miembros de su familia que querían medrar a costa del ruso, por lo que se trasladaron a Madrid, donde disfrutaron de muchos años de tranquilidad –propiciada, dicho sea de paso, por

un contrato fijo a tiempo completo de la Federación española de ajedrez, que se daba con un canto en los dientes de poder disponer de semejante maestro en su nómina.

Y ahí entró Olegario en escena. Acababa de volver de Marsella, escapando de un problema en ciernes debido a un asuntillo inocente con la hija de un capo de la mafia calabresa, por lo que era buscado en toda la ribera mediterránea, y recaló en Madrid, más que nada porque allí le llevó el primer avión que le sacó de Francia, donde no terminaba de estar a salvo. Por esas cosas del destino, el taxi que le llevaba a la pensión Hortaleza, recomendada por su amigo de lucha sindical estibadora Jean Cocteau, tuvo que detenerse en el semáforo rojo de María de Molina con Serrano. Y allí presenció como un par de individuos mal encarados acechaban y estaban a punto de caer sobre un mirlo blanco, en lenguaje coloquial del hampa: un tipo vestido de chaqueta y corbata que andaba como ensimismado en su mundo, ajeno al exterior. Olegario reconoció los movimientos de las aves rapaces en torno a su presa y le pidió al taxista que detuviera el coche un momento. El ojo entrenado de Olegario le indicó que a aquel hombre lo iban a atracar de inmediato. Se bajó del taxi cuando el vehículo se detuvo al lado del transeúnte despistado, lo tomó por la cintura y, cuando el hombre trajeado se dio cuenta, ya estaba dentro del coche.

–No sé si lo sabe, pero tenía encima a una cuadrilla de atracadores de buena escuela –le dijo Olegario a su rescatado.

El hombre le miró con un gesto de desconcierto, que duró poco. Le contestó en un castellano con aroma a ensaladilla rusa.

–No lo sabía, pero ahora, por su intervención sí que lo sé. Tal vez necesite una persona que cuide estos detalles callejeros. Es que iba pensando en la defensa francesa. ¿Entiende?

Olegario entendió más que comprendió. A aquel tipo le urgía estar cubierto por alguien que interpretara el rumor de las calles.

–Entiendo. ¿Empiezo mañana? No necesito abogado ni asesor laboral. Conozco el papeleo.

28

–Gracias por atenderme tan pronto, Adela.

Sandra se había colado en la casa de la tía adoptiva de Ariosto en cuanto esta abrió la puerta y, sin que se lo indicara la propietaria del domicilio, se dirigió, conocedora de la casa, al saloncito de la tele, el que daba a la calle Numancia y al intenso follaje lleno de pájaros del parque García Sanabria. La periodista se sentó en un sillón que sabía que no ocupaba la señora, y esperó a que apareciera la anfitriona.

–¿Te apetece un té de jengibre con cola de caballo y unas gotas de limón? –la voz de Adela llegó desde la cocina–. Es adelgazante.

Sandra sonrió ante la eterna pugna de Adela contra sus kilos de más. Una lucha que le costaba mucho mantener en tablas y en la nunca vencía.

–Si es adelgazante, por mí estupendo –respondió en voz alta.

–¡Ay, mi niña! A ti, precisamente, no te hace falta bajar de peso. Eres una sílfide.

Sandra no recordaba cuándo fue la última vez que escuchó esa palabra. La anotó en su base de datos mental por si alguna vez se daba la ocasión de introducirla en algunos de sus artículos.

Adela apareció con una tetera humeante y dos tazas colocadas en una bandeja de plata. La depositó en la mesa baja de centro, delante de los sillones, y se sentó en su butaca preferida, la que daba la espalda a una ventana con visillos claros y cortinas estampadas de motivos florales.

–¿Qué te trae por aquí, Sandrita? –preguntó cuando empezaba a verter la infusión en ambas tazas.

–Dos cosas: la primera, comentarte lo que me ha pasado esta mañana en La Concepción de La Laguna.

–¿Qué te ha pasado?

–Estaba dentro del campanario cuando comencé a sentirme mal. Estuché un sonido creciente que comenzó a marearme, e incluso me pareció oír voces.

–¿Voces? –la señora se puso tensa– ¿Te decían algo?

–Que marchara de allí.

–¡Vaya! ¡Qué inquietante! ¿Y qué hiciste?

–Pues salir corriendo, como es natural.

Adela se había crispado inconscientemente. El desenlace la relajó.

–Justo lo correcto, Sandra.

–¿Crees que debo preocuparme?

La mujer hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

–Olvídate del asunto. Eso nos puede pasar a cualquiera. ¿Y el otro tema?

–Me gustaría saber algo de uno de sus vecinos.

La mujer sonrió y terminó de preparar las tazas echando un chorrito de edulcorante líquido en cada una.

–Yo apenas conozco al vecindario. No sé de dónde has sacado la idea de que pueda informarte sobre ese tema.

Sandra no se dejó engañar. Estaba segura de que Adela conocía al dedillo a todos los vecinos de la calle. Sacó su bloc de notas y leyó la última anotación.

–Tengo una dirección: avenida del 25 de julio, 29, primero derecha.

Adela miró con cierta sorpresa a la periodista cuando estaba a punto de probar el té.

–Eso es aquí mismo. Justo enfrente de la ventana que está detrás de ti. ¿Primero derecha? Ahí está la Alianza francesa. Una asociación que fomenta la cultura y la lengua de Francia. ¿Qué buscas en la Alianza?

Sandra no esperaba una respuesta como aquella, y se quedó desconcertada.

–Me dijeron que era el domicilio de una persona.

–Pues la Alianza está en esa dirección desde los años setenta. Más de cincuenta años. Lo sé de buena tinta: Milagros, que fue secretaria durante muchos años, es buena amiga mía. Un encanto de señora que, además, pinta muy bien.

Sandra entendió que debía cortar a Adela antes de que se explayase más en la biografía de sus amistades.

–Me dijeron que ahí vivía un antiguo periodista: Tomás Afonso.

Adela sorbió el líquido con cautela. Había que comprobar su temperatura. Bebió un trago corto y dejó la taza en su regazo.

–¿Tomás Afonso? Déjame recordar. Claro que me suena: hace muchos, pero muchos años, vivía en ese piso una familia. Una pareja y dos hijas, muy pizpiretas ellas. Y sí, Afonso era periodista, ahora que lo dices. Creo que se fueron al norte, a La Orotava o por ahí cerca cuando él se jubiló.

–Me imagino que no seguirá vivo hoy día.

–Pues no lo sé, querida. Han pasado muchos años, y cuando se marchó ya era una persona de cierta edad. ¿Por qué preguntas por él?

–No sé si sabrás que esta mañana han robado el cuadro de san Juan Evangelista en la Concepción.

Adela puso expresión de espanto.

–¡No me lo puedo creer! ¿Y para qué quiere alguien un cuadro así?

–No lo sé. Estoy tratando de averiguar algo. Hace como ochenta años, el periodista citado, Afonso, escribió un artículo sobre un accidente que le ocurrió al cuadro. Y me faltan datos.

–Pues si es algo que pasó hace tanto tiempo es difícil que des con

testigos vivos, la verdad.

–Tengo entendido que tuviste alguna relación con él –Sandra tuvo un destello premonitorio y se la jugó–. Y también con la sociedad “Nivaria Desvelada”, ¿no?

Adela miró a Sandra con sorpresa, con lo que la periodista supo que había acertado .

–¿Cómo sabes esas cosas? –preguntó sonriendo–. Eso fue en mi juventud, cuando comencé a interesarme por los fenómenos paranormales. Sé que Afonso estuvo en el grupo, pero ya no estaba cuando yo ingresé. No llegué a tratarlo. ¿y por qué te interesa ese hombre?

–Porque escribió acerca de otro, que es el que me interesa de verdad. Se llamaba Ginés Padilla Curbelo, empleado del obispado en los años treinta.

Adela escudriñó en los rincones de su memoria, pero no encontró nada.

–¿Has dicho Padilla Curbelo?

–Sí, eso he dicho.

–Yo tuve una compañera de solfeo en el conservatorio que se llama Adelina Padilla Curbelo. Tal vez tenga alguna relación con el tal Ginés.

Sandra cruzó los dedos, en aquel momento podría aferrarse a un clavo ardiendo.

–¿Y qué relación mantienes con ella?

–¡Ah! ¡Muy buena! Tengo su teléfono, ¿quieres que la llame y le pregunte?

Sandra casi se pone de rodillas para rogarle que lo hiciera. Pero bastó con una serie continua de asentimientos con la cabeza. Adela tomó su móvil de encima de un aparador vintage del año de maricastaña con una radio de dial manual en su mitad izquierda y un tocadiscos en el otro lado, e indagó en la memoria. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Dio dos pulsaciones con el dedo índice sobre la pantalla y se colocó el aparato junto al oído.

–¿Adelina? Soy Adela. ¿Cómo andas? Me alegro. Mira, tengo una amiga, una chiquita estupenda que es periodista. No, no sale en la tele. Al menos, de momento. Pero está interesada en un señor que se llamaba Ginés Padilla Curbelo. ¿Lo conoces? ¡Ah! ¿Sí? ¿Tu tío abuelo? Y, ¿trabajaba para el obispado? ¡Qué casualidad! ¡Le va a encantar! ¿Puedes recibirla? ¡Estupendo! Te la mando para allá.

Sandra no se podía creer la conversación. Había dado en el clavo sin ningún esfuerzo. Esperó a que Adela colgara para que le dijera algo.

–Por lo visto era su tío abuelo –le explicó Adela, como si Sandra no hubiera escuchado la conversación–. Y tiene los mismos apellidos que

ella porque Ginesito se casó con una prima. Cosas de antes, ya sabes. Dice que vayas ahora, antes de que se haga la hora de la cena.

–¡Qué bien, Adela! –exclamó la joven–. ¡No sabes cuánto te lo agradezco! Y, ¿dónde vive?

–Pues muy fácil. ¿Te acuerdas del edificio ese de enfrente, donde está la Alianza Francesa? Pues en el piso superior, en el segundo. ¿No es casualidad?

Sandra no se detuvo a analizar el grado de casualidad del dato. Lo pensaría más tarde. Lo primero que hizo fue levantarse y darle un beso a Adela. Y lo segundo, descruzar los dedos.

29

La Laguna, junio de 1936

–¡El piano suena de maravilla! –exclamó Margaret, la esposa de Perkins, al terminar la primera pieza con la que se disponía a deleitar a sus invitados.

Los aplausos fueron decayendo con el paso de los segundos y las miradas se desviaron de la pianista al instrumento musical: un piano de pared robusto, pero de líneas elegantes. De un negro casi brillante y de una sonoridad clara y profunda al que la intérprete sacaba un rendimiento fuera de lo normal.

–La solista hace bueno cualquier piano –dijo el marido, Perkins, barriendo descaradamente para casa.

–No me has escuchado tocando un piano malo, querido.

La respuesta logró la carcajada general y creó expectación para la siguiente composición, lo que se notó en el silencio que se hizo a continuación.

El comienzo de las notas de una polonesa de Chopin emocionó al auditorio, formado por unas diez personas congregadas en el salón de la casa de Perkins, al final de la calle de San Agustín, casi lindando con el cañaveral en que terminaba la ciudad en aquella zona. La emoción embargó a casi todos: Valentina Nikolaeva miraba abstraída el artesonado del techo y los cristales de la lámpara de araña que dominaba la estancia. Aquellas melodías le parecían insulsas y extemporáneas. Y el interés de los asistentes, para ella fingido en la mayoría de los casos, le causaba una mezcla de hastío y reprobación. «Cuántas mentes desaprovechadas para hacer la revolución», pensó.

Los invitados se dividían claramente en dos grupos: dos matrimonios amigos de los anfitriones, uno inglés y otro francés, comedían su entusiasmo con aplausos ligeros. Más ruidoso y entregado era el otro grupo, el de las autoridades locales: el teniente de alcalde, un notario, el jefe de la policía local y el diácono obispal, que acudieron todos en solitario, lo que Valentina entendió para el cura, pero no para los demás. ¿Sería que los españoles no dejaban a sus esposas asistir a este tipo de veladas? ¿O era una coartada para luego alargar la noche fuera de la casa de Perkins? Valentina desechó las malas ideas que le venían a la mente. A fin de cuentas, aquello le

importaba poco.

Y así transcurrió el concierto hasta el descanso que siguió a la cuarta pieza. Tras departir unos instantes con la esposa inglesa y francesa invitadas, con lo que descubrió que solo les importaban las novedades de moda de París que llegaba a cuentagotas con las revistas francesas en las arribadas de los barcos al puerto tinerfeño, intercambió algunas frases insulsas, todas en inglés, poniendo a prueba los conocimientos del idioma de la élite local, con el notario y el teniente de alcalde, que adolecían de una falta de vocabulario que obstaculizaba seriamente una conversación inteligente.

En un momento dado, Perkins se acercó a ella y la sacó de la aburrida conversación que había entablado con el jefe de la policía, prácticamente a monosílabos.

–Tengo noticias –le dijo, guiándola hacia otra habitación cogida con suavidad del codo.

–Por fin –respondió Valentina sin disimular su tedio.

–Existe una sociedad secreta que todo el mundo conoce, y el primero, el jefe de policía, denominada “Nivaria Desvelada”.

–Me encantan ese tipo de sociedades secretas tan secretas –dijo la rusa.

–Se dedica al esoterismo, ocultismo y otros ismos similares.

–Aquí no se aburren. Entre la masonería y estos clubs de inapetentes capitalistas, los caballeros de la isla tienen la agenda llena.

Perkins sonrió ante la fina ironía de la agente soviética.

–El asunto es que uno de los dirigentes de la asociación es un falso francés, que en realidad es alemán.

–Y que todo el mundo sabe que no es francés, sino alemán.

Perkins rio por lo bajo.

–Acierta de pleno, camarada. Pero vayamos a lo que interesa.

–Soy toda oídos.

–Por lo visto, el franco–alemán se ha entrevistado con míster Conrad, el inglés recién llegado.

–Que espero que nadie sepa que es un agente alemán. En esta ciudad no estoy segura de nada de lo que sabe y no sabe la gente.

–De momento, no saben nada, pero eso puede ser cuestión de días. Lo que decía: tras esa entrevista, el franco–alemán, que se llama Hess, para más señas, ha llamado a Ginés Padilla, un hombre simple que se dedica a tareas del mantenimiento del obispado, y le ha pedido que se haga con el cuadro del san Juan Evangelista que hay en la iglesia de La Concepción.

–Me surgen varias preguntas. ¿Cómo sabe usted eso?

Perkins hizo un gesto de disculpa.

–El aburrimiento general hace que algunas personas pertenezcan a varias sociedades secretas a la vez.

–Entiendo –dijo Valentina. Lo entendía con mucho esfuerzo–. Y la segunda: ¿un cuadro? ¿Eso es lo que interesa a Conrad?

–En efecto, pero no es un cuadro cualquiera. Se trata de una pintura que obró milagros en su día, hace unos cuantos siglos.

–¿Qué tipo de milagro?

–Pues, al parecer, de la tabla del retrato del evangelista se desprendían unas gotas que eran capaces de curar la peste bubónica. Es increíble la sugestión de algunas personas.

Valentina no hizo caso al último comentario. Tenía conocimientos de las excentricidades y chaladuras de los fascistas alemanes, sobre todo por parte de ese Himmler, un payaso perverso con uniforme negro, sobre asuntos esotéricos. Si Conrad estaba interesado en la pintura, era que podía poseer alguna rara cualidad que les interesaba, y que ella tendría que neutralizar.

–¿Me equivoco al pensar que el diácono tiene poder sobre todas las iglesias de la isla? –preguntó a Perkins, que no esperaba la pregunta.

–Vuelves a acertar de pleno, don Néstor supervisa el mantenimiento de todas ellas.

–Pues preséntame al diácono.

Perkins invitó a Valentina a volver al salón y sacó al religioso de un continuo escanciar en su copa del ponche de una enorme fuente de cristal que se reducía a ojos vista

–Don Néstor, quisiera que conozca a la señorita Marple, que va a escribir sobre esta isla –le dijo en español.

El diácono, un hombre no muy alto, de escaso cabello y prominente abdomen, le dirigió una sonrisa franca a la mujer.

–He oído que es usted una gran escritora –le comentó, sin tratar de esforzarse en inglés.

Valentina ya no iba a seguir con el paripé de que solo hablaba en el idioma anglosajón, y pasó sin tapujos al castellano.

–Ha oído bien. No hay otra mejor que yo.

La falta de modestia de la frase pareció encantar al religioso.

–Pues es un honor para nosotros tenerla aquí. Si le puedo servir en algo, no dude en pedírmelo.

Perkins, imaginando lo que venía a continuación, se separó de la pareja, dejándolos solos.

–Tengo gran interés en hacer una visita privada de la iglesia de La Concepción, tal vez pueda hacer alguna donación de interés –dijo la rusa, con expresión y tono sensual–. Pero ha de ser con alguien importante que conozca sus detalles más íntimos.

El diácono sonrió, mostrando unos dientes que Valentina adivinó de inmediato que eran de lobo.

–Eso está hecho. ¿Desea algún guía en especial?

La rusa le lanzó su sonrisa más provocativa.

–Sí, usted. Nosotros dos, solos. ¿Podría arreglarse?

El diácono casi se relamió antes de contestar.

–Delo por hecho.

30

El trayecto desde La Laguna a La Orotava le llevó a Marta apenas veinte minutos por una autovía del Norte tan congestionada como siempre. Otra cosa era buscar aparcamiento en la villa, ardua misión donde las hubiera.

La Orotava se encuentra en esa difícil disyuntiva de decidir si es un pueblo grande o una ciudad pequeña. Para los locales, que se conocen en su gran mayoría, la sensación es de pueblo. Para los foráneos, el movimiento comercial, de tráfico y de personas indican que se trata sin duda de una ciudad, y de no tan reducido tamaño si se cuentan los barrios periféricos. El casco histórico está repleto de casonas centenarias, algunas con balcones espectaculares, deleites arquitectónicos que evidencian la riqueza que sus pobladores amasaron luchando contra una tierra volcánica difícil de domeñar. La Orotava fue el alter ego de La Laguna en los siglos pasados: ese hermano menor con ínfulas de grandeza que se emancipó de la tutela del primogénito y que vive su vida independiente con mayor prosperidad, aunque se le niegue la primacía en el apellido.

Una de las características de la vida orotavense fue siempre la de su inquietud cultural. Fruto de ello nacieron diversas sociedades que absorbían las novedades de todo tipo que llegaban de la lejana Europa, cuando no de la más lejana, aunque a veces más cercana, América.

Uno de estos grupos de personas apasionadas por el arte en todas sus manifestaciones creó a mediados del siglo XIX el Liceo Taoro, una sociedad que tenía por objeto el “de reunirse en un local en donde, a la par que puedan comunicarse sus ideas y pensamientos e instruirse con la lectura de periódicos y obras recomendables, se distraigan con todo género de recreo lícito y honesto”. Algo deliciosamente decimonónico para Marta.

El Liceo caminó por la senda de la Historia con diversos nombres hasta adoptar el actual, y tuvo varias sedes en las calles de la Villa hasta recalar en el llamativo palacete que ahora ocupa, en la cima de un pequeño cerro en el centro de la población. Este edificio se levantó en 1928, a instancias de los esposos Tomás de Ascanio y Méndez de Lugo y Catalina Monteverde y Lugo, que si quisieron exhibir músculo económico, lo consiguieron a la perfección. En 1975 la casa, que se quedó muy grande para la familia, fue vendida a la Sociedad Cultural Liceo de Taoro, que la mantiene en perfecto estado con añadidos y mejoras que hacen que una construcción de esas características pueda

ser más o menos funcional hoy en día.

Marta conocía todos estos datos de mucho tiempo atrás. Había acudido a la celebración de una boda y a una conferencia en el enorme y sorprendente salón existente detrás del palacete, pero nunca recorrió el edificio antiguo en busca de un piano de más de cien años de antigüedad, como iba a tratar de hacer.

Marta optó por lo fácil, como muchos visitantes de fuera, y aparcó en el edificio de Mercadona, que tenía varios pisos de garajes. De allí al Liceo era un paseo de cinco minutos. La plaza de la Constitución la recibió con su personalidad de otras épocas, con esa decadencia que se ha congelado y no va a más. El quiosco modernista, con cafetería terraza en la parte baja y templete para música en la alta, dominaba la plaza, espacio de descanso y recreo que se adornaba con la espléndida fachada del convento de San Agustín como telón de fondo.

La rampa con periódicos escalones que ascendía a tramos por el corredor central de acceso al palacete, rodeada de jardines armoniosos a ambos lados, proporcionó a Marta la sensación de realizar una subida iniciática a un templo, más que a la sede de una sociedad cultural. Cuando los últimos peldaños de la escalinata del edificio en sí terminaron bajo sus pies, la arqueóloga se detuvo y tomó aire para apaciguar los latidos de su corazón. Como había hecho en anteriores ocasiones, se dio la vuelta y contempló el mar de tejados, salpicados de campanarios aquí y allá, que certificaba la complaciente antigüedad de aquella localidad que se asomaba al distante océano Atlántico.

Marta cruzó la antesala cubierta del palacete, donde varios usuarios de la cafetería charlaban en mesas dispuestas al aire libre. La arqueóloga pasó el umbral de la puerta principal y se encontró con un ambiente de otra época, de unos años en que las damas lucían vestidos largos y abanicos cortos, y los caballeros chaleco, traje, bombín y reloj de cadena. Una estrecha alfombra roja central obligaba a la vista a dirigirse a la joya del edificio: una majestuosa escalera de mármol que se dividía en dos en el segundo tramo a la luz de altos ventanales que le regalaban luz y color.

Marta se asomó a ambos lados: a su derecha, un salón con muebles antiguos, muy elegantes –el sueño de su amigo Luis Ariosto–, languidecía en una penumbrosa espera a que alguien se decidiera a utilizarlo. A la izquierda, una cafetería con cierto aire art nouveau, vistosa y alegre, parecía llamarla a consumir cualquiera de los productos que ofrecía. Un conserje en edad de prejubilación, parapetado detrás de un atril de madera, carraspeó para llamar la atención de la recién llegada.

–¿Deseaba algo? –le preguntó con el cuello algo más estirado de lo normal. «Seguro que los botones del uniforme, tan apretado, le dan

ese aspecto envarado», pensó Marta.

–Soy Marta Herrero, de la Universidad de La Laguna. Quisiera hablar con alguien de la junta directiva.

Marta sabía que la mejor manera de evitar los obstáculos que les encantaba levantar a los mandos inferiores era preguntar por los jefes.

–¿Tiene usted cita? –la pregunta, hecha en tono displicente, era la favorita de cualquier empleado de portería.

–No he tenido tiempo de concertarla –contestó la profesora adoptando toda la expresión de sinceridad que pudo, casi pidiendo perdón–. Si fuera usted tan amable de ponerme en contacto con algún directivo, se lo agradecería en el alma.

La respuesta pareció satisfacer el ego del ujier, que gozaba imponiendo humildad a cualquier extraño a la sociedad.

–Veré qué puedo hacer.

Marta le dedicó una sonrisa amplia y esperó a las gestiones del ordenanza. Estas consistieron en caminar diez pasos, los justos para llegar a una de las mesas del exterior y dirigirse a una mujer que compartía merienda con sus amistades. La conversación duró apenas cinco segundos, y el portero volvió a dar con Marta, con semblante de haber vencido un reto muy complicado.

–La señora presidenta la recibirá en un momento –anunció.

Marta le dio las gracias y esperó. La señora, una mujer elegante, con aire de seguridad, se había levantado de la mesa que ocupaba y llegó donde estaba Marta en segundos.

–Buenas tardes, soy Carmen Leyes, la presidenta del Liceo.

Marta acepto la mano que se le ofrecía.

–Buenas tardes, soy Marta Herrero, de la Universidad de La Laguna.

–Bienvenida, Marta. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Verá, estoy llevando a cabo una investigación sobre un instrumento musical muy singular que me han comentado que se encuentra en este edificio.

–Tenemos un grupo de música en el Liceo. Disponemos de todos los instrumentos de una orquesta.

Marta no previó esa dificultad, por lo que fue directamente al grano.

–Se trata de un piano.

Los ojos se abrieron en el rostro de la presidenta.

–¡Ah! ¡El piano! Por supuesto, ¿quiere verlo?

La arqueóloga estaba encantada de que todo fuera tan rápido.

–Me encantaría. Para eso he venido.

–Pues venga por aquí –dijo, indicando el camino al salón elegante.

Marta siguió a su anfitriona y entró en un salón de dos ambientes, en los que destacaban sillas y sillones de estilo imperio clásico, con paredes forradas de madera hasta media altura, interrumpidas por

altos ventanales vestidos de visillos y cortinas color crema convenientemente recogidas. Al fondo, a la derecha, la presidenta avanzó hasta llegar a un magnífico piano de cola que parecía nuevo.

–Aquí está. El piano –dijo la presidenta, satisfecha.

La profesora no necesitó más de cinco segundos para darse cuenta de que aquel instrumento no era el que buscaba. Dio varios pasos hasta llegar a la tapa del teclado para comprobar la marca. No era la que tenía en mente.

–Creo que no es este –dijo, con algún titubeo–. ¿No hay otro?

La sonrisa de la presidenta se petrificó en su rostro.

–¿Otro?

–Sí, otro más antiguo.

La mujer recuperó en un segundo la sonrisa.

–Sí, hay otro. Pero es muy viejo y ya no puede usarse. No creo que tenga interés para usted.

A Marta se le iluminaron las pupilas.

–Lo crea o no, puede ser el que estoy buscando.

–¡Ah! ¡Qué raro! –la presidenta seguía incrédula–. ¿Quiere verlo?

–Es lo que más deseo en el mundo en este momento. Se lo aseguro.

31

Ariosto había logrado que Fidela se marchara a su casa por el expeditivo método de llamar a su hijo para que viniera a buscarla y, desde que el vehículo de su familia llegó a su domicilio, tomarle el bolso y casi empujarla hacia la puerta. A pesar de los esfuerzos de la mujer por entorpecer el intento de su jefe, este consiguió que la asistenta terminara saliendo a la calle y se subiera al coche. E incluso así, Ariosto esperó sus buenos diez minutos atisbando por las ventanas por si cambiaba de opinión y volvía con cualquier excusa.

Ya tranquilo, se dispuso a relajarse elaborando un buen gin-tónic con una generosa dosis de Whitley Neill mezclada con tónica Fentimans, su combinado predilecto. En cuanto se sentara en su butaca preferida, telefonearía a Enriqueta a ver cómo había ido la tarde.

Con esa intención se encontraba cuando recibió una llamada en el móvil. Miró la pantalla y descubrió que se trataba del inspector Galán. Respondió de inmediato.

–Buenas tardes, casi noches, estimado amigo –habló directamente al aparato sin preguntar–. ¿Cómo le va a las insignes fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado?

–Déjese de coñas, Luis –Ariosto trataba a casi todo el mundo de usted, no podía remediarlo, y Galán le pagaba con la misma moneda–, que andamos contrariados con lo que ha pasado esta mañana.

Ariosto entendió que su forma de hablar humorística, en esta ocasión, podía ser malinterpretada, por lo que decidió cambiar el tono.

–Me imagino que habla del cuadro del evangelista. Estoy horrorizado y escandalizado al mismo tiempo. ¡A dónde vamos a llegar! ¡No se respeta ni a los santos!

–No creo que la motivación sea religiosa, aunque no descarto nada.

–Me alegra escuchar eso. ¿Puedo preguntarle si las pesquisas policiales siguen pistas concretas?

–Puede preguntarlo, aunque yo tengo la obligación de no contestarle.

Ariosto pasó por alto la objeción de su amigo: estaba en su papel de policía. No esperaba otra cosa.

–Tengo la intención de consumir de modo inmediato un gin-tónic y, como sabe, le reservo media botella de Roku, esa ginebra japonesa que tanto aprecia. ¿Por qué no se pasa por casa y hablamos de ese tema que le preocupa tanto y por el que me ha llamado?

Galán pensaba que a veces Ariosto era capaz de leer los pensamientos. Desde luego, era un buen conocedor de la psicología humana.

–Me encantaría, Luis, pero hoy no puedo aceptar la propuesta. Lo siento, pero tendrá que ser por teléfono.

–No hay nada como una entrevista personal, cara a cara. Pero reconozco que este curioso artilugio inalámbrico cada vez más complejo, y que permite que hablemos a distancia, tiene su función práctica. Dígame qué desea.

Galán conocía de muchos años la forma inusual de hablar de Ariosto, como de otra época, pero consideraba que era parte de su personalidad, con lo que no le dio más importancia.

–Como siempre, esto debe quedar entre nosotros. Máxima confidencialidad.

Ariosto meditó fugazmente lo de la confidencialidad, haciendo un rápido repaso de a quién podría contar lo que le revelara Galán y a quién no.

–Por supuesto –mintió a medias.

–Una de las líneas de investigación me ha llevado a un caso de hace ochenta años.

–¡Sapristi! ¡Es una eternidad!

Galán no supo recordar dónde había leído aquella exclamación, pero tuvo que ser muy de niño, y en un tebeo. De lo que sí estaba seguro es que nunca la había escuchado.

–Resulta en que el hotel Aguere aparecieron muertas dos personas desconocidas en distintas habitaciones, sin relación aparente entre ellas. Al parecer ambas fueron envenenadas del mismo modo.

–Pues ya tienen una relación.

–En efecto, y por eso le llamo. Por la causa de la muerte.

–¿No se determinó de qué veneno se trataba?

–El veneno tuvo que estar diluido en otra bebida, de propiedades alcohólicas, que llenaba una botella.

–Pues del análisis de la bebida tuvieron que sacarse consecuencias.

–Ahí está el problema, Luis. Que no se pudo obtener resultado alguno del análisis. Por medio estuvo el 18 de julio del 36.

–¡Ah! Comprendo. No eran momentos para detenerse en análisis químicos. ¿Y en qué puedo ayudarle?

–El informe policial de la época decía que los agentes no supieron reconocer de qué bebida se trataba. Pero con seguridad, era alcohólica.

–Deduzco que no se atrevieron a probarla, dado que debía contener veneno, pero, ¿no supieron reconocer su color, su olor?

–Por eso le llamo Luis, a ver si me proporciona algo de luz. Era una bebida transparente y que no tenía olor.

Ariosto meditó medio segundo y respondió con igual presteza.

–Está claro, amigo mío, que usted es demasiado aficionado a la ginebra.

–Tampoco bebo tanto –repuso el policía, un poco molesto.

–No me refiero a la cantidad, sino a qué toma. Si fuera algo más diverso, sabría cuál es la bebida más de moda últimamente.

Galán iba a replicar que dudaba que Ariosto, tan chapado a la antigua, tratara de darle lecciones de modernidad, pero sentía más curiosidad por saber de qué le estaba hablando.

–¿Y cuál es?

–El vodka. Es una bebida incolora y que apenas huele, salvo las ultimas invenciones que le han introducido, de modo artificial, olor a hierbas. Se da el caso de que el vodka tuvo una introducción tardía en Canarias, y en la época de que me habla era una bebida totalmente desconocida, incluso para la policía de aquel tiempo, tan aficionada a los líquidos espirituosos de todo tipo.

–¿Cree entonces que se trataba de vodka?

–No es que lo crea, es que estoy seguro. Y de una cosa más también.

–Ilústreme.

–Pues de que quien introdujo esas botellas en La Laguna en 1936 no pudo ser sino alguien que estaba acostumbrado a su consumo. Y no se trataba de españoles, eso téngalo por seguro. O eran rusos o polacos, no hay otra alternativa.

–¿Rusos o polacos?

–Así es. Investigue qué personas de esas nacionalidades estuvieron por aquí en esa época y tendrá la identidad de sus cadáveres. Lo dicho: rusos o polacos. Es que el vodka es un invento de ellos, y todavía discuten acerca sobre quién fue el primero que lo elaboró. ¡Qué se le va a hacer!

32

–Querida Conchín, tenemos un problema.

Adela Cambreleng había concertado una reunión con su amiga Conchín, una mujer de unos cincuenta años, vestida con excesiva elegancia para aquella hora del día –traje de chaqueta y falda azul marino con bolso a juego–, que lucía un pelo rubio al que comenzaba a hacerle falta una sesión de tinte, y fruncía unos labios recubiertos de carmín lila, el mismo color que la pintura de sus uñas. Ambas se encontraban sentadas en el saloncito de la casa de Adela, donde hacía apenas una hora que había recibido a Sandra.

–¿Qué problema, Adela?

–Como sabemos, esta mañana han robado el cuadro del San Juan.

Conchín asintió, era difícil no enterarse de algo así. Adela prosiguió.

–Pues bien, Sandra Clavijo, ya sabes, la periodista que es amiga de mi familia, está investigando el robo..

Conchín hizo un mohín de quitarle importancia a las cosas.

–No creo que avance más de lo que lo hace la policía.

Adela chasqueó la lengua. Conchín estaba totalmente equivocada.

–Ahí está el problema –dijo la dueña de la casa–. Sandra ha oído hablar del grupo y está siguiendo esa pista.

–¿De nuestro grupo? –preguntó Conchín con cierta alarma.

–Si, está al corriente de la existencia de la sociedad “Nivaria Desvelada”, y ha venido preguntando por Tomás Afonso y por Ginés Padilla.

–Son dos miembros del núcleo antiguo, hace mucho tiempo. Tanto, que no hay nadie que se acuerde de eso.

–Sí que hay. Sandrita ha investigado en los periódicos de la época y dio con el asunto en que se vio envuelto Ginés antes de su muerte. ¿Te acuerdas? El del destrozo del tabernáculo de la pintura del San Juan, la misma que ha desaparecido hoy.

Conchín meditó unos segundos.

–Pero eso no la llevará muy lejos –vaticinó–. El cuadro volvió a su lugar una vez arreglado, y los rumores sobre la extraña muerte de Ginés son solo eso, rumores.

–Algo tuvo que ver Pierre Hess, se dice –recordó Adela

–Pero no se sabe nada concluyente. Ya han pasado ochenta años de aquello y no creo que tu amiga la periodista sea capaz de sacar nada nuevo a la luz. De cualquier manera, encuentre lo que encuentre, poco nos puede afectar.

–En eso estoy de acuerdo contigo, Conchín. Pero hay otra cuestión que me preocupa.

Conchín frunció el ceño, ya veía venir que Adela tenía algo más que contar.

–¿Qué cuestión?

–Sandra, ha estado en la torre de la iglesia y ha notado las presencias.

Las cejas de Conchín se alzaron por la sorpresa.

–¿Las presencias? ¿Las de la torre?

–Así es. Las mismas.

–Pues eso sí que es muy preocupante.

–Por eso te he llamado. Yo fui testigo de sus manifestaciones hace unos cuarenta años, y se convirtieron en un asunto grave.

–Me lo has contado –Conchín adoptó una expresión de consternación–. Costó mucho hacer volver a las presencias a su lugar de origen. Y luego, no se pudo tapar el asunto a satisfacción de todos.

–Sí, la excusa que se dio quedó un poco floja, pero el tiempo hizo que todo se olvidara, por fortuna.

Conchín volvió a tomarse un instante de meditación.

–¿Crees que el robo de la pintura tiene algo que ver con la supuesta vuelta de las presencias?

–La verdad es que en la anterior ocasión no hubo robo. De entrada, te diría que no, pero nunca se sabe.

–Pues tenemos un deber inexcusable, Adela.

–Lo sé, pero creo que debes ser tú quien inicie el camino. Yo te seguiré.

–Hay que averiguar por nosotras mismas que las presencias se han despertado antes de comunicárselo a nuestro guía. Y eso solo se puede comprobar de una forma.

–Sí, yendo a la torre en persona. No queda más remedio. ¿Cuándo vamos?

33

Olegario, aprovechó que Enriqueta se había ensimismado en la receta secular que le había revelado en su carta su amiga Amparín, secreto de varias generaciones de buenas cocineras de pimientos rellenos de arroz, para seguir rememorando sus años al servicio del ajedrecista ruso.

Recordó que tomó enseguida posesión de su nuevo cargo, que incluía la seguridad personal de la familia además de conducir un Jaguar blanco con lunares rojos, idea de doña Lola, para hacer juego con uno de sus vestidos de volantes, como ella decía. Olegario creyó en un inicio que iba a estar incómodo al volante de un vehículo tan llamativo, pero al poco tiempo descubrió que le gustaba atraer la atención de los viandantes y demás conductores, sobre todo cuando reconocían a doña Lola como pasajera. Su marido, don Sergio, pasaba mucho más desapercibido, y muchos de los seguidores de la tonadillera pensaban que se trataba de su contable, más que de su esposo.

Pero no había que engañarse, doña Lola siguió siempre enamorada de él, que le daba poca guerra, salvo cuando ella la pedía, enfrascado siempre en su mundo de casillas negras y blancas.

Lo que no sabía la cantante era que su esposo, al renegar de su pasado ruso, se había creado unos cuantos enemigos, aun sin quererlo. Cuando la URSS, pasado el período de la Perestroika y el caos que le siguió, se convirtió en Rusia, y al frente del país se colocó Maxim Rudin, llegó la hora de ajustar cuentas.

Como todo el mundo sabe, Rudin provenía de las más abyectas cloacas del Estado soviético, o sea, del servicio secreto. Y era una mancha imborrable en su historial que su propio primo hermano hubiera desertado de su país para huir a un país de pandereta como España. Lo de la pandereta lo dedujo tras ver varios vídeos musicales de la esposa, la Lola, a quien nunca llegó a conocer en persona.

Rudin movió los hilos necesarios para que a su primo le llegase un mensaje claro de que la madre Rusia esperaba, deseaba y exigía su vuelta a Moscú, y dejarse de veleidades pueriles en esos países del sur de Europa, tan excesivamente cálidos.

Don Sergio, Sergei para los rusos, contestó al hierático enviado de su primo, que había dado con él en una cafetería de Madrid, estropeándole el disfrute de su merienda, que no pensaba volver a Rusia, se lo pidiera su primo el presidente o el gran patriarca moscovita.

Para Maxim Rudin no existía el no como respuesta, por lo que resolvió enviar un comando de Spetsnaz, los feroces miembros de élite de su ejército, a secuestrar al díscolo ajedrecista y llevarlo de vuelta a su antiguo hogar.

Los seis integrantes del grupo entraron en España por separado encubiertos bajo sus disfraces de turistas, que facilitaban a cualquiera entrar en el país más permisivo del mundo. Reunidos en Madrid, se hicieron con las armas necesarias en la embajada –se podía entrar de todo bajo el paraguas de la valija diplomática–, y comenzaron a planear la captura de Sergei Rudin. En dos semanas conocían su domicilio, sus hábitos y responsabilidades, así como los de su esposa, que viajaba bastante por sus giras de conciertos. También habían reparado en el empleado del maestro, un tipo cargado de hombros con aspecto de ex boxeador de cuyo pasado no pudieron lograr ningún dato más allá de su nombre, a pesar de emplearse en ello los servicios secretos rusos.

El plan era sencillo: aprovechar la ausencia periódica de la esposa, neutralizar al chófer, capturar al objetivo, sedarlo, meterlo en uno de sus coches y llevarlo a la embajada. Allí sabrían como empaquetarlo de vuelta a Rusia.

Una noche sin luna de comienzos de verano, antes de que comenzara a hacer demasiado calor, el equipo de veteranos militares se puso manos a la obra. Sergei Rudin vivía en un chalet en las afueras de Madrid, en Villanueva del Pardillo, adquirido gracias al creciente éxito de la cantante, lo que facilitaba, a priori, el operativo. Cinco hombres vestidos de negro con pasamontañas incluido, saltaron la verja del domicilio, mientras el sexto esperaba controlando los coches en los que habían llegado.

Al soldado que quedó fuera le sorprendió que saltara una ruidosa alarma pocos minutos después de perder de vista a sus compañeros. Se suponía que anularla era lo primero que tenían que hacer. Lo normal hubiera sido que el resto del comando saliera lo más rápido posible del perímetro del chalet, pero no volvió ninguno. Siendo consciente de que comenzaba a parecer sospechoso, el Spetsnaz decidió ponerse al volante de uno de los vehículos y estar dispuesto a darse a la fuga en cualquier momento. O eso pensaba, porque una sombra surgió a su espalda y un potente derechazo inesperado lo dejó fuera de combate. Despertó en un calabozo de la Dirección General de la Policía, junto a dos de sus compañeros. Estos le refirieron que el chalet estaba lleno de trampas de lo más profesional, y que de los cinco que entraron, tres quedaron encerrados en una habitación, cuya puerta, que resultó ser blindada como todas las del edificio, se cerró automáticamente detrás de ellos al entrar. Otro se quedó atascado en el ascensor que subía al primer piso, y el último, tras un breve combate de kickboxing con el

chófer, que había aparecido de no se sabe dónde, acabó esposado de pies y manos al pasamanos de la escalera.

El asunto pudo haberse convertido en un escándalo internacional, pero logró taparse por el gobierno español que, tras un intercambio de mensajes con los subalternos de Rudin, devolvieron a los detenidos a la embajada. A cambio, obtuvo la promesa formal del mandatario ruso de no volver a intentar expresar de aquella manera su amor por su primo y dejarlo vivir en paz en España.

Olegario no salió del anonimato, como había pedido expresamente, pero los rumores que siempre propaga algún político ruin, unidos a la presencia constante de periodistas en torno al chalet en cuanto volvió la cantante, aconsejaron al chófer a renunciar a su cargo y a buscar nuevos horizontes lejos de los paparazzi.

Y eso hizo, a pesar de los ruegos de sus empleadores, que le ofrecieron volver cuando quisiera. Pero nunca quiso, aunque siempre les guardó un afecto especial.

Y ahora, con motivo de lo que le había contado Enriqueta, iba a desempolvar su libreta de números de teléfono para llamar a don Sergio, seguro de que se iba a poner al teléfono.

–¿Don Sergio? Soy Olegario Mora –dijo cuando el destinatario contestó a la llamada–. ¿Cómo está? Me gustaría hacerle una consulta. Sí, de ajedrez, ¿de qué iba a ser si no?

34

La Laguna, junio de 1936

Ginés Padilla se encontraba cambiando las bombillas fundidas de la sacristía de la iglesia de La Concepción cuando sintió que alguien entraba en el templo. Terminó de enroscar la lámpara y bajó de la escalera de madera en la que estaba subido. Eran apenas las ocho de la mañana y ese día la misa no comenzaba hasta las diez. Había dejado una de las puertas laterales sin pasar el cerrojo, de modo que pudiera abrirse con solo empujarla, y escuchando el ruido de pasos sobre el suelo de piedra provenientes de ese lugar, dedujo quién era la persona que había entrado.

Se asomó a la puerta de la dependencia y, a pesar de la tenue luz que se filtraba por los altos ventanales, distinguió la silueta de Pierre Hess, su padrino de masonería.

–Buenos días, señor Hess.

El francés, elegantemente vestido con traje, chaleco y corbata, se acercó con el sombrero en la mano y se detuvo al pie del altar, sin subir los escalones.

–Buenos días, Ginés. Empiezas la jornada temprano.

Padilla se acercó al recién llegado. No era necesario que se hablaran a gritos.

–Cuanto antes empiece, antes acabo. Y sin gente, trabajo mejor.

–Comparto esas afirmaciones, Ginés –aprobó Hess echando un vistazo a su alrededor–. Y el hecho de que no haya nadie favorece la misión que se te ha encomendado.

Padilla se estrujó las manos en un trapo que portaba, nervioso.

–¿En verdad tengo que hacer eso? ¿No puedo hacer otra cosa?

A Hess no le gustaba la indecisión de su discípulo en la logia y no trató de disimular su impaciencia.

–¡La primera norma es la obediencia, Ginés! Si a las primeras de cambio vas a poner pegas, no veo clara tu admisión en el grupo. Sería una gran decepción para tu hermano, que es tu fiador.

El empleado de mantenimiento del obispado levantó las manos, capitulando.

–De acuerdo, de acuerdo. Lo haré.

Hess se tranquilizó, pero no sin refunfuñar.

–Ya lo hemos hablado: el tabernáculo tiene que sufrir un pequeño accidente que exija su traslado al taller. Algo de poca monta, que pueda ser reparado en un par de días.

–Voy a buscar las herramientas –respondió el operario, resignado.

Padilla volvió a la sacristía y regresó al cabo de un minuto cargando la escalera en un hombro y llevando una caja de trabajo en la mano. Pasó por delante de Hess y se dirigió a la derecha, a la nave del evangelio. Dejó la escalera al pie del retablo que enseñoreaba la pared del fondo de la capilla y la abrió hasta que la cuerda central se tensó y fijó la apertura máxima de los dos lados de escalones de madera.

–A ver cómo lo hacemos –dijo Padilla, más para sí que para Hess, que lo había seguido hasta ese punto.

–Se te puede caer un martillo sobre el tabernáculo de plata. Ese metal se deforma con poco.

Padilla se rascó la nuca, sopesando la idea.

–Se puede hacer, pero ¿cómo explico el uso de un martillo en un altar de plata?

Hess volvió a fruncir el ceño. Aquel neófito no hacía sino plantearse obstáculos en vez de evitarlos.

–¿Crees que alguien te va a preguntar? –preguntó el francés, irritado–. Lo llevabas en la cintura y se ha desprendido del cinturón. ¿Te vale?

–Tendría que subir a lo alto de la escalera para eso.

–Pues hazlo. También hay que limpiar el cuadro que hay en la parte superior del retablo, con lo que es normal que subas.

Padilla miró hacia lo alto, calculando si con la escalera de que disponía sería suficiente para llegar.

–Se puede hacer –dijo de nuevo en voz alta.

–Pues venga, que yo aguanto la escalera.

Hess aferró ambos lados con sus manos y esperó a que Padilla subiese. El operario se enfundó un martillo en el cinturón y comenzó a escalar los peldaños de madera. En cuanto llegó arriba, sacó el martillo.

–Vamos, un leve toque en una esquina y habrá que sacar toda la pieza para repararla.

Padilla, con ambos pies sobre el final de la escalera, haciendo equilibrio, dio un golpe con el martillo en una esquina del tabernáculo.

–¡Más fuerte! ¡Que no ha dejado huella! –voceó Hess desde abajo.

Padilla volvió a martillear la plata, dejando una abolladura perceptible.

–Ahora sí –dijo el francés.

A continuación, Hess aplicó el peso de su hombro sobre la escalera,

empujándola y terminando por volcarla sobre el retablo.

–¿Qué hace? –preguntó Padilla antes de perder el equilibrio y caer sobre el tabernáculo, luego sobre el saliente del altar y finalmente llegando al suelo con violencia.

Hess se acercó al empleado del obispado, que se había quedado tendido en el pavimento sin poder moverse con una expresión de dolor y de asombro.

–Me tendrás que perdonar, mi querido Ginés, pero debe parecer un accidente de verdad. ¿Lo comprendes?

35

Los subinspectores Ramos y Morales esperaron pacientes el final de la misa de seis y media que oficiaba don Cosme, el párroco de La Concepción. El cura hizo alusión en su sermón a la desaparición del cuadro del Evangelista y, usando un lenguaje elegante, se deshizo en reproches y vituperios hacia sus autores. En resumidas cuentas, que tenían el infierno ganado a pulso.

Los policías aguardaban, cerca ya de las siete y media, porque el sacerdote no había podido atenderles antes. Ramos se sorprendió de lo ocupada que tenía la agenda aquel hombre. Que si misa por la mañana temprano; Cáritas hasta el mediodía; control del comedor social antes de comer; formación de los catequistas a primera hora de la tarde y después, antes de la misa, unas cuantas horas en el centro socio asistencial de la parroquia: hoy tocaba atender a inmigrantes africanos. Para que luego dijeran que los religiosos eran unos holgazanes.

Mientras el sacristán recogía los utensilios de la ceremonia –ya había sido convenientemente interrogado y se había entrevistado con el dibujante para hacer el retrato robot del sospechoso–, don Cosme se quitó los ropajes sacerdotales y salió de la sacristía.

–Gracias por la paciencia, hijos míos –les dijo a los subinspectores en cuanto llegó a su altura, cerca de la puerta sur, la que daba a la plaza del doctor Olivera.

–No hay de qué, padre –contestó de inmediato Morales, que se ufanaba de conocer al párroco. Ramos no iba nunca a misa.

–Estoy a vuestra disposición.

–Necesitamos saber quiénes tienen llave para entrar en el templo –dijo Ramos a modo de pregunta–. También si tiene noticia de alguien que pueda tener interés en ese cuadro o en fastidiar a los feligreses.

Don Cosme tomó aire antes de responder.

–Las llaves de las distintas puertas de la iglesia y de la sacristía están repartidas entre cinco o seis personas, todas de mi máxima confianza. Las tienen desde hace más de diez años y nunca ha pasado nada. No es comprensible que si una de ellas deseara atentar contra la imagen, hubiera esperado tanto tiempo para hacerlo.

–No obstante, le pediremos sus nombres –respondió Ramos.

Don Cosme asintió con algo de resignación antes de continuar.

–Respecto a la segunda cuestión, salvo ese señor que estuvo merodeando por aquí estos días pasados, no recuerdo a ninguna otra persona que tuviera un interés especial por el san Juan. Como todos

saben, es objeto de culto por muchos fieles, que vienen a rezarle cuando ellos o sus familiares sufren alguna enfermedad, por lo que suele haber gente en torno al retablo, pero nada fuera de lo común.

–¿El retablo tiene algún cuidador especial?

–Hay un servicio de limpieza general, y de los detalles cuidan los esclavos.

–También nos proporcionará la referencia de ambos, por favor.

–Por supuesto, hijo.

Ramos se sentía algo incomodo con ese modo tan peculiar de dirigirse a él por parte del cura, recordaba un refrán que siempre citaba su padre en torno a lo de que de “no digas de esa agua no beberé…”, y lo que le seguía.

–Y respecto a la tercera cuestión –don Cosme no se había olvidado de ninguna de las preguntas–, por desgracia, hay mucha gente a la que no le gusta la labor de la Iglesia. ¿Quiere que se los enumere?

–No hace falta –objetó el subinspector–. Me refería a alguien que quisiera ofender o molestar a los seguidores de san Juan.

El cura, dubitativo, pensó unos instantes la respuesta.

–Quien ofende a un santo, nos ofende a todos. No se puede hablar de un culto que prime sobre otros en esta iglesia. Y la verdad es que no se me ocurre nadie en especial que le tanga tanta tirria a la imagen o a sus seguidores.

Don Cosme pareció pensarse de nuevo la última frase.

–¿Algo más? –preguntó Ramos, que adivinó que el cura dudaba en seguir con la respuesta.

–Es solo una leve sospecha. No creo que sea importante –dijo el sacerdote.

–¿De qué se trata, padre?

Morales, que se había mantenido en un segundo plano por aquello de no irritar al párroco, lanzó la pregunta para ayudarle a terminar la frase.

–Hay un grupo de cristianos minoritario que tienen especial devoción por san Juan, el evangelista. Hace cosa de un mes, nos pidieron permiso para que le prestásemos la imagen durante una de sus ceremonias.

–¿Le pidieron permiso para sacar el cuadro de la iglesia? –preguntó Ramos de nuevo–. ¿Eso es normal?

–Pues no, y por eso se lo denegamos, por supuesto. Quedaron algo descontentos con nuestra respuesta.

A Ramos no le cuadraba algo en la frase del cura.

–Un momento, don Cosme –Ramos se resistía a llamarlo padre–. ¿Para qué querían trasladar la imagen? ¿No les bastaba con venir a esta iglesia?

–Es que ellos no entran en iglesias católicas.

–Ahora sí que no le entiendo. ¿No dijo que eran cristianos?

–Cristianos, sí, y minoritarios también. Son ortodoxos, pertenecientes a la iglesia ortodoxa rusa. Tienen sus propios ritos, algo distintos de los nuestros.

–¿Existe una iglesia ortodoxa rusa en Tenerife? –repreguntó el subinspector con gesto de incredulidad.

–Yo también me hice la pregunta cuando les recibí por primera vez, hijo. Existen, al menos, eso es lo que parece.

–Morales, tendremos que hacer una visita a esos ortodoxos.

–Trátelos bien, subinspector –le pidió don Cosme–, a fin de cuentas son cristianos. Y por cierto, me gustaría verle más por aquí.

Ramos sabía que el comentario llegaría tarde o temprano.

–Es que yo soy de otra parroquia –mintió, sabiendo que el cura, ni nadie, le creería.

–Pasa, pasa, no te quedes en la puerta.

Adelina Padilla Curbelo era una señora muy peripuesta de la misma edad que Adela, poco más o menos. Para el escaso tiempo que había tenido, se había vestido como para salir de cóctel y lucía un maquillaje de esos que llevan horas de ejecución. Sandra, a primera vista, se preguntó cómo era posible un arreglo así en tan poco tiempo, aunque también podía ser que la mujer viviera en permanente arreglo.

–Muchas gracias por recibirme tan pronto –dijo una sonriente Sandra apenas cruzó el umbral de la puerta.

–No es nada. Viniendo de parte de mi querida Adela es un placer que vengas a verme. Mi hija no ha vuelto del trabajo todavía, así que me viene bien un poco de conversación.

La periodista esperó a que la dueña de la casa cerrase la puerta y le indicara el camino. Si la elegante fachada del edificio avanzaba que tenía una antigüedad superior al siglo, la distribución interior de la vivienda se lo ratificó. La puerta de entrada daba a un pasillo largo que se desarrollaba a su izquierda. A la derecha, aparecían dos salones que daban a la calle, uno mayor que el otro, unidos por una puerta central. El más cercano hacía las veces de sala de estar y el otro, de comedor. El corredor dejaba a su izquierda dos baños y un cuarto, y a la derecha se adivinaban dos habitaciones más. Al fondo, entrevió una cocina antigua de encimera de obra cubierta con piezas de mármol. El suelo lucía baldosas hidráulicas con motivos geométricos, y en algunas paredes se levantaban hasta media altura azulejos multicolores. Todo muy vintage, como la propietaria.

Sandra no pudo escudriñar más, Adelina la hizo pasar al salón, indicándole un sofá amplio de capitoné años cincuenta para que se sentara al tiempo que ella lo hizo enfrente, en una mecedora veterana. La sala aparecía elegantemente dispuesta, con muebles oscuros de caoba o de un material parecido, y cortinas de raso de un color neutro tirando a tostado.

–Me dijo Adela que estabas interesada en mi tío abuelo Ginés, que en paz descanse.

–Así es, doña Adelina.

–Llámame Adelina, por favor.

–De acuerdo. Sabrá usted que esta mañana se ha descubierto la desaparición del cuadro de san Juan Evangelista en la iglesia de La Concepción.

–Sí, lo vi en las noticias. Es todo un desatino. ¿Quién habrá sido el

majadero que lo habrá hecho?

–En eso está la policía. Y en eso estoy yo.

La mujer abrió los ojos de modo desmesurado.

–¿Estás aquí para preguntarme sobre lo del robo? Te advierto que no he tenido nada que ver.

Sandra se rio ante la inesperada salida de la señora.

–¡No, por Dios! Nunca se me ha pasado esa idea por la cabeza. Quería preguntarle por su tío abuelo Ginés.

–Muy bien, pregunta. Pero antes, ¿quieres tomar algo?

La mujer hizo ademán de levantarse.

–No, gracias, ya casi es la hora de cenar. Mejor hablemos.

La señora se acomodó en su asiento y comenzó a mecerse, esperando a que Sandra iniciara el interrogatorio.

–Su tío Ginés trabajaba en el obispado en labores de mantenimiento.

–Yo no lo conocí personalmente. Era apenas una cría cuando murió, así que todo lo que te pueda referir me viene contado por mi familia. Según decían, era un manitas consumado. Sabía de todo, y por eso los diferentes obispos para los que trabajó lo mantuvieron en nómina.

–Eso tengo entendido. He averiguado que se encargó de la reparación del tabernáculo de san Juan Evangelista una vez que se estropeó, en 1936.

–Pues ya sabes más que yo. ¿Ese no fue el año en que falleció?

–En efecto, fue poco después de la reparación.

Sandra revisó sus notas y las leyó.

–El accidente que provocó el deterioro del retablo de san Juan fue el 4 de junio. El cuadro y su marco de plata se colocaron de nuevo en su lugar el 19 de ese mes, y el fallecimiento de su tío abuelo fue el 1 de julio.

–¡Hay qué ver qué detallista eres!

–Es mi trabajo, Adelina. Me gustaría saber si recuerda cuál fue la causa de la muerte de Ginés.

La semi sonrisa de la señora se convirtió en un rictus de desagrado. Sandra lo notó al instante, aunque su anfitriona recuperara la compostura instantes después.

–¿He dicho algo que le molestara? –preguntó la joven.

–No, no es nada –dijo la señora antes de lanzar un suspiro–. Mi madre me contó una vez que el tío Ginés no murió de muerte natural.

Sandra se envaró en su asiento. Aquello se ponía interesante.

–¿Qué le ocurrió?

–Según sabe la familia, fue asesinado, aunque trataron de que pareciera un ataque al corazón.

–¿Puede ampliar esa noticia? –preguntó Sandra, excitada. Había

noticia, estaba segura.

–La policía nunca estuvo segura, pero los agentes tuvieron la sospecha de que fue envenenado con un brebaje desconocido.

–¡Vaya! ¿Y se sabe por qué? ¿Por quién?

–Ahí está el problema. Mi tío abuelo era un simple empleado del obispado. No era nadie importante como para que alguien quisiera acabar con su vida. La policía sospechó de una mujer extranjera muy bella, una escritora de viajes que estuvo muy interesada en la pintura durante su restauración.

–¿Se sabe el nombre de esa mujer?

–Ese dato no lo tengo. Solo se decía que era "la amiga del diácono".

Sandra se volvió a sorprender.

–¿La amiga? ¿Muy amiga?

–Esas cosas no se preguntaban entonces, y menos se respondían. Pero esa pista no nos lleva a ningún lado.

–Pues prometía, y mucho. ¿Y por qué no?

–Porque esa mujer murió también envenenada, junto a otro hombre, en el hotel Aguere.

Sandra dio otro bote en el sofá.

–Esto no es que prometa. ¡Es que es todo un culebrón!

37

La presidenta del Liceo de La Orotava hizo subir a Marta por la alfombra roja de la fabulosa escalera central y, al llegar arriba, la guio por el pasillo de la izquierda, tras salvar el cordón que evitaba que los visitantes de las exposiciones de la planta alta se colaran en las habitaciones de los corredores laterales del palacete.

Tras un giro de noventa grados, Marta contempló que la línea de moqueta granate del suelo terminaba en una puerta alta, cerrada, al igual que las otras que le antecedían a su derecha, todas ellas iluminadas por los ventanales del otro lado, vigilantes del patio interior.

Pero no fue esta simetría de puertas y ventanas lo que atrajo la atención de la arqueóloga, sino el objeto que se vislumbraba al final, justo tras el quiebro de una escalera de madera: el piano.

La presidenta avanzó con determinación y Marta la siguió expectante. Al primer vistazo el instrumento aparecía viejo y ajado. Los bordes desgastados de la pintura negra original le otorgaban un aire vetusto de serena decadencia. El diseño era elegantísimo para un piano de pared: tres metopas enmarcadas, dos de ellas con reposa velas, formaban el frente, y una tapa de suave caída redondeada era el techo de un par de pedales gastados.

Marta se acercó de inmediato y buscó la marca. No la encontró, por lo que, sin pedir permiso, subió la tapa. Se encontró con la esperable serie de teclas en perfecta disposición, aunque el color de las blancas abarcaba varios tonos de oscurecimiento en el marfil caduco, que le recordó a Marta la dentadura de algunos pastores nómadas del Sáhara. La vista de la arqueóloga pasó con rapidez del teclado al interior de la tapa, donde aparecía la marca.

–¡Ortiz y Cussó! –exclamó, para sorpresa de la presidenta.

–¡Ah! ¡Vaya!, veo que es una entendida –le comentó con esa incomodidad que surge cuando alguien hace ver que un objeto intrascendente puede ser un tesoro valioso.

–Este es el que busco –anunció.

–Pues ya lo tiene a la vista. De ahí no se va a mover.

–Es un ejemplar que se fabricó entre 1898 y 1904, hay muy pocos en el mundo –dijo la arqueóloga en tono solemne, repitiendo lo que aprendió de don Roque.

La presidenta se quedó asombrada. El piano viejo que nadie quería y que se estaba convirtiendo en un problema tenía un valor inesperado. Lo miró con otros ojos. ¿Valdría la pena restaurarlo? Se

acordó de las especiales circunstancias de su propiedad. ¿Se podría reparar?

Marta, ajena a los pensamientos de su anfitriona, bajó la tapa con cuidado y comenzó a examinar el instrumento. Probó a ver si se abría el cuarterón central, como había visto en alguna fotografía antigua. En algunos modelos era el lugar donde se guardaban las partituras y de una estrecha repisa para colocarlas. La pieza de madera no se abrió. Ese era el lugar donde la profesora esperaba encontrar algún papel, pero aquel modelo no tenía doble fondo. Algo decepcionada, inspeccionó la parte superior y la parte inferior con ojo metódico buscando cualquier fisura en las junturas de la madera. No encontró ninguna. Se volvió hacia la presidenta, que la miraba con extasiada curiosidad.

–¿Puedo ver el piano por detrás?

La pregunta sorprendió a la señora, y tardó en responder, titubeando.

–Es que, pesa muchísimo, y creo que la estructura debe de estar delicada. ¿Es imprescindible? Si lo movemos por la fuerza, tal vez se rompa algo dentro.

Marta asintió, la presidente podía tener razón. No sabía cómo podía estar el armazón tras más de ciento veinte años de vida.

–¿Y podría ver su interior?

La anfitriona sabía que el techo del piano podía levantarse como paso previo a su desmonte para afinarlo, pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

–¿Sabe usted abrirlo? –preguntó la presidenta, algo tensa e insegura.

Marta había visto a don Roque en acción durante sus años de juventud, y conocía el método.

–Por supuesto –contestó con seguridad para tranquilizarla–. ¿Me permite?

La mandataria del Liceo dudó. ¿Debería consultarlo con su junta directiva?

–¿No sufrirá el instrumento?

Marta le dedicó una sonrisa de suficiencia.

–Claro que no. Están diseñados para abrirse.

–Lo digo porque hace muchos años que no se abre.

Marta rebuscó en su bolso. Había venido preparada.

–Solo hace una llave como esta –dijo, exhibiendo a la presidenta el utensilio metálico de don Roque.

–De acuerdo, pero con cuidado, por favor.

Marta aplicó el extremo de la herramienta en los huecos previstos para ello y, tras un leve forcejeo, logró levantar la tapa. La fijó con cuidado y ambas mujeres miraron dentro. Un sinfín de columnas de

cables y contrapesos recorría el interior del instrumento de un lado a otro. El polvo se había adueñado de todas las superficies horizontales, y se había adherido como una estrecha camisa a las verticales.

–Ya le dije que no se había abierto en mil años –se excusó la presidenta, algo azorada del aspecto que ofrecía un piano del Liceo.

–Es normal –dijo Marta por decir algo. Su mirada se centró en los bordes internos de la caja y en cualquier hueco que saltara a la vista, en busca de papeles o algo que pudiera contenerlos. Tras un rato de inspección, no encontró nada.

–Tal vez haya que desmontar la parte inferior –dijo en voz alta, más para sí que para la presidenta–. No alcanzo a ver los bajos.

La señora no pudo evitar apretar los labios. Lo que le estaba pidiendo le parecía excesivo.

–Lo siento, pero eso no puede hacerse sin supervisión especializada. Este piano nos llegó como legado junto con el edificio. Y en una cláusula legal del contrato se especifica que no puede sufrir ninguna modificación.

–Se desmonta y se vuelve a montar –dijo Marta en su descargo.

–¿Y si se estropea y no puede volver a montarse? Compréndame. Si le es tan importante, debería hacer una solicitud formal y la junta directiva consultará con algún especialista antes de autorizarlo, es el protocolo usual. –la mujer parecía preocupada por no poder atender a su huésped–. Si me dijera qué busca tal vez podría ayudarla.

Marta sintió que ya había abusado de la predisposición de la presidenta y la estaba colocando en una situación comprometedora.

–Si se lo dijera no me creería –respondió con otra sonrisa–. No se apure, Carmen, con lo que he visto, me basta.

La presidenta se relajó un poco. Marta aprovechó el momento para lanzar su última petición.

–¿Puedo hacer alguna fotografía?

–Todas las que quiera –la señora le devolvió la sonrisa–. Pero no tarde demasiado, quisiera invitarla a tomar algo, y la cafetería cierra a las nueve.

38

La Laguna, junio de 1936

En el taller de reparaciones del obispado se podía encontrar cualquier cosa que se pudiera estropear en una iglesia: desde las excelsas obras de arte hasta los cables de las lámparas pasando por el mobiliario. Pero no se encontraba en la misma sede obispal, en lo que en otro tiempo fue el palacio Salazar de Frías, en la calle de San Agustín, sino en los bajos de una casa terrera que compartía patio trasero con el edificio principal, y a la que se accedía por la calle Anchieta.

Al contrario que el taller, que era una casa anodina de finales de siglo anterior, el obispado era una construcción noble que destacaba de las circundantes debido a su fachada barroca de piedra gris azul oscuro, tan especial, que solo tenía similitud con el palacio de Nava en la plaza el Adelantado, ambas provistas de un oscuro aire de misterio, sobre todo en los días de lluvia.

Valentina Nikolaeva entró en la estancia principal del taller, siguiendo los pasos del diácono, don Néstor. El ambiente estaba impregnado de un olor a barnices y a serrín, con un leve aroma a goma quemada, lo típico en un taller multiusos. Cuatro mesas de dos metros de largo se alineaban en la estancia. Las paredes aparecían forradas por estanterías de hierro llenas de todo tipo de herramientas, cables y piezas de metal, retales de telas y fragmentos de madera que tal vez pudieran ser reutilizables algún día. En la mesa del fondo, sobre su superficie, se encontraba el tabernáculo del evangelista.

–Lo han traído hace unas horas desde la iglesia de La Concepción –dijo el diácono, que se las había ingeniado para que todos los operarios tuvieran la tarde libre.

–Me han comentado que ha ocurrido un accidente –dijo la rusa. El conserje del hotel era un diario ambulante.

–Así es. Ginés, el operario de mantenimiento, se ha caído de una escalera con tan mala suerte que ha abollado la plata con el golpe –el prelado se acercó a la deformación de la plata que recubría la pieza dañada–. Pero no parece nada serio.

Valentina, que vio que el diácono hablaba mirando el deterioro, preguntó:

–¿A qué se refiere? ¿Al empleado o al tabernáculo?

El diácono miró a Valentina y sonrió. Le agradaban los comentarios agudos.

–A los dos. Ginés, según me ha dicho don Braulio, el médico, está fuera de peligro, pero se ha roto un par de costillas, por lo que tendrá que estar en el hospital unos días. Y respecto al golpe en la plata, tenemos otro hombre que sabrá repararla. Cuestión de pocos días.

Valentina se acercó al cuadro, que se encontraba encastrado dentro de la fachada de la pieza de madera. Examinó la pintura y no le encontró nada especial. Un imberbe san Juan Evangelista, con cara de ingenuo, parecía oír sin escuchar las consejas que un águila que con expresión malévola parecía dictarle a su espalda.

–¿En verdad hizo milagros esta imagen? –preguntó..

El diácono se acercó a la mujer, y aprovechó para apoyar su mano en el hombro.

–Hay documentos que dan constancia de testigos de la época que juraron y perjuraron que los milagros existieron. No es una leyenda cualquiera.

–Me parece increíble –contestó la mujer.

El diácono sonrió.

–Todos los milagros lo son. Y los hay a nuestro alrededor, todos los días. Es asombroso cómo el altísimo ha creado tanta belleza en este mundo terrenal.

Valentina entendió que el religioso se refería a ella, su mirada era inequívoca. Tocaba continuar con su labor de seducción, pero al ritmo que ella dispusiera. Se zafó del brazo con un movimiento elegante.

–Menos mal que hay gente cultivada que se da cuenta de las cosas que verdaderamente importan, Néstor. ¿Puedo llamarte Néstor?

–Puedes, pero solo en privado, por favor.

La atención de la rusa volvió de nuevo al cuadro.

–Esta pintura, ¿cómo se hace para sacarla del marco de plata que la recubre?

El religioso sintió algo de fastidio por volver a un tema de tan poco interés para él, pero se plegó a la curiosidad de la mujer.

–Se desarma por detrás. En la parte posterior hay una tabla que recubre el reverso y da fuerza a la estructura.

Valentina se agachó y examinó la esquina trasera de la pieza. Varios clavos mantenían fijada la tapa a la pieza recubierta de plata. Con la garra en uve de un simple martillo podría desclavar las fijaciones. Miró a su alrededor y comprobó que las contraventanas tenían sujeciones giratorias muy simples. Bastaba con posicionar horizontalmente una de ellas y dejar la cremona abierta para poder empujarla desde fuera y colarse dentro del taller. Era fácil, aquella misma noche intentaría hacerse con la pintura. Ahora, tocaba distraer

un rato al diácono, lo que sería más fácil todavía.

–Néstor, ¿no hay algún otro lugar con menos luz en este taller?

–¿Con menos luz? –preguntó el religioso. Por fin la escritora decía algo interesante.

–Sí, un rincón más íntimo.

–Se puede buscar –dijo, casi babeando.

39

–Pero antes de contestar, juguemos una partida rápida. ¿Tiene un tablero a mano?

Olegario sonrió. Don Sergio no cambiaría nunca. Hacía casi diez años que se había despedido de su trabajo como chófer, guardaespaldas y hombre de confianza del maestro ruso, y lo primero que le proponía antes incluso de preguntar por su salud, era jugar una partida rápida.

–Un momento.

Olegario, con el móvil en la mano se dirigió a la cocina, donde Enriqueta estaba preparando la cena. Se asomó a la puerta.

–¿Puedo utilizar el ajedrez de figuritas de marfil de la entrada?

Doña Enriqueta desvió por un momento la vista del hervidito de verduras que cocinaba y, con algo de sorpresa, respondió al chófer.

–Sí, claro. Pero, ¿va a jugar usted solo?

Olegario sonrió e indicó con el índice el teléfono.

–Con un amigo. Será rápido.

–Tenga cuidado, que las piezas son muy valiosas. Es un regalo que le hicieron a mi difunto Epifanio, y tiene un valor especial.

–Todo el cuidado del mundo –respondió el chófer, y desapareció del umbral de la puerta.

Se dirigió por el pasillo hacia la entrada y allí, sobre una mesa estrecha de recibidor, localizó el tablero y las piezas, bien dispuestas sobre él. Tomando con extrema delicadeza la tabla, la llevó al salón, la depositó sobre la mesa de centro y se sentó en el sofá, enfrente de ella.

–¿Blancas o negras? –preguntó Olegario por teléfono.

–Le dejo la iniciativa: blancas para usted.

–Pues peón cuatro rey –anunció el chófer.

La partida comenzó a desarrollarse a una velocidad notable, los jugadores desplegaban sus aperturas y sus defensas de una manera automática, hasta que se llegó al juego medio tras un gambito danés rehusado y una defensa Sorensen.

–Esta partida yo la he visto alguna vez –dijo Rudin–. ¿Está estudiando ajedrez, estimado Olegario? ¿No es la de Mariano Gambín contra Aleksander Alekhine en Melilla, septiembre de 1945?

–No sabría decirle, señor. Me baso en mis recuerdos de antaño. Y me siento oxidado.

–Es que está oxidado, amigo mío.

La partida continuó con un intercambio de piezas hasta que las negras pudieron cambiar una torre a cambio de un caballo. A partir de

ahí los sucesivos intercambios terminaron con ventaja de la calidad de las torres frente a torre y alfil. Olegario trató de defenderse, pero vio que no tenía nada que hacer. En unas cuantas jugadas quedaría a merced del ruso.

–Abandono, querido maestro.

–Tiene que ejercitarse algo más. Pero ha sido un buen contrincante.

–Muchas gracias.

–Bueno, ahora que hemos terminado, ¿cómo está, Olegario? ¿Cómo le trata la vida?

–Estoy bien, señor. Ahora en Tenerife, al servicio de un caballero distinguido.

–Como no podía ser de otro modo. ¿Juega al ajedrez?

–Existe un tablero con piezas de jade en su casa, pero nunca lo he visto jugar.

–Sería una pena que la labor artesanal de quien las esculpió no se aproveche. Pregúntele si juega.

–Lo haré. Usted y doña Lola, ¿todo bien?

–Estupendamente. Con unos añitos más, pero bien. Y tranquilos, que es lo importante. Desde el episodio aquel de la intrusión en nuestra casa, no ha vuelto a ocurrir nada parecido.

–Me alegra mucho escuchar eso, don Sergio. Y ahora, por lo que llamaba.

–Usted dirá.

–Tal vez sepa que en la primera mitad del siglo pasado varios grandes maestros vinieron a España a celebrar partidas de exhibición.

–En efecto, sé que hubo varios. No muchos, la verdad.

–¿Sabe si alguno de ellos vino a Canarias entre 1930 y 1950?

–¿A las Islas Canarias? Tengo que consultarlo. Es una pregunta algo rebuscada. No tardaré mucho en averiguarlo. Le llamo en cuanto obtenga el dato.

–Muy bien, le espero.

Olegario cortó la comunicación. Si alguien podía contestar a su pregunta, don Sergio era la persona más adecuada. Colocó las piezas en posición de inicio de partida y llevó el tablero a su lugar, en la entrada del domicilio. A la vuelta, se pasó de nuevo por la cocina. Doña Enriqueta, en cuanto sintió la presencia del chófer, le dirigió la palabra:

–Después del hervidito, tomaremos unos calabacines y unas berenjenas en rodajas a la plancha con un poquito de aceite. ¿Le gustan esas verduras?

Olegario pensó que iba a pasar algo de hambre aquella velada, pero nunca lo confesaría. Por un momento, buscó en su memoria los bares y cafeterías más cercanos a la casa lagunera, por si era necesario hacer una escapada furtiva a alguno de ellos.

–Me encantan.

–Perfecto, así mantendremos la línea.

En el fondo, no era mala idea lo de mantener la línea, sin embargo, no estaba dispuesto a que la leve prominencia de su abdomen hacia fuera se corrigiera hacia dentro a fuerza de pasar hambre. El sonido del teléfono le sacó de esos inquietantes pensamientos. En la pantalla, Olegario comprobó que era don Sergio.

–Buenas de nuevo –contestó.

–El maestro francés Grummel estuvo en Canarias en 1936, y más tarde, el campeón del mundo Aleksander Alekhine estuvo en el archipiélago en 1945, donde se pasó un mes haciendo simultáneas con los jugadores locales.

–¿Un mes entero? ¿Tanto tiempo?

–Pues sí, del 22 de octubre al 22 de noviembre, y lo curioso es que las partidas las hizo la primera semana y la última. Hay dos semanas en que no consta que jugara.

–¿Y qué estuvo haciendo esos quince días?

–No tengo ni idea. ¿No es Canarias? Pues estaría tomando el sol.

40

El día amaneció despejado, para gozo de los laguneros, que llevaban un mes de lluvia y frío continuos. La temperatura subiría al mediodía y hasta se podrían tomar algo sentados en las terrazas exteriores de las cafeterías sin necesidad de encender las estufas de gas.

El inspector Galán se reunió en la comisaría de la calle del Agua con sus subordinados inmediatos: Ramos y Morales. Estos le pusieron al día de sus investigaciones de la tarde anterior.

–¿Cristianos ortodoxos? ¿En Tenerife? –les preguntó cuando terminaron su informe.

–Existe una iglesia en el sur de la isla, en Adeje –respondió Morales, más informado en cosas religiosas y pararreligiosas–. Es de reciente creación. Hasta hace poco, el culto se oficiaba en una iglesia católica cedida para ello en Callao Salvaje, muy cerca.

–Está claro que los rusos que visitan o viven en la isla prefieren el sur turístico.

–No solo rusos, hay también fieles ucranianos, bielorrusos, búlgaros y de otros países eslavos. El problema es que los ortodoxos de que nos habló don Cosme, el cura, no son de este grupo.

–¡Vaya! Hay varios entonces. ¿Y sabemos dónde encontrarlos?

–No tienen un lugar fijo para reunirse, lo que me extraña –intervino Ramos–. Parece ser que se trata de cuatro gatos que viven en el norte, aunque no sabemos el lugar exacto. He podido recabar muy poca información sobre ellos, apenas un par de detalles que nos dio el sacerdote. No están censados como comunidad religiosa en ningún registro.

–Y siendo tan pocos, ¿se atrevieron a pedir el traslado del cuadro de San Juan? –preguntó Galán.

–Hay gente con mucha cara –sentenció Morales–. No sé cómo se les ocurrió esa idea tan descabellada.

–Hay que averiguar el porqué de ese interés –contestó Galán–. ¿Tenemos alguna dirección? ¿Algún nombre?

–Don Cosme nos dio un nombre: Alexei Rubalkov. Así se presentó la persona que hizo la extraña solicitud.

–¿Solo eso? –Galán no estaba satisfecho del dato–. Ya no hay listines telefónicos, Ramos. ¿Cómo vas a encontrarlo?

–Me las apañaré, jefe.

–Pues ve apañándotelas, que hay que localizarlo hoy mismo. Y también al otro, el del retrato robot. Tal vez puedan estar

relacionados. Morales, ocúpate tú.

El subinspector aludido asintió, y los dos se quedaron sentados, en silencio, esperando alguna indicación más.

–Venga, largo, y a ganarse el sueldo –los despidió Galán.

Ramos y Morales salieron del despacho del inspector y cada uno se dirigió a su mesa de trabajo.

Ramos buscó en el navegador de su móvil y tecleó el nombre de Alexei Rubalkov. La búsqueda ofreció cuatro resultados: un general destinado en el desconocido lugar de Kasgharia, que sonaba frío y lejano; un futbolista del Spartak de Moscú transferible a un módico precio en el mercado de invierno, una auténtica ganga; un bailarín de danza clásica activista en contra de Rudin que interrumpió´una actuación en Londres para quejarse en público; y un saltador de pértiga sancionado por dopaje que lo atribuía a una sumisión química en un discoteca gay. Ramos no apostaría porque ninguno de ellos fuera el hombre que buscaba.

Tuvo otra idea, buscó el número del consulado de Rusia. Descolgó el teléfono –todavía se usaba el teléfono de números fijos en las comisarías, lo que hacía que las llamadas desde allí sonaran más imponentes–, y marcó el número. Una telefonista con un marcado acento eslavo le pasó a otra, que tenía más marcado aún el acento, que desvió la llamada a un tercero que resultó ser el secretario de un agregado de no sé qué cosa. Daba igual, todos eran espías. El solícito funcionario, con una extraña entonación que recordaba a la cubana, prometió buscar el dato y devolverle a Ramos la llamada.

El subinspector colgó pensando que había perdido en tiempo pero, para su sorpresa, el teléfono sonó apenas cinco minutos después.

–Señorrr polizzía, lo lamento mussho, pero no hay datoss de essa personna en Espáñia. Nada de nada. Hassta máss ver. Adiosito, mi hermano.

Ramos ratificó su idea inicial del lugar donde el secretario había aprendido el castellano, pero la gestión quedó igual de inconclusa.

A continuación, siguiendo el protocolo policial, buscó en su ordenador en la base de datos de la Policía Nacional. Tal vez lo hubieran detenido por alguna razón. No esperaba encontrar gran cosa, pero saltó una referencia. Pinchó sobre el enlace y se abrió una página: Un tal Alexis –no Alexei, pero la pequeña diferencia podía atribuirse a un fallo de transcripción– Rubalkov aparecía no como investigado, sino como la persona que había pagado la fianza de otro compatriota, detenido por atropellar bebido a un ciclista en Tenerife hacía tres semanas, y que se hallaba a la espera de juicio.

Ramos estaba seguro de que el ruso detenido se hallaba ya muy lejos de España, pero tal vez el tal Alexei no. Buscó en la ficha policial la dirección proporcionada a la policía y la halló: carretera general del

Norte, kilómetro 16, nº 188, Tacoronte.

Ramos dio un respingo en su asiento. Su prima Argelia vivía en la misma dirección, pero en el número 184, un par de casas antes. Seguro que tendría alguna noticia de esos vecinos tan cercanos. Cogió su móvil y no tardó más de cinco segundos en establecer la llamada. Contestaron de inmediato.

–¡Hola primo! ¿Qué te cuentas?

–Hola, Argelita, sigo pendiente de llevarte a comer un pescadito a La Pimienta, no me he olvidado.

–No te lo había recordado todavía, pero iba a hacerlo.

–Dime si me equivoco: en la casa que hay dos números más arriba en la carretera, al lado de tu casa, están viviendo unos rusos.

–¡Hay qué ver con la policía! Y yo que pensaba que no se enteraban de nada.

–¿Eso es un sí?

–Pues un sí y un no. Sí en cuanto a que unos rusos alquilaron la casa hará cosa de mes y medio. Y no, porque sé de buena tinta, ya que me lo dijo Pastora, la dueña, que se fueron hoy por la mañana. Lo dejaron todo pagado, eso sí.

–¿Esta misma mañana?

–Sí, ¿no lo sabías? Pensé que me llamabas por eso.

–¡Qué casualidad! ¿Y sabes sus nombres o algún dato que los pueda localizar?

–Yo solo sé que eran cuatro. Podría describirte a alguno, pero seguro que Pastora lo sabe todo de ellos.

Ramos pudo disimular su excitación porque no le veía su prima, pero solo por eso.

–¿Y podrías convencerla para que se acerque a la comisaría un momento? Es un asunto urgente.

–¿Voy yo también? Me gusta eso de que me tomen declaración, ¡suena tanto a serie de película!

Ramos suspiró ante lo inevitable.

–De acuerdo: las dos, pero cuanto antes.

41

Conchín había recogido a Adela en la puerta de su casa de Santa Cruz y subieron juntas a La Laguna en el coche de Ramos, que la primera se había apropiado para su uso diario desde que vivían juntos. Según decía ella, era un pequeño tributo que debía pagar el policía a cambio de las nuevas y extraordinarias experiencias que le estaba haciendo experimentar,

El automóvil, un Seat León de cinco años, subió la autovía a ciento diez en cuarta sin el menor problema para satisfacción de Conchín y algo de pavor para Adela, que preveía un desgaste anticipado del vehículo si aquella mujer lo seguía tratando de esa manera.

–Lo dejaremos en el párking de la calle Ossuna y llegaremos a La Concepción a pie –dijo en cuanto el coche pudo pasar el tapón de la rotonda del padre Anchieta.

Adela miró su reloj: las nueve y cuarto de la mañana. Habían consultado en Internet el horario de apertura al público de la torre de la iglesia y sabían que no iban a poder entrar hasta la diez. Conchín estaba segura de que si las presencias se habían despertado, las notarían tanto dentro de la torre como en su alrededor, con lo que, posiblemente, no tendrían que pagar los dos euros de entrada, algo que a un habitante de la isla le sentaba bastante mal.

Tal como prometió, la conductora llevó el coche hasta el edificio de siete plantas de aparcamiento y lo estacionó en él. Las dos mujeres salieron a la calle, rodearon la cabecera de la iglesia de La Concepción y llegaron en cinco minutos a las inmediaciones de la torre.

–Todavía queda media hora para que abran –observó Adela–. ¿Nos tomamos un pedacito de tarta de arándanos en el Palmelita?

Conchín levantó el brazo en alto y cerró los ojos antes de responder, en tono solemne.

–Luego. Ahora toca sentir con todos los sentidos.

–Vale, luego –admitió Adela–. Sintamos entonces.

Conchín se acercó despacio a la torre, seguida a unos respetuosos pasos por su amiga. Adela era consciente de su nula predisposición natural a percibir fenómenos extrasensoriales, lo que no quebrantaba ni un ápice su fe absoluta en la sintomatología de lo oculto, denominación que algunos usaban para ese tipo de manifestaciones. «Hay que dejar actuar a los que saben», se dijo.

Conchín no es que fuera profesional, pero sí conocía bastante de esos temas, ya que poseía la facultad de percibir sensaciones fuera de lo normal.

La pareja del subinspector Ramos llegó a la base del enorme campanario y tocó la pared de piedra oscura con las palmas de las manos. Se concentró con los ojos cerrados en lo que su piel percibía, tratando de eliminar los ruidos y otras contaminaciones sensoriales del mundo material.

Adela la miraba con una mezcla de admiración y envidia. Al cabo de un minuto, se atrevió a preguntar.

–¿Qué? ¿Sientes algo?

Conchín no hizo caso y se mantuvo en su trance. Al cabo de otro minuto, pareció relajarse y abrió los ojos.

–Las presencias. Las noto.

Adela tembló inconscientemente con el anuncio. Creía a su amiga a pies juntillas.

–¿Y? ¿Son buenas, malas, o todo lo contrario?

–Eran buenas –contestó Conchín–, al menos hasta hace poco. Ahora se sienten ofendidas y piden un resarcimiento.

–¡Anda! –exclamó Adela–, encima son contestatarias.

–Se ha turbado la paz de su descanso. Es normal que se quejen –repuso Conchín.

Adela pensó en que las presencias debían estar caducas. En este mundo moderno, que alguien turbe tu descanso ya no es motivo de protesta. Es una prueba más de la insensibilidad vecinal.

–¿Y qué lo ha turbado?

Conchín hizo un gesto de impotencia.

–A tanto no llego. ¿Te crees que esto es una videoconferencia? Percibo retazos de manifestaciones sensitivas, no conversaciones claras. Con el tiempo lo sabremos.

Adela asintió. Si lo decía Conchín, así debía ser.

–¿Y qué podemos hacer? –preguntó la señora.

–Nosotras, muy poco. Es un asunto muy serio: es absolutamente necesario consultar con nuestro guía, y tal vez sea necesario convocar una junta general.

Adela estaba de acuerdo con toda la nomenclatura y lenguaje del grupo “Nivaria Desvelada”, menos aquello de Junta General. Le recordaba a la jaula de grillos en que se convertían las reuniones de la comunidad de propietarios del edificio en que vivía.

–Pues sí que parece grave –convino Adela–. ¿Y qué pasa si no les hacemos caso a las presencias?

–Esa pregunta no la hagas, porque las consecuencias con imprevisibles –dictaminó Conchín con gravedad.

Adela se rindió de inmediato.

–Pues no la haré. Pero, ¿no se puede negociar? ¿Un poquito, aunque sea?

42

Sandra desayunó como casi siempre en una de las mesas de la terraza de la cafetería El Águila, justo delante del edificio de su apartamento de una habitación que tenía alquilado en el meollo, centro-centro, de Santa Cruz. Y no es que fuera una costumbre de antigüedad considerable: se trataba simplemente de que tenía poco, por no decir nada, de desayunar en la nevera. Su madre siempre la reconvenía por esos pequeños detalles de su vida cotidiana, pero Sandra asentía y no hacía nada al respecto, salvo bajar a desayunar en la legendaria cafetería. Otrora, hace muchos años, en aquella plazoleta denominada de El Chicharro, existió un bar con el nombre El Águila, donde se reunían los intelectuales de comienzos del siglo XX a comentar las novedades de todo tipo que llegaban con los barcos o con el telégrafo, que igual daba. Hoy, de aquellas tertulias culturales no quedaba apenas nada, salvo el nombre del local.

Sandra conocía a los camareros y no tenía necesidad de indicarles lo que quería pedir: todos los días desayunaba un café con leche descafeinado de máquina tibio con sacarina –era consciente de que una petición tan larga podría conllevar que el camarero se olvidara de alguno de los detalles, lo que ocurría al principio, pero ya no. Ahora, junto a la bebida, le traían un medio bocadillo de tortilla francesa, sin nada más, que las tentaciones de añadir algo al interior del pan podían ser nocivas para que su línea corporal se mantuviera sin desbordes.

La periodista estaba aquella mañana algo más taciturna y menos comunicativa que de costumbre. En su cabeza seguía dando vueltas al final de la conversación con Adelina, la amiga de Adela, la tía abuela del Ginés Padilla, que vivía justo en el piso de arriba de Tomás Afonso, el periodista. Y es que de su charla se podían extraer algunas conclusiones. O eso creía.

La buena señora le comentó que su tío Ginés murió de modo poco natural, posiblemente envenenado, tal vez por una mujer que estuvo interesada en el cuadro que restauraba y que, casualidad o no, también murió del mismo modo: mediante la ingestión de un brebaje venenoso desconocido.

Pero lo que la había turbado de modo especial fue la especial relación entre los Padilla y el periodista Afonso.

–Mi padre –le había dicho Adelina–, Evaristo Padilla, hermano de Ginés, junto a Tomás Afonso y cinco personas más, fueron miembros importantes de la sociedad ocultista “Nivaria Desvelada”.

–Esa es toda una novedad –le había contestado Sandra.

–Eran vecinos, mi padre y Tomás. Adivina quién fue el primer fichaje de la nueva sociedad.

–No me lo diga.

–Sí que te lo digo: fue Ginés.

Sandra trató de atar cabos.

–Hasta ahí lo puedo ver normal, que todos fueran miembros de un grupo con intereses extraños, pero legales. Se supone que no hacían daño a nadie. Celebrarían sus sesiones espiritistas y esas cosas que suelen hacer, pero no creo que fueran más allá.

–Sí, querida, no iban más allá. Pero había un elemento que distorsionaba esta afición inofensiva del grupo. Uno de ellos era de nacionalidad francesa, Pierre Hess. Aunque era muy niña, me acuerdo de él, con unos bigotes muy tiesos totalmente fuera de moda. Tenía un carácter inquieto y siempre pretendía que sus compañeros de asociación se inmiscuyeran activamente en cuestiones políticas.

–¿Cuestiones políticas? –preguntó asombrada Sandra

–Sí, en el primer tercio del siglo veinte surgieron varias líneas de pensamiento político extremistas totalmente contrapuestas.

–¿Comunistas y fascistas?

Adelina sonrió, y miró a Sandra con mayor interés.

–A grandes rasgos, has acertado. En aquel tiempo existía mucho interés por cualquier cosa que se saliera de lo común.

–¿Se refiere a los fenómenos paranormales?

–Sí, y también la arqueología religiosa que pudiera refrendar determinados postulados políticos.

–¿Cómo la raza aria?

–Excelente, Sandra, lo captas todo al vuelo.

–Pero, ¿qué tiene que ver eso con los miembros de la "Nivaria Desvelada"?

–El tal Hess recibía instrucciones de un país europeo, y trataba de ejecutar las órdenes a través del grupo ocultista.

–Esas instrucciones, ¿no se dictarían desde Berlín?

Adelina volvió a sonreír.

–Eres muy lista.

–Pero ese señor, Pierre Hess, ¿no era francés?

–He dicho que era de nacionalidad francesa, pero Hess era originario de Alemania. Su pasaporte servía para despistar de sus verdaderas intenciones.

Sandra alzó las palmas de las manos frente a Adelina.

–Vale, los nazis tenían en nómina a Hess, y este trataba de dominar a sus socios. Pero, ¿para qué? ¿Qué hicieron?

–Querida niña, Hess quería examinar el cuadro de san Juan evangelista de cerca, y la manera de hacerlo era sacando la pintura de

la iglesia.

–¡Vaya con el cuadro! ¡Qué solicitado! Y, ¿para qué querían los nazis el San Juan?

–Cualquier objeto que produjera fenómenos misteriosos era sujeto de estudio. Y aprovecharon la llegada a Canarias de un especialista, que lo tuvo en sus manos.

–Eso es nuevo. ¿Un especialista?

–Sí, otro de nacionalidad francesa, que vino a Canarias en 1936 y lo examinó antes de volver a colocarlo en su lugar.

–Tienes muchos detalles, seguro que también sabes su nombre.

–Se llamaba Grummel, y llegó bajo la coartada de campeón de ajedrez. Y en eso no había falsedad, era un excelente maestro.

–Y aprovechó la estancia en nuestras islas para estudiar el cuadro. ¿Y sabe si llegaron a alguna conclusión?

–No tengo ni idea. Lo que sabemos todos es que el cuadro se colocó en su sitio original poco después.

–Y que su tío abuelo murió envenenado. ¿Cree usted que hay alguna relación entre el tal Hess y el tal Grummel con su muerte?

–Solo sospechas, querida. Ninguna certidumbre.

Sandra se sintió decepcionada al finalizar la conversación. Le faltaba la conexión final.

El camarero de la cafetería El Águila se acercó a ella y la devolvió al presente.

-Hoy te veo algo apagada, Sandra –le dijo–. ¿Le ponemos algo de leche condensada al café, para endulzar la vida?

La periodista levantó la vista hacia el camarero que la atendía todos los días y contestó:

-Ponle una buena dosis, que hoy bien me hace falta.

43

La Laguna, junio de 1936

Una bruma intensa se había adueñado de La Laguna desde antes de anochecer. El rocío estaba empapando la superficie de sus calles y tejados y la temperatura había descendido unos cuantos grados desde que los relojes de las iglesias tocaran las diez campanadas, correspondientes a la hora en que estaban.

Lo desapacible del tiempo favoreció que hubiera muy pocas personas caminando por la ciudad, lo que provocó que Lorenz adelantara sus planes para aquella noche.

–Monsieur Hess –le telefoneó, empleando siempre el idioma inglés–, Conviene adelantar la hora de nuestra partida de cartas.

El alemán tomaba precauciones excesivas, a juicio del francés, ya que en caso de que hubiera alguna telefonista pasando las clavijas de un enchufe a otro, con toda seguridad no tendría los suficientes conocimientos como para entender el inglés hablado con velocidad.

–De acuerdo, llevaré la baraja –contestó al aparato Hess.

Diez minutos después, se encontraban de nuevo en la cafetería del casino de La Laguna, cuyos camareros ya estaban recogiendo las mesas para cerrar el servicio del club social.

–¿Ha previsto alguna forma de entrar en el taller del obispado? –preguntó Lorenz tras saludarse.

Hess sonrió e hizo sonar un tintineo metálico en el bolsillo de su chaqueta.

–La mejor: traigo las llaves del taller.

Lorenz lanzó una mirada aprobatoria a su contacto en la isla.

–¿No será muy sospechoso que alguien entre sin forzar ni una ventana?

–Si es necesario, se forzará –el francés se encogió de hombros–. Pero primero veamos si es necesario. Odio la violencia.

Lorenz amaba la violencia, selectiva, fría y elegante, muy de su oficio, pero no comentó nada al respecto.

Los dos hombres salieron del Casino a la calle de La Carrera y giraron a la derecha, caminando ligero hasta llegar a la plaza de la catedral. El Ateneo acababa de cerrar y solo se cruzaron con el conserje que daba doble vuelta a la cerradura de la puerta de la calle y

a su jornada laboral. Siguieron por la calle Juan de Vera hasta llegar a la del Jardín, donde se encontraba el taller del obispado, que compartía patio trasero con el oscuro palacio del obispo.

La calle se encontraba desierta y los hilachos de bruma que caían de los tejados provocaban que la visibilidad, ya bien entrada la noche, fuera muy limitada. Hess se adelantó y sacó un aro lleno de llaves antiguas, fruto evidente de préstamo por parte de Ginés, a quien ya había comunicado en el hospital su admisión en la logia por su valiente caída y su heroico silencio posterior. Tenía marcada la llave del acceso al taller, por lo que no perdió tiempo en buscar la correcta entre la decena unidas al anillo. La puerta se abrió sin problema y Hess entró. Lorenz lo hizo inmediatamente después tras echar un vistazo a su alrededor y comprobar que nadie los estaba mirando. El francés cerró la puerta y, después de encender una de las luces eléctricas, ambos se dirigieron a la mesa de trabajo donde se encontraba el tabernáculo, que nadie había tocado todavía. Se suponía que el reparador de la plata, un vecino orotavense, no llegaría a La Laguna para comenzar los trabajos de restauración hasta al cabo de dos días, por lo que disponían de un tiempo razonable para estudiar el cuadro.

–Demos la vuelta a la pieza –indico Hess.

A una señal del francés, ambos hombres, no sin esfuerzo, lograron voltear el tabernáculo y depositarlo sobre su parte frontal. El francés, que había tomado la iniciativa en todo aquel asunto, se acercó a una de las estanterías metálicas de los lados y tomó un martillo con un extremo saca clavos en uve. Lo aplicó sobre una de las puntas que mantenía unida una tabla que reforzaba la estructura posterior del mueble y comprobó con satisfacción que la parte final del fino hierro salía acompañando al martillo.

–Ha sido fácil –dijo Lorenz–. Ahora, los demás.

Hess no necesitó que le espoleasen en su cometido y se afanó en el trabajo. En cinco minutos, todos los clavos estaban fuera de su lugar. Lorenz, desde un lado y Hess desde el otro, introdujeron los dedos bajo la fina lámina de madera y la levantaron, dejando al descubierto el interior del tabernáculo. En el centro de las molduras de plata, menos bruñidas que las de la parte exterior, aparecía la madera del cuadro, anclada a su marco por cuatro tachuelas. El francés no se hizo de rogar y las sacó con presteza. Lorenz movió con sus manos la tabla de la pintura, la desencajó de su lugar, la levantó y la colocó, dándole la vuelta, en otra mesa.

El alemán examinó con detenimiento el cuadro. ¿Era esto lo que interesaba al Reichsführer? No parecía nada impresionante. Pasó un dedo por la superficie, notando la dureza de la pintura reseca. Si alguna vez el santo había sudado y llorado, de eso hacía demasiado

tiempo. Pero no era él quien tenía que juzgar la idoneidad del objeto para los intereses de la patria. Su misión era hacerse con el cuadro y que lo examinase el especialista, a quien verían al día siguiente.

Hess alcanzó una bolsa de tela a Lorenz y este introdujo en ella el cuadro. Dejaron todo tal cual estaba, nadie entraría allí en un par de días, y salieron del taller del obispado con la misma discreción con la que habían entrado.

***

Dos horas después, una mano femenina empujó con suavidad una de las ventanas de la misma casa y esta se abrió con un leve ruido. Una figura vestida de negro se deslizó dentro de la edificación con un salto ágil y cerró la ventana. Encendió una pequeña linterna y se acercó a la mesa de trabajo del fondo. Una alarma saltó en su cerebro cuando vio que el tabernáculo no estaba en la misma posición en que lo había visto aquella tarde. Se acercó y comprobó, con profunda consternación, que el cuadro del evangelista había desparecido de su lugar original.

Y Valentina Nikolaeva soltó una maldición en ruso.

44

Ariosto llamó a Olegario y lo sorprendió en la cafetería Venezia dando cuenta de un buen bocadillo de pata asada, queso amarillo y una rodaja de tomate, su favorito.

–Es que el desayuno de doña Enriqueta, basado en algas Wakame, Hiziki y Nori es algo frugal, y necesita un complemento –le explicó el chófer.

–No sabe cómo le comprendo, Sebastián. ¿La noche bien?

–Sin novedad, señor. La señora Enriqueta se levanta varias veces de madrugada: cada cierto tiempo: tiene que ir al baño, tomar diversas pastillas y determinadas dosis de sus bebedizos.

–Es lo que tiene la convivencia con ella. Ya era así cuando yo era pequeño, no se lo tome en cuenta. Lo importante es que no ha habido visitas inesperadas.

–De momento no, señor. Y descuide por el hecho de no estar ahora mismo dentro de domicilio; desde donde estoy sentado, veo con claridad la puerta de su casa.

–Espero que no tenga que intervenir para nada y que todo esto quede en una broma de mal gusto. Recuerde que solo puedo prescindir de usted dos días. Pasado mañana tenemos el compromiso del desfile de José Acosta.

Olegario casi se atraganta con el siguiente bocado.

–¿Eso sigue en pie? –preguntó en voz baja.

–Y tanto, amigo mío. De esa no nos vamos a escapar ni usted ni yo.

–¿Y si busco un sustituto? Uno así, que se me parezca.

–Olvídese. Si yo desfilo, usted también.

–Pues nada, se desfilará. Qué remedio queda.

–Seguro que no es lo más difícil que ha hecho en su vida, Sebastián.

Olegario no tuvo que rememorar ninguno de los episodios oscuros de su juventud para darle la razón a su jefe.

–Vuelvo a la garita de vigilancia, jefe.

–De acuerdo, informe si hay novedades, se lo ruego.

–Así se hará.

Ariosto cortó la comunicación con su chófer y se quedó mirando el teléfono. Seguía dándole vueltas a las conversaciones con Pocholo, Galán y Fidela, planteándose el interés que podría tener alguien en el cuadro de san Juan, pero no en su valor artístico, sino en la importancia de la pieza de madera y de las pinturas con las que estaba ejecutado. Le vino a la mente su viejo amigo Hoffmann, un catedrático de física pura de la universidad de La Laguna, con quien había

compartido estancia de postdoctorado en Bolonia, muchos años atrás. Hoffmann se había trasladado recientemente a Tenerife desde California, donde había impartido docencia los últimos años. “No tendré que pensar en la diferencia horaria”, pensó Ariosto. Con la tranquilidad de que no iba sacar a nadie de la cama, buscó en su móvil el número e hizo la llamada. No tardaron en responder.

–¡Amigo Ariosto! –La voz al otro lado sonaba jovial– ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo estás?

–Muy bien, querido Hoffmann, –respondió–, espero que la familia esté bien.

–Sí, sí, muy bien, gracias –el alemán hablaba en español, se había casado con una argentina años antes, pero su origen le traicionaba, la última palabra sonaba como ghrrassiass–. ¿No me dirás que me llamas para decirme que te casas con esa preciosidad francesa?

Ariosto ya estaba prevenido, siempre le preguntaba por lo mismo.

–No hay planes de boda a corto plazo, pero no se descarta estudiar el asunto para más adelante.

–Pues a ver si te decides, que tengo ganas de un buen bodorrio.

–Te avisaré el primero, estimado amigo.

–De acuerdo. Dime, ¿qué se te ofrece?

–Tengo una incertidumbre que me ronda la cabeza. Se trata de un cuadro, una tabla del siglo XVII, al que la tradición le atribuye propiedades milagrosas.

–Eso ocurre en todas partes, no te puedes imaginar la cantidad de imágenes que hacen milagros. Lo sé de buena tinta, mi gauchita es muy devota de esas cosas.

–En este caso concreto, se dice que la pintura sudó o lloró durante cuarenta días durante una epidemia de peste, posiblemente bubónica.

–De ese tipo de manifestaciones conozco menos.

–Dicen los documentos de la época que los afectados mojaban algodones en las lágrimas para curar la enfermedad, y que, al parecer, era un remedio efectivo.

–Eso sí que es nuevo para mí. Me parece muy interesante.

–No puedo negar que tiene su interés, desde luego. El asunto es que han robado el cuadro. Y me pregunto qué interés puede tener una pintura de esas características.

Hoffmann no contestó de inmediato, como si se estuviera pensando la respuesta.

–¿No lo ves, amigo mio? Si las lágrimas del santo curaban la peste bubónica y emanaron de esa tabla, la reacción química que esa pintura produjo es un auténtico tesoro.

Ariosto veía que sus sospechas se iban confirmando.

–Concreta un poco más, Hoffmann.

–Pues es fácil, en esa pintura es posible que esté el antídoto contra

la peste. Un auténtico hallazgo que la ciencia todavía no ha descubierto. En mi laboratorio podríamos hacerle un par de pruebas para comprobarlo.

–Pero es que no tengo la pintura original, Hoffmann –Ariosto se detuvo unos segundos a repensar la conversación hasta ese momento–. Veamos, si la peste está erradicada, ya no es necesario tener la cura.

–Piensa mal y acertarás. Tal vez al ladrón le interese evitar que el antídoto caiga en otras manos, porque él tiene la fuente del mal. Es posible que tenga el patógeno que provoca la peste y que no quiera que nadie posea la cura.

–¿Estás hablando de armas biológicas?

–Pues sí. ¿Te asombras, amigo?

45

Marta llamó a Encarni para saber si don Roque tenía alguna clase u otro compromiso aquella mañana. La respuesta fue que sí, que a las doce tenía un par de alumnos. La arqueóloga preguntó si el maestro de música podía recibirla unos minutos antes de esa hora, y como la contestación fue afirmativa no se lo pensó dos veces y se acercó a su casa.

–¡Dos días seguidos! ¡Esto es un récord! –bromeó Encarnita cuando entró en la casa.

–Es que de ayer a hoy han pasado muchas cosas –explicó la visitante.

Don Roque esperaba sentado en el mismo butacón que el día anterior, y casi en la misma postura en que lo había dejado. Marta hasta dudó si vestía la misma ropa. Desde luego, el tiempo no pasaba por él.

–¿Cómo te fue en el Liceo? ¿Sigue el piano allí? –preguntó al anciano tras saludar a la profesora.

–Sí que sigue, aunque está en malas condiciones de conservación.

–Pues es una pena, ese piano es muy bueno. ¿Pudiste abrirlo?

–La presidenta es una mujer muy amable, y me permitió levantar la tapa superior, pero no pude hacer más.

–Hizo bien, solo debe dejarse desmontar un piano de esas características a los profesionales. ¿Tenía hueco en la parte frontal?

–Si lo tenía, no cedió, y eso que intenté abrirlo. Me quedé con la impresión de que la pared vertical encima del teclado no tenía aberturas.

–Hay modelos que venían así –asintió don Roque–. Si le quitaste la tapa, pudiste ver lo que había dentro.

–Pude, pero no vi nada fuera de lo normal. Un entramado de cables metálicos y piezas verticales sujetas al armazón del piano.

–¿Miraste bien en los bajos?

–Hasta donde me alcanzó la vista. No me permitieron mover el piano.

–Claro, no se sabe cómo puede estar la estructura de un instrumento tan grande de más de ciento veinte años. Pues vuelve a ser una pena.

–Eso pienso yo. Pero, ¿por qué lo dice?

–Verás, es que en la parte baja del teclado, y en la zona de los pedales, suele haber un espacio sobrante que en algunos modelos se falseaba con un doble fondo, para que no perdiera resonancia.

–¿Un doble fondo?

–Un doble fondo o unos cuarterones donde se apoyaba la máquina o el teclado. Pero, te aviso, no todos los pianos lo tenían, aunque algunos modelos de aquella época lo incorporaban. Si hay algún lugar dentro de las cuatro maderas que conforman un piano donde se puede esconder algo, es ahí.

–Y, ¿cómo se puede llegar a esa parte?

El maestro hizo un ademán con la mano para que Marta se tranquilizase.

–Hay que desmontarlo.

La expresión de Marta pasó de la sorpresa al desánimo.

–¿Desmontarlo? –preguntó en tono incrédulo.

Don Roque sonrió ante los cambios de humor de Marta.

–No pasa nada, es fácil. Los pianos necesitan a veces unos retoques en la afinación que exigen poder desmontar los diferentes frontales. Con un buen destornillador de cabeza plana, los tornillos de estrella no existían hace cien años, se quitan en cinco minutos, y a veces no hace falta ni el destornillador.

–Claro, pero para eso es necesario que den permiso para hacerlo. Y mis argumentos para pedir algo así son un poco débiles.

El maestro meditó unos segundos antes de volver a hablar.

–Podrías pedirles que me dejen restaurar y afinar el piano.

–¿Cuánto le costaría al Liceo? Es que tienen un embrollo jurídico en torno a lo que pueden o no pueden hacer en el instrumento.

–Si es por eso, se lo hago gratis. Y así saldríamos de dudas con los papeles de tu tío Rufino.

–Mi tío abuelo, sí. Déjeme hacer una llamada.

Encarni entró en el saloncito provista de una bandeja metálica con tres infusiones en sendas tazas. La depositó en la mesa de centro y anunció.

–Los poleos.

–¡Qué bueno que hay visita y los traes aquí!

Marta sonrió ante la frase del músico y buscó en la memoria de su móvil el número de la presidenta del Liceo. Contestó de inmediato.

–¿Carmen? Soy Marta Herrero. Es sobre el piano. Sí, el piano antiguo. No sé si conocerás a don Roque Santana, el maestro afinador de pianos. Hemos estado hablando del instrumento y del problema que existe en torno a quién debe hacerse cargo de los gastos del mismo, y de la necesidad de restauración que tiene. Me comenta que se ofrece a rehabilitarlo de modo gratuito. ¿Qué te parece? ¿Bien? ¡Estupendo! ¡Ah!, ¿Qué tienes que consultarlo con la junta directiva? ¿Y que no se reúnen hasta dentro de una semana? ¡Vaya! Pensé que sería más rápido. Sí, sí, entiendo que vienen las navidades y la gente está pensando en otras cosas. Vale, pues nada. Espero a que me llames

para darme una respuesta. Gracias. Un beso. Adiós.

Don Roque había simultaneado el consumo de su poleo menta con la escucha de la conversación de Marta.

–Bueno, tendrás que esperar. No te queda más remedio.

Marta apretó los labios durante un instante, dándole vueltas al asunto, y floreció en su rostro una sonrisa malévola.

–Tal vez haya otro modo, Don Roque. ¿Me deja una noche más uno de esos destornilladores especiales?

–Subinspector, dos señoras preguntan por usted.

El agente Mandillo avisó desde la puerta a Ramos, que se encontraba sentado a su mesa en el despacho que compartía con Morales en la comisaría de La Laguna, quitándose a toda velocidad los papeles burocráticos que habían sido depositados en ella durante la ausencia nocturna.

–Diles que pasen por favor.

En pocos segundos aparecieron en el umbral su prima Argelia y su vecina Pastora. Tras los saludos de rigor, todos se sentaron, Ramos a su lado de la mesa y las recién llegadas al otro.

–Me ha comentado Argelia que ha tenido inquilinos recientemente –preguntó el subinspector a la vecina.

–Bueno, tengo bastantes inquilinos –respondió Pastora–. Por fortuna mis padres me dejaron cinco casas, de las cuales tengo arrendadas cuatro. La que queda la uso yo.

Ramos pensaba que la mujer iba a referirse de entrada a los rusos, pero vio que había que trabajar un poco más.

–No sabe cuánto lo celebro –comentó con ironía no captada por la señora–. Quisiera que me diera detalles sobre los que alquilaron la casa de Tacoronte, la que está al lado de la de Argelia.

–Sí, los rusos que se fueron hoy, ¿no?

Ramos estaba seguro de que Argelia le había explicado el motivo de la citación, pero entendió que Pastora era de aquellas personas a las que había que pedir las cosas de modo explícito.

–Exactamente. ¿Tiene usted el contrato de alquiler?

La mujer se quedó callada un momento, y dudó antes de responder.

–Es que, verá, no hay contrato.

–¿No hay contrato? ¿Cómo es eso?

–Se hizo a la antigua usanza, con un apretón de manos. Pagaron dos meses por adelantado y otro de fianza. En efectivo. Y se marcharon dejando medio mes sin utilizar y sin reclamar nada, ni siquiera la fianza. Eso son buenos inquilinos, y que se quiten los demás.

–Entonces, no hay registro de identidad ni transacción bancaria de ningún tipo.

–Bueno, me dijo que se llamaba Alexis, con eso me bastaba.

–Pero, Pastora, si no hace las cosas de modo legal, puede verse envuelta en problemas. No lo digo por Hacienda, que también, sino porque los inquilinos sin papeles se conviertan en ocupas.

–Bueno, por eso no se inquiete, inspector. Que en casos como esos tengo a mi sobrino Paquillo, ya sabe “el Pollito del Prix”.

Ramos había leído en la prensa las hazañas deportivas de lucha canaria de Paquillo Hernández, un tipo de uno noventa de altura y ciento cuarenta kilos de peso, pero no sabía que se dedicara también a los desahucios por invitación.

–Usted sabrá que lo que hace. Vayamos a sus clientes. ¿Cuántos eran?

–Cuatro: Alexis, Igor y dos más que no sé cómo se llaman. Yo los llamo el paletudo y el jiribilla.

Ramos alzó una ceja.

–Me imagino que esos apodos se los puso por alguna circunstancia especial.

–Sí, uno tiene unas paletas enormes en la boca, y el otro no paraba de moverse, no podía estar quieto.

Ramos suspiró, en La Matanza, de donde era originario, también era norma usual poner motes a las personas.

–¿Y de apellidos, número de pasaporte, domicilios? ¿Nada de nada?

–Ay, ¿para qué voy a meterme en la vida privada de las personas, inspector? Es de mala educación preguntar por esas cosas. Imagínese, es como si usted quisiera saber mi edad. Como todo el mundo sabe, yo me quedé hace años en los treinta y siete.

El policía comenzó a plantearse la utilidad de aquella cita. La tal Pastora no ofrecía muchos datos, la verdad.

–De acuerdo, no le preguntaré la edad, pero sabrá que los policías tenemos que preguntar, es nuestro trabajo.

–Ya está preguntando, y yo respondiendo –aclaró la mujer, que aguzó la mirada antes de continuar–. Me encanta colaborar con los cuerpos de seguridad del Estado, sobre todo si son bien parecidos.

Ramos carraspeó, dando a entender que los derroteros de la conversación debían ir por otros lados.

–¿Sería capaz, con un dibujante, de elaborar un retrato robot?

–Pues depende.

La paciencia del subinspector se iba acabando por momentos.

–¿De qué depende?

–De si es bueno el dibujante. Y ojo, que he dicho que si es bueno, no que si está bueno, para que luego no se queje.

Ramos levantó las palmas de las manos, casi en señal de rendición.

–De acuerdo, de acuerdo. El dibujante es muy bueno. En cuanto terminemos aquí, usted se pondrá a trabajar con él.

–No hay problema, no tengo prisa. Ya dejé hecho el potajito en casa. Y un conejo en salmorejo para chuparse los dedos. ¿Le apetece venir?

–Hoy no puedo –respondió con excesiva rapidez el policía,

cambiando de tema–. Necesito una descripción física completa de los rusos.

–¡Uy! Eso no va a poder ser.

Ramos miró al techo del despacho.

–¿Por qué no?

–Pues porque los vi vestidos. Salvo al jiribilla, que un día lo vi sin camisa, pero estaba muy flaco para mi gusto.

–Me refiero a los rasgos físicos en general: el rostro, complexión, altura, algún elemento que los distinga de los demás –Ramos comenzaba a exasperarse.

–¡Ah! ¡Bueno! Entonces es incompleto.

–Nos conformaremos con lo que nos pueda aportar. ¿Se acuerda de algo más? ¿Llevaban mucho equipaje?

–Bueno, de algo sí que me acuerdo. Eran tres maletas, una bien grande, así que seguro que dos de ellos compartían alguna, lo que no está bien mirado. ¿Dónde se ha visto que dos hombres hechos y derechos compartan maleta? Ese detalle daría pie a muchas habladurías. Aunque estemos en un mundo moderno, los pueblos son los pueblos. Y Tacoronte no se salva.

–Lo entiendo –dijo Ramos, conciliador– ¿Alguna cosa extraña que le llamara la atención?

La señora no tuvo que meditar mucho la respuesta.

–Pues sí, no entiendo que tuvieran tan sucios los coches. Un Renault Clío 1800 color azul metalizado, matrícula 8331 HLV y un Toyota Avensis 2400, blanco polar, matrícula 4567HLV, no se merecen un trato tan poco digno.

Ramos abrió los ojos de asombro.

–¿Puede repetir eso? Tengo que tomar nota.

–¿Y con esto terminamos?

–Sí, con esto terminamos –el tono de Ramos era casi de alivio.

Y entonces, saltó Argelia.

–¿Y yo? ¿Cuándo hablo? ¿No tienen que leerme mis derechos? Llevo un rato largo esperando…

–Gracias por recibirnos sin avisar, maestro.

Conchín y Adela habían acudido a toda prisa desde la iglesia de La Concepción al domicilio del guía espiritual del grupo "Nivaria Desvelada", Pedrín Perdomo, un hombre mayor que emitía paz y seguridad en todos sus actos, aunque no le gustaba que le llamasen con ese nombre sus pupilos del grupo. Era poco serio.

–Me dijiste que era un asunto grave, Concepción.

El líder del grupo se resistía a llamarla Conchín, también le parecía poco serio, y a Adela, debido a su edad, más o menos contemporánea de él, la trataba siempre de doña Adela.

–Así es –intervino Adela, que entendió que la información era suya–. Una periodista amiga mía, una jovencita muy inquieta, sintió algo extraño en la torre de la iglesia de La Concepción. Algo que la agobiaba y la amedrentaba. Se lo he contado a Conchín y ella me ha hablado de las "presencias" de la torre.

Conchín aprovechó el instante en que Adela tomaba aire para meter baza.

–Hemos estado en la base de la torre. Me he concentrado y he logrado sentirlas. Han despertado de nuevo.

El semblante de Perdomo no expresó sorpresa, sino algo de pesar.

–Entonces, el ritual no ha funcionado –dijo en voz baja.

–¿Ritual? –preguntó Adela, mirando alternativamente a ambos–. ¿Se ha hecho algún ritual ya?

Conchín no supo responder. No sabía nada del asunto.

–Hace dos noches uno de los hermanos me vino a relatar una experiencia muy similar a la de la periodista. Algo ha ocurrido que ha producido el despertar de las presencias, y eso no es bueno. Como no quería alarmar a nadie decidí hacer yo mismo el rito del desagravio en la torre.

Adela abrió los ojos como platos.

–¿Usted mismo? –preguntó, más que sorprendida–. ¿Solo? ¿Por qué no es bueno que se despierten las presencias? ¿Y por qué hay que hacer una ceremonia de desagravio?

Perdomo, dentro de la seriedad, esbozó una ligera sonrisa.

–Es un tema del que se casi nunca se ha hablado en nuestras reuniones –le dijo en tono tranquilizador–. Solo unos pocos iniciados lo conocen. Conchín es una de ellos.

Al escuchar su nombre, la mujer se dispuso a intervenir.

–Las presencias, según creemos, son un grupo de almas

atormentadas que, debido a algo que las perturba, despiertan de su descanso eterno y exigen una reparación.

Adela asintió. Conchín repetía lo que le había contado antes. Su amiga prosiguió:

–El problema surgió hace ya unos cuantos siglos, cuando comenzó a construirse la torre campanario de la iglesia. Los constructores iniciales, gente sin mucho escrúpulo, decidieron colocar los cimientos de la torre, y luego levantarla sobre un antiguo cementerio de los primeros años de la colonización de la isla.

–¿Sobre un cementerio? –preguntó Adela, aquello era nuevo.

–Exacto, en aquel tiempo se enterraba a la gente dentro o alrededor de la iglesia, dependiendo del nivel económico de que disfrutaran. Los de fuera de las paredes del templo eran los más humildes, como comprenderás. Pues bien, la torre comenzó a edificarse sobre el cementerio antiguo sin que nadie se entretuviese en retirar a los difuntos que se hallaban allí enterrados.

–Entonces, fue como una profanación de suelo sagrado.

Conchín miró a Perdomo antes de contestar, como sopesando la respuesta.

–Algo así. Cuando la torre estaba casi concluida, comenzaron las manifestaciones de las presencias.

–Los fenómenos extraños y molestos para el vecindario que ocurrían en el entorno de la torre se convirtieron en un asunto serio –continuó Perdomo–. Hasta tal punto que el obispo de turno tuvo que tomar medidas para calmar a la población. Se hicieron procesiones, misas, novenas, y hasta se celebraron exorcismos en la construcción, sin resultado alguno. Tuvo que ser una persona sensitiva, un comerciante muy rico, el que dio con la explicación y trajo consigo una solución. Dado que no se podía derribar la torre para exhumar a los difuntos, había que hacer algo por ellos. El obispo, algo desesperado porque ningún remedio era efectivo, escuchó lo que decía aquel hombre que había viajado por medio mundo. La solución consistió en realizar una ceremonia de desagravio y expiación, además de dedicar un montón de misas a la salvación de aquellos difuntos.

–Y esa ceremonia, ¿no suena a algo pagano? –preguntó Adela.

–Todo se hizo en nombre de nuestro señor Jesucristo, y sí, aunque sonara a algo desviado de los rituales eclesiásticos, el obispo no tuvo reservas en ejecutar lo que planteó el mercader, hombre muy conocido por su devoción y nada sospechoso de herejía.

–¿Y funcionó?

–Ya lo creo que sí, pero de modo temporal. De vez en cuando, las presencias se despiertan y exigen que se las desagravie. Y esta vez habrá que celebrar la ceremonia con todas sus fases. La versión resumida no ha funcionado.

–Y esa ceremonia, ¿tiene algo que ver con el asunto del cáliz en el que usted se vio envuelto hace algunos años, maestro?

Perdomo sonrió, esta vez con amplitud, antes de responder.

–Tiene usted buena memoria, doña Adela.

48

Olegario aprovechó un momento de descuido de Enriqueta a media mañana para dirigirse a la puerta de la vivienda y tomar la caja de madera que esperaba a su dueño apoyada contra la pared.

¿Su dueño?

Olegario tenía serias dudas sobre el título de propiedad que pudiera ostentar quien fuera que viniese a reclamar la pintura. En algún sitio había leído que la tenencia de cualquier cosa que pudiera portarse consigo durante los tres y los seis años, dependiendo de si había buena fe en la posesión o no, podría convertirse en propiedad. Lo llaman usucapión, o algo así, un latinajo jurídico.

Olegario le dio vueltas al tema. ¿Y si era un préstamo? ¿Entonces no valía esa regla? Sintió que su cerebro aumentaba de temperatura sin necesidad y decidió olvidar las disquisiciones legales. En caso necesario, ya intervendría un abogado.

El hecho es que el cuadro llevaba más de cincuenta años en poder de la familia del finado esposo de Enriqueta. Por mucho que se hubiera dejado en préstamo, ¿no era algo abusivo pretender que alguien custodiara un cuadro tanto tiempo? Y a cambio de nada, porque ni siquiera lo tenían colgado en un pasillo. Llevaba medio siglo, o más tiempo, encerrado en una caja.

A Olegario aquellas historias no terminaban de cuadrarle. Se puede ser bueno, pero no tonto. Y tener el cuadro en el trastero tanto tiempo rayaba en algo más que la tontería. En este asunto había algo más que él no sabía. Y que doña Enriqueta tampoco, eso lo tenía claro.

Tuvo que existir una relación entre el padre de don Epifanio –el difunto esposo de Enriqueta–, es decir, don Braulio, y el maestro de ajedrez. ¿Y de qué maestro se trataba? Porque Grummel estuvo en Canarias en 1936, pero Alekhine lo hizo en 1945. Las dos fechas eran tan similares para él como lo era la del diluvio. Ya quedaban pocos que pudieran recordar aquella época, tan de blanco y negro.

Olegario cogió la caja de madera y la llevó al salón de las mil figuritas de porcelana, igual que hizo el día anterior con el tablero de ajedrez. La dejó en la misma mesa y la contempló. En verdad era un modelo de embalaje de esos que solo se ven en los museos. Abrió los dos cierres metálicos, que se conservaban extraordinariamente bien para el tiempo transcurrido desde su fabricación y, sobre todo, teniendo en cuenta el lugar donde se había conservado, un trastero en una azotea lagunera, con lo que conllevaba de humedad. Levantó la tapa y sacó la tabla envuelta en tela, tal como estaba cuando cerraron

la caja el día anterior. Con mucha delicadeza, retiró el lienzo y la pintura se ofreció en todo su esplendor. Un semi sonriente y barbilampiño evangelista san Juan, aparecía con la mirada perdida en ninguna parte, mientras la cabeza de un águila con expresión inteligente y al mismo tiempo maliciosa parecía tratar de tentar al jovenzuelo, invitándolo a cometer algún irreverente pecado.

Y no había nada más. Si se trataba de una obra maestra, que alguien se lo explicase.

Olegario le dio la vuelta a la tabla, buscando alguna marca, algún trazo, pero no encontró nada. Hasta para eso era soso el retrato. Acercó la pintura a su rostro y olió la tabla. El aroma a madera vieja y a barniz caducado reafirmaba lo que ya se había imaginado: el trazo era antiguo. Bastante viejo.

¿Cuánto de antiguo? ¿Cincuenta, sesenta, setenta años? ¿O tal vez más? En el fondo daba igual. Era una copia muy bien hecha, de las mejores.

El chófer caviló un rato viendo sin mirar el cuadro, y una idea le vino a la mente. Sacó su móvil y entró en el navegador de Internet. Tecleó una frase en el recuadro de búsqueda y las infinitas respuestas aparecieron ante él al instante. Olegario, tras revisar varias webs, se quedó asombrado de las posibilidades que la técnica ofrecía hoy día.

Una vez que le quedó claro que había encontrado lo que buscaba, miró las empresas especializadas en realizar la maravilla técnica que tenía en mente. Pulsó sobre el número de teléfono de la primera y el móvil le dirigió a la llamada telefónica, que se inició sin necesidad de más trámite. Respondieron con presteza y Olegario explicó el trabajo que pretendía que le hicieran. Le aseguraron que podía efectuarlo sin problemas, momento en que el chófer insistió en que era una urgencia, por lo que accedieron a atenderle al instante. Olegario prometió acudir al establecimiento en minutos y cortó la comunicación.

Se levantó y cruzó el pasillo en dirección a la habitación de la dueña de la casa.

–Doña Enriqueta, tengo que salir unos minutos.

–¿Otra vez? – se escuchó a través de la puerta cerrada.

–Sí, solo será un momento. No abra a nadie.

–Pues llévese las llaves, porque no le abriré ni a usted.

Olegario sonrió con la contestación de la señora. Se había tomado en serio aquel asunto del mensaje anónimo.

–Vuelvo enseguida –concluyó.

–¿Y qué va a hacer en la calle?

Olegario no tuvo que pensar demasiado la respuesta.

–Maravillas, doña Enriqueta, maravillas.

49

Santa Cruz de Tenerife, junio de 1936

El Hotel Orotava levantaba su graciosa estructura decimonónica enfrente de un Casino recién construido siguiendo la moda racionalista de los últimos años. En medio, la estatua de la Virgen de Candelaria, impertérrita, trataba de no tomar partido por ninguno de los diferentes gustos arquitectónicos de los vecinos de la capital de la isla.

El salón del hotel llamaba la atención por una claraboya gigante de cristal que arrojaba la luz del exterior sobre el hall de entrada. En uno de los sofás esperaban Hess y Lorenz a que el maestro francés Grummel fuera avisado de su llegada. Era casi mediodía, y la tardanza en bajar del maestro de ajedrez estaba justificada. La tarde noche anterior había jugado una simultánea de treinta partidas contra los jugadores locales de cierto nivel que quisieron apuntarse al evento, que fueron todos. De las treinta partidas, solo pudieron arrancarle tres resultados de tablas y ninguna derrota. La simultánea se había celebrado en los salones del Círculo de Amistad, y transcurrió desde la diez de la noche hasta las tres de la madrugada, lo que explicaba la ausencia del ajedrecista a esas horas del mediodía.

La espera no se dilató demasiado. Un hombre de unos sesenta años, sienes canosas, vestido con elegancia y todavía con ojos de sueño, apareció en el Hall.

–Buenos días, caballeros –les dijo en francés.

Hess se levantó como un resorte y estrechó la mano de Grummel en cuanto se la ofreció. El intercambio de cumplidos continuó en el mismo idioma.

–¿Ha descansado, maestro? ¿Se encuentra bien?

–Estoy estupendamente, monsieur Hess, solo con un poco de hambre. El comedor de desayunos ya estaba cerrado cuando me desperté.

–No se apure, podemos tomar un tentempié aquí cerca, al otro lado de la plaza, en el Atlántico.

Grummel sonrió y desvió por un momento la vista y la atención hacia Lorenz, que permanecía sentado, escuchando la conversación. Un destello de reconocimiento pasó inadvertido para Hess, pero no

para el alemán.

–¿Y este señor es…? –preguntó el maestro de ajedrez, adoptando un aire de inocencia.

–Quiero presentarle a un conocido mío. El señor Lawrence Conrad, empresario británico.

Grummel sonrió y le ofreció la mano a Lorenz, que se levantó y se la estrechó con firmeza.

–Nos vimos en el barco en que vinimos ambos a Tenerife, aunque no hemos sido presentados –dijo el alemán.

Hess se sintió algo confuso. ¿No era Grummel el especialista de que tanto hablaba Lorenz? ¿Acaso no se conocían? ¿O estaban fingiendo? La siguiente pregunta le sacó de dudas.

–¿Han traído lo que debo examinar? –preguntó Grummel.

Lorenz levantó una bolsa de tela que tenía a su lado, sobre el sofá, de un tamaño y consistencia que hacía adivinar su contenido. Grummel pareció pensárselo mejor al recordar la importancia de la labor que debía desempeñar en aquel momento.

–Dejemos el desayuno para después. Pidamos un salón reservado en el hotel para ver lo que traen.

Hess conocía el jefe de recepción y, tras unas breves frases, apareció un botones que les guió hacia un saloncito pequeño en la parte trasera del edificio, una vez pasado el restaurante.

En cuanto el empleado hotelero desapareció y se quedaron solos, Hess cerró la puerta e indicó a sus dos acompañantes una mesa a un lado del salón. En lo que se sentaban Grummel y Lorenz, corrió una pesada cortina y dejó que la luz del exterior iluminase la estancia. El maestro de ajedrez pidió la bolsa a Lorenz, extrajo el cuadro y lo colocó sobre la mesa. Sacó de uno de sus bolsillos una especie de monóculo, se lo colocó sobre el ojo derecho y comenzó el análisis visual de la pintura.

–Es muy antigua –dijo en voz baja–. Se supone que data de mediados del siglo XVII, y podría asegurar que tanto la tabla como los barnices son de esa época.

–Es la auténtica entonces –replicó Lorenz.

–Eso parece –respondió el ajedrecista, que prosiguió con su examen.

En un momento dado, sacó de otro bolsillo dos instrumentos de metal, una espátula muy fina y un bisturí, además de varios sobres pequeños de papel. Aplicó el bisturí a un extremo de la pintura, cortando una leve sección de material, que separó con la espátula. El contenido fue a parar al interior del primer sobre. Repitió la operación tres veces más resultando cuatro sobres con las extracciones dentro.

–Tengo que hacer un análisis con unos reactivos que tengo en la habitación –Grummel se levantó–. Serán apenas diez minutos, guarden

el cuadro y esperen a que vuelva.

Hess y Lorenz se levantaron y obedecieron las instrucciones del francés. La pintura volvió a la bolsa y los dos hombres regresaron al Hall.

–¿Y si nos tomamos algo? –preguntó Hess a Lorenz.

–¿No esperamos al maestro?

–Le esperaremos en la terraza de la cafetería de la que le hablé.

Hess avisó al recepcionista de que aguardarían a Grummel en el Atlántico y salieron a la plaza. La cafetería de referencia estaba a apenas cien metros del hotel, en un bajo del edificio del Casino, y las mesas del exterior, con vistas al castillo de San Cristóbal y al muelle comercial, estaban casi todas ocupadas.

–Está concurrido esto –observó Lorenz.

–Es la hora del aperitivo. Tenerife es un lugar donde se respetan las buenas costumbres, sobre todo por parte de su colonia extranjera, a la que se va sumando la élite local.

Hess se apoderó de una de las mesas libres y llamó la atención de un camarero antes de que Lorenz se hubiera sentado. Un toldo amplio que sobresalía del edificio del casino los protegía del sol, ya en lo alto.

–Una parte de los vecinos del centro de Santa Cruz viene a tomarse un café o un refrigerio aquí, en este establecimiento. La otra parte lo hace en el de enfrente, los Paragüitas –Hess indicó otra terraza de cafetería a unas cincuenta metros, pertenecientes a un kiosco modernista situado en el extremo de un parque.

–Hay un buen ambiente, y el día está mucho mejor que en La Laguna –comentó Lorenz.

–Es otro clima completamente distinto, pero mucho más caluroso. Yo prefiero algo más de fresco; soy originario de Alsacia.

Lorenz asintió, Alsacia era la provincia más alemana de Francia, o la más francesa de Alemania, que de vez en cuando cambiaba de país.

–Dígame, míster Conrad. ¿No conocía usted al maestro Grummel?

–Tengo referencias. Sabía que viajaba conmigo en el mismo barco, pero entendí que era mejor no tener ningún contacto con él. Prefiero hacerlo así, a través de usted. La discreción es esencial.

–Comprendo –respondió Hess, imaginando las instrucciones de secretismo que debía de haber recibido Lorenz.

Antes de que el camarero volviera con los dos Campari que habían pedido, descubrieron que Grummel cruzaba el espacio entre el hotel y la cafetería. Llegó en unos segundos y se sentó con ellos.

–Estimados señores, los resultados de mis análisis no dejan ninguna duda –anunció–. Esa pintura puede ser de vital interés para nuestra causa. Es imprescindible que sea transportada al destino previsto.

Hess se alarmó.

–¿Cómo dice? ¿Hay que llevársela fuera de la isla?

–Desde luego –respondió Grummel–. Sin ninguna duda. No se preocupe, de eso se encargará míster Conrad.

A Hess la frase no le tranquilizó nada.

–Yo pensaba que solo querían examinar el cuadro, pero no llevárselo. Lo que me preocupa es cómo explicar la desaparición del cuadro sin que deje ningún rastro.

Lorenz dio un sorbo a su bebida, paladeándola, antes de responder.

–Seguro que sabrá cómo hacerlo, Hess. Porque si no lo hace, es cuando de verdad tendrá que comenzar a preocuparse.

50

Sandra llegó un poco antes de la hora prevista para comer en casa de sus padres. En realidad era su casa, la de toda la vida, y seguía llamándola así, en contraposición al “apartamento”, que era la solución habitacional de cuarenta metros –delirio de algún arquitecto desaprensivo–, en que vivía.

En “su casa” todavía su habitación estaba tal cual la dejó, algo que suele ocurrir en familias con pocos hijos. En las otras, siempre hay algún hermano pequeño dispuesto a ocupar el espacio vacante. Sandra tenía un solo hermano, el chico, unos años menor, que todavía vivía con los padres. El hecho de que ya trabajara no implicó que se planteara la salida del domicilio paterno, y Sandra cuchicheaba a menudo con su madre, doña Carmen, sobre la tardanza de Carlitos en independizarse.

Por esas casualidades, Carlitos estaba de viaje de trabajo y no estaría presente en la comida. El padre de Sandra, don Miguel, al que le faltaba poco para la jubilación y no paraba de hacer planes para esos años de platónico asueto pagados por el Estado, sí llegaría a tiempo para probar la ropa vieja y luego un pescadito fresco, un medregal, que había preparado su esposa.

–Te veo muy flaca –dijo la madre en cuanto Sandra se acomodó en una de las sillas de la cocina, observando el sin parar de su madre en los fuegos–. ¿Estás comiendo bien? ¿Qué desayunas?

–Como bien y desayuno mejor –respondió Sandra, recordando las cafeterías que frecuentaba.

–Menos mal que vienes a comer un día a la semana. Te he preparado varios Tupper para que comas decentemente.

Sandra recordó que ya no le quedaba espacio en el congelador. Estaba lleno con las fiambreras de su madre, que se iban acumulando en lo más frío para evitar que su contenido se estropeara. El problema es que no recordaba de qué época eran las que estaban en el fondo.

–No hace falta que me prepares nada.

–Claro que sí, y a ver si me devuelves alguno, que ya no me quedan. Voy a tener que comprar más.

Si era por ella, Sandra era consciente de que su madre sería la mejor cliente de la tienda donde vendían los recipientes.

–La próxima vez que venga te traeré alguno.

La señora se dio por satisfecha y se concentró en el sabor del guiso. Lo aprobó cuando paladeó una punta de cuchara y se volvió hacia su hija.

–¿Qué estás escribiendo ahora?

Sandra se alegró de cambiar de tema y, además, le encantaba que su madre se interesase por su trabajo.

–Estoy investigando el robo del cuadro de san Juan en La Concepción.

–¡Ah!, ¡Sí!, me lo contó Fina, que está al loro de lo que pasa en La Laguna.

Lo de "estar al loro" era un modismo que su madre adoptó treinta años atrás y que ya apenas se usaba, pero no iba a contradecir sus aspiraciones de aparentar modernidad.

–Pues estoy sacando a la luz antecedentes muy sospechosos.

Doña Carmen dio por terminada la faena gastronómica, se quitó el delantal, sacó de la nevera una botella de vino dulce Mistela y cogió dos copas del aparador.

–Tomemos un aperitivo –invitó a modo de orden–. ¿Por qué sospechosos?

–Porque el cuadro que robaron hoy ya fue objeto de una extraña atención hace ochenta años.

La dueña de la cocina adoptó una expresión de sorpresa.

–¿Y qué pasó hace tanto tiempo?

–Pues que el retablo del cuadro sufrió un accidente y fue sacado de su lugar para su reparación.

–Eso ocurre todos los días. No le veo el misterio.

–Es que el operario del obispado que se vio involucrado en el asunto murió poco después, envenenado. Las sospechas recayeron en una hermosa mujer extranjera que también murió de la misma forma.

Doña Carmen tomó otro sorbo de Mistela.

–Hay qué ver. ¿Estaba de moda lo del envenenamiento?

–Era más rápido que morir de aburrimiento, que era el riesgo que corrían todos los habitantes de la época en 1936.

–¿En 1936? ¿Cuándo empezó la guerra civil?

–Un mes antes, para ser exactos.

–Pero, ¿le pasó algo al cuadro? ¿Qué tiene ver con el robo de hoy?

–Eso estoy tratando de desentrañar, mamá. El cuadro, al parecer, volvió a su lugar, pero me escama mucho la muerte repentina del trabajador de la iglesia. Y es que, además, pertenecía a una sociedad ocultista que estaba relacionada con los nazis alemanes.

Doña Carmen dio un respingo de sorpresa.

–¡Anda! Ahora empieza a interesarme. ¿Los nazis?

–Hitler y su camarilla estaban muy interesados en cualquier fenómeno sobrenatural. Y la curación de la peste por el cuadro lo es.

–Desde luego. Pero vuelvo a la misma pregunta: ¿Qué tiene que ver con el robo de hoy?

–Tengo una teoría: creo que los miembros de la sociedad ocultista,

aprovechando que uno de los agentes alemanes se encontraba en Canarias, sacaron el cuadro de la iglesia para examinarlo de cerca.

La madre tomó otro sorbo, esta vez con escepticismo.

–¿Y descubrieron algo? Si volvió a su lugar en la iglesia, es que no le dieron mayor importancia. Si no, no hubiera vuelto.

–Eso es lo que no sé. Necesito investigar más. Y no me cuadra tampoco que el agente nazi tuviera un apellido ruso y fuera un maestro de ajedrez.

–¿De ajedrez? ¡Cómo se está complicando la cosa! Parece una novela.

–No creo que a nadie se le ocurra escribir una historia tan extraña.

–¿Extraña? Hablando de la iglesia de La Concepción, no creo que sea más extraña de lo que ocurrió cuando yo era una niña.

Sandra probó por segunda vez el chupito. Estaba bueno aquel vino dulce.

–¿Y qué ocurrió?

–Pues que desapareció el cáliz del sagrario, y hubo unas pistas claras. Unas huellas blancas en el suelo de la nave que se dirigían a la escalera de la torre campanario, y se perdían en lo más alto, de modo incomprensible.

Sandra casi se atragantó.

–¿Cómo has dicho?

–Jefe, una llamada de fuera para usted.

Galán se extrañó. Hacía tiempo que no recibía una llamada efectuada al número fijo de la comisaría, y que el agente de guardia en la centralita se la pasase. Miró su reloj, se acercaba el mediodía y todavía no había resultados del reparto del retrato robot entre todas las patrullas de la isla. El inspector nunca confiaba demasiado en los retratos robots, ya que el parecido no siempre era razonable. Pero a veces sonaba la flauta, aunque fuera de casualidad.

–Pásamela, Valido. Gracias –respondió al policía que se sentaba en la amplia garita acristalada de la entrada principal al recinto policial de la calle del Agua. La comunicación saltó a otra línea.

–Buenos días, aquí el inspector Galán.

–Buenos días. ¿Es usted el que lleva el caso de la búsqueda de una persona con un retrato robot?

El acento era extranjero, adivinó Galán de inmediato, con matices de los países del Este.

–El caso lo lleva la Policía Nacional al completo. Yo soy el coordinador de la búsqueda de un sospechoso.

–¡Pues quiero manifestar mi más rotunda protesta!

Galán separó el auricular del oído durante un instante. No se esperaba un cambio de modulación de voz tan brusco.

–¿Y cuál es la causa de su protesta?

–Se trata de un acoso policial a los ciudadanos rusos de esta isla.

–¿Acoso policial? ¿De qué me está hablando? Y, ¿quién es usted, por favor?

–Soy Aleksander Borodin, cónsul de la Federación rusa en Canarias, y hablo con conocimiento de causa.

El hombre parecía bastante molesto. Aunque la gran mayoría de los cónsules en Canarias eran honorarios y no profesionales, todos tenían contactos directos con las autoridades locales más insospechadas. Había que andarse con tiento.

–Explíqueme por qué piensa que existe acoso policial.

–Varias patrullas de la Policía Nacional han importunado a varios ciudadanos rusos, bien directamente dándoles el alto, bien enseñándoles un retrato de un hombre con rasgos eslavos.

–Están haciendo su trabajo –replicó Galán, intentando adivinar en qué se podían haber sobrepasado sus compañeros–. Tenemos un sospechoso cuyas facciones se adecuan al retrato.

–Es que hay un problema, señor inspector –La “r” del final de la

palabra duró más de la cuenta, pero suavizada, casi como una “g”–. Y es que, con ese retrato, tendría usted que detener a la mitad de la población rusa, y me quedo corto. Hay una gran parte de mis paisanos que se parecen al hombre dibujado en el papel.

Galán pensó que aquel hombre tenía algo de razón. Le había pasado algo similar con los chinos.

–De momento, tenemos que trabajar con esa descripción, señor cónsul. Lamento si hemos molestado a más de uno de sus compatriotas, pero esperamos la colaboración ciudadana. De hecho, voy a pedirle la suya.

El ruso tardó más de cinco segundos en contestar, como si se lo estuviese pensando.

–Usted dirá.

–Estamos tras la pista de un grupo de personas que al parecer profesan la regla ortodoxa. Sé que eso no es nada extraño en su país, pero son unos individuos que no se sujetan a la iglesia oficial, la que está en el sur de Tenerife. ¿Tiene alguna idea de quiénes pueden ser?

De nuevo el cónsul no respondió de inmediato. De hecho, a Galán le pareció que tardaba más de la cuenta en responder.

–La verdad es que no tengo noticia alguna al respecto.

Una contestación excesivamente oficial para el gusto del policía. El inspector no abrigó la menor duda de que todos los cónsules de Rusia estaban controlados de alguna manera por los servicios de seguridad del Estado ruso. La respuesta le había sonado como un “no puedo hablar del tema”. Galán insistió:

–Sabemos que viven en el norte de la isla. ¿No le suena?

Esta vez el ruso no tardó tanto en responder.

–Señor inspector, tenemos censados en el consulado a más de cinco mil ciudadanos de nuestro país. Y esos son los que residen habitualmente en Canarias. De los que vienen de turismo no tenemos datos. Son demasiados.

Desde luego que si el cónsul no tenía esos datos, alguien del FSB, el antiguo KGB, los tendría.

–Pueden estar involucrados en el robo de un cuadro en la iglesia de La Concepción. Se lo digo a título de información, por si le llega alguna noticia relacionada con el asunto.

–Estoy seguro que esos desalmados que roban en las iglesias no son rusos. De cualquier manera, estaré atento.

–Le agradezco la colaboración, señor Borodin, y daré orden a mis hombres de que se empleen con mayor delicadeza en adelante.

–Se lo agradecería. Comprenderá que no es de mi gusto recibir quejas de ese estilo. Entiendo que el asunto no es tan grave como para llamar al subdelegado del Gobierno central, por eso he pedido hablar con usted.

–Pierda cuidado, señor cónsul. Buenos días.

El representante diplomático se despidió y cortó la comunicación. A continuación, Galán marcó tres números: eran los del teléfono del despacho de los subinspectores. Contestó Morales.

–Toma nota –le ordenó–. Hay que incidir en lo del retrato robot, que está dando resultados. Sí, dar la lata todo lo que se pueda, sobre todo a los que parezcan rusos. ¿Qué? ¿Qué hay cuatro retratos más? Pues mejor. Ya sabes, y díselo a Ramos en cuanto lo veas.

–¿Da su permiso, ilustrísima?

El obispo ya había sido avisado de que el cura de la parroquia de La Concepción quería hablar con él, pero siempre aparentaba estar muy ocupado para imponer a sus visitantes un poco de humildad, que casi siempre les hacía falta. El sacerdote había subido renqueando la escalera de piedra hasta el primer piso del obispado, y en lo que llegó al despacho obispal, al final del pasillo porticado con vistas al patio central, no había terminado de recuperar el resuello.

El obispo levantó levemente sus ojos por encima de las gafas de vista e hizo un vago gesto de reconocimiento.

–¡Ah! ¡Cosme! Entre, entre, y siéntese –dijo el obispo, señalándole la silla que estaba al otro lado de la amplia mesa de trabajo.

El cura tomó aire y se sacó un pañuelo arrugadísimo que en su tiempo fue blanco para secarse el sudor de la calva. Entró con paso inseguro y se sentó en la silla indicada, con indisimulado alivio.

–Pero, ¡hombre de Dios! –le recriminó el obispo–. ¿Cómo se le ha ocurrido subir esas escaleras con la edad que tiene? Tendré que imponer una severa penitencia a mi secretario por esa falta de sensibilidad.

El cura abrió los ojos de pasmo. El secretario era quien entregaba los fondos para la parroquia. Lo último que deseaba era enemistarse con ese hombre. Con la mala uva que tenía.

–Déjelo estar, Ilustrísimo y Reverendísimo señor, el perdón es la mejor arma en estos casos. Se lo ruego.

El obispo se echó atrás en su enorme sillón. A veces le gustaba ser magnánimo.

–De acuerdo. Pero, Cosme, no me trate de ese modo tan formal. Con que me llame padre es suficiente.

Don Cosme asintió, a pesar de que en su fuero interno le costaba más llamar padre a un hombre al que casi doblaba la edad que Ilustrísimo y Reverendísimo señor, que era más propio.

–Así lo haré, su ilustrísima.

El prelado miró hacia arriba, resignado.

–¿Qué le trae por aquí, Cosme?

El cura tragó saliva antes de responder.

–Pues verá, tenemos ciertos problemillas en la iglesia.

–¿Problemillas? –preguntó, impaciente.

–Sí, concretamente en la torre campanario. Resulta que algunos feligreses han notado ciertas incomodidades.

–¿Puede ser algo más concreto, Cosme?

El cura chasqueó la lengua inconscientemente. Le costaba muchísimo decir lo que venía a continuación.

–Parece que ser que quienes entran en la torre o pasan cerca, sienten cosas desagradables.

El obispo alzó las cejas de la sorpresa.

–¿Es por la limpieza? ¿Los perros? ¿Tengo que hablar con el alcalde?

–Pues no son los perros, por lo que parece. Son manifestaciones fuera de lo común: angustia, desasosiego, y a veces, escuchan voces que les conminan a salir de allí.

–¿Escuchan voces? –el prelado se revolvió en su asiento, inquieto–. ¿Y ocurre siempre?

–Hombre, siempre, siempre, no. Perdón padre ilustrísimo por la confianza. Les pasa a algunos y a otros no. A mí no me pasa, pero al sacristán y a varias viudas devotas, sí. Lo que es un problema.

El obispo meditó sobre la noticia del párroco.

–Muy bien, Cosme. Me encargaré del asunto.

–Me dicen algunos fieles mayores que eso ya pasó antes, hace como unos cuarenta años. Y que es recurrente, dicen que se repite cada cierto tiempo.

–Olvídese de las habladurías, Cosme. Vuelva a su parroquia, que yo tengo la solución. Si no se quita en un par de semanas, me avisa. ¿De acuerdo?

El cura se levantó, agradecido, y besó el anillo obispal antes de salir del despacho. En cuanto lo hizo, el obispo cogió su móvil, buscó un contacto y pulsó el botón de llamada.

–¿Perdomo? Me parece que ha vuelto a ocurrir. ¿Puede hacer algo? Se lo agradecería mucho.

54

El general retirado Augusto Pozo Arribas recibió la llamada de Ariosto sentado en el salón de su casa, en el santacrucero barrio de Salamanca, una zona de la ciudad donde habían cambiado la denominación de las calles, que pasaron de ostentar los nombres de unos generales de la guerra del 36 a unas insustanciales denominaciones como el olvido y el perdón, para asombro de muchos e irritación de unos pocos.

La estancia era un pequeño museo de la legión de los años setenta y ochenta. Seis banderas militares se erguían sobre sus soportes enfrentándose a una ventana por donde entraba, pidiendo permiso, la luz del mediodía. Las paredes aparecían forradas de sables cruzados, escarapelas de distintos colores, insignias enmarcadas, fotografías en blanco y negro de uniformados sonrientes sobre un fondo de páramos desérticos, y un cornetín dorado.

–Alférez Ariosto, no sabe la alegría que me produce su llamada –fue la respuesta al iniciar la conversación telefónica.

Ariosto había cumplido el servicio militar como suboficial universitario, como tantos otros. Era la época.

–Mi general, yo también celebro escucharle en tan buena forma –respondió Ariosto, afable.

–¿Y qué le trae a telefonear a un carcamal como yo en un día tan radiante, en el que seguro que aprovecharía mejor el tiempo de otro modo?

–Mi general –Ariosto, aunque le sonaba de otras veces la misma respuesta, decidió ir al grano–, tengo entendido que durante su extensa carrera algo tuvo usted que ver con los secretos de las armas químicas y biológicas.

–Pues, para ser un secreto, está usted bien informado.

–Bueno, era la comidilla del cuartel, ya sabe.

–En este país hay secretos más secretos que otros, y este no lo era demasiado. En fin, ya ha pasado tanto tiempo que es inútil negar las evidencias, en contraposición con los usos del gobierno, que sigue haciéndolo. Lo admito: algo tuve que ver con ese tipo de armas.

–Ya sé que han pasado algunos años desde su jubilación, pero estoy seguro de que sigue al día –contemporizó Ariosto.

–Lo que puedo. No tengo acceso a todas las novedades. Recuerde que estamos hablando de temas secretos.

–Sí, claro, muy secretos. La cuestión por la que le llamaba es comprobar si una teoría que ha surgido en mi cabeza tiene base

científica.
–¿Qué teoría?
–Antes que nada, necesito que se despoje de todo prejuicio referente a las imágenes religiosas cristianas.
–Estimado alférez: con respecto a esas imágenes no tengo prejuicios, sino adoración.
–Pues también necesito que se despoje de esa adoración.
–Difícil me lo pone.
–Inténtelo, después comprenderá por qué se lo digo.
–De acuerdo, le escucho.
–Como buen lagunero, sabe que la imagen de san Juan Evangelista de la iglesia de La Concepción es reputada como milagrosa porque curó la peste a muchos vecinos de La Laguna en el siglo XVII.
–Ese milagro del sudor del santo es bien conocido de todos, y quien no lo conozca, es que no es de esta ciudad.
–No sé si está al tanto de que esta mañana se ha constatado la sustracción del cuadro de que hablamos.
–Lo he visto en la televisión. Todavía sigo indignado.
–Yo también, dicho sea de paso –añadió Ariosto–. He estado hablando con un científico amigo mío, y me ha propuesto una idea novedosa: parece que los algodones empapados en los efluvios que despedía el cuadro de san Juan eran capaces de combatir la peste. ¿Cree en la posibilidad de que la madera y la pintura pudieran crear algún tipo de reacción química que produjera un antídoto contra la enfermedad?
El general no contestó durante algunos segundos. Estaba rumiando la idea con tranquilidad.
–Oiga alférez –dijo, por fin–. Eso que me cuenta, tiene un plus de originalidad, digno para ser contado en una novela. Y respecto al asunto, no es tan descabellado.
–¿Es posible entonces?
Pozo Arribas volvió a tardar en responder, como si sopesase lo que iba a decir.
–Como estamos hablando de temas secretos, secretos a voces, como ya sabe, solo le puedo decir que habría que estudiar la pintura y la madera en la que se realizó el retrato del evangelista. De todos es sabido el secreto de que hay potencias militares de las que se dice, y sigue siendo secreto, que tienen ejemplares de virus y de bacterias extinguidos hace siglos. Y que las guardan como potenciales armas biológicas. Estos casos ponen en duda mi fe en la bondad humana.
–¿Y usted cree que entre esas armas puede estar la peste bubónica?
El general volvió a hacerse de rogar para contestar.
–No es que lo crea –y esto es extraoficial–, es que estoy seguro. Me han llegado informes de excavaciones de los servicios secretos de esos

países en fosas de fallecidos por diversas pestes. Buscando no se sabe qué, pero que sí se sabe qué.

–Mi general, me está dejando pasmado. Si esas potencias militares han podido tener acceso a los patógenos de esas enfermedades ya erradicadas, ¿estarían interesadas en hacerse con la cura?

–Alférez, no me haga dudar de su inteligencia. Aunque conociéndolo, sé que la pregunta es para que hable más de la cuenta sobre estos asuntos secretos. Y que esto quede entre nosotros: por supuesto que están interesadas en poseer el antídoto.

–¿Para que el supuesto enemigo no lo tenga?

–Efectivamente, amigo Ariosto. Y no solo por eso, sino también para que sus mandos, o sea, los políticos, puedan ser defendidos del mismo tipo de arma proveniente del enemigo. Porque, en estos días modernos, ¿quién puede asegurar que un arma así, aunque la posea uno, no la tiene también el adversario?

55

Marta consiguió aparcar en la placita delantera de la iglesia de la Cruz del Señor, y se consideró muy afortunada. No era fácil a aquella hora, justo antes de que cerraran los comercios y demás negocios al mediodía. Caminó un par de calles más abajo y dio con la peluquería de Emelina, que estaba aún abierta al público. Empujó la puerta y asomó la cabeza dentro. Emelina atendía a un par de señoras, pero, a primera vista, Marta supo que ya estaba terminando con ellas.

–Buenas, –dijo, y entró en el establecimiento– ¿cómo estamos?

Emelina era la pareja de Olegario, una mujer morena, de complexión fuerte pero femenina, y con una encantadora sonrisa perenne. Su trabajo oficial era la peluquería, pero dedicaba sus ratos libres a otras inquietudes, que a veces también le granjeaban buenos ingresos. Emelina era una excelente quiromante, o lo que es lo mismo, leía las manos, y solía acertar en sus pronósticos, lo que le había granjeado una cierta fama en ese sector. Marta la conocía de otras ocasiones y en alguna de ellas ambas incluso corrieron peligro juntas, pormenor que siempre hace más fuerte una amistad.

–¡Mira quién ha venido! –exclamó la peluquera–. ¡Dichosos los ojos que te ven!

Marta no contestó, se acercó a Emelina, que tenía las manos ocupadas en el cabello de una de las clientas, y le dio un par de besos, que fueron correspondidos.

–No hace falta que venga muy a menudo para que te tenga en mi pensamiento –dijo Marta con una sonrisa.

Emelina se la devolvió con una mirada pícara.

–Cuando eres tan zalamera, es que algo buscas.

–Aguardaré a que termines con las señoras –le dijo, y se sentó en una de las sillas de espera.

En diez minutos, la peluquera finiquitó a las dos mujeres, les cobró y giró el cartelito de la entrada a "cerrado", bajando a continuación las persianas. A Marta no le dio tiempo ni a terminarse el Hola.

–Marta, la verdad es que te hace falta un corte en las puntas –le dijo con ojo profesional–. Y quitarte algo de volumen.

Marta dejó a un lado la revista y se levantó del asiento.

–No he venido a que me arregles el pelo.

La peluquera cogió del brazo a Marta y la empujó con suavidad hacia uno de los butacones de trabajo.

–Tú te callas y te sientas, que no puedo mirarte con esos pelos.

La arqueóloga conocía de sobra a Emelina y optó por resignarse y

dejarse hacer.

–Pero corta poco, que ya sabes que me gusta la melena larga.

–Eso no es larga, niña. Si vieras a las chicas que vienen por aquí sabrías lo que significa largo –La peluquera comenzó a trabajar con las tijeras–. Bueno, ¿y qué es eso que quieres hablar conmigo a solas?

–Me acordé de una conversación que tuvimos hace tiempo. Me dijiste que Olegario te había enseñado algunas de sus facultades. De esas que aprendió de joven en los muelles europeos.

Emelina sonrió con complicidad.

–Ahora entiendo por qué no podían estar presentes mis clientes. Es cierto, Ole me ha enseñado a forzar cerraduras, a abrir ventanas, a desactivar alarmas y a andar casi a tientas. Son cosas que nunca se sabe cuándo van a hacer falta. Es como un juego que compartimos hace tiempo. Pero, de eso, no se cuenta nada a mi clientela. ¿Entendido?

Marta se rio con la pregunta.

–De acuerdo, no se lo contaré a nadie. Pero voy a necesitar esas nuevas dotes tuyas.

–Explícate, querida.

–Verás, necesito entrar en un edificio grande y oscuro, que estará vacío, o tal vez tenga un vigilante de seguridad como máximo. Algo fácil.

Emelina frunció el ceño.

–Es la primera vez que me vienes con una propuesta así. ¿No será algo ilegal?

–Se trata de recuperar unos papeles antiguos de familia que se quedaron olvidados dentro de un mueble. Es casi legal.

–¿Casi? No sé, no sé.

–Solo me hace falta que me abras una puerta. Te puedes quedar fuera en lo que recojo lo que es de mi tío abuelo y salgo.

–Eso me gusta más. ¿No habrá cámaras?

–Que yo sepa, no. Es un edificio grande, pero antiguo, y no está habitado de noche. Solo se usa de día.

–Mejor entonces. Pienso que quieres entrar de noche.

–Quisiera que fuera esta misma noche.

–¿Hoy? –Emelina pareció pensárselo durante unos segundos–. Pues estás de suerte, que Ole duerme fuera.

–¿Olegario duerme fuera? ¿Está de viaje?

–No, mi hija, duerme en la casa de doña Enriqueta.

Marta no pudo disimular su asombro.

–¿Y eso? ¿Le ha pasado algo?

–Nada, que ha recibido una carta que parece amenazante, y Ariosto y él han decidido que se se pase un par de días con ella. Por si acaso.

–Entonces hay que contárselo a Antonio. La policía debe estar al

tanto.

–Marta, si Ariosto no se lo ha contado a Galán, es porque cree que no es tan grave. Y Olegario se ha presentado voluntario para que la señora esté tranquila.

–Pues avísame si pasa algo, por favor. No me gusta la idea de que amenacen a mis amigas. Pero, ¿Olegario sabe a lo que se expone? ¿Ha probado alguno de los brebajes de Enriqueta? ¿Conoce lo frugal de su dieta?

–No me hables, niña, que he tenido que subirle un tupper con comida esta mañana a escondidas.

Marta se rio al imaginar la escena.

–¿Quedamos entonces esta noche? ¿Te recojo a las diez?

–Hecho. Recuérdame que coja el estuche de herramientas de Olegario. Ya que vamos a hacer ese trabajo, que sea profesional.

56

El subinspector Morales volvió al despacho que compartía con Ramos en la comisaría de La Laguna. Llevaba en la mano un folio recién impreso y lucía un semblante sonriente. Ramos, enfrascado en una búsqueda en Intranet en los archivos de la policía, lo miró de reojo.

–¿A qué viene esa cara de idiota?

Morales no se sintió ofendido.

–Tengo los datos de los vehículos de los rusos –dijo, agitando el papel.

Ramos dejó de inmediato lo que estaba haciendo y levantó la vista hacia su compañero.

–¿Tan pronto? ¿Qué dicen?

Morales dirigió la mirada hacia el texto y leyó:

–El Renault es propiedad de un tal Vladimir Ilich Ulianov.

Ramos lanzó un gruñido.

–Hay que joderse. No puede llamarse así.

Morales lo miró sorprendido y releyó el nombre, confundido.

–¿Por qué no?

–Porque Vladimir Ilich Ulianov era el nombre auténtico de Lenin, el creador de la Unión Soviética, muerto hace ya un montón de años.

Morales se quedó perplejo. ¿Cómo sabía Ramos ese detalle tan técnico? Él no tenía ni idea al respecto.

–Tal vez no sea un nombre tan raro en Rusia, porque está claro que es ruso. Imagínate la cantidad de personas que se llaman Pedro Sánchez en España, por poner un ejemplo.

–Me suena a nombre falso, pero te otorgo el beneficio de la duda. ¿Y el otro coche?

–El Toyota Avensis, un coche más grande, es propiedad de un tal Aleksander Borodin.

Ramos volvió a gruñir.

–No puede ser otra vez.

–¿Es el músico, el autor del Príncipe Igor? –preguntó Morales.

Ramos fue ahora el sorprendido. ¿Cómo podía saber Morales ese detalle tan técnico? Él no tenía ni idea al respecto.

–Pues no –Ramos dudó–. O no lo sé. El hecho es que el cónsul de Rusia en Canarias se llama así.

–Pues entonces, sí que hay que joderse. Nada menos que el cónsul implicado con estos sujetos.

–No tenemos noticia de que hayan cometido ningún delito –recordó

Ramos–. Solo hay meros indicios que apuntan hacia ellos.

–De acuerdo –admitió Morales–. ¿Y qué hacemos?

Ramos sonrió.

–Como buenos funcionarios, vamos a quitarnos la responsabilidad de encima. Se lo diremos al jefe.

–¿Vamos?

–Vamos.

Los dos policías salieron de su despacho y se encaminaron al del inspector Galán. Lo encontraron hablando por teléfono y esperaron de pie en la puerta a que terminase. Lo hizo al cabo de pocos segundos.

–¿Qué hace este par de pasmarotes en mi puerta? –preguntó en cuanto cortó la comunicación.

–Esperando la autorización para entrar –dijo Ramos.

–¿Desde cuándo se pide permiso para entrar en mi despacho?

Ramos se acercó y dejó sobre la mesa el informe.

–Los datos de propiedad de los coches de los rusos –anunció.

Galán tomó el folio y lo leyó con rapidez.

–¡Vaya! ¡El cónsul! –exclamó Galán– ¡Vaya caradura tiene! Me dijo que no conocía a esos sujetos de nada. Y encima, quejándose de la actuación policial.

–¿Nos acercamos a visitarlo? –preguntó Morales.

–Esperad –dijo Galán–, que voy a devolverle el telefonazo. Que venga aquí será mejor que ir al consulado.

El inspector descolgó el teléfono y se puso en contacto con la centralita de la entrada. El policía de guardia le consiguió el número del cónsul. Lo marcó de inmediato.

–Consulado de Rusia, dígame –contestó una voz femenina sin acento extranjero. Sonaba como de la tierra.

–Soy Antonio Galán, inspector de la Policía Nacional, y quiero hablar con el señor Borodin.

–¿Tiene cita previa?

La pregunta de moda enojó un poco más a Galán.

–Es un asunto oficial y urgente. No puedo esperar a una cita previa.

–Pues no va a tener más remedio, el señor cónsul ha empezado hoy sus vacaciones y no está en la isla. Volverá pasadas las navidades.

Galán se sintió más irritado aún.

–Vamos a ver, el cónsul me ha llamado hace apenas un par de horas.

–Tuvo que hacerlo antes de salir del consulado. Ahora ya no está operativo.

–Todavía faltan un par de semanas para la Navidad. ¿Cómo es que se ha ido de vacaciones?

–¿Qué quiere que le conteste? Aquí manda él, y el personal de apoyo obedece. Tal vez lo hayan llamado de Moscú, como en otras

ocasiones. Llevo diez años aquí y, a veces, los cónsules adelantan sus vacaciones por orden del Kremlin. En ocasiones nunca vuelven. Se comenta por lo bajo que acaban en Siberia o un lugar de esos, fríos y lejanos. Vacaciones de invierno las llaman.

–Pues sigo necesitando hablar con él. Es un asunto policial urgente. ¿Tiene su móvil?

–No dispongo de su número de móvil ni, aunque lo tuviera, estaría autorizada a facilitarlo, señor inspector. Para casos así, le aconsejo que se ponga en contacto con la embajada en Madrid.

–¿Y no estarán también de vacaciones?

–Pues puede que sí, pero deje el recado. Ya le contestarán.

El inspector dio las gracias por nada y cortó la llamada. Miró a los subinspectores, que lo observaban con una leve sonrisa en los labios.

–Sí, ya lo sé –reconoció Galán–. Hay que joderse.

–¿Me estás diciendo que robaron el cáliz del sagrario y unas huellas blancas que partían de allí se perdieron en lo alto del campanario?

Sandra intentaba ratificar si había escuchado bien a su madre.

–Pues sí –respondió doña Carmen–. ¿No te parece de lo más extraño?

–Y tanto que me parece. Es exactamente lo mismo que ocurrió ayer con el cuadro. ¿Cuándo ocurrió eso?

La madre volvió a llenar su copita de Mistela, y pareció tratar de recordar detalles acerca de la pregunta de su hija.

–Pues fue en los años ochenta. En el ochenta y dos u ochenta y tres. Yo era una jovencita, pero me acuerdo del asunto. Pero, ¿sabes que aquel misterio se resolvió?

Sandra apuró su vasito de la sorpresa.

–¿Sí? ¿Cómo?

–Verás, al día siguiente, el cáliz volvió a aparecer en su sitio. Como por arte de magia.

–Vaya, entonces el ladrón se arrepintió.

–O nunca pretendió que fuera un robo.

Sandra sopesó mentalmente aquella afirmación. ¿Para qué molestarse en sacar el cáliz de su lugar si no había ánimo de robarlo?

–Explícame eso –le pidió a su madre.

–La policía sospechó que se trataba de un desafío, de una apuesta o algo así. El ladrón pretendía demostrar que era capaz de sustraer un objeto valioso y volver a dejarlo en su lugar al día siguiente.

–¿Lo sospechó o lo confirmó?

–Lo sospechó y luego, meses después, lo confirmó.

–¿Cómo lo confirmó?

–En aquellos tiempos todos se conocían, y la policía tenía en sus registros a los posibles culpables. Había pocos ladrones de guante blanco por aquel entonces. Solo hubo que apretar un poco las clavijas. Ya sabes, la Policía Armada tenía un pase a la hora de interrogar con cierta brusquedad a los delincuentes, fueran culpables o no.

–Entiendo. ¿Y qué descubrieron?

–Que se trató de una apuesta entre dos vecinos de la ciudad. El ladrón, que no lo era, resultó ser un artesano reputado: un orfebre de plata que vendía sus joyas en su tienda de la calle Herradores. Por lo visto, en su juventud, durante los años que siguieron a la guerra civil, que los pasó haciendo el servicio militar en Málaga, le enseñaron técnicas de siseo y de desaparición de objetos, de lo cual se

vanagloriaba ante otro camarada de armas de la misma quinta y destino.

–Y este le desafió a que robara algo importante.

–Eso es lo que dijo. Y no solo se trataba de distraer el cáliz, también había que dejar una pista que resultara imposible de desentrañar.

–Las huellas de la torre –concluyó Sandra.

–Las huellas de la torre –remató la madre.

–¿Y por qué se le ocurrió dejar ese tipo de pista? –Sandra trataba de explicarse el porqué de las huellas más recientes.

–Para tomar el pelo a los policías. Cuando fue interrogado, solo dijo que el cáliz había ascendido a los cielos desde lo alto del campanario. Que desde ese momento lo había perdido de vista hasta que apareció de nuevo en el sagrario.

–Me imagino que ese tipo de respuesta le habría supuesto un par de guantazos.

–Seguro que sí, los polis de la época no tenían mucho sentido del humor.

–¿Y no se desdijo?

–Por lo que sé, no. Se mantuvo en esa fantasía. Al final, como no hubo robo, todo se quedó en una reprimenda del juez y una multa, por bromista.

–¿Y lo de la huellas? ¿Cómo lo explicó?

–Con igual guasa: que era el rastro del ángel que se llevó el cáliz.

–Estaba claro que no quiso soltar prenda.

–Posiblemente, todo formara parte de la apuesta cruzada con su compañero de armas del modo de llevarse el objeto.

–Por lo que me dices –Sandra volvía a darle vueltas al asunto–, nunca se supo con seguridad por qué actuó de esa manera y no de otra.

–Nunca, el asunto se zanjó y acabó por ser olvidado.

–Es una pena que no sepamos más. Tal vez nos podría dar alguna clave del robo de ayer.

–¿Y por qué no se lo preguntas? El orfebre era Pedrín Perdomo.

–¿Está vivo?

–Está algo mayor, pero sigue teniendo la tienda abierta en la calle de Herradores, aunque ahora la regentan su hijo y su nuera.

–¿Me estás diciendo que sigue con la misma actividad de hace sesenta años?

–No le veo nada especial a eso –repuso la madre–. Quien tuvo, retuvo. Pedrín era y es el mejor platero de la isla. No sabes la cantidad de gente que se ha casado con sus anillos y ha hecho la primera comunión con sus medallitas, todos salidos de sus manos.

Sandra sacó su libreta y apuntó con rapidez el nombre.

–¿En la calle de Herradores?

–Ahí está su tienda, viendo pasar el tiempo.

–Pues voy a subir a preguntar por el señor Pedrín.

–Irás después, hija. Primero, a comer, que tu padre está al llegar. Y luego, tendrás que esperar a que abran, que ya habrán cerrado al mediodía. Y ese negocio es de los de toda la vida. Cierran a la una para ir a comer, como Dios manda.

58

La Laguna, junio de 1936

–Buenas tardes, miss Marple –dijo Perkins en cuanto vio aparecer a la agente rusa–. Aquí estoy, tal como quedamos.

Perkins llegaba a la puerta del teatro Leal a las seis menos diez de la tarde, cargando con un paquete de pequeño tamaño bajo el brazo. En los alrededores del teatro, como todas las tardes de sábado, la calle de La Carrera se veía animada de público que compraba las entradas o esperaba a sus amistades para entrar. Esa tarde proyectaban un programa triple, para quien tuviera aguante: "David Copperfield" una novedad de la Metro Goldwyn Mayer, "La hija de Juan Simón", una película del gran cantador Angelillo, algo muy castizo, y, para terminar, "El acorazado misterioso", otra de la Metro, productora que acaparaba carteleras en todos los cines de la isla.

Valentina estrechó fríamente la mano del inglés, no quiso más efusiones.

–¿Ha traído lo que le pedí?

Perkins señaló al paquete que portaba.

–Aquí está, y bien disimulado.

–¿Sabe utilizarlo bien?

–Soy todo un experto.

–Muy bien –aprobó la mujer–. He quedado con el diácono de nuevo en el taller del obispado. Hoy no hay nadie trabajando allí y él es de las pocas personas que tienen llave. ¿Recuerda el plan?

Perkins, aunque hablaba en inglés, bajó el tono.

–Usted dejará la puerta abierta cuando entre. Yo esperaré cinco minutos y me introduciré en el taller. En cuanto los vea, hago un par de instantáneas con flash y salgo corriendo. Nos veremos más tarde en la Valenciana, como ayer.

–Perfecto. No hace falta que se quede, yo me las arreglaré con él.

La agente rusa se despidió del inglés y rehízo el mismo camino que la noche anterior, pero esta vez de día. Tardó en llegar a la casa de la calle El Jardín apenas cinco minutos. Empujó la puerta y, como esperaba, la halló abierta. Entró en la edificación e hizo como que la cerraba, abriendo la cerradura inmediatamente después, pero dejando la hoja de madera pegada a sus guías. Perkins podría entrar con un

leve empujón. Caminó unos pasos dentro del taller en penumbra en el que todas las ventanas y contraventanas estaban cerradas, y la poca luz que había se colaba por las rendijas.

–¿Néstor? –preguntó en voz alta.

–Aquí –se escuchó al fondo del espacio diáfano de trabajo, detrás de una estantería.

–Sal, que no te veo –pidió la mujer.

El diacono apareció por detrás de un armario.

–Estaba abriendo una botella de vino, de los buenos –se excusó.

–¿Hoy tendremos vino? –la pregunta sonó ilusionante, tal como quería Valentina– Esto mejora. Pero no querrás embriagarme para aprovecharte de la situación.

–Es para darle color.

Valentina pasó por delante del tabernáculo y se detuvo.

–¿Qué le ha pasado a esta pieza? –preguntó, señalando el agujero donde se encontraba el cuadro del evangelista.

Don Néstor se acercó hasta ella y abrió los ojos de modo desmesurado.

–¡Dios mío! ¡Se han llevado el cuadro!

Valentina estudió la reacción del hombre. Parecía real.

–¿No te diste cuenta al entrar?

–No. Estaba oscuro y me dirigí directamente al fondo del taller.

–Entonces, no sabes qué ha pasado.

El diácono negó con la cabeza. Parecía estar pasando un mal rato. Valentina intuyó que el encuentro furtivo en aquel lugar iba camino del fracaso. Debía actuar de inmediato.

–Bueno, a mí me importa poco, Néstor. Hemos venido a otra cosa.

La mujer se abrazó al diácono de modo que quedase de espaldas a la puerta principal y trató de arrancarle un beso.

Perkins se coló en el interior de la casa con una celeridad y discreción dignas de encomio. Se acercó a la pareja y buscó un ángulo bueno en que se le viera el rostro al hombre. Cuando lo encontró, dio dos pasos y sacó una fotografía. El flash interrumpió el abrazo y el diácono miró con cara de estupor al origen de la luz. Otro flash le dejó cegado. “la segunda foto, la del rostro sorprendido, es siempre mejor que la primera”, le había dicho miss Marple.

–¿Qué es esto? –acertó a decir, conmocionado.

Perkins no esperó más, salió corriendo en dirección a la puerta y desapareció por ella. El diácono trató de seguirlo, pero Valentina lo detuvo agarrándole de la chaqueta.

–“Esto” es un seguro –dijo la mujer en voz baja. Su cercanía insinuante había desaparecido por completo–. Un seguro de que vas a encontrar el cuadro que falta, donde quiera que esté, y me lo vas a dar en mano mañana mismo. Si no es así, no creo que quede alguien en



esta ciudad que no vea esas fotos.

El timbre sonó en el portero eléctrico. Olegario miró a Enriqueta. Estaban sentados en la cocina, tomando café después de comer.

–¿Espera usted a alguien a esta hora? –preguntó el chófer.

–A ninguna de mis amistades se le ocurriría venir a verme sin avisar primero, es de mala educación. Y el cartero ya pasó, por lo que no espero a nadie.

Olegario sonrió con algo de malicia.

–En el fondo, sí que estamos esperando a alguien, ¿no?

El hombre se levantó de la mesa y se dirigió al comienzo del pasillo, donde estaba el telefonillo de comunicación con el exterior.

–¿Sí? –contestó en tono neutro.

–Vengo a ver a Enriqueta Cambreleng –dijo una voz a través del aparato.

–Si es para vender algo, ahórrese el esfuerzo –respondió Olegario, tanteando el terreno.

–Es un asunto personal.

Olegario no detectó un acento extraño, de extranjero, como esperaba. Quien hablaba era de la isla.

–¿Qué tipo de asunto personal? –repreguntó, tensando la cuerda.

–No puedo hablar de ello por aquí. Necesito hablar con ella en persona. Haga el favor de avisarla.

El tono del visitante no era el que Olegario se había imaginado. No venía con exigencias, sino pidiendo favores. Se decidió a abrir y pulsó el botón de apertura automática de la puerta de la calle.

–Suba.

Olegario se volvió y vio a Enriqueta a su espalda, mirándolo con expresión de pasmo.

–Usted, al saloncito, que yo me ocupo –le ordenó sin ambages.

La mujer fue a protestar, pero la mirada del chófer le aconsejó que obedeciera. Y así lo hizo. Olegario abrió la puerta de la vivienda y esperó a que subiera la visita. Por el ruido de los pasos, constató que se trataba de una sola persona. No había descartado que lo asaltara un equipo de hombres armados. Un hombre delgado, con cara de angustia, llegó al rellano. Olegario le lanzó su mirada de pocos amigos, esperando que se explicase.

–Buenos días, vengo a recoger lo que se le ha pedido a la señora.

–¿Fue usted quien envió la carta? –le preguntó el chófer en tono agresivo.

El hombre se detuvo y tomó aire. Levantó ambas manos con

ademán defensivo.

–No, yo solo soy un mandado.

–¿Cómo que un mandado?

–Que vengo a recoger el objeto en nombre de otras personas.

Olegario sintió que aquel hombre no representaba ningún peligro en sí mismo, por lo que relajó su tensión corporal.

–Dos preguntas –le dijo–: ¿Sabe usted de qué objeto se trata?

–Me han dicho que debe ser una caja, ancha y baja, como cuadrada.

–¿No sabe qué tiene en su interior?

–No tengo ni idea. Solo me han hecho venir hasta aquí para recogerla. Me dijeron que me la darían sin preguntar.

–Pues ya ve que se han equivocado. Y la segunda pregunta: ¿Quiénes son esas personas?

–Si lo supiera se lo diría. No los conozco, pero me han obligado a hacer esto que estoy haciendo.

Olegario volvió a sentir tensión en su espalda.

–¿Cómo que le han obligado?

–Tres hombres han entrado esta mañana en el domicilio de mi padre, aprovechándose de que es un hombre mayor, que abre a todo el mundo. Le han reducido a punta de pistola y luego a mí, cuando he acudido a su llamada telefónica, sin saber de qué se trataba. Y me han amenazado con matar a mi padre si no obedecía sus órdenes.

–¿Y le han pedido que venga aquí a buscar la caja?

–Exacto –el hombre seguía igual de angustiado–. Me pareció poca cosa a cambio de que dejen en paz a mi padre.

–¿Cómo son esos hombres?

–No sé decirle. Normales, sin especiales rasgos distintivos. Solo uno, el que habló, parecía extranjero. Rubio, con ojos claros. ¿Me va a dar la caja?

Olegario meditó unos segundos sobre lo que le había contado aquel hombre.

–Sobre la caja existen determinados detalles legales que hay que discutir, como son la adquisición por usucapión o un préstamo usurario.

–¿Cómo dice? –preguntó el hombre, confundido.

–Que la caja no se entrega sin discutir antes algunos asuntillos.

El hombre apoyó su espalda contra la pared del rellano, abatido.

–Sabía que hoy iba a ser un mal día.

–No se apure, que le voy a acompañar a ver a esos señores y a entablar con ellos una conversación. ¿Están en la casa de su padre?

–No, se lo llevaron en un coche y me dijeron que me llamarían en media hora.

Los secuestradores no eran unos aficionados, dedujo Olegario.

–¿Y cuánto tiempo ha transcurrido?

El hombre miró su reloj.

–Una hora, más o menos.

–No se preocupe, que tendrán lo que buscan. Por cierto, ¿cómo se llama usted? ¿Y como se llama su padre?

–Me llamo Juan, y mi padre es Pedrín Perdomo, el joyero. ¿Lo conoce?

–El inspector Galán no está en la comisaría, señor Ariosto –respondió el agente que atendía las llamadas telefónicas–. Por ser usted, que es conocido, le puedo decir que se encuentra en una reunión con el comisario jefe en Santa Cruz. Pero no sé cuándo volverá.

Ariosto asintió, poco más podía hacer ante la noticia.

–Gracias, dígale que es algo urgente. Que me llame, por favor.

Cortó la comunicación y desistió de hacer otra llamada al móvil del policía. Lo había intentado tres veces con anterioridad y siempre obtuvo el mismo resultado: apagado o fuera de cobertura. Lo típico cuando se entra en una reunión importante.

Ariosto quería poner a Galán al corriente de lo ocurrido en casa de su tía Enriqueta, de lo cual había sido informado puntualmente por Olegario. Su chófer se encontraba junto con el tal Juan Perdomo, esperando a que los secuestradores se pusieran en contacto con éste.

Ariosto había insistido en avisar a la policía, a pesar de la renuencia de Olegario, a quien no le gustaba que los agentes del orden se inmiscuyeran en sus asuntos. Según él, solían estropearlo todo. La desconfianza hacia el estamento policial era un hábito heredado de su oscura juventud en los puertos mediterráneos.

Tampoco se hallaban en la comisaría los subinspectores Ramos y Morales, a quienes conocía de ocasiones anteriores, por lo que también se vio obligado a dejar recado de su llamada.

Siguiendo las instrucciones de su chófer, salió de su casa y subió hasta la Rambla, donde detuvo a un taxi que le llevó a la peluquería de Emelina, en la Cruz del Señor. El negocio ya estaba cerrado, por lo que se dirigió a su piso, situado un par de calles más arriba. Tocó el botón de llamada del portero eléctrico.

–Buenas tardes, don Luis –se escuchó por el aparato en cuanto se identificó–. Ole me ha comentado que tiene el Mercedes en el taller para una revisión y que necesitan mi coche.

Ariosto, que estaba preparado para contar ese cuento a la pareja de Olegario, se sintió aliviado al comprobar que su chófer ya había hecho ese trabajo por él.

–Así es –respondió–. Será cuestión de unas pocas horas.

–No hay problema. Le tiro las llaves por el balcón,

Ariosto no esperaba ese método de transferencia de objetos, pero asumió que debía ser el sistema habitual de la mujer.

Dio un par de pasos atrás en la acera y miró hacia arriba. En una de

las ventanas apareció Emelina con una bolsa de tela hecha una bola. Tras enseñarla con claridad, y cuando Ariosto se puso debajo de su trayectoria, la dejó caer desde el segundo piso. Ariosto la atrapó al vuelo sin problema y abrió la bolsa para sacar las llaves del Opel Corsa.

–¡Está en la esquina de abajo! –le gritó la mujer.

Ariosto dio las gracias con un gesto y se encaminó´en busca del vehículo. Lo halló en el lugar indicado, lo abrió y se sentó al volante.

Olegario había insistido en que tuvieran un coche disponible por si había que seguir a alguien con discreción por vías rodadas, y desechó la idea de hacerlo con el Mercedes, tan ostentoso que lo hacía inservible para una persecución.

El Opel Corsa mantuvo el tipo en cuarta a noventa subiendo por la autovía hacia La Laguna. A pesar ser mediodía, el tráfico era igual de denso en los cuatro carriles de ascenso. Cualquiera que hubiera visto a Ariosto en aquel coche pensaría que había muchas cosas que no concordaban, pero al conductor aquello no le importaba. Recordaba sus años mozos de estudios por Europa y manejar el volante de automóviles como aquel le hacía sentir joven una vez más.

Ariosto no se complicó la vida y entró por la Milagrosa, tomando la calle Santo Domingo y luego la del Agua, para girar por Anchieta. Buscó y encontró aparcamiento en el párking de la calle Remojo y caminó por delante del Instituto Cabrera Pinto hasta llegar a la calle de San Agustín y unos pasos más allá, a la plaza de la Junta Suprema. Subió por el callejón de Belén y se encontró en la plaza de La Concepción. Era mediodía pasado y se veía poca gente caminando por las calles. Algún turista despistado, pero poco más. Se dirigió a casa de Enriqueta, pero no fue necesario llegar allí. Antes, en las mesas de terraza de la cafetería Palmelita, encontró a Olegario ocupando una de ellas, sin quitar ojo a un individuo delgado que se hallaba sentado un par de mesas más allá que debía de ser Juan Perdomo. Ariosto comprendió de inmediato que Olegario había dispuesto la espera en mesas separadas, para disimular, por si eran observados. Se sentó junto a su chófer.

–¿Alguna novedad? –preguntó de inmediato.

–Esperando estamos –respondió Olegario, tan lacónico como siempre.

Ariosto se percató de que Perdomo tenía apoyada en su pantorrilla la caja del cuadro. El hombre trataba de parecer tranquilo, cuando era evidente que no lo estaba.

–¿Le dijeron a qué hora lo llamarían? –preguntó de nuevo a Olegario en voz baja.

–No, solo que lo llamarían. Que esperase.

–¿Qué opina de cómo están llevando los secuestradores el asunto?

–Son profesionales. No dan la cara y actúan por medio de otros. Me imagino que tienen dispuesta una vía de escape, dado que sus rostros son reconocibles.

–Los ha visto demasiada gente para que traten de liquidar a los testigos, ¿no?

Olegario miró a Ariosto con algo de sorpresa. No se esperaba una pregunta así.

–Nunca se sabe. Igual pretenden liquidarnos a todos.

Ariosto imaginó que su chófer bromeaba. O eso quiso creer.

En ese momento, el móvil de Perdomo comenzó a sonar. Su dueño inició la comunicación. Respondió afirmativamente con un par de monosílabos y se levantó..

Ariosto fue a hacer lo mismo pero Olegario lo retuvo con el brazo.

–Esperemos unos segundos –le dijo–. Usted vaya a sacar el coche del párking y téngalo en segunda fila hasta que le avise.

–¿Y voy a perderme la acción? –preguntó Ariosto, inquieto.

–Seguro que no, señor. Prepárese para cualquier cosa.

61

Pocos establecimientos de La Laguna habían sufrido un cambio tan radical como el Venezia —con zeta, a la italiana—, situado enfrente de la cabecera este de la iglesia de La Concepción. De ser una pequeña y oscura cafetería–heladería —como rezaba un cartel encima de la puerta— rodeada de aceras estrechas en la confluencia de Herradores y La Carrera, el punto de mayor atasco del tráfico rodado de la ciudad, pasó a convertirse, con la peatonalización de la zona, en la terraza más estratégica del casco histórico. Un punto de encuentro natural para los laguneros que caminaban por las calles más comerciales del centro, un lugar «por donde había que pasar» si estabas en la ciudad. Políticos, periodistas, empleados de banca y algún que otro turista ocupaban de continuo las mesas adyacentes al local. El lugar exigía un cortado rápido si estaba nublado y un capuchino lento cuando lucía el sol.

Marta había quedado en aquel establecimiento con uno de sus colegas de la Universidad: el profesor Álvaro Lugo, catedrático de Historia Moderna y el mejor especialista en el siglo XVIII lagunero. La arqueóloga localizó a su antiguo maestro ya sentado en una de las mesas de la terraza exterior, dando cuenta de un café solo con un vasito pequeño al lado que debía de ser algún tipo de licor digestivo. Como casi siempre, bajo sus gafas redondas y su perilla de otra época, lucía sus eternas chaqueta y pajarita.

–Buenas tardes, profesor –dijo Marta, sacándolo de la lectura de un periódico digital en el móvil.

El profesor levantó la mirada y reconoció de inmediato a la arqueóloga.

–¡Mi querida Marta! –respondió Lugo, levantándose de buena gana para darle el beso de rigor– ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo te va? ¿Sigues removiendo huesos guanches?

–Hoy no me toca, pero mañana sí –respondió con una sonrisa, recordando que esa frase de bienvenida la había utilizado en más de una ocasión.

Lugo captó la atención de un camarero y la profesora pidió un café leche y leche, como siempre.

–Sabes que me encanta charlar contigo –dijo el catedrático–, pero parecías algo nerviosa cuando me citaste aquí. ¿Qué te traes entre manos?

–Es un asunto que resultaría largo de desarrollar por teléfono, Álvaro. Me ha llegado un dato, que creo que es desconocido, sobre

Amaro Pargo.

Lugo se echó atrás en la silla, sorprendido.

–¿Sobre Amaro Pargo? Últimamente se ha escrito tanto sobre don Amaro Rodríguez Felipe, cierto e inventado, que el tema comienza a estar choteado ya. Es increíble la literatura fantástica que se está publicando sobre este personaje histórico a partir de unas cuantas viejas escrituras. Y hay qué ver cómo a los aficionadillos a esta historia les encanta repetir una y otra vez los errores que escribieron otros antes que ellos, sin comprobar la veracidad de los datos.

–Estoy de acuerdo contigo, pero lo que quería consultarte es otra cosa. Me ha llegado la noticia de un documento, no muy antiguo, en el que se hace referencia a la localización del escondite donde se encuentra la plata de Amaro Pargo. ¿Te suena de algo?

El profesor se dispuso a remover los tomos de su memoria dando cuenta de un sorbo del licor.

–No tengo constancia de la existencia de esa “plata” de la que hablas. Y corren tantas leyendas sobre el supuesto tesoro escondido de don Amaro que soy escéptico al respecto. Pero ya hablamos de esto hace unos años, ¿no? Cuando estabas con la excavación de la casa Lercaro.

–Sí, pero necesito refrescar los hechos reales, y saber si has conocido algún dato nuevo.

–Salvo lo que se inventa la gente, los datos conocidos son los que son desde hace décadas. Como ya sabes, Amaro Pargo era el mote que se le puso a don Amaro Rodríguez Felipe, un comerciante muy activo de origen humilde, según algunos, y no tan humilde, según otros. Como hacían muchos por aquellos años de finales del siglo diecisiete, se embarcó en la carrera de Indias. El comercio con América, cuando salía bien, es decir, cuando los barcos sobrevivían a las largas travesías, a los huracanes y tempestades, y a los piratas, que los había, se convertía en un negocio que daba buenos beneficios.

–El bulo de que era pirata sigue en el imaginario colectivo –comentó la arqueóloga.

–Es una falsedad que cuesta erradicar. Don Amaro navegaba por esos mares de Dios desde los catorce años. Le fue bien en sus singladuras y en pocos años llegó a tener su propio barco, con el que iba y venía de España a América. Prosperó más aún con el tiempo y, en un momento dado, llegó a tener cuatro navíos, que dedicaba a la ida en exportar vino de vidueño y malvasía –el célebre malvasía canario, una delicia–, y a la vuelta traía productos americanos de todo tipo, sobre todo cacao venezolano, que vendía principalmente en Cádiz. Don Amaro tuvo una suerte especial en sus aventuras al otro lado del Atlántico: se cuenta que sobrevivió a alguna que otra cuchillada nocturna en los puertos americanos y que escapó de las

tormentas gracias a su ferviente religiosidad. Con el tiempo, amasó una considerable fortuna que dio que hablar a sus vecinos. Entre viaje y viaje, pasaba alguna que otra temporada en La Laguna, lo que le permitió codearse con la alta sociedad del momento. Invirtió mucho dinero en propiedades en la ciudad y sus alrededores. Incluso hoy día la relación de sus bienes inmuebles nos parece escandalosa. Llegó a poseer sesenta casas, quince heredades de viñas, tributos monetarios y de trigo y más de novecientas fanegas de tierra, o lo que es lo mismo, casi seis millones de metros cuadrados.

–Está claro que le fue bien –convino Marta–. ¿Y qué tiene que ver con tesoros escondidos?

–Tanta riqueza tenía que levantar comentarios en el vecindario lagunero, tan acostumbrado a interesarse por las vidas ajenas. Incluso apostaría a que la historia de la piratería venga por ahí. De hecho, no hay ningún documento que demuestre que ejerciera ni de corsario, bajo la bandera del rey, ni de pirata, por supuesto. La piratería era un delito infame y severamente castigado que don Amaro jamás cometió. Hay tradición oral de que se vio envuelto en combates contra el enemigo, pero eso no es piratería. Era un comerciante brillante, listo como él solo, que muy posiblemente llevara consigo una patente de corso, como todos los comerciantes que hacían la ruta americana, que le autorizaba a luchar contra los enemigos de España, pero no hay que sacarlo de ahí.

Lugo se dio un respiro. De tanto hablar se le estaba quedando la boca seca. Acabó con el chupito de licor y prosiguió.

–Don Amaro era un hombre muy devoto, tuvo varias hermanas monjas a las que sufragó su entrada en los conventos. Buscaba siempre el consejo de una religiosa que vivía en olor de santidad, sor María de Jesús –que le llevaba cuarenta años en edad–, y a la que llamaban la Siervita de Dios. Se cuenta que don Amaro llevaba reliquias pertenecientes a la monja consigo en sus viajes, y que, en medio de una tempestad gigantesca, viéndose en peligro de naufragio, el navegante, encomendándose a la corte celestial, arrojó un fragmento de una cruz–cilicio –una cama con pinchos, al estilo faquir, con la que la mujer se mortificaba. Cosas de la época–, y el mar se calmó. Ese milagro fue muy celebrado al arribar a puerto. Además, le correspondió el honor de costear el sarcófago donde se mantiene, incorrupto, el cadáver de la Siervita, y sus descendientes poseen una de las tres llaves con las que se abre el catafalco. Ya sé que son unos honores un tanto dudosos hoy día, pero en su época eran signos de distinción.

Lugo aprovechó la presencia del camarero para pedir otro vasito igual al que había despachado, pero lleno, del mismo licor.

–El caso, para no cansarte, es que don Amaro, que vivió siempre

soltero –aunque tuvo un hijo natural en Cuba, una aventura inconfesable que acabó con su herencia en los juzgados–, dejó a su muerte un considerable número de joyas de oro, perlas, piedras preciosas, plata labrada, ricas telas, cuadros y fina porcelana de China a sus sobrinos. Un tesoro catalogado en un libro forrado de pergamino y marcado con la letra D, que desapareció misteriosamente.

–¿Desapareció el tesoro?

–No, lo que desapareció fue el libro, y parte del tesoro también. Las joyas fueron vinculadas legalmente a la herencia –no se podían vender–, y don Amaro dispuso que sus familiares disfrutaran de ellas, aunque con la obligación de devolverlas después de su uso. El problema es que, con el paso de los años y de los herederos, en los testamentos de sus descendientes no aparecen todas las joyas que formaron la primera herencia. En cada generación iban faltando algunas, por eso te digo que fue desapareciendo. Pero esto no tiene nada de misterioso, ocurre hasta en las mejores familias.

–Te estás yendo por las ramas –le indicó Marta– ¿Qué tiene que ver esa historia con tesoros escondidos?

Lugo respiró hondo. Era cierto, no estaba respondiendo a la pregunta. Hizo propósito de enmienda.

–El misterio del tesoro del pirata Amaro Pargo fue invención popular. La figura del navegante con los años comenzó a adquirir visos legendarios, y los laguneros comentaban a hurtadillas que todo el tesoro de don Amaro no se encontraba en el testamento, que no amaba tanto a sus sobrinos. Se rumoreaba que una parte importante de su oro y de su plata había sido escondida en algún lugar de sus posesiones. No veas el mal que puede hacer una habladuría. Durante doscientos cincuenta años, buscadores de tesoros aficionados han agujereado las antiguas posesiones de don Amaro hasta dejarlas como un colador. Sólo hace falta para comprobarlo visitar la casa que supuestamente perteneció al comerciante en el barrio de Machado, en El Rosario. Las ruinas de la hacienda recuerdan el aspecto de un bombardeo machacón. El hecho es que quien quiere creer en el tesoro escondido, cree, y la leyenda pervive. Pero un detalle ha hecho que continúe vivo en la fantasía popular: don Amaro murió en octubre de 1747 y se dice que, en su lecho de muerte, confesó un secreto al escribano Francisco Soria Pimentel.

–¿Y cuál era el secreto?

–Pues no lo sé. Era y sigue siendo un misterio. Muchos piensan que se trataba de la localización del tesoro, lo que dudo mucho, ya que el escribano no pasó a ser rico después de recibir la confidencia. Por ello, los buscadores no se dan por vencidos.

–Y nunca se ha encontrado nada.

–Así es –concluyó el catedrático–. Lo que no veo claro es cómo

puede esta historia servirte en tu búsqueda.

–Quiero tener fe en una carta de un tío abuelo mío. En ella dice que conoce la localización de la plata de don Amaro.

–¿La plata? ¿Y dónde está esa plata de la que nadie tiene noticia?

–En eso estoy. Necesito llegar a otro documento, que también está escondido, y que creo saber dónde se encuentra, para averiguar si esta historia es cierta o no.

–Veo demasiadas cosas escondidas. Lo que me cuentas parece una novela.

–Ya sabes que la realidad a veces supera a la ficción.

–Eso lo dirás tú, Marta. En cuanto lo vea, tal vez me lo crea. ¿Y qué te impide acceder al documento oculto?

–Espero que solo unas horas, Álvaro. Y alguna que otra cerradura.

–Tenemos los datos de Lenin –anunció el subinspector Morales a Galán a través del umbral de la puerta del despacho del segundo. El inspector levantó la vista hacia su subordinado y le miró con expresión de incomprensión.

–¿De quién?

Morales captó de inmediato que su jefe no le seguía. Suspiró y respondió a la pregunta.

–De Vladimir Ilich Ulianov, el ruso que figura como titular del Renault que usaron los cuatro sospechosos, al parecer de la misma nacionalidad, presuntos autores del robo de…

–Vale, vale –le interrumpió Galán–, ya sé quién es. ¿Qué datos tienes?

–Su domicilio y teléfono. El correo electrónico todavía no.

Galán estaba admirado de la eficiencia de sus subinspectores, aunque lo más seguro es que hubieran obtenido el dato a través de Vanessa del Carmen, la nueva agente a su cargo, una jovencita mucho más experta en cuestiones informáticas que ellos.

–¿Y qué haces aquí todavía? ¡Ve con Ramos a buscarlo y me lo traéis aquí!

Morales se cuadró teatralmente.

–¡A la orden de usía!

–No me toques las narices, Morales, que ya es tarde para eso.

–Qué poco sentido del humor tiene a estas horas, jefe –replicó, y salió al pasillo.

El subinspector caminó los veinte pasos que le separaban del despacho que compartía con Ramos y entró en él.

–El jefe dice que vayamos a buscar al ruso y lo traigamos aquí.

Ramos esperaba apoyado en su mesa tomando un cortado sin azúcar –consejo de su pareja Conchín para que mantuviera la forma–, que apuró de un trago.

–¿Quiere que lo detengamos? –le preguntó a Morales.

–Quiere que lo traigamos. En calidad de qué, depende del grado de resistencia del sujeto.

–Vale, vivo o muerto, pero lo traemos –bromeó Ramos.

Los dos policías llamaron a la centralita y pidieron un coche camuflado y un agente que les hiciera de chófer. Diez minutos después el Peugeot 3008 con los tres policías a bordo salió a la calle del Agua.

–Repítame la dirección –pidió Valido, el conductor.

–Camino de Bocatuerta, 180 –contestó Morales.

–Vaya nombrecito –comentó el agente.

–Se dice bocatuerta cuando a alguien le faltan dientes –informó Ramos–, a ver si te enteras, Valido.

–A Bocatuerta vamos –zanjó el conductor.

El camino de Bocatuerta era en realidad una calle que subía desde la zona de los centros comerciales de Las Chumberas hacia la carretera de san Bartolomé de Geneto. Una vía de adosados relativamente nuevos en la parte baja que iban dando paso a casas tradicionales a medida que se acercaba su final. La dirección que manejaban se encontraba cerca de la intersección con la carretera. Valido detuvo el coche un par de números más allá y los dos subinspectores se bajaron.

–¿Me quedo aquí con el coche en marcha, como la última vez? –preguntó el conductor, con algo de choteo. La intervención a que se refería fue la pretendida detención de un conocido traficante de drogas, operativo que se saldó con una huida vergonzante ante la aparición de la banda criminal al completo. Hubo que detener al susodicho en otro momento y en otro lugar, con más efectivos.

–Baja también y ven detrás de nosotros, que nunca se sabe –le espetó Ramos, de mal humor con el recuerdo.

Los tres hombres se acercaron a la vivienda señalada con el número 180 de gobierno. Era una casa de dos plantas sin garaje. Una puerta y una ventana, y dos más arriba en la fachada. Muy normalita. Ramos encabezó la marcha y llegó el primero al timbre, que pulsó sin titubear tres veces seguidas con un mínimo intervalo entre ellas. Dentro, se escucharon pasos.

–Hay gente en casa –murmuró Ramos–. No están de vacaciones.

La puerta se abrió y un hombre alto, rubio y con aspecto de ruso, se asomó tras ella.

–¿Qué quiere? –preguntó con acento más que eslavo.

Ramos supo al instante que el individuo de la casa era quien estaban buscando.

–¿Es usted Vladimir Ulianovich? –le preguntó.

–No, equivocado. Mi nombre Vladimir Ilich Ulianov.

Ramos consideró que la falta de exactitud en el nombre completo era un pecadillo leve y no se molestó en reconocer su error.

–Eso mismo. Policía Nacional –le dijo, exhibiendo su placa unas décimas de segundo.

El ruso apenas pudo ver el escudo por la velocidad a la que Ramos se lo guardó de nuevo en el bolsillo trasero de su pantalón

–¿Qué querer Policía Nacional? –preguntó, entre irritado y confuso.

–Usted venir con nosotros a comisaría –le dijo Ramos, tratando de imitar el acento eslavo.

–¿Por qué ir con tú?

–Nosotros tener preguntas. Tú contestar preguntas.

–Pregunta aquí. Yo ocupado.

–Inspector mandar tú ir a Comisaria. Así que, ir a comisaría.

–Yo solo contestar con cónsul presente.

Ramos sonrió con malicia.

–Pues lo tienes claro, amigo. O respondes, o te quedas en el calabozo hasta después de navidades. Tú mismo. Así que, andando.

63

A las cinco y un minuto de la tarde, Sandra se encontraba caminando por La Laguna. Había dejado su Mazda 2, que ya empezaba a tener unos añitos, aparcado en las inmediaciones de la rotonda de la avenida Lucas Vega, uno de los pocos sitios en la ciudad donde se podía dejar el coche sin tener que pagar un ticket de párking. Subió por la calle del Pozo, que luego se convertía en la de El Adelantado, para llegar a la plaza de La Concepción.

Venciendo sus temores, se detuvo un momento a un lado de la torre de la iglesia, cerró los ojos y trató de sentir algo. Experimentó en el estómago un pequeño malestar que se iba acrecentando y que amenazaba con convertirse en náusea. Abrió los ojos de inmediato y la realidad circundante espantó la sensación. La periodista reanudó la marcha a paso más ligero que antes, deseosa de alejarse de aquel monumento que le oprimía los sentidos.

Sandra trató de quitarse de la mente el pensamiento de que algo inexplicable la atraía y al mismo la repelía en aquella construcción. Era como un sentimiento masoquista por el que, inexorablemente, te acercas a algo sabiendo que te va a provocar algún tipo de daño. Esa ambivalencia, y el hecho de que ella, inconscientemente o no, se hubiera detenido junto a la torre, la preocupaba. Pensaba que era más dueña de su voluntad, pero ahora no estaba tan segura.

En cuanto dobló la esquina de la iglesia y entró en la amplia calle El Tizón, toda su aprensión desapareció, por lo que se centró en localizar la joyería de Pedrín Perdomo, que era su objetivo aquella tarde.

La calle Herradores lucía como siempre, sobria y uniforme. Las terrazas de las cafeterías invadían aquí y allá el espacio peatonal que los ciudadanos cedían gustosos a cambio de tener lugares donde descansar en una vía que ya ofrecía algo de sombra a aquella hora de la tarde. Siendo la calle con más comercios del centro histórico, Herradores conservaba en algunos tramos, pocos ya, el aroma de tiendas antiguas con escaparates de madera y rótulos pintados, de cuando La Laguna era una ciudad pequeña, de señoras con abanico y caballeros con sombrero.

A Sandra no le costó encontrar la joyería. Las señas de su madre eran exactas, pero se tropezó con la puerta del establecimiento cerrada. Un cartelito colgado en el interior del cristal de la entrada reafirmaba la situación: cerrado. La periodista miró el reloj del móvil, pasaban diez minutos de la hora en que todos los negocios de la

ciudad estaban abiertos. Tocó con los nudillos en la puerta con la esperanza de que dentro hubiera alguien. En muchas ocasiones, los propietarios de la tiendas vivían en el piso superior, con una escalera interior que unía la vivienda con el local de la planta baja. No obtuvo respuesta. Se separó unos metros de la fachada para poder atisbar en las ventanas del piso de arriba. Unos ventanales altos de cuerpo entero y reja de falso balcón, tan laguneros, indicaban que la casa estaba próxima a cumplir su centenario. Tras unos segundos de observancia, le pareció ver una sombra tras uno de los visillos, que desapareció con rapidez en cuanto ella fijó la mirada en el hueco.

Espoleada por el descubrimiento, volvió a tocar en la puerta con más ahínco, insistiendo durante un rato hasta que terminó cansándose de no obtener respuesta. Volvió a examinar la fachada y comprobó que una de las ventanas estaba abierta, signo inequívoco de que había alguien dentro. Ningún lagunero dejaría una ventana abierta en diciembre si tuviera que ausentarse de su domicilio.

Echó un vistazo a las casas adyacentes. Una de ellas era de la misma altura, terminada también en azotea plana y no en cubiertas de tejas, como ocurría con la inmensa mayoría de construcciones de la calle. Sandra, al comprobar que la casa de al lado tenía la puerta de la calle abierta, tuvo una idea. Con total resolución, entró en el recibidor pavimentado de antiguas baldosas hidráulicas con motivos florales y se encontró con una escalera que ascendía, en un par de tramos, al primer piso. Subió por ella y halló dos puertas enfrentadas en el rellano donde terminaban los escalones. Las puertas informaban en unas plaquitas doradas acerca de la identidad de las personas que vivían allí. Maravillada de la pervivencia de aquella costumbre, desechó la puerta de la izquierda, al constar en ella un matrimonio con varios hijos, todos compartiendo apellidos, como era de esperar. El cartelito de la puerta de enfrente lucía otra disposición: Ángela Gutiérrez de Ascanio y López de Verdugo. Le gustó más la posibilidad de enfrentarse a una señora, que ella imaginaba mayor, viviendo sola, aunque poseyera una filiación de postín.

Pulsó el timbre una vez y predispuso su semblante para el examen a través de la mirilla. Notó unos pasos que pretendían ser silenciosos y cómo la parte trasera de la pequeña abertura dejaba pasar la luz antes de que un ojo escudriñara a través de ella.

–¿Doña Ángela? –Sandra obsequió a la puerta la mejor y más inocente de sus sonrisas.

–¿Quién es? –se escuchó a través de la madera. La voz sonaba a persona mayor, tal como Sandra se había figurado.

–Soy Sandra Clavijo, periodista del Heraldo de Tenerife, y ha sido elegida usted para ser la portada de la edición de mañana, destacando la entrevista que quiero hacerle.

Sandra esperó a que el cebo de su anzuelo surtiera efecto. Podían darse dos posibilidades: que la persona deseara notoriedad, aunque fuera efímera, o que de ninguna manera quisiera ser portada, y en ambos casos, le abrirían la puerta.

La puerta se abrió.

Una señora mayor, frisando los ochenta años, asomó la cabeza, casi con timidez, por el estrecho hueco que se abrió.

Sandra aprovechó para mostrarle su carnet de periodista, que apenas utilizaba, pero que venía bien en ocasiones como aquella.

–Es un reportaje sobre las casas más bonitas de La Laguna –explicó, echando mano de su repertorio de patrañas–, y de cómo sus propietarios han sabido mantener la esencia de la ciudad.

La frase surtió efecto y la puerta se entreabrió algo más. Una señora de pelo blanco, cuidadosamente peinado en pequeños rizos, con una larga bata sobre ropa de calle, la miraba con la nariz levantada para poder ver a través de una gafas de presbicia de pasta negra, aseguradas por un cordón que le caía alrededor del cuello.

–¿De qué periódico me ha dicho?

–Del mejor de todos: el Heraldo de Tenerife –respondió Sandra ampliando su sonrisa al extremo de un anuncio de dentífricos.

–¡Ah! ¡Bueno!, ese no es de los peores, de los que se meten continuamente con un político o con otro.

–¿Le apetece ser portada del mío?

La mujer abrió del todo la puerta, indicando que entrara.

–Pasa, pasa, hija, que eso hay que hablarlo.

–¿Me permitirá hacer alguna fotografía? Necesito unas cuantas de la azotea.

–¿De la azotea?

–Sí, de la azotea. Se trata de establecer una dimensión comparativa entre los distintos skylines de la ciudad y su implementación social y económica a lo largo de las centurias pasadas –dijo Sandra, admirándose de su inventiva.

La mujer la miró durante unos segundos, dedicándole una mirada de tierna y confusa incomprensión.

–Hay qué ver qué cosas dice esta juventud –dijo, más para sí que para Sandra–, pero suenan bien. Si estás interesada en la azotea, por mí puedes subir, pero te advierto que no hay nada interesante.

–Eso, doña Ángela, déjeme decidirlo a mí –dijo Sandra, volviendo a lucir su amplia sonrisa.

64

La Laguna, junio de 1936

Valentina abrió el sobre. No tenía remite, y había llegado al mostrador de recepción del Hotel Aguere a través del botones, que se lo encontró encima del cenicero exterior de la entrada del establecimiento, dejado allí por algún desconocido en un momento de descuido del empleado.

El sobre llevaba escrito el nombre de Miss Marple con claridad, con lo que el director se lo entregó al llegar, advirtiéndole del modo en que había llegado a su poder. Valentina, que volvía de la calle después de cenar con Perkins, le dio las gracias y se retiró a su habitación.

Sacó una cuartilla doblada en dos y se encontró con una letra pequeña, nerviosa, masculina, pero legible. El texto no era muy largo:

He logrado averiguar que el cuadro está en poder de míster Conrad, que está alojado en tu hotel. Podría avisar a la policía, pero lo más seguro es que el cuadro, una vez recuperado, quede fuera de mi control, y no podrás tener acceso a él. Lo digo por si se te ocurre alguna forma de hacerte con la pintura, ya que, evidentemente, tienes muchos recursos.

«El cura ha hecho el trabajo a medias», pensó Valentina, «pero deja la abierta la posibilidad de que intervenga la policía, que sería lo menos deseable». Y eso siempre que Conrad se mantuviese alojado en el hotel más allá de esa noche. Si ella fuera él, se iría lo antes posible. Es más, hasta habría cambiado el hotel lagunero por uno de Santa Cruz, más cercano al primer barco que partiera. Pero la arrogancia de Lorenz le obligaba a no cambiar de hábitos: nada de llamar la atención con una salida apresurada.

La rusa había comprobado que la llave de la habitación del alemán no se encontraba en su casillero y, luego, al pasar por delante de la puerta en el pasillo, vio luz por debajo de la rendija. Lorenz estaba en su habitación y había que aprovechar el momento.

Tenía que echar mano de algo que odiaba, pero que le funcionaba a las mil maravillas: su belleza natural. La seducción de sus movimientos y de su tono de voz, unos dones naturales, eran unas armas poderosísimas que pocos hombres eran capaces de resistir.

La agente rusa pensó en la estrategia a seguir. Necesitaba dos

elementos básicos: por un lado, un potente somnífero en polvo que llevaba camuflado en el interior de una de sus barras de labios, y por otro, un espléndido camisón de seda blanca con transparencias que ya había utilizado en otras ocasiones. Sacó de la maleta la botella de vodka que siempre la acompañaba en los viajes, "por si acaso", como ella decía, y vació el contenido del pintalabios a través de la abertura. Agitó el líquido hasta que el narcótico se hubo diluido en el licor sin dejar rastro. A continuación se tomó dos pastillas de anfetaminas para contrarrestar su efecto. El sistema funcionaba, se había convertido en una experta en el uso combinado de ambas drogas y sabía que no se iba a dormir aunque consumiera el líquido.

Se desnudó y se colocó el camisón de modo lo más sugerente posible, y una bata roja encima, sin cerrar. Cogió la botella y dos copas que había tomado prestadas del restaurante al mediodía y salió de la habitación. Caminó los escasos diez pasos hasta el cuarto de Lorenz y tocó a la puerta.

–¿Quién es? –se escuchó en español a través de la puerta.

–Servicio especial de habitaciones –respondió la mujer en alemán.

Valentina escuchó unos pasos por la habitación, el ruido del armario al cerrarse y, a continuación, la puerta se abrió. Lorenz estaba en pijama azul celeste, y llevaba en la mano un cigarrillo encendido. No pudo ocultar su sorpresa ante la visión de la rusa, con la bata abierta y exhibiendo una botella de algo transparente.

–¿Es usted el que ha pedido un vodka bien servido? –preguntó la rusa en el idioma de Lorenz.

–Es posible que se haya equivocado de habitación –dijo el alemán, sonriendo–, pero celebro que sea así. Pasa, Valentina, ¿o debería decir Miss Marple?

La mujer entró en la estancia con total naturalidad.

–Puedes llamarme como quieras, Konrad.

El alemán cerró la puerta y se volvió, contemplando la hermosura de la mujer.

–¿Tú por aquí? Estamos muy lejos de Moscú.

–He venido a celebrar tu victoria con el mejor vodka que existe en mi patria.

–Es lo único bueno que hay allí, y se agradece el detalle. Después de lo que pasó en París, ¿quieres celebrar otra victoria mía? ¿Y a qué victoria te refieres?

Valentina dejó caer una manga de la bata, de forma que pareciera accidental. Con ella cayó también el tirante del camisón, dejando al descubierto el hombro.

–Has conseguido el cuadro. Se lo has birlado a los curas en sus narices. No está nada mal.

Konrad se sorprendió de lo informada que estaba la rusa, pero no lo

demostró. Mantuvo la sonrisa en su lugar.

–Mis jefes le tienen mucho amor al arte últimamente. Es un interés puramente cultural.

–Es evidente que la cultura es el fuerte de tu jefe –dijo la mujer con ironía–. Me enviaron aquí para averiguar qué te traía a estas islas tan alejadas. Sé que te interesa el cuadro, pero no sé por qué. Es lo que me intriga.

Konrad rio por lo bajo.

–¿Crees que yo sé la razón de haber hecho este viaje tan largo e incómodo? Pues te equivocas. No lo sé, y tampoco me importa mucho. Mi misión era hacerme con la pintura y ya está cumplida. Si crees que eso merece un brindis, pues brindemos.

La rusa no se hizo esperar. Destapó la botella y llenó las copas. Le ofreció una a Konrad. El alemán la tomó y la alzó en el aire.

–Por nuestra amistosa rivalidad, Valentina.

La rusa brindó con él y, viendo que el alemán aguardaba, bebió de su copa hasta el fondo. Konrad se mantuvo unos segundos expectante.

–El vodka no está envenenado –dijo Valentina, y se puso una segunda copa. Konrad bebió un sorbo, catando el sabor. Lo encontró agradable. Cuando la rusa se tomó la segunda copa, entonces él bebió con normalidad otro trago.

–Solo vengo a pasar un buen rato antes de que te vayas mañana –añadió la rusa, que dejó resbalar la bata al suelo.

Konrad tomó aire al contemplar a la rusa en su camisón transparente. Se acercó a ella y le quitó la copa y la botella para dejarlas en una de las mesillas de noche. Con un hábil movimiento, durante el segundo en que se hallaba de espaldas, sacó del bolsillo del pijama un comprimido pequeño y lo dejó caer en la copa de la rusa. Se volvió y se encaró con ella.

–Nuestros países todavía no son enemigos –dijo Lorenz–. Estrechemos los fraternales lazos que unen a sus ciudadanos.

–Buena idea –dijo la rusa, y dejó caer al suelo el camisón.

–Señor, como imaginaba, lo han recogido en un coche.

Olegario hablaba por el móvil a través de un micrófono inalámbrico adosado al pabellón auricular que había tenido la previsión de llevar consigo, de modo que pareciera que no estaba llamando. Ariosto estaba al otro lado de la línea, sentado al volante del Opel Corsa.

–¿A dónde voy? –preguntó el improvisado chófer a su chófer auténtico.

–Siga por la calle Anchieta. Le espero en la intersección de Silverio Afonso con Lucas Vega, cerca de la mansión de los Fitz–Stuart.

Ariosto no perdió el tiempo recordando los acontecimientos que rodearon la enorme casona de estilo victoriano años antes, arrancó el motor y se incorporó rápidamente al tráfico de La Laguna. Divisó a Olegario esperando en la plaza de la Junta Suprema, al pie de una palmera tropical de una altura extraordinaria. Antes de que Ariosto detuviera el coche por completo, Olegario abrió la puerta y se sentó a su lado con rapidez.

–Continúe por Lucas Vega y gire hacia La Concepción, señor.

–¿Está seguro de que no han seguido adelante por la avenida?

–Hace rato que los perdí de vista, pero pasando junto a la iglesia es el camino más corto para salir de la ciudad.

–Entonces deduce que los secuestradores no están en La Laguna.

–Es lo que haría yo. Haga caso a mi instinto, por favor.

Ariosto conocía bien a Olegario y, aunque no se lo hubiera pedido por favor, habría hecho caso del instinto de su chófer de igual manera.

–¿No nos estamos metiendo en un lío, Sebastián? Esto es trabajo de la policía.

–Solo vamos a localizar a los delincuentes, luego intervendrán los agentes del orden. No podemos perder tiempo.

Ariosto no terminó de creer a Olegario, pero no quiso discutir con él. Aceleró lo que permitía el tráfico por la calle de los Bolos, pasó por delante de la Cruz Roja y siguió por la misma vía, que pasaba a denominarse calle San Antonio. Unos minutos y unos cedas el paso más adelante, llegaron a la rotonda de acceso a la autovía.

–¿Al norte o al sur? –preguntó Ariosto.

–Cuando el caso de madame Duguesclin, su chófer tomó hacia el Norte.

–En efecto, tuvo usted buen instinto para seguir por la dirección correcta.

–Entonces, tome hacia el sur.

Ariosto alzó una ceja, tratando en vano de comprender la razón por la que Olegario había tomado tal decisión. Se metió bajo el puente de la autovía y siguió por la amplia curva que le llevaba a los cuatro carriles en sentido bajada a Santa Cruz. Al final, no pudo más, y preguntó.

–¿Y por qué hacia el sur?

Olegario respondió de inmediato, estaba esperando la pregunta.

–Porque hacia el norte tienen que salir por la carretera de San Lázaro y se tarda más en llegar a la autovía. La ruta de escape debe ser lo más rápida posible.

Ariosto dio por buena la explicación. El problema que se le planteaba ahora es que, si la vía de huida era tan rápida, ya se les habrían escapado.

Al incorporarse a la autovía, Olegario entrecerró los ojos, señal de que trataba de ver más allá de lo visible. Su mirada se centraba en los coches que avanzaban doscientos o trescientos metros más adelante. Ariosto no daba un céntimo porque fueran a encontrar a quienes perseguían, pero Olegario señaló al frente, a la derecha.

–Han cometido un error –dijo con seguridad–, se han metido por la rotonda de Alcampo.

El tráfico ligero de la autovía se ralentizaba hasta el punto de casi detenerse en la desviación hacia la avenida que recorría los grandes centros comerciales de la zona de Las Chumberas.

–Es aquel coche azul –indicó con el índice–, el Renault.

Ariosto ni podía ni sabía distinguir la marca del coche, pero pudo localizarlo una decena de automóviles delante. Se introdujo en la desviación y se integró en la cola. La velocidad de avance dependía de la intensidad del tráfico en la enorme rotonda donde confluían multitud de vías. Si se tenía suerte, se salía rápido. Si no era así, había que esperar un tiempo desesperante. En aquella ocasión, la fortuna sonrió a Ariosto. Los coches que tenía delante entraron en el anillo de asfalto con rapidez y el Opel Corsa hizo lo mismo.

–Siga recto hacia la entrada de Alcampo.

En las gigantescas manzanas siguientes se sucedían Alcampo, Ikea y Leroy Merlin, con varios semáforos y señales de stop que lograron que el coche que conducía Ariosto se acercase a solo tres vehículos del Renault perseguido.

–Ya casi los tenemos –dijo Olegario, que no podía disimular su excitación.

Ariosto miró de reojo para ver si su chófer cogía el mítico revólver que sabía que llevaba escondido en el coche, pero Olegario no hizo ningún movimiento al respecto. «Claro», pensó, «lo tiene en el Mercedes, no en el Opel Corsa».

El automóvil azul pasó el último centro comercial y giró a la derecha.

–No van hacia la autovía del Sur –comentó Ariosto.

–Deben de tener una escondite en la zona de Geneto. Hay muchas casas de campo por allí.

El Renault giró a la izquierda, y luego hacia la derecha, subiendo una calle de cuesta pronunciada. Ariosto pudo ver de pasada el nombre de la vía: calle Bocatuerta. Solo un vehículo los separaba del coche que seguían, por lo que Ariosto redujo la velocidad, pero sin perderlo nunca de vista.

–¿Ha tenido experiencia en la persecución de coches? –preguntó Olegario–. Lo hace muy bien.

–De joven hice mis pinitos –respondió Ariosto.

–Esa historia me la tiene que contar.

Ariosto sonrió. Por una vez, las tornas habían cambiado.

El Renault se detuvo al llegar casi al final de la calle, cuando se vislumbraba el cruce con la carretera de Geneto. Del automóvil descendieron Juan Perdomo, cargando con la caja de madera, y otro hombre, que se dirigieron de inmediato a la casa más próxima a la derecha. El desconocido tenía llave y abrió la puerta con rapidez y los dos hombres desaparecieron dentro de ella.

–Aquí me bajo yo –dijo Olegario–. Siga, aparque en la carretera y llame a la policía si no he aparecido en diez minutos.

–¿Diez minutos? ¿Tanto tiempo? –protestó Ariosto, que detuvo el coche.

–Hay que saber cuántos son y qué disposición tienen. En cuanto sepamos esos detalles, llamaremos a la policía.

Olegario no esperó a la nueva protesta de Ariosto. Abrió la puerta, saltó al asfalto, y la cerró tras de sí.

Ariosto lo vio dirigirse a la casa, pasar por delante y seguir más allá, metiéndose por una separación existente entre las casas en la construcción siguiente. Admirándose de la determinación de su chófer, Ariosto decidió saltarse por una vez las instrucciones y sacó el móvil para llamar a la policía. Sin esperar los diez minutos.

66

Marta abrió la puerta del desván de la casa de su abuela, donde vivían también sus padres. No sabía bien qué podría encontrar allí, pero las indicaciones de doña Candela diez minutos antes, cuando llegó para hacerles una visita, fueron muy reveladoras:

–¿Papeles viejos de la familia? –había respondido la anciana a la pregunta de Marta–. Hay un arcón lleno de ellos arriba, en el desván. Ya estaba medio lleno cuando yo era pequeña, así que ahora debe de estar a rebosar.

–¿Y quién ha ido metiendo documentos dentro? –preguntó la nieta.

–Pues todos los que hemos ido formando esta familia. Cada vez que se firmaba algo, o cuando nacía o moría alguien, el papel correspondiente terminaba allí dentro.

Marta no supo en un primer momento si felicitarse por este sorprendente hallazgo o indignarse porque nadie le hubiera comentado su existencia.

–¿Y habrá papeles del tío Rufino dentro?

–Pues me imagino que sí. Era Eulogio el que se ocupaba de esas cosas. Tal vez encuentres alguna carta de América. ¿Qué sé yo?

Marta se quedó con la última frase, la que utilizaba su abuela para zanjar los temas, y se dirigió al último piso de la casa, donde se encontraba el desván–trastero lleno de trastos, como debía ser.

La primera impresión que le causó la estancia fue de un caos claustrofóbico. El pequeño ventanuco que daba luz al interior estaba tapado por medio armario, por lo que tuvo que encender la luz eléctrica de una triste bombilla, sin lámpara, que colgaba del techo por medio de un cable mustio. De pequeña había visitado aquel museo de las edades pretéritas unas cuantas veces. Al principio, con temor reverencial, y después, con curiosidad juvenil, pero no recordaba el arcón a que se refería su abuela.

Zigzagueó entre una máquina de coser de base de hierro forjado, y varias cajas de cartón, de las de mudanzas, apiladas a su lado. Varios armarios de puerta alta ocupaban la pared, a su derecha. Sabía que, dentro de ellos, se alineaban abrigos y chaquetas pasadas de moda que nunca nadie se pondría otra vez, pero de los que su madre, sin lógica alguna, se resistía a desprenderse. Al fondo, un grupo de cajas de madera, como de embalaje de frutas, aparecían unas encima de otras en orden perfecto. Marta desvió la atención al lugar más alejado, a su izquierda, y varias alfombras grandes enrolladas sobre sí mismas se apoyaban de pie unas en las otras, descansando sobre la esquina. Al

lado de la base de las alfombras, varias cajas de cartón duro dormitaban sobre un objeto cuadrado, de madera oscura, que le llamó la atención. Recordaba haberlo visto antes, alguna vez, hace muchos años, pero nunca se había interesado por él. Dio tres pasos y, tras soplar sobre las cajas superiores para quitarles algo de polvo, se dispuso a retirarlas. La primera era liviana y se desplazó fácilmente. Levantó la tapa y se encontró con mil retales de telas diferentes. «¿Para qué querrían guardar aquello?», se preguntó la arqueóloga. La segunda caja era muy pesada y le costó mucho más dejarla en el suelo, a un lado. El interior contenía viejas herramientas con una pátina de oscura herrumbre, tal vez de uno de sus tíos abuelos, el que fue fontanero. La tercera caja estaba llena de zapatos usados, de la primera mitad del siglo veinte, dignos de un baile de disfraces. Por fin, llegó al pequeño baúl rectangular de tapa recta que se encontraba debajo de todo. Tenía unas medidas similares a las cajas que lo ocultaban y poseía un cierre similar al de los laterales de las maletas de hace algunos años.

El metal del cierre lucía algo roñoso, pero se abrió sin mayor problema cuando Marta lo manipuló. Abrió la tapa con sumo cuidado, igual que hubiera hecho en cualquier excavación arqueológica. Ante sus ojos, una pila de cuadernillos y documentos envueltos en papel de seda reposaban unos encima de otros en orden aparente. Marta buscó por los lados, pero todos los papeles estaban en la columna de escrituras varias. Tomó el primero y lo abrió. Apenas podía leer debido a la sombra que su cuerpo hacía sobre la carpetilla y la levantó a la débil luz de la bombilla. Pudo distinguir que era el testamento de su abuela. Su curiosidad le impulsó a leer alguna de sus páginas, y no se llevó ninguna sorpresa: sus hijos, o sea, su madre y su tío, aparecían como herederos universales. Dado lo incómodo del lugar, la arqueóloga tomó con ambas manos un mazo grueso de papeles, los sacó del arcón y salió con ellos del trastero. Se sentó en los primeros escalones de la escalera que llevaba a las habitaciones del segundo piso y comenzó a examinarlos, colocando el grupo de documentos sobre su regazo y dejándolos a un lado a medida que iba examinándolos.

Ante su mirada fueron pasando escrituras de compraventa, testamentos, certificados de defunción, matrimonio y nacimiento de sus padres, sus tíos y sus abuelos. Hasta la constancia de su propio nacimiento apareció en los papeles superiores. Pero, a medida que profundizaba, las fechas de los documentos retrocedían en el tiempo. Acabó con el fajo de papeles detenido en los años sesenta. Los agrupó a un lado y entró en el trastero a por más. Al poco rato se encontraba de nuevo en el mismo lugar con otra columna de papeles de un grosor mayor, más propio de otra época, y con un grado de aumento en la

sensación polvorienta.

Para su sorpresa, los años cincuenta y cuarenta pasaron con rapidez. Se había escriturado poco en esas décadas, y los documentos del registro civil se limitaron al nacimiento de su madre y de su tío y poco más. Hasta ese momento, no había encontrado ninguna referencia de su tío abuelo Rufino, pero en cuanto llegó a los documentos de la década de los treinta, apareció su certificado de defunción, distinto de los otros, firmado por una pomposa autoridad venezolana en 1936. Lo examinó con cuidado y no descubrió en su texto el motivo del fallecimiento, solo su constatación, certificada con varios sellos, en la ciudad de Maracaibo, en mayo de aquel año.

Buscó con afán una copia del testamento de Rufino, pero no se hallaba en aquella caja. Otros documentos y escrituras referentes a sus tíos abuelos ocuparon el resto del mazo. Solo, en medio de un contrato de alquiler de fincas rústicas y una compraventa de maquinaria inglesa para cosechar grano, apareció una carta con un sello de la república de Venezuela, matado el 15 de febrero del 36.

Marta, contenta por haber dado, por fin, con alguna noticia del tío venezolano, abrió la parte superior del sobre, rasgado hace muchos años, y sacó un papel doblado en dos. Lo abrió y comenzó a leer.

67

–Querida Angelita, ¡que sorpresa tan agradable!

Doña Enriqueta había descolgado el teléfono negro de baquelita con dial de retroceso al cuarto timbrazo. Desde que se había marchado Olegario estaba pendiente de cualquier llamada, aunque en esta ocasión la había pillado en la cocina, preparando su octava tisana relajante del día. Y es que, a pesar de que tratara de disimularlo, estaba de los nervios.

–Buenas tardes, Enriqueta, ¿Cómo estás?

La receptora de la llamada suspiró ostensiblemente antes de contestar.

–¡Ay! ¡Si yo te contara!

–¿Qué te pasa? –preguntó Angelita con cierta alarma.

–No puedo decirte nada, es un secreto oficial –contestó en tono solemne.

–¡Vaya! ¿Cuánto de oficial?

–Bueno, pues así, así.

–Entonces dame una pista. ¡Esto no se le hace a una amiga!

–Tienes razón, no puedo guardarme esto para mí sola. Pero, de lo que te diga, ni una palabra a nadie.

Angelita, aunque Enriqueta no la viera, cruzó los dedos antes de contestar.

–Por supuesto, querida. A nadie, salvo a Purita y Melele.

–Ni siquiera a ellas. Es un asunto muy grave.

–De acuerdo –Angelita aparentó rendición–. Cuenta, cuenta.

–Resulta que he recibido amenazas de muerte.

–¡No puede ser! ¿De verdad?

–Sí. He tenido que echar mano de un guardaespaldas.

–¿Cómo que echar mano? Ya no estás para esos trotes.

–¡Angelita! ¡Repórtate! No seas tan desvergonzada como has sido siempre.

La interlocutora se rio.

–Soy así, qué le voy a hacer. Cuéntame más.

Enriqueta comprobó la temperatura de la infusión y bebió un sorbo. Aquella conversación volvía a alterar la tranquilidad que tenía antes de la llamada.

–El guardaespaldas en cuestión es el chófer de mi sobrino Luisito.

–¿Aquel fortachón con cara de malo? ¡Me encanta! ¡Yo también lo quiero de guardaespaldas!

–¡Angelita! ¡Déjate de bromas! Esto es un asunto serio.

La mujer dejó de reír poco a poco al notar que la indignación de Enriqueta comenzaba a ser auténtica.

–Perdona. Sigue.

–Me han amenazado si no entrego un cuadro que le dejaron a mi suegro en préstamo.

–¿A tu suegro? Entonces tuvo ser cuando el diluvio universal.

–Más o menos, por ahí anda. El asunto es que el cuadro quedó olvidado en una caja en el trastero de la azotea, y mi sobrino lo ha rescatado de su sueño aletargado.

–¡Aaahh! ¡Qué bien te ha quedado eso! Deberías ponerte a escribir algún día.

–También lo he pensado, no te creas. Ya se verá más adelante. Bueno, volviendo al tema, parece que el cuadro es una copia del san Juan Evangelista de la Concepción.

–¡Qué dices! ¿El que robaron ayer?

–El mismo. Y, evidentemente, no es el cuadro robado, ya que estaba en mi desván desde la época de Matusalén.

–Pues vaya lío. ¿Y qué pasó con el cuadro?

–Pues que esta tarde un hombre vino a buscarlo.

–¿Uno de los que te amenazaron? ¿Y estaba el chófer de tu sobrino contigo?

–Sí que estaba, y se llama Olegario, para que lo sepas. Y quien vino no es uno de los maleantes, sino Juanito Perdomo.

–¿El alcalde? –preguntó Angelita, pasmada.

–No, el hijo de Pedrín Perdomo, el joyero.

–¡Pero si es mi vecino! Y son familia, algo lejana, creo.

–Sí que lo son, a través de su madre Maruca. ¿Quién no es familia lejana en La Laguna?

–Si nos remontamos en el tiempo, seguro que alguna hoja compartimos de las ramas de los árboles genealógicos, desde luego.

–Pues Juanito Perdomo le dijo a Olegario que los que me amenazaron habían secuestrado a su padre, y que él tenía que venir a buscar el cuadro, o algo malo le harían.

–¡Ay, hija! ¡Qué amargor! Estoy completamente consternada. ¿Y le secuestraron en su casa? ¿Aquí, al lado?

–Pues seguramente, y puede que los delincuentes todavía estén en esa casa.

–¡Qué dices! Si acabo de recibir la visita de una jovencita periodista que quería subir a la azotea de mi casa.

–¿Una periodista? ¿Jovencita? ¿No será Sandra Clavijo?

–¡Anda! ¿La conoces?

–Es amiga de mi sobrino, y mía también, dicho sea de paso. ¿Para qué fue a verte?

–Para hacer un reportaje sobre qué sé yo que me ha contado. Algo

de casas bonitas.

Enriqueta se hizo cargo de los cuentos que era capaz de inventar Sandra cuando se proponía algo.

–¿Y dices que ha subido a la azotea? ¿La que colinda con la casa de Pedrín?

–Sí, hace un rato, para hacer unas fotos. Yo no la he acompañado, ya sabes, con las rodillas, me cuesta subir esos escalones tan empinados.

Enriqueta, haciendo gala de su capacidad para relacionar asuntos, entendió que Sandra podría estar detrás de una pista de los secuestradores y que trataba de entrar en la vivienda de Pedrín Perdomo. Era solo una posibilidad, pero con Sandra por medio, cualquier posibilidad podía convertirse en una realidad preocupante. Buena era ella para buscarse problemas.

–Angelita, dile que baje inmediatamente, que no sabe dónde se está metiendo.

–Ay, Enriqueta, que me estás asustando. ¿Cómo se lo digo? Es que no puedo subir.

–¡Pues asómate a la ventana y dale un grito! ¡Como hacías con tu difunto Marcial cuando tardaba en volver del bar de la esquina!

–¿Qué tenemos del retenido? –preguntó Galán a Morales cuando llegó a la puerta de la sala de interrogatorios.

–Poco –respondió el subinspector–. El tal Vladimir Ilich Ulianov es empleado del consulado general en Madrid, o al menos esa es su profesión oficial. Lleva en Tenerife un mes, sin dedicación aparente alguna. Tal vez esté de vacaciones.

–¿Las vacaciones no las pasan en Siberia? –repreguntó el inspector con ironía–. Debe de estar haciendo algo aquí.

–La vivienda está alquilada a nombre, no te lo pierdas, del cónsul ruso, pero el coche es de su propiedad. Lo trajo de la Península en barco, lo hemos comprobado.

–O sea, que pretendía pasar una temporada más o menos larga aquí. Nadie se trae el coche en ferry si no es así. ¿Se resistió a la invitación a venir a la comisaría?

–Vino como un corderito. Lo único que dijo es que solo declarará con el cónsul presente.

–Entonces va a ser difícil –repuso Galán, frunciendo el ceño–. Como no se trata de una detención, sino de una invitación investigadora a compartir información, podremos hablar con él sin la presencia de abogado. No perdamos tiempo.

Morales abrió la puerta de uno de los despachos y ambos entraron en una sala de tamaño medio, con dos mesas y sus respectivas sillas. El agente Mandillo se encontraba tras un ordenador, con Ulianov sentado enfrente, en una de esas sillas de plástico negro tan incómodas que pueblan todas las comisarías. El ruso, al ver que no lo habían esposado, pretendía parecer tranquilo, pero se notaba algo tenso.

–Buenos días. Soy el inspector Galán –le dijo el policía, que se colocó detrás de Mandillo. Morales se quedó cerca de la puerta, a la espalda del retenido.

Ulianov asintió en correspondencia al saludo.

–Quiero cónsul y abogado –respondió en un tono algo exigente.

–En primer lugar, que quede claro que no está usted en calidad de detenido, ni de investigado. Al menos por ahora. Solo queremos hacerle unas preguntas y se podrá ir. No hace falta la presencia del cónsul ni de un abogado. ¿Lo ha entendido?

–Entendido –respondió. No hablaba bien el castellano, pero entenderlo, lo entendía–. Yo responder si saber pregunta.

Galán miró al ruso con cara de póquer. Por la respuesta, le dio la

impresión de que estaba bien adiestrado a pasar por varios tipos de interrogatorios. Se preguntó si no estarían perdiendo el tiempo.

–Es usted empleado del consulado general de Rusia en Madrid. ¿Es así?

–Sí, Madrid.

–¿Qué cargo ocupa?

–Asesor del asesor cultural embajada.

El inspector se imaginó lo que hacían estos asesores culturales, y no le gustó mucho. No quería pensar en que hubiera una trama de espías detrás de todo aquel asunto.

–Hace un mes, usted vino a Tenerife. ¿Qué hace en la isla?

–Vacaciones –respondió, impávido–. Sol, playa, sangría y mojo picón. Estar bien aquí.

–Pero no vive usted en la playa, si no en un barrio periférico de La Laguna.

–No entender periférico.

–Que no vive cerca de la playa –Galán rehízo la pregunta tratando de que no se notase una incipiente irritación.

–Buen clima, más fresco que en playa. Estar bien ahí.

–Usted vino a Tenerife con su coche. ¿Le ha prestado el Renault a alguien estos últimos días?

La pregunta no hizo mella en la aparente tranquilidad del ruso.

–Vacaciones invitación consulado. Casa invitación consulado. Otros camaradas dentro. Algunos coger coche. Todos amigos.

Galán consideró que el ruso había soltado su primera mentira. Los conductores del Renault no vivían en la casa de Bocatuerta, sino en la casa de Pastora en Tacoronte.

–¿Quién más vivía en la casa de La Laguna?

–No saber nombres completos: Yuri y Alexei. Buenos amigos. Mucho vodka.

El inspector no dudó del buen ambiente dentro de la vivienda.

–¿Tiene los teléfonos de esos amigos?

–No saber. Vienen, van. Vacaciones, como yo.

Galán decidió apretar un poco las tuercas.

–¿Sabe que sus amigos pueden estar implicados en el robo de una obra de arte?

El ruso no pareció sorprenderse. Con su hieratismo, era evidente que estaba al tanto.

–No saber.

Galán hizo una apuesta sobre los datos de que disponía.

–Lo han identificado a usted como la persona que ha estado excesivamente interesada en el cuadro de la iglesia de La Concepción días antes de que lo robaran.

El ruso se detuvo unos instantes a pensar antes de responder.

–Me gusta arte. Iglesia muy bonita.

El inspector había acertado. Tenía al sospechoso del retrato robot delante de él. La descripción encajaba.

–¿Qué buscaba en el cuadro?

El ruso miró al inspector a los ojos.

–La salvación, o la perdición de muchos.

Galán no comprendió bien el significado de la respuesta.

–¿Es usted religioso?

–Mucho. Yo, muy religioso. Ahora, iglesia permitida en Rusia.

–Usted, de toda la iglesia, solo miró el cuadro robado. ¿Qué tiene de especial esa pintura, Vladimir? ¿No ayudó a preparar el robo?

El retenido no contestó de inmediato. Vaciló unos segundos y respondió.

–Solo hablar delante cónsul y abogado.

Galán suspiró. No iba a avanzar mucho más. Dio por terminada la entrevista y se dirigió a la puerta. Al pasar junto a la puerta, le habló a Morales.

–Detenedle, tomadle las huellas y llamad al consulado. Cuando envíen a alguien, declarará en forma.

–Es un empleado del consulado –comentó el subinspector–. ¿Tendrá inmunidad diplomática?

–Habrá que averiguarlo. De lo que sí estoy seguro es que detrás de este robo hay algo gordo que se nos escapa, Morales. Algo muy gordo.

69

Sandra comprobó, nada más llegar a la azotea de la casa de doña Ángela, lo que había supuesto: la casa de Pedrín Perdomo tampoco tenía tejas en la cubierta superior. Tal como se imaginaba, eran dos construcciones de techo plano con un murete, no muy alto, de separación entre ambas. La periodista no se lo pensó ni un segundo. Tras comprobar con una mirada en derredor que no hubiera ojos indiscretos observándola, se aupó al muro medianero y saltó al otro lado con un movimiento ágil y elegante.

Aterrizó con suavidad en la casa del vecino y se quedó quieta unos instantes. No hubo la menor reacción dentro de la vivienda. A la azotea se accedía por una escalera techada que terminaba en un puerta de madera que poseía una cerradura antediluviana. Sandra se acercó a ella y giró el picaporte. Estaba cerrada. Sandra sonrió a medias: “no puede ser tan fácil”, pensó. Buscó en el pequeño bolso que llevaba en bandolera y sacó una navaja multiusos del ejército Kosovar, con ciertas variantes respecto a su homóloga suiza. La serie de herramientas insertas en el estuche nacarado eran ideales para el tipo de trabajo que se disponía a acometer. La navaja era un regalo de Olegario, el chófer de Ariosto, que le dio una clase de un par de horas sobre el modo de sacarle el máximo provecho, aconsejándole finalmente que la utilizara de modo discreto y anónimo.

Sandra extrajo con las uñas un gancho largo y lo introdujo en el ojo de la cerradura. Una vez anclada donde quería, dio un par de giros a la derecha y la puerta se abrió con un leve ruido. La periodista se quedó quieta una vez más, esperando alguna reacción en el interior. Solo recibió silencio absoluto. Empujó la puerta muy despacio, y se abrió con un quejido tenue. Al otro lado, poco iluminada, una escalera descendía hacia el primer piso de la vivienda. Sandra adivinó que la casa seguía el mismo esquema que otras de La Laguna: el primer piso para las habitaciones y la planta baja para salón, cocina y patio trasero. En cuanto bajó al rellano inferior, caminando sigilosamente, comprobó que era así. Las puertas de las habitaciones estaban abiertas, por lo que no tuvo que tocar nada, solo empujar alguna hoja y mirar en el interior. En las tres habitaciones y en los dos baños no había nadie, pero sí señales de uso. La casa no estaba abandonada en absoluto.

El silencio que presidía todo el entorno la animó para asomarse a la escalera y atisbar en la planta baja. No vio movimiento alguno. Con mucho tiento, bajó los escalones despacio hasta llegar a un

distribuidor que dejaba a un lado un salón amplio con ventanas a la calle, y una cocina y otro saloncito con acceso a un patio interior al otro. Sandra caminó con cautela y se asomó a todas las estancias, comprobando que estaba sola en la casa.

No estaba segura de qué era lo que estaba buscando ni lo que iba a encontrar, pero trató de hallar pistas. Se adentró en el salón grande, en el que un tresillo de cara a una televisión empotrada en un mueble de estantes dividía dos ambientes con una mesa de comedor a su espalda, y donde los altos ventanales estaban escoltados por cortinas y visillos de techo a suelo. Examinó los libros de las estanterías: varios volúmenes técnicos sobre tratamiento de metales junto a novelas de corte histórico. A Pedrín o a alguien cercano le gustaba leer. El salón no le dio para más, por lo que se dirigió al otro, más pequeño, que era más una sala de estar. En un lado, al fondo, le llamó de inmediato la atención una mesa de trabajo, de esas antiguas con hileras de cajones a ambos lados del tablón. Se dirigió hacia ella y sobre la misma encontró una impresora y unos cables de conexión a un ordenador portátil, que no estaba. Folios en blanco, un cubito con lápices y bolígrafos y un par de facturas de suministro eléctrico completaban el cuadro. Sandra, curiosa, abrió el primer cajón y, para su sorpresa, se encontró con varios cuadernos y libros de aprendizaje del idioma ruso. Buscó debajo y encontró un sobre de papel color Manila, abierto. Hurgó dentro y sacó un conjunto de cuartillas grapadas en uno de sus lados. Parecía un informe oficial, pero todo el texto estaba en ruso, y los caracteres no le dieron ni una sola pista para que pudiera adivinar de qué trataba su contenido. Debajo encontró otro similar y, más profundo, un tercero. Todos poseían una portadilla donde se incluía un índice. Sacó su móvil y fotografió las primeras páginas de cada uno, antes de dejarlo todo como estaba.

Se dispuso a abrir el segundo cajón, pero toda su concentración se esfumó cuando escuchó un ruido en dirección a la calle. La puerta se estaba abriendo. El corazón le dio un vuelco, miró a su alrededor y tomó una rápida decisión.

70

Galán se sentó en la mesa de su despacho y miró su móvil. Se percató de que lo tenía en modo avión. Lo había activado antes de entrar en la reunión con el comisario jefe Blázquez en la comisaría central de Santa Cruz. Blázquez solo quería, como en otras ocasiones, trasladar al inspector la preocupación creciente de diversos sectores de la sociedad tinerfeña. En concreto, el subdelegado del gobierno, obispado y otras congregaciones católicas, sobre el robo del cuadro de la iglesia de La Concepción. También había llegado una queja del consulado ruso, pero a este particular le dio mucha menos importancia.

Blázquez, un hombre ancho, calvo y con expresión de sufrir una úlcera de estómago, estaba cerca de la jubilación, y lo único que deseaba era terminar los meses que le quedaban de servicio sin sobresaltos ni escándalos. Por eso, y dada la calidad de quienes le habían llamado, había hecho bajar a Santa Cruz a Galán con la intención de exponerle en persona la necesidad de resolver el caso lo antes posible. El inspector conocía bien a su jefe y no se amilanó por la lista de interesados en la solución del asunto. Le contó lo que sabía la policía y le explicó el desarrollo de las distintas vías de investigación.

A Blázquez, como a Galán, no le gustó nada que hubiera extranjeros presuntamente involucrados en el robo, y menos que fueran rusos, y menos aún que fueran empleados del consulado general en Madrid. El asunto podía escapárseles de las manos si se producía un conflicto diplomático, así que había que ser cautos y meticulosos, esas fueron las dos palabras que utilizó el comisario jefe.

Galán pulsó las teclas correspondientes y el móvil salió del modo avión y aterrizó en modo normal. Varias llamadas perdidas saltaron en la pantalla. Un par de la comisaría, una de Marta y, lo que le llamó más la atención, cinco de Ariosto. “¿Qué le pasa a Luis”, pensó.

Se disponía a llamarle cuando le entró la sexta llamada. Inició la comunicación de inmediato.

–Buenos días, Luis.

–Estimado Antonio, estoy sufriendo un problema inesperado que requiere una intervención policial urgente –la voz de Ariosto sonaba apremiante.

Galán pensó por un instante que la frase se hubiera podido resumir en: «Tengo un problema», pero Ariosto era así, no tenía remedio.

–¿Qué le ocurre?

–Estamos tras la pista de los secuestradores de un joyero, y tenemos fundadas sospechas de conocer el lugar donde se encuentran la víctima y los delincuentes.

–¿Cómo dice? ¿De qué me está hablando?

Ariosto le contó a Galán, de la manera más corta que pudo, lo que conllevó un par de minutos, el asunto de las amenazas a su tía Enriqueta, la aparición del enviado a buscar el cuadro, la noticia del secuestro de Pedrín Perdomo y la persecución hasta Geneto del automóvil de los secuestradores. Cuando terminó, le tocó al inspector responder.

–No le voy a preguntar por qué no me ha avisado antes porque veo que tengo varias llamadas perdidas suyas, pero sí que tengo que amonestarle por no acudir ayer a la policía desde que Enriqueta recibió la amenaza por escrito.

–Mea culpa, Antonio. La penitencia para luego, por favor. En este momento, Sebastián se dispone a comprobar cuántos son los que tienen retenido al joyero y, quién sabe, tal vez hasta decida irrumpir en ese domicilio. Como sabe, mi chófer es imprevisible.

–¿Dónde está usted ahora?

–Déjeme mirar –Ariosto tardó unos segundos en comprobar la dirección–. Calle Bocatuerta, 180, llegando al cruce con la carretera de san Bartolomé de Geneto.

–De acuerdo, lo he anotado. Luis, no se mueva de ahí o, en todo caso, intente que Olegario no entre en la vivienda. Voy a enviar un par de coches para allá. No hagan nada hasta que mis hombres lleguen. ¿Me ha oído?

–Alto y claro. Mensaje recibido.

–Pues a ello.

Galán colgó y se levantó de su asiento Era más rápido llegar al despacho de los subinspectores a pie que tratar de llamarlos por la línea interna. En la estancia se encontró con Ramos, Morales debía estar tramitando la detención del ruso.

–Ramos, Ariosto me ha informado de un secuestro y sabe dónde están los autores. Despliega de inmediato dos coches y vamos para allá.

Ramos dejó lo que tenía entre manos y sus ojos brillaron de modo especial. Lo hacían siempre que preveía acción.

–¿A dónde hay que ir?

Galán echó un vistazo a sus notas.

–Calle Bocatuerta, 180.

Ramos abrió los ojos de la sorpresa.

–Jefe, ahí es donde detuvimos al ruso.

Ahora quien se asombró fue el inspector.

–¡No me digas! ¿Y había alguien más dentro de la casa?

–No lo sé, la orden consistía en detener al individuo, no en registrar la casa. Y como el tipo no planteó resistencia no fue necesario entrar. Además, no llevábamos orden de registro.

Galán le dio dos vueltas a lo que acababa de escuchar. ¿Estarían relacionados el supuesto secuestro informado por Ariosto con el robo del cuadro y los rusos?

–Comprendo. No podías hacer nada más. Pero ahora sí que podemos: se está cometiendo un delito, por lo que podemos entrar. Así que vamos a intervenir ya.

71

La carta del tío Rufino que Marta tenía en sus manos estaba escrita con fino trazo de pluma, desvaída por el tiempo. La luz de la escalera no era la mejor para entender bien las letras, por lo que decidió bajar a la cocina, que es el lugar donde hay mejor luz en todas las casas. Su madre estaba pelando zanahorias y cebollas para preparar una ensaladilla rusa de las que hacía ella, de las mejores.

–¿Has encontrado algo? –preguntó a Marta en cuanto entró en la cocina.

Marta encendió la luz que iluminaba la mesa y se sentó.

–Una carta de Venezuela. Muy antigua, del año 36.

–Justo cuando murió el pobre Rufino –comentó a la distancia que separaba la mesa de la encimera de trabajo–. No sabía que hubiera ninguna carta en el trastero.

–Pero la abuela se acordaba de algo, y la he encontrado. Lo que no he visto es el testamento del tío.

–El testamento se lo llevó tu tío Eulogio, pero creo que hay alguna copia por algún lado.

Marta levantó la vista del papel.

–Pues me gustaría verlo también.

–Ahora lo busco, en cuanto termine esto que estoy haciendo. ¿Qué dice la carta?

–Voy a leerla. Atiende:

La arqueóloga levantó un poco el papel para que la luz no se reflejase demasiado y comenzó a leer:

En Maracaibo, a 15 de febrero de 1936

Queridos hermanos,

Desde la última carta que envié, esta dolencia que me aflige ha ido en aumento. Es un problema de los riñones y, por lo visto, no tiene cura. En el hospital me están dando unos opiáceos para llevarlo mejor, pero ya me veo postrado en cama y el pronóstico a corto plazo no es bueno.

Me hubiera gustado tener la oportunidad de volver a Tenerife a veros a todos en estos últimos meses, pero no hubo forma. Viajar en barco durante más de una semana no era compatible con el tratamiento, según dijeron los doctores. De todas maneras, así os he ahorrado tener que atender a un hombre enfermo, que siempre es una molestia.

Junto con esta carta os envío la copia principal de mi testamento, otorgado ante notario y con todas las formalidades para que valga en

España, tal como me indicaron en el consulado español. Os adelanto que os nombro a los tres hermanos como mis herederos universales dado que no tengo hijos, al menos que yo sepa,

Aquí tengo una casa en la costa y un pequeño rancho en el interior, que se pueden vender fácilmente. Los vecinos están interesados en comprarlos y ya me rondan como buitres, pero tendrán que esperar a que alguno de vosotros venga y los liquide. También, como consta en las últimas voluntades, hay un par de cuentas en el Banco de Venezuela. Con ese dinero se pueden pagar todos los gastos de desplazamiento y demás trámites, y sobrará algo.

Un último detalle: el sobre del piano. Antes de irme de Tenerife dejé, dentro del piano de casa, unos papeles que contienen el lugar donde se encuentra la plata de don Amaro Rodríguez Felipe, de la que una parte toca a nuestra familia. Es un descubrimiento que realicé casi por casualidad durante mis últimos trabajos en la isla. Por falta de tiempo, ya que tenía el viaje a Venezuela concertado, no pude comprobar personalmente la calidad de la plata, pero estoy seguro de que alguno de vosotros podrá hacerlo.

El resto está en las instrucciones del testamento. Haced buen uso del dinero y recordadme de vez en cuando.

Os quiere, Rufino.

En lo que Marta terminó de leer, su madre había finalizado los preparativos de la ensaladilla. Se lavó las manos y se sentó a su lado.

–El tío Rufino se portó muy bien con la abuela y sus hermanos. Eulogio trajo mucha plata, como llaman al dinero en América, que es la que valió en realidad, más que la supuesta de don Amaro, que se esfumó.

–¿Puedes buscar el testamento?

–Claro que sí –dijo la madre, levantándose de inmediato–. Espera un momento.

Yaya salió de la cocina y Marta se puso a releer la carta, intentando sacarle más jugo en una segunda lectura. Apenas le dio tiempo a llegar a la mitad. Su madre apareció con un sobre en la mano.

–¡Aquí está! –exclamó triunfalmente, y se lo entregó a su hija.

Marta dejó la misiva a un lado y tomó el sobre. Extrajo un solo cuadernillo que se encontraba dentro y comprobó por el sello notarial que presidía la primera página y el título del documento, que se trataba del testamento de Rufino.

–No hace falta que lo leas entero –dijo su madre–. Ve a donde se habla de plata de don Amaro.

Marta leyó rápidamente en diagonal los prolegómenos y se detuvo en el folio donde se enumeraban los bienes testados. En un escueto párrafo, al final de la cuarta página, aparecía la reseña buscada:

Los derechos de la plata propiedad de don Amaro Rodríguez Felipe

que pertenece a nuestra familia se encuentran en un informe dentro de un sobre colocado en el interior del piano del domicilio de mis padres, el lugar más seguro de la casa.

No había ninguna descripción más. Todos los bienes los heredaban sus hermanos, rezaba poco después. Marta se quedó algo decepcionada. Esperaba algún nuevo dato.

–Volvemos al tema del piano –le dijo a su madre, que se había vuelto a sentar junto a ella.

–Sí, nunca se supo de él.

–¿Qué dirías si supieras que lo he encontrado?

–¿El piano? ¿Aquí? ¿En Tenerife?

–Sí, bastante cerca.

A Yaya le pasaron multitud de pensamientos por la cabeza.

–Pero, tendrá otro dueño, ¿no?

–Más o menos.

–¿Y te dejarán mirar en su interior?

–Ya me han dado el permiso.

–Pero, ¿lo has visto ya?

–Todavía no, pero lo haré muy pronto, mamá. Muy pronto.

72

La Laguna, junio de 1936

Valentina lo había logrado. Después de cada escarceo amoroso insistía en que Lorenz tomara otra copa, y así una tras otra, que ella apenas compartía, hasta que casi se acabó la botella. Quedó un dedo en el fondo como recuerdo de una noche memorable. Por fin, ya de madrugada, Lorenz se quedó dormido en la cama, completamente embriagado, mientras contaba con mucho desvarío una batallita de juventud en Munich.

La agente rusa sintió que ella también había bebido más de la cuenta y, a pesar de que las paredes parecían tambalearse, tuvo la fuerza suficiente para levantarse y registrar el armario del alemán. No tardó ni cinco segundos en dar con la bolsa de tela que contenía el cuadro. Lo sacó un momento para comprobar que era el que buscaba, y la mirada inocente del san Juan se lo confirmó.

La tabla volvió a su envoltorio y lo siguiente era regresar a su habitación para largarse del hotel antes de que Lorenz despertara. Lo miró un momento, inconsciente en la cama, totalmente indefenso. En otras circunstancias lo habría matado allí mismo, pero tampoco quería dejar un rastro de sangre detrás de ella. Se trataba de pasar desapercibida en la medida de lo posible. Y la medida era dejar vivo a Lorenz.

¿Vivo? El pecho del hombre no se movía. Extrañada, dejó la bolsa a los pies de la cama y se acercó a su efímero amante de las horas anteriores. La expresión facial era de una placidez total. Valentina sonrió; se había esmerado en agotar al agente alemán, y la prueba de su éxito a la vista estaba. Algo extrañada de la falta de movimiento del cuerpo de Lorenz, Valentina lo tocó. No estaba frío. Al menos, no del todo. Lo último que deseaba era despertarlo, por lo que, con mucho tiento, trató de tomarle el pulso en la muñeca. No sintió nada. De la extrañeza pasó a la alarma. Intentó sentir los latidos del corazón en el cuello, en la arteria carótida, pero tampoco notó el pulso.

Una desagradable sensación de náusea comenzó a apoderarse de ella. ¿Había muerto Lorenz? ¿Se pasó con la dosis de somnífero en el vodka? Trató de recordar las instrucciones que le dieron en Moscú. Media medida del pintalabios por botella. Ella había puesto la medida

entera, pero tampoco era para tanto. ¿O era un cuarto de medida? El mareo que sentía le impedía pensar con lucidez. Echó un último vistazo al rostro de Lorenz, tan sereno.

–Lo siento, Konrad. Tal vez me pasé con el vodka –le dijo en alemán, como si le estuviera escuchando.

Valentina notaba que los pies no respondían con presteza, casi los iba arrastrando, pero logró coger la bolsa con la tabla dentro y salir de la estancia. Olvidó la bata, las zapatillas y la botella dentro de la habitación. En algún momento, del que ya no se acordaba, se había colocado de nuevo el camisón, y con él salió al pasillo superior del hotel. Todo estaba oscuro y en silencio, y solo un leve resplandor provenía de la recepción, situada debajo del pasillo abalconado por donde caminaba.

La puerta de su habitación no estaba cerrada con llave y la abrió con facilidad. Encendió la luz y percibió que la cama se movía todavía más que en el cuarto de Lorenz. El vértigo se estaba apoderando de ella. Tal vez fuera bueno vomitar, pensó. Nunca le había afectado tanto el vodka, a pesar de que estaba entrenada para soportar más de una botella ella sola.

Dejó la bolsa sobre la cama y se encaminó hacia la palangana. Si vomitaba, que fuera allí. Dio dos pasos pero no llegó al tercero. Al ir arrastrando los pies, se tropezó con un pliegue de la alfombra y perdió el equilibrio. Cayó sintiendo que le faltaban reflejos para protegerse del golpe con los brazos, que no le obedecían. La cabeza rebotó en el suelo y Valentina sintió que, de repente, el mareo desaparecía, pasando a convertirse en una sensación fría y oscura. Tan oscura que todo se volvió negro y la inestable realidad que percibía a su alrededor se desvaneció por completo.

73

A Sandra le latía el corazón a mil por hora, escondida, hecha un ovillo, detrás del sofá de la sala de estar. Sabía que aquel lugar no era el ideal para pasar desapercibida, pero no había encontrado ninguno mejor. La distancia de la parte trasera del mueble hasta la pared del fondo era de metro y medio, lo suficiente para que una persona pudiera rodearlo, aunque contaba con que el paso natural hacia la mesa de trabajo era por delante. Trató de ralentizar el ritmo de su agitada respiración y tardó un buen rato en conseguirlo. Mientras tanto, puso toda su atención en los ruidos que se sucedían en la vivienda, intentando adivinar los movimientos de la persona que acababa de entrar en ella.

La puerta principal que daba a la calle se había cerrado poco después de ser abierta. Sandra no escuchó que le dieran doble vuelta a la cerradura, por lo que ese acceso podría ser una vía de escape rápida. Tampoco oyó que se colocaran las llaves en el aparador de la entrada. Dedujo que quien había entrado no vivía habitualmente en la casa, lo que le gustó muy poco. Si se diera el caso, prefería enfrentarse al dueño de la vivienda que a un extraño que hubiera accedido a la misma a hurtadillas.

Unos pasos lentos, precavidos, se dirigieron al salón principal, en el que las ventanas daban a la calle Herradores. No duraron mucho tiempo ahí. Con total seguridad, quien había entrado estaba echando un vistazo rápido por si veía algo anormal, con lo que concluyó que era alguien que había visitado la casa con anterioridad, lo que le gustó aún menos.

El sonido de los pasos le indicó que el intruso se dirigía a la cocina. Oyó abrir uno de los armaritos superiores al fregadero y trastear con algún objeto. Aquello la desconcertó un poco. ¿Estaría buscando algo? ¿Se proponía prepararse algo para tomar? Eso significaría que tenía más familiaridad con la casa de lo que ella suponía en un primer momento. Tal vez fuera la ocasión para salir de allí, mientras el extraño estuviera ocupado en la cocina.

Se incorporó y se puso en pie con el mayor sigilo del que fue capaz y trató de que sus piernas dejaran de temblar. En aquel momento se estaba arrepintiendo de haber entrado en aquella casa por la azotea en vez de por la puerta principal. No estaba segura de que su inventiva fuera suficiente para explicar su presencia allí. Dio unos pasos en dirección a la salida de la sala, mirando con total concentración hacia la puerta de la cocina, cuando vio una sombra que se aproximaba al

umbral. Se echó rápidamente a un lado y se ocultó detrás de la hoja abierta de madera de la puerta de la sala. Ese escondite era mucho peor que el del sofá, por lo que maldijo su impaciencia. Los pasos cruzaron el distribuidor central y Sandra rogó por que se dirigieran a la escalera con la intención de subir al primer piso, pero no, se acercaron a la sala, y una sombra en el suelo antecedió a la presencia de un hombre, que entró en ella.

Sandra, detrás de la puerta, contuvo la respiración y se puso rígida involuntariamente. El intruso no se sentó en los sillones, sino que dio un extraño rodeo por detrás del sofá –menos mal que había salido de allí–, y se dirigió a la mesa de trabajo. Sandra asomó lo mínimo posible la cabeza para ver qué estaba sucediendo. Un hombre delgado, no muy alto, de espaldas a ella, había cogido unos papeles que estaban sobre la mesa y los examinaba. A continuación abrió los cajones superiores del lateral. El corazón volvió a latirle con más fuerza. ¿Era el momento de salir de su escondite? El hombre no la vería, lo que sí podría ocurrir cuando se diera la vuelta para salir de la sala.

Se decidió a moverse. Bendijo que llevara sus zapatillas Vans, que no hacían ruido sobre aquel pavimento, y movió un poco la puerta hacia adelante, rodeándola de puntillas rápidamente. En un segundo se vio en el distribuidor, fuera de la sala. Sus ojos se dirigieron hacia la puerta de entrada. ¿Salía a toda velocidad con independencia del ruido que hiciera, o trataba de ser más sutil? Si se descubría su presencia en la casa sería complicado tratar de volver a ella en otro momento, cuando hubiera alguien dentro. Era mejor pasar desapercibida.

Un movimiento detrás de ella, con el ruido de los pasos de nuevo en marcha, la sacaron de sus pensamientos. No le daba tiempo a llegar a la puerta de salida, por lo que se metió en el salón. Como el hombre ya lo había revisado al entrar no sería mal escondite. El salón, por desgracia, ofrecía pocos lugares donde ocultarse. Podía elegir entre los dos ambientes, la mesa larga con sus seis sillas y el sofá delante de la tele. Optó por lo más opaco a la vista, y se dejó caer detrás del sofá, como había hecho en la otra sala. Por un momento, pasó por su mente el fugaz pensamiento de que estaba limpiando el suelo de la casa con su ropa. Los pasos siguieron de largo rumbo a la cocina. Un leve olor a café se adueñaba de la casa. Sandra pensó que de nuevo se le abría otra oportunidad. Si embargo, el hombre volvió a pasar por el distribuidor con una taza en la mano en dirección a la salita.

Sandra apretó los dientes, lanzando un improperio mental. ¿No se iba a quedar quieto nunca aquel tipo?

Apenas un minuto después, el hombre volvió a pasar hacia la cocina, esta vez cargando una bolsa de plástico con algo de peso

dentro. Al parecer, se había bebido la taza y la había dejado en la sala. El hombre se dirigió a la puerta de salida a la calle, la abrió y salió al exterior. A continuación, cerró la puerta tras él. Sandra no se podía creer que hubiera tenido tanta suerte. ¡El tipo se había largado! ¡Y no le había dado vuelta a la cerradura! Tenía el escape franco y a mano. Se levantó y caminó despacio hasta el umbral del salón. Se asomó al distribuidor. No escuchó nada. Algo más tranquila, se adentró en el distribuidor. Echó un vistazo a la salita y observó que ya no había papeles encima de la mesa. Entró en la estancia y se acercó al lugar de trabajo. Los cajones aparecían abiertos y vacíos. Aquel hombre se había llevado todo su contenido. Todos aquellos informes en ruso habían desaparecido.

Sandra dejó de pensar en las consecuencias de lo que estaba viendo y se dio la vuelta. Avanzó con prisa y llegó a la puerta principal en unos segundos. Puso la mano en el picaporte para abrirla cuando, de repente, notó que una llave se introducía en la cerradura desde el interior y giraba el pestillo. La puerta se abrió y un hombre se dispuso a entrar, aunque se detuvo, sorprendido, al descubrir a la periodista al otro lado.

Sandra, aterrada y petrificada, no tuvo tiempo de reacción. Y, en su aturdimiento, solo pudo escuchar la pregunta que aquel hombre le hacía:

–¿Quién eres y qué haces aquí?

–¿Qué sabemos de esa gente? –preguntó en el coche policial Ramos a Galán.

–Que tienen armas, ya que Ariosto nos ha informado que secuestraron al joyero Perdomo a punta de pistola, y que posiblemente esté retenido en esa casa. Al menos, ahí está su hijo, Juan.

–Y que son rusos –añadió Ramos.

–Ese detalle también –admitió el inspector.

–¿No deberíamos avisar al equipo de operativos especiales? No sabemos qué nos vamos a encontrar.

–Si nos topamos con algo que nos desborde, entonces llamaremos a los GOES que tenemos en la isla. Los GEO de la península tardarían demasiado.

La respuesta satisfizo a medias a Ramos, que se sentía intranquilo. Los dos coches policiales circulaban por la autovía en sentido descendente. En pocos segundos tomarían la desviación hacia Las Chumberas. La sirena policial y la luz oscilante les abrían paso. Ramos volvió a romper el silencio del interior del vehículo.

–Ya sé que Ariosto es un tipo digno de confianza, pero, ¿y si se equivoca y dentro de la casa no se está cometiendo un delito? ¿No nos vamos a meter en un fregado? No llevamos orden judicial.

–No seas coñazo, Ramos –respondió Galán–. Técnicamente, tenemos una denuncia de que se está cometiendo un delito en ese domicilio, y con ello podemos entrar a echar un vistazo, a comprobar si de forma manifiesta e indudable ocurre algo delictivo.

–No me gusta aparecer sin orden –refunfuñó Ramos.

–Si quieres, te puedes quedar en la puerta –Galán conocía el punto débil de Ramos.

–Ni de coña, jefe. Si tú entras, yo voy detrás.

Los vehículos policiales salieron de las vías rápidas de la zona de los centros comerciales e iniciaron la subida de la calle Bocatuerta. En un minuto llegaron a la dirección indicada. Ariosto les esperaba de pie, un par de números más arriba. Se acercó en cuanto vio a los policías.

–Buenas tardes, inspector y subinspector –saludó. En público Ariosto no llamaba a Galán por su nombre de pila–. Según noticias que me ha hecho Sebastián, hay cuatro hombres en la casa. Tres rusos y Perdomo. Todos en la planta baja, en la cocina trasera. Sebastián está dentro, investigando.

–¿Quién es Sebastián? –preguntó Ramos.

–Es el chófer –respondió Galán, mirando por un momento a su subordinado..

–¿No se llama Olegario?

Galán hizo un gesto de impaciencia.

–Es una larga historia, Ramos. En otro momento te la cuento –El inspector se volvió a Ariosto–. ¿Tiene algún dato más?

Ariosto hizo un gesto de resignación.

–Solo que Sebastián ha hecho caso omiso de mis indicaciones de que saliera. Está dentro, pero no sé dónde.

–De acuerdo, –concluyó, y se giró hacia los seis agentes, más el subinspector– Vamos a entrar. Ramos conmigo y dos más. El resto, desperdigados alrededor de la casa. Comprobemos si hay puerta trasera y asegurémosla.

En cuanto sus hombres se pusieron en marcha, Galán se dirigió con decisión hacia la puerta de entrada, seguido de Ramos y dos agentes, desplegados en abanico, y tocó el timbre, echándose a un lado, cerca de la pared.

***

Olegario, desde su escondite en lo alto de la escalera, vigilaba lo que ocurría en la cocina. Los dos rusos que podía ver sentados a la mesa, esperaban pacientemente el resultado del análisis químico que le habían hecho a la pintura. A los pocos minutos, uno de ellos habló. El tono era de disgusto.

El chófer chasqueó la lengua en silencio. Su estratagema había dado resultado a medias. Había contratado los servicios de una empresa que poseía una impresora sobre madera de última generación para hacer una copia, casi perfecta, del cuadro del evangelista que estaba en casa de doña Enriqueta, y había tratado de dar el timo a los secuestradores, pero no había colado. Al menos, y esa era la parte positiva del asunto, los tenía localizados, y Ariosto ya habría avisado a la policía.

La conversación de los rusos se volvió agria y malsonante. Las voces comenzaban a subir de tono y resultar amenazantes. Olegario pensó que iban a encararse violentamente con Perdomo de un momento a otro. El hijo del joyero había seguido sus instrucciones, por lo que se sentía partícipe de la situación a título personal: no podía permitir que su colaborador resultase agredido de ninguna manera.

El chófer respiró profundamente un par de veces y comenzó a bajar las escaleras. Las voces se estaban convirtiendo en gritos y una frase se escuchó en español en la cocina.

–¡Este no es el cuadro! ¡Nos estás engañando! ¿Qué has hecho con él?

Antes de que Perdomo respondiera, porque de seguro que era a él a

quien preguntaban, y cuando Olegario estaba a punto de llegar a la puerta de la cocina, sonó el timbre de la entrada. Una, dos, tres veces.

Y el mundo se detuvo.

75

Sandra tardó medio segundo en superar el shock de verse descubierta dentro de la casa.

–Soy Sandra Clavijo, periodista –dijo con un aplomo que le sorprendió a ella misma–. Estoy haciendo un reportaje sobre las casas más bonitas de La Laguna y he visto esta puerta abierta y he entrado a preguntar. La puerta se ha cerrado después, tal vez por una corriente de aire.

El hombre que había entrado, un individuo mayor, delgado, con poco pelo y cara de menos amigos la miró, completamente incrédulo.

–Vaya cuento me estás contando, niña –le respondió con acento extranjero, y dio un paso adelante. Sandra, algo desconcertada, retrocedió–. No sé cómo has entrado aquí, pero seguro que no tienes buenas intenciones.

Sandra tragó saliva, aquel tipo la estaba poniendo nerviosa.

–Bueno, si no quiere ser entrevistado, me voy.

Sandra trató de dar un paso hacia adelante, pero el hombre levantó el brazo y lo cruzó en su camino.

–Tú no vas a ninguna parte hasta que me aclares qué haces aquí.

El hombre, sintiéndose dueño de la situación, cerró la puerta tras él, sin perder de vista a Sandra.

–Déjeme salir –le pidió con firmeza.

–Primero habla.

–Déjeme salir o grito.

–Como grites te voy a dar un par de mamporros que te vas a enterar.

Sandra se asombró de la amenaza violenta del hombre. No esperaba una salida tan brusca.

–Si me retiene es un secuestro.

El hombre sonrió con un rictus cruel.

–Hay muchos secuestros últimamente en esta ciudad. Dime, ¿quién te ha enviado?

–El director Núñez –Sandra contestó lo primero que se le pasó por la mente que fuera cierto.

–¿Quién es Núñez? –El hombre arrugó la nariz.

–Mi director. Él me envió a hacer la investigación.

–Debe de ser uno nuevo que no conozco –dijo, más para sí que para Sandra–. Es inútil que busques en esta casa. Aquí no hay nada que pueda incriminar a nadie.

La frase volvió a desconcertar a Sandra. ¿De qué iba aquello?

¿Incriminar? ¿Se refería al antiguo robo del cáliz? ¿No había sido multado el autor por aquel asunto y ahí había terminado todo? Sandra decidió cambiar de táctica para sonsacarle algo.

–¿Cómo que no? Estamos al corriente de los informes en ruso.

El hombre abrió los ojos de la sorpresa, pero se rehízo de inmediato acercándose a escasos centímetros del rostro de Sandra.

–Entonces me seguíais más de cerca de lo que yo pensaba. No encontrarás nada.

Sandra se sintió amedrentada, pero iba a seguirle el juego a aquel tipo. Si había salido y vuelto en tan poco tiempo a la casa, esta vez sin la bolsa, es que la había dejado en algún lugar cercano, tal vez un coche. Volvió a probar suerte.

–Están en el maletero –respondió, y se aventuró un poco más al ver la expresión de fastidio del hombre–. Y en estos momentos, mis compañeros, que saben que estoy aquí, los están sustrayendo.

El hombre estalló, hecho una furia.

–¡Maldita sea! ¡Esto no va a quedar así! ¡No me atraparéis!

El hombre agarró a Sandra por los brazos y le obligó a darse la vuelta. La agarró por ambos codos y la empujó hacia adentro.

–¡Suélteme! –exclamó Sandra, que sentía unos dedos fuertes aferrándola, sin que pudiera soltarse.

El hombre siguió empujándola hasta que la hizo entrar en la salita de la mesa de trabajo. Sandra notó que cogió algo de la estantería al pasar y que luego, una cuerda fina, o un cable, se enrollaban en sus muñecas. La estaba atando.

–¡Suélteme! –gritó–. ¡Socorro!

No le dio tiempo a volver a gritar. El hombre terminó en tiempo récord la ligazón de sus muñecas y la volvió hacia él. Cuando Sandra tomó aire para volver a gritar, recibió un puñetazo en el pómulo derecho que hizo que todo se volviera negro a su alrededor. Y antes de caer en la inconsciencia total, tuvo un pensamiento fugaz. ¿Qué necesidad tenía ella de estas cosas?

–No abren –le dijo Ramos a Galán–. ¿Qué hacemos? ¿Patadón y tentetieso?

El inspector sopesó las posibilidades. Si no se estaba cometiendo un delito flagrante dentro se la iba a cargar. Pero decidió confiar en lo que le había relatado Ariosto.

–No hemos traído el ariete, así que patadón, Ramos.

El subinspector examinó la puerta. No era blindada y solo tenía una cerradura a media altura, como era usual. Un buen golpe bien aplicado bastaría. Por suerte, había ido hoy a trabajar con botas de tacón duro. No se lo pensó dos veces, tomó impulso y atacó la cerradura con una patada con la planta del pie. Se escuchó un crujido en la madera, y la puerta se deslizó unos centímetros hacia dentro.

Galán, pegado de espaldas a la pared, al lado de la puerta, le hizo una seña a Ramos para que se apartara. Preveía una posible respuesta desde el interior en forma de disparos. Sacó su arma reglamentaria, esperó dos segundos, pero no se produjeron.

–Vamos, adentro –dijo, y empujó la hoja vencida.

***

Olegario notó que la conversación en la cocina enmudeció de inmediato. El timbre de la puerta principal sonó varias veces, y a la cuarta escuchó un siseo de órdenes en voz baja en ruso. No entendió lo que decían, pero podía adivinarlo. Se echó atrás y se pegó a la pared, de modo que no se le viera fácilmente si alguien salía de la cocina. Tras unos instantes de intercambio de frases, uno de los rusos, el chófer que había traído el coche desde La Laguna, salió de la cocina. Olegario esperó un momento para comprobar si salía otro más. No le siguieron. No parecía que estuviera armado, pero nunca se sabía. Se acercó con sigilo por detrás y le asestó un golpe en la nuca con el canto de la mano, tal como le había enseñado el gran maestro Sun-Chi-Li hacía unos años. Si se daba bien dado, no fallaba. Y no falló. El ruso se desplomó hacia atrás sin emitir ningún sonido. El chófer lo atrapó antes de que cayera al suelo y lo depositó con cuidado en el piso. A continuación, lo arrastró al interior de una habitación, dejándolo fuera de la vista. Lo cacheó brevemente y le encontró una pistola en un bolsillo de la cazadora. Se hizo con ella, una Beretta de las de toda la vida, comprobó que había munición en el cargador y le quitó el seguro.

El timbre volvió a sonar varias veces. Era evidente que quien estuviera tocando no iba a desistir fácilmente. Debía de ser la policía,

pero no estaba seguro. Otro hombre salió de la cocina pistola en mano. Olegario, dentro de la habitación, pasó desapercibido.

–¿Alexei? –preguntó el ruso, extrañado de no ver a su compañero.

Olegario esperó a que llegara a la altura de la puerta del cuarto donde estaba y que pasara de largo. En cuanto lo hizo, salió a su espalda y le colocó el cañón en la parte de atrás de la cabeza.

–Quieto –le dijo en voz baja, pero perfectamente audible–. Suelta el arma.

El ruso se detuvo al momento y levantó las manos con lentitud. Dijo algo en ruso en voz alta. Olegario imaginó que el mensaje iba dirigido a sus colegas de la cocina, por lo que optó por lo fácil. Esta vez nada de delicadezas estilo Sun–Chi–Li, le asestó un culatazo en la sien que llevó al ruso a reunirse con su compañero en el reino de los sueños. En el momento en que el hombre caía al suelo y su pistola rebotaba sobre las baldosas, se escuchó un fuerte golpe y la puerta se abrió. Olegario apenas tuvo tiempo de tirarse a un lado. Sabía lo que podía venir a continuación.

***

Galán entró el primero en la vivienda, arma en ristre. Ramos lo hizo inmediatamente después y el tercer agente también. El cuarto se quedó en la calle, cubriendo la entrada.

Lo primero que vio fue un hombre tendido en el suelo y una pistola a su lado, señal de que aquellos tipos iban armados. Una sombra fugaz se deslizó a un lado, dentro de una habitación. Pero no le dio tiempo a ver más, al fondo, detrás de la puerta de lo que parecía ser una cocina, apareció un hombre que encañonó a los policías y realizó un disparo atronador. Galán intuyó el movimiento y sus reflejos entrenados le llevaron al suelo de un salto. Los dos disparos de respuesta de Ramos, a su espalda, casi le dejan sordo.

–¡Policía! –gritaron Ramos y el tercer agente–. ¡Al suelo! ¡Todo el mundo al suelo!

Galán giró sobre sí mismo y se levantó rápidamente. Sus dos compañeros se habían desplegado a ambos lados del distribuidor de la entrada, y avanzaban hacia la cocina con cautela.

–¡Está rodeado! ¡Tire el arma y salga con las manos en alto!

Los policías escucharon cómo se abría la puerta que daba al patio trasero y las voces de alto de los agentes que esperaban en aquella parte de la casa. El ruido de un objeto metálico al caer en el suelo le indicó a Galán que el peligro había cesado. Se asomó con cuidado a la puerta y vio al sujeto que había disparado con los brazos en alto y al agente Mandillo entrar en la cocina con las esposas preparadas. En el suelo, a un lado, un hombre, posiblemente el rehén, Juan Perdomo, estaba acurrucado en una esquina hecho un ovillo. La pistola del ruso aparecía en el suelo, debajo de la mesa. Ramos entró y cogió el arma y

ayudó a Mandillo a esposar al hombre que se había rendido. Galán se aproximó a Perdomo.

–¿Cuántos hombres quedan en la casa? ¿No eran tres y usted? –le preguntó.

Antes de que respondiera, escuchó un carraspeo a su espalda. Se volvió y vio a Olegario, que arrastraba a un hombre inconsciente por el cuello de la cazadora.

–Aquí está el tercero –dijo, con total naturalidad.

–Qué rollo de cura, con ese tono tan monocorde –dijo Adela en voz baja–. Me estoy durmiendo.

Conchín le hizo un gesto con el índice de significado inequívoco para que se callase. La misa de seis y media de la iglesia de La Concepción, la última del día, estaba cerca de su finalización, y ambas mujeres esperaban que el culto terminase para llevar a cabo su plan. Tras el "podéis ir en paz", las dos se levantaron al mismo tiempo que el resto de la feligresía, que no era muy abundante, pero no se dirigieron a la puerta de salida. Se mantuvieron de pie, a un lado de la capilla de San Antonio, a la derecha del altar, aparentemente examinando los detalles de la estatua de san Antonio de Padua colocada en el retablo principal, pero con un ojo en los oficiantes de la misa. En unos segundos fueron las únicas que quedaron en la iglesia.

–Atentas a cuando el sacristán se meta dentro –dijo Conchín en cuanto el sacerdote desapareció tras la puerta de la sacristía.

El ayudante del cura recogió los accesorios litúrgicos y telas empleados en la eucaristía y se dirigió con ellos al interior de la dependencia.

Las dos mujeres aprovecharon el momento para moverse con celeridad y cruzar la iglesia de este a oeste y recalar en el fondo. Una pequeña puerta daba acceso a la escalera interior que ascendía al balcón del coro. Conchín sacó una llave maestra que le había tomado prestada a su pareja policía y abrió rápidamente la cerradura.

–Adentro –le dijo a Adela, que no se demoró en obedecer.

Conchín entró tras ella y cerró la puerta con suavidad. Ambas permanecieron al pie de la escalera, en la penumbra, escuchando con atención. El silencio que siguió les confirmó que su presencia no había sido detectada.

–¿Tarda mucho el cura en irse? –susurró Adela.

–El cura es el primero en desaparecer. Es el sacristán el que cierra la iglesia.

–¿Y no hay vigilante de noche ni cámaras?

Conchín miró a Adela como si fuera de otro planeta.

–¿Dónde te crees que estás?

Adela se encogió de hombros. La pregunta no le parecía tan impensable.

–Es que, si robaron algo de la iglesia ayer, pues tal vez se les habría ocurrido aumentar la seguridad del templo.

–Si se les ha ocurrido todavía no lo han llevado a cabo. Gracias a

eso estamos aquí, Adela.

–De acuerdo. Estamos aquí para facilitar la entrada del maestro, de modo que pueda realizar la ceremonia de desagravio al completo.

–Exactamente.

Un ruido en la zona del altar les hizo callar de inmediato. Escucharon cómo se cerraba una puerta y se le daba doble vuelta a una cerradura.

–Está cerrando la sacristía –adivinó Conchín en un murmullo.

A continuación, oyeron unos pasos que se dirigían a la puerta que daba a la plaza de La Concepción.

–Ahora está comprobando que la puerta norte está cerrada.

Los pasos se dirigieron al lado contrario. Se detuvieron un momento, como si el sacristán estuviera comprobando que todo quedaba en orden, y luego se escuchó el sonido de una llave en otra cerradura. Tras eso, el templo quedó en completo silencio. Solo quedó en el ambiente el rumor de los viandantes del exterior, amortiguado por los gruesos muros.

Conchín abrió la puerta del estrecho lugar donde se habían escondido y se asomó con cautela al otro lado. Las luces de la iglesia estaban apagadas y la noche había caído en el exterior, pero reinaba una penumbra apenas iluminada por las luces de las farolas de las plazas adyacentes, que cruzaban con timidez las cristaleras de las ventanas altas.

–¿Tenemos que abrir el sagrario? –preguntó Adela, una vez que ambas salieron de su escondite.

–No, de eso se ocupará el maestro. Solo tenemos que dejar la puerta norte abierta, de manera que pueda entrar solo con empujarla.

Conchín se aprestó a cumplir su misión y llegó, seguida de cerca por su amiga, a la enorme puerta que daba al espacio exterior que ocupaba el campanario. En cuanto se puso a examinar la cerradura, se detuvo por completo y cerró los ojos.

–¿Qué te pasa? –se alarmó Adela.

Conchín tardó unos segundos en responder.

–Las presencias. Están más alteradas que nunca. Las siento muy cerca, amenazantes.

Adela en aquel momento no supo si sentía celos de las capacidades sensitivas de su amiga o felicidad por no poder percibirlas y librarse así de pasar un mal rato.

–Pues acaba y vámonos.

Conchín salió de su estupor y con la misma llave maestra logró dar la vuelta a la cerradura, que quedó abierta.

–Salgamos por aquí –dijo, y las dos mujeres salieron al frío del exterior. Fuera, apenas dos peatones que caminaban a paso ligero se percataron de su presencia. Conchín colocó un pañuelo que había

traído ex profeso en el metal de la cerradura y tiró de la puerta hacia afuera. Como esperaba, la madera se quedó en su lugar, con toda la apariencia de estar cerrada.

–Este trabajo está hecho –anunció, con un tono claro de alivio.

–Ahora avisemos al maestro –dijo Adela.

Las dos amigas caminaron por la plaza, alejándose de la puerta y de la torre adyacente. Conchín sacó su móvil y llamó a Perdomo.

–¡Qué raro! No contesta.

–Pues se supone que debía estar atento a la llamada –comentó Adela.

Conchín lo intentó un par de veces más, sin que lograra otra cosa que saltara continuamente el contestador automático.

–Nada, no hay forma –dijo, con algo de alarma y mucho de fastidio.

–Vayamos a su casa. A lo mejor tiene el móvil en silencio. Hay muchos despistados a los que se les olvida quitarlo después de la siesta.

Desde La Concepción hasta la casa de Perdomo en la calle Herradores no había más de cinco minutos, justo lo que tardaron las mujeres en llegar. Adela tocó el timbre de la puerta dos veces. Nada ocurrió. Lo intentó de nuevo con igual resultado. Finalmente golpeó la puerta con los nudillos, a la antigua usanza.

–No hay nadie –se convenció, volviéndose hacia Conchín–. Y ahora, ¿qué hacemos?

78

El coche celular de la Policía Nacional arrancó con los tres rusos en su interior, esposados y bajo una fuerte vigilancia. Solo uno de ellos había precisado de un breve reconocimiento médico por una contusión en la cabeza, producida, según manifestó Olegario, por una caída al suelo en un forcejeo. Galán no tenía motivos para no creer al chófer y aceptó la explicación. Ninguno de los detenidos abrió la boca. Debían de estar adiestrados en no hacer ninguna manifestación hasta que el asunto pasase a disposición judicial.

Galán estaba terminando de hablar con Perdomo, que se había recuperado de la impresión.

–Entonces, ¿no sabe dónde está su padre?

–No lo he visto desde ayer. Según me dijeron esos tipos, lo tenían secuestrado, pero no en esta casa. Y no sé dónde puede estar,

–¿A cuántos presuntos secuestradores vio?

–Solo a estos tres, pero falta al que conducía el coche. No le puedo aclarar lo que decían, hablaban en ruso.

–¿Tiene usted las llaves de la casa de su padre?

–Sí, es la vivienda anexa a la joyería. Él vive al lado.

–Pues conviene que vayamos para allá ahora mismo.

–¿Voy con ustedes?

–Por supuesto que viene con nosotros. Y luego declarará en comisaría.

Galán le indicó a Perdomo el coche al que debía subirse y se le acercó Morales.

–Jefe, ¿qué hago con el cuadro?

El inspector no tuvo que pensar mucho la respuesta.

–Lléváselo al párroco de La Concepción. Él sabrá qué hacer con él.

Morales se marchó a cumplir la orden y Galán se aproximó a Ariosto, que esperaba junto con Olegario en la acera de la calle.

–Luis, la próxima vez, si es que hay próxima vez, me llamará desde el primer momento.

–Prometido –contestó Ariosto–. La verdad es que no esperábamos que este asunto acabara siendo tan peligroso.

–Todavía está libre uno de los secuestradores y no conocemos el paradero del joyero. El hijo nos ha contado que los tres rusos no llegaron a comunicar al cuarto el descubrimiento de que el cuadro no era el auténtico. Pero aun así no estoy tranquilo. Convendría que no perdieran de vista a doña Enriqueta, por si a nuestro sospechoso se le ocurriera acercarse.

–Ya lo había pensado y, desde que nos dé permiso, inspector, nos iremos con ella.

–Pues háganlo ya, que nos vamos también –concluyó Galán, dando por zanjada la conversación.

Ariosto y Olegario se despidieron de los policías y cruzaron el corro de curiosos vecinos que se habían agolpado a ambos lados de la calle desde que se oyeron los disparos. El gentío les abrió paso y los dos hombres pudieron llegar al Opel Corsa mal aparcado delante de la puerta del garaje de una vivienda, más arriba en la calle.

–Sebastián, se ha jugado usted el bigote sin necesidad –le recriminó Ariosto.

–No ha sido nada, señor. Solo ayudé un poco a que la policía tuviera menos dificultades.

–Tenía que haber esperado fuera conmigo. Todo hubiera acabado igual.

Olegario evitó, como siempre, entrar en discusión con su jefe, y le siguió la corriente.

–Seguro que así habría sido, señor.

–No me dé la razón como a los locos.

–Sí, señor, lo que usted diga.

Ariosto dio por imposible a su chófer.

–¿Y qué opina de todo este asunto, Sebastián?

–¿Quiere mi opinión, señor?

–No se haga de rogar, haga el favor. Y sea franco.

–Pues hay varios detalles que no me cuadran. En primer lugar, que alguien deje en depósito, o en préstamo, un cuadro de algún valor durante más de ¿sesenta? ¿Setenta? ¿Ochenta años?, y venga a reclamarlo al cabo del tiempo. Esa historia está poco explicada.

–En eso estoy de acuerdo. Deberíamos tratar de sonsacar algún dato más a Enriqueta.

–Y luego, la historia del secuestrado. ¿Dónde está el joyero Perdomo? El hijo Juan, ha actuado sin tener la más mínima prueba del secuestro. Solo porque no ha tenido noticias de su padre en las últimas veinticuatro horas. Yo no he tenido noticias de mi padre en una semana y no me alarmo por eso.

–Pero tampoco le ha llegado nadie diciéndole que lo han secuestrado.

–Lo hubiera comprobado de alguna manera. De cualquier modo, me extraña que alguien quisiera secuestrar a mi padre, podría ser insufrible para los secuestradores.

–Nunca me ha hablado de sus padres, Sebastián. ¿Viven todavía?

–En La Gomera la gente vive mucho tiempo, señor. Pero esa historia ya se la contaré algún día.

–Pues será la vigésimo octava historia que tiene usted que

contarme. Llevo la cuenta.

Olegario sonrió ante la broma de Ariosto.

–La paciencia es una virtud de sabios, señor.

–La sabiduría se me escapa a manos llenas –repuso Ariosto.

Olegario se sentó al volante y arrancó el motor.

–¿A casa de doña Enriqueta?

–Estamos tardando, Sebastián.

79

La Laguna, junio de 1936

–¿Qué ha ocurrido, agente?

Al médico colaborador de la policía, don Braulio Herrera, lo había levantado de su cama un agente antes del amanecer. Era un asunto de urgencia, le dijo desde la calle. El facultativo se había vestido a toda prisa, tratando de no despertar a su esposa, y tomó el maletín de las visitas a domicilio casi a volapié. El trayecto desde su vivienda en la calle de Los Álamos hasta el hotel Aguere lo hizo a pie, acompañado del guardia.

Su acompañante fue escueto en la respuesta.

–Creo que hay dos personas que necesitan de sus conocimientos.

–¿Dos personas? ¿Están enfermos?

–Deje que el comisario le informe –concluyó el policía, que no soltó más prenda.

El doctor Herrera entró como una exhalación a través de la puerta giratoria del hotel. Dentro se tropezó con media docena de agentes con caras muy largas.

–Arriba –le indicó uno de ellos al reconocerlo.

Un empleado del hotel estaba sentado en una silla, claramente víctima de un sofoco. El médico se aproximó a él.

–Antes arriba, por favor –dijo otro de los guardias interponiéndose en su camino–. Este ya se recupera.

El conserje de noche asintió, por lo que don Braulio optó por seguir las indicaciones y subir las escaleras que le llevaban al piso superior.

Dos policías custodiaban la entrada de dos habitaciones contiguas. El primero se echó a un lado para dejarle pasar. El médico lo hizo sin más preámbulos. Dentro de la habitación reconoció al comisario Pardeza, que caminaba por esta con cuidado de no pisar los objetos que estaban desperdigados por el suelo. A primera vista, Herrera vio una bata roja, dos pares de zapatillas dispersos en varios ángulos, las dos piezas de un pijama, una en el suelo y otra apoyada en el galán de noche, un armario con las puertas abiertas y un hombre tumbado boca arriba en la cama, desnudo. Reconoció al individuo que había estado paseando con monsieur Hess aquellos días por La Laguna, pero no hizo ningún comentario.

–¿Qué ha ocurrido, Pardeza? –preguntó en cuanto se hizo cargo de la situación, acercándose al lecho.

–El empleado nocturno del hotel escuchó un golpe fuerte en esta zona y vino a echar un vistazo. Se encontró las puertas de esta habitación y de la contigua abiertas. Dentro, lo que ve. Este cliente no parece que respire, y la mujer de al lado, tampoco.

–¿También una mujer?

–Quiero que certifique las muertes, doctor –le instó el comisario–, y que aventure la causa, a ver si confirmo mis sospechas.

El doctor llegó a la cama y asió la muñeca del hombre. A continuación, negando con la cabeza, le puso la mano en el pecho. Chasqueando la lengua, sacó de su maletín un estetoscopio y lo colocó en el mismo lugar.

–Este hombre está muerto –afirmó–. Sin duda.

El doctor levantó un párpado y observó la pupila dilatada, sin movimiento ante la luz. Se acercó a la boca semiabierta y trató de oler algo.

–Un leve aroma a alcohol.

Pardeza señaló la botella sobre la mesita de noche.

–¿Puede tener algo que ver? –preguntó.

El médico examinó el líquido de la botella sin tocarla y olió su contenido.

–Es el mismo olor que expide la boca del fallecido. Habría que analizarlos a ambos.

–El muerto es inglés, por lo que, dejando aparte prejuicios, considero que estaba más que entrenado en consumir licores alcohólicos. No creo que haya muerto por un delirium tremens. A esa botella le han echado algo.

–¿Está hablando de veneno?

–Eso tendrá que decidirlo usted o quien sea competente para ello.

–En esta isla no hay laboratorios para hacer un análisis exhaustivo del líquido. Hay que enviar una muestra a Madrid.

–Lo sé, lo sé, y eso haremos. Por de pronto, vaya a la otra habitación y compruebe que la mujer presenta los mismos síntomas.

El doctor tomó su maletín y se apresuró a pasar a la otra pieza. El guardia de la puerta también le dejó paso y se mantuvo en el pasillo.

Don Braulio se encontró solo en la habitación con el cuerpo de una mujer en el suelo. Se arrodilló junto a ella y le practicó las mismas pruebas. También estaba muerta, y de su boca se desprendía el mismo olor que en el caso del otro cliente del hotel. Solo un golpe en la cabeza indicaba algún tipo de violencia, pero estaba seguro de que era fruto de una caída. Ambos cadáveres hacían sospechar una muerte por algo que hubieran ingerido. Algo que había que determinar.

Se levantó y echó un vistazo. Al contrario que el desorden de al

lado, allí todo se encontraba en perfecto estado de revista. Una maleta cerrada esperaba a los pies de la cama y la ropa que la mujer iba a vestir al día siguiente, permanecía perfectamente doblada sobre una silla. Herrera dedujo que la salida del hotel de la mujer era inminente. Sobre la cama descubrió una bolsa de tela con un objeto plano, de cierto tamaño, dentro. Abrió el cierre y miró dentro. Al principio, no reconoció lo que veía. Sacó una tabla de madera del interior y se percató de que se trataba de una pintura antigua, un retrato de un joven con un águila detrás. Era la obra que estaba en la capilla del evangelio de la iglesia de La Concepción, y no había escuchado nada sobre que hubiera desaparecido.

Metió el cuadro en su bolsa y meditó qué hacer. Sabía que Hess había tenido conversaciones con Ginés Padilla, el empleado del obispado que se postulaba para neófito de la sociedad ocultista a la que él también pertenecía. ¿Tendrían algo que ver aquellos muertos con el accidente de Padilla y la misión secreta que le había encomendado Hess?

En cualquiera de los casos, aquello parecía un caso que atañía al grupo “Nivaria Desvelada”, por lo que el cuadro adquiría una relevancia insospechada. Era imposible llevarse la pintura, la policía no le dejaría salir con más objetos que los que llevaba al entrar, pero podía hacer algo. Herrera sacó la madera de la bolsa, comprobó que disponía de una hembrilla para colgar, se acercó a la pared, descolgó un insulso paisaje de un lugar irreconocible, y colocó el san Juan en su lugar. El cuadro retirado acabó dentro de su maletín y don Braulio, satisfecho, salió de la habitación para comunicarle al comisario sus conclusiones, y prometiéndose a sí mismo regresar al hotel en cuanto la policía se hubiera marchado para hacerse con el cuadro. Volvería en un par de horas a lo sumo.

80

Los mismos coches policiales empleados en la detención de los rusos de la casa de Bocatuerta fueron empleados por Galán en la visita al domicilio de Perdomo padre. Como no se trataba de alarmar a todo el vecindario del centro de la ciudad llegando con las sirenas atronando, optaron por ser discretos y descargar a los policías que no conducían, estacionando los coches donde pudieron, delante de salidas de garajes de la calle Ossuna, la trasera de Herradores, con sus conductores al volante.

En total eran siete hombres, más Perdomo hijo, que llegaron a la calle de la vivienda de Perdomo ascendiendo por el callejón Maquila. En un minuto se plantaron en la puerta. La manzana donde estaba enclavada la vivienda era rectangular y de un tamaño considerable. La parte trasera de las casas de la calle Herradores lindaban con sus homólogas de la calle Ossuna. No se podían controlar los muros medianeros sino era a través de los tejados.

–¿Tiene usted llave? –preguntó Galán a Juan Perdomo.

–Sí, claro. Yo trabajo aquí y hay comunicación entre la joyería y la casa de mi padre.

–Pues abra, haga el favor.

El hijo del joyero sacó un llavero y escogió una de las piezas, la metió en la cerradura de la puerta principal y abrió la puerta.

–No tiene doble vuelta –dijo Perdomo–. Es como si hubiera alguien en casa.

–Compruébelo –pidió Galán.

Perdomo entró en el recibidor y dio un par de voces. No hubo respuesta.

–¿Nos da permiso para echar un vistazo? –preguntó el inspector.

–Por supuesto. Investiguen lo que crean oportuno.

Galán hizo una seña a Ramos para que subiera con otro agente al piso superior y él se quedó con los demás en el bajo. Los policías se desperdigaron por la vivienda.

–Despejado –palabra que El inspector escuchó proveniente de todos sus hombres a medida que reconocían la casa.

No había nadie dentro, lo que reforzaba la tesis del secuestro del joyero. Galán revisó personalmente todas las estancias, subiendo al piso alto y bajando de nuevo a la planta de calle. No faltaba ningún objeto personal de la familia ni se habían producido daños en el mobiliario. Salvo la ausencia del propietario de la vivienda, no había nada extraño, aparentemente. Al final, decidió que lo más interesante

de toda la casa era la mesa de trabajo de la sala de estar.

El inspector llamó a Perdomo hijo.

–Hay dos cajones vacíos –indicó, señalándolos–. ¿Sabe qué había en ellos?

El hijo del joyero se asombró al contemplar las gavetas desocupadas.

–La verdad es que no lo sé. Mi padre guardaba documentos y libros de uso cotidiano, pero no le puedo decir de cuáles se trataba. De lo que si estoy seguro es que nunca había visto esos cajones vacíos. Siempre tenía algún papel dentro.

–Entonces han desaparecido el contenido de los mismos y su padre –concluyó el inspector.

En lo que Perdomo asentía, se acercó el subinspector Ramos, llevando un bolso pequeño en la mano.

–Mira lo que hemos encontrado debajo del sofá –le dijo a Galán.

–¿Ese bolso es de su padre? –preguntó el policía al hijo del joyero.

–Nunca lo había visto –respondió con seguridad.

Galán tomó el bolso de manos de Ramos y lo examinó. Era pequeño, casi un estuche, con una correa larga para llevarlo en bandolera. Estaba bastante de moda en la actualidad, y lo llevaban tanto hombres como mujeres, aunque el modelo le pareció más femenino. Abrió la cremallera y echó un vistazo dentro. Le llamó la atención una cartera monedero, lugar donde se suele llevar la documentación personal. La abrió y sacó de su interior el primer documento tamaño carnet que encontró. La foto que aparecía a la izquierda de los datos le resultó excesivamente familiar: una sonriente Sandra Clavijo miraba a la cámara, y a la derecha de la imagen se certificaba que la propietaria estaba facultada para ejercer la profesión de periodista.

–Esto se complica, Ramos –dijo el inspector, enseñándole el carnet–. Hemos venido por un secuestro, y tal vez se trate de dos.

–Hay que joderse –recibió por toda respuesta.

Sandra volvió en sí en un entorno oscuro. Lo primero que sintió fue un fuerte dolor de cabeza, que al cabo de un instante localizó en la sien derecha. Intentó tocarse la cabeza y notó que tenía las manos atadas a la espalda. Se encontraba acostada de medio lado en un fondo duro, áspero y con olor a goma plástica. Esperó un minuto a que sus ojos se acostumbraran a la casi completa oscuridad de aquel lugar estrecho y claustrofóbico. Unos rayos de luz que se colaban por una rendija horizontal le hicieron caer en la cuenta de que se encontraba en el maletero de un coche.

Trató de no ponerse nerviosa y recordó los últimos momentos en la casa de la calle Herradores, cuando el hombre que salió y volvió a la casa la sorprendió y luego la golpeó. ¿Quién podría ser aquel tipo? No había razón para ponerse tan fuera de sí. Y, ¿qué era aquello de que le estaban espiando? ¿Y los manuales en ruso? Parecían piezas de un rompecabezas con telón de fondo de servicios secretos de potencias enemigas. «Muchas series estás viendo», se recriminó Sandra.

Al menos tenía los pies libres, notó al poder moverlos. Se colocó boca arriba y trató de hacer presión con las plantas sobre la parte interna del capó. No logró nada al primer intento. Maldijo a los diseñadores de coches que no preveían la posibilidad de abrir los maleteros desde dentro. Desde luego, a ellos no les habían metido nunca dentro de uno, pero Sandra ya se estaba acostumbrando a todo.

Lanzó un par de patadas hacia la cerradura, pero la falta de espacio provocaba que no tuvieran fuerza. Dado que no podía hacer nada ahí, optó por volverse y empujar con los pies, apoyando la espalda en el chasis, la parte de atrás de los asientos traseros. Sintió que se movían un poco. Tal vez tuviera más suerte ahora. Se encogió todo lo que pudo para asestar el golpe con más fuerza y el asiento cedió unos milímetros hacia adelante. El pequeño éxito la animó a golpear de nuevo, una y otra vez. La espalda de uno de los asientos traseros comenzó a vencerse hacia adelante. Tres patadas propinadas con ambas piernas provocaron que el respaldo cayera y dejara un hueco por el que entró más luz.

Sandra comenzó a reptar por el hueco, pies por delante, en una postura que jamás se había imaginado que tendría que soportar. Poco a poco introdujo las piernas, y usando las manos en lo que podía, fue saliendo a la zona de los asientos traseros. Tras varias contorsiones dolorosas, pudo girarse y sentarse en el asiento que no estaba vencido. Tomó aire, tratando de recuperarse del esfuerzo y miró alrededor. El

coche estaba en un garaje cerrado, con capacidad para dos plazas. Se fijó en el frontal de mandos y comprobó que las llaves no estaban puestas.

Miró a su alrededor: una puerta ancha abatible cerraba la salida al exterior. Se acercó de espaldas al pestillo de la puerta del coche, lo localizó y trató de abrirlo. Lo consiguió a la tercera, no sin esfuerzo. La puerta se abrió y Sandra pudo darse la vuelta para sacar los pies primero. Consiguió ponerse de pie, lo que consideró todo un triunfo. Todavía tenía las manos atadas a la espalda con una brida de plástico que estaba lastimándole las muñecas. Necesitaba algo que pudiera cortarla.

Recorrió el garaje en busca de alguna herramienta que le pudiera servir. En el extremo posterior a la puerta había una mesa de trabajo con un torno fijo. Las esquinas del torno finalizaban en unas puntas metálicas muy resistentes. A falta de otra cosa, Sandra comenzó a frotar la brida contra el acero reforzado del torno. Pasó un minuto y no notaba progresos. No podía ver el estado de la atadura, pero siguió en su empeño. Se detuvo tras un largo intento y palpó con los pulgares el plástico. Parecía desgastado en un lugar. Más animada, volvió al trabajo hasta que, inesperadamente, la presión sobre sus muñecas se liberó y pudo mover los brazos. Un intenso dolor de hombros acompañó a la alegría de verse libre. Hizo algunos movimientos rotatorios con los brazos para desentumecerse y se acercó a la puerta del garaje.

Estudió el engranaje de la cerradura y descubrió poco después cómo podía abrirse desde dentro. Manipuló una palanca y la puerta se abrió. Con una mano impulsó un tirador colgante en la parte superior y la superficie metálica se levantó poco a poco. Sandra se agachó y miró al otro lado. Se encontró con un exterior oscuro que no la invitaba a salir. Sandra lo hizo y se percató de que estaba en la entrada de una casa de campo completamente aislada, en la falda de una montaña, a la que se llegaba por un camino de tierra.

No tenía ni idea de dónde podía encontrarse. No había luna y unas nubes densas ocultaban las estrellas y cualquier horizonte que pudiera reconocer.

El móvil y su bolso habían desaparecido, por lo que comenzó a sentir dudas acerca de su siguiente paso. ¿Huía de aquella casa campo a través hasta donde pudiese llegar? ¿Bajaba por el camino de entrada, con el riesgo de ser descubierta? ¿Se quedaba en la casa o cerca de ella?

Tras pensarlo unos segundos, optó por la segunda de las posibilidades y comenzó a bajar por el camino sin mirar atrás, con todos sus sentidos alerta por lo que podía encontrarse. Esperaba llegar pronto a una carretera donde circulara algún coche. O eso, o la noche


se iba a hacer muy, pero que muy larga.

–¿Qué haces aquí, Conchín? –preguntó el subinspector Ramos, completamente sorprendido de ver a su pareja en la puerta de la casa de Perdomo.

–He venido a ver al joyero –contestó–. Es un antiguo conocido.

–Y mío también –añadió Adela, que acompañaba a su amiga–. Tenemos que hablar con él.

A Ramos no le podía parecer más incongruente ver a aquellas dos mujeres juntas, a las que conocía de ámbitos completamente diferentes, presentarse en la casa del secuestrado en el peor momento posible. El policía pensó lo que iba a decir antes de contestar:

–Me temo que no va a ser posible lo de hablar con el dueño de la casa: ha desaparecido.

–¿Cómo que ha desaparecido? –preguntó Conchín.

Ramos hizo un gesto con ambas manos para que hablase más bajo. La presencia policial en la calle Herradores estaba creando un corrillo de curiosos.

–Vamos dentro y lo explico –invitó.

Las dos mujeres, complacidas de ser objeto de tamaña atención, siguieron al subinspector al interior de la vivienda. Ramos las llevó al salón principal, lejos de oídos indiscretos.

–Tenemos la fundada sospecha de que Pedrín Perdomo ha sido secuestrado.

Adela se llevó la mano a la boca.

–¡Dios mío! ¡Pobre hombre! ¿Por qué? ¿Por quién?

Ramos no pudo evitar demostrar que se encontraba molesto por aquella situación.

–No puedo entrar en detalles. La investigación policial debe ser discreta. El asunto es que hemos echado el guante a algunos de los secuestradores, pero no a todos. Y no hemos dado todavía con la víctima.

–De acuerdo –dijo Conchín–, no nos entrometeremos en tu trabajo, pero necesito que nos ayudes.

Adela se desilusionó con la frase de su amiga. A ella le hubiera encantado entrometerse en la actuación policial, pero se dijo que debía dejar hacer a Conchín, que seguro que tenía algo pensado.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Ramos.

–Veníamos a recoger un cuadernillo que guarda Perdomo en su mesa de trabajo y que nos iba a dar esta tarde –respondió Conchín con aire fingido de inocencia.

–¿Un cuadernillo? –repreguntó el policía, extrañado–. ¿Qué tipo de cuadernillo?

–Perdomo es miembro de nuestro grupo, ya sabes, el de los fantasmas y esas cosas.

Ramos asintió. No es que le entusiasmaran los hobbies de su pareja, pero ya venían con ella cuando la conoció.

–Pues necesitamos consultar unas notas que tenía Perdomo en ese cuaderno para una reunión que tenemos esta noche. Yo sé dónde está, he venido antes a esta casa. Si es necesario, mañana lo devolveremos.

Ramos sopesó la petición. Se veía presionado por la inocente solicitud de su pareja y el deber de custodia policial del lugar del delito y de su contenido. Tras unos instantes de duda, consideró que la ausencia temporal de un cuaderno no interferiría en la investigación.

–De acuerdo, pero me lo devuelves esta noche, en casa.

Conchín se aproximó a Ramos y le estampó un beso en la mejilla. Adela se dispuso a hacer lo propio, pero el policía dio un paso atrás.

–Señoras, repórtense, que tengo una reputación de tipo duro que mantener –dijo Ramos, apabullado.

Acompañadas del policía, las mujeres entraron en el saloncito de la televisión y Conchín se dirigió directamente a la mesa de trabajo. Abrió uno de los cajones del lado izquierdo y encontró el cuaderno a la primera.

–¡Aquí está! –dijo, abriéndolo y comprobando que era el que buscaba.

Ramos echó un vistazo al cuaderno y comprobó que solo contenía notas y dibujos de diagramas, algo insustancial para el asunto secuestro.

–Ya lo sabes, esta noche me lo das –le advirtió a Conchín.

Las mujeres se despidieron del policía y salieron a la calle, caminando con disimulo. En cuanto doblaron la esquina de la calle Antonio Zerolo, Adela se acercó a Conchín.

–¿Has comprobado que esté bien descrita la ceremonia?

Conchín pasó las páginas a toda velocidad hasta que llegó a la que buscaba. La leyó mentalmente durante unos segundos y respondió a su amiga.

–Sí, aquí está todo. Cada paso que hay que dar y los materiales que necesitamos para ejecutarla.

–¿Y estás dispuesta a hacerlo, Conchín?

La mujer no dudó ni un segundo.

–Si nuestro maestro no está, la segunda al mando tiene que hacerlo. Y tú me vas a ayudar.

Adela se admiró de la determinación de su amiga.

–¿No estamos un poco locas?

–Por completo, Adela. Por completo.

Enriqueta Cambreleng había permanecido absorta en un programa de televisión sobre adivinar palabras cuando aparecieron por su puerta su sobrino Luis y su chófer, Olegario, o Sebastián, que era lo mismo.

–Entonces, ¿habéis conseguido que detengan a unos hombres que supuestamente habían secuestrado al joyero Perdomo, pero no sabéis nada del secuestrado? –les preguntó, algo confusa.

–Más o menos es así –respondió Ariosto–. La policía está de acuerdo en que tienen mucho que ver con la desaparición de Perdomo y con la amenaza que sufriste, pero piensan que todavía queda alguno suelto.

–¡Ay, Dios! Esto es el cuento de nunca acabar.

–No se preocupe, señora –intervino Olegario–, El inspector Galán es un tipo muy eficiente y seguro que en veinticuatro horas dará con los culpables.

–Eso espero. La verdad es que nunca pensé que esa caja en el trastero, que era como parte de la casa, fuera a darme estos quebraderos de cabeza.

–De la caja queríamos preguntarte, Enriqueta –dijo Ariosto.

La señora se extrañó del comentario.

–Ya he dicho cuanto sabía –respondió.

–Empecemos de nuevo, por favor.

–Necesitaré una infusión –advirtió la mujer.

Ambos hombres comprendían que el protocolo tranquilizador pasaba por consumir un brebaje de los que hacía Enriqueta, así que asintieron, como si ya lo hubiesen estado esperando. La señora se dirigió a la cocina, seguida por su cohorte personal, y se puso de inmediato a calentar agua. Ariosto y Olegario se sentaron a la mesa.

–Este tema del cuadro viene de mucho antes de que yo conociera a mi difunto Epifanio –comenzó a explicar cuando ella quiso–. Cuando visité esta casa por primera vez, el lugar donde vivían sus padres, don Braulio y doña Constanza, que en Gloria estén, ya estaba el cuadro en el trastero. Lo sé de buena tinta porque una tarde me llevó Epifanio arriba a enseñarme algunas cosas curiosas. Cosas que no se pueden relatar aquí. Hay que entenderlo, éramos jóvenes.

–Entendido –dijo Ariosto con rapidez para que prosiguiera.

–Le pregunté a mi futuro esposo por esa caja que estaba arrinconada y me comentó que era la tabla del maestro. No sé a qué maestro se refería, solo me dijo eso.

–Algo más nos contó de la causa de la presencia del cuadro en la

casa –objetó Olegario, tratando de sacar más información de la señora.

–¡Ah! ¡Es verdad! Por lo que me comentó mi marido, el cuadro lo habían dejado en depósito hasta que su dueño viniera a buscarlo.

–¿Recuerda algún detalle de quién era el propietario?

La mujer tomó el primer sorbo de su infusión y aprobó la temperatura y sabor. Las tazas de Ariosto y de Olegario se mantuvieron sobre la mesa, sin tocar de momento.

–Dejadme pensar. Recuerdo que Epifanio se refería a él como el maestro.

–¿Podría ser un maestro de ajedrez? –preguntó Olegario.

–Pues no lo sé. La palabra maestro admite varios significados.

–En 1936, un maestro francés, Grummel, estuvo en Tenerife, pero no sé si tiene algo que ver con el cuadro.

–Ni yo tampoco –repuso la mujer–. Y no he oído hablar de ese Grummel. Para nombres extranjeros, me acuerdo que don Braulio comentó algo de un antiguo conocido llamado Hess, que había desaparecido durante la guerra, pero nada más.

–Pues no me suena de nada ese apellido, Hess, referido a Tenerife –comentó Ariosto–. Pero anotaré los dos nombres, por si acaso. Enriqueta, ¿recuerda que don Braulio se refiriera en algún momento a la aparición de dos cadáveres de extranjeros en La Laguna en ese fatídico año de 1936, envenenados por vodka?

–¿Te refieres al misterio del hotel Aguere?

La pregunta sobresaltó a Ariosto.

–¿Se le llamó así?

–Fue todo un clásico de casos sin resolver por la policía. Sí, mi suegro lo comentó en una ocasión. Dijo que tenía pinta de que un tercero los había envenenado a ambos, pero no dijo nada de vodka, sino de un licor incoloro.

–O sea, vodka, querida tía, solo que en aquel tiempo era desconocido en esta isla.

–Sea con lo que fuera, no se supo cuál había sido el veneno ni el culpable. Don Braulio tenía sus sospechas sobre un narcótico que en grandes dosis puede provocar la muerte.

–¿Y qué pinta don Braulio tratando de resolver ese caso? –preguntó Olegario.

Enriqueta se sorprendió de la pregunta.

–¡Ah! ¿No lo sabes? Mi suegro era el médico al que llamaba la policía cuando necesitaba colaboración facultativa. Fue el que redactó el acta de defunción de ambos finados. Estuvo allí mismo, por eso decía lo que decía con todo fundamento. Y me acuerdo que dijo también que había descubierto el famoso cuadro del evangelista en la habitación de la mujer.

–¿Cómo dices? –preguntó Ariosto.

–Pues lo que has oído. El cuadro estaba en el cuarto de la inglesa.

–Pero, ¿no se volvió a colocar en la iglesia?

–Tal vez lo colocaran después. No tengo ni idea.

–¿Y no sabes más, Enriqueta?

–No, lo siento. No abuses de mi memoria, que ya no tengo cabeza para tanto recuerdo.

A las diez de la noche cerraron el edificio del Liceo Taoro de La Orotava. Los últimos en salir fueron el conserje y los camareros de la cafetería. Se despidieron en la puerta lateral que daba a la callejuela que lindaba con el Jardín Victoria, y el conserje esperó a pie firme unos minutos. Dentro del plazo usual para ello, llegó el vigilante de seguridad que haría la ronda de noche.

–Buenas noches, Arsenio –dijo el vigilante, un hombre alto y de prominente barriga y expresión bonachona.

–Buenas noches, Alpidio –respondió el conserje, todavía ataviado con su uniforme azul. Arsenio era de los que no utilizaba el vestuario del personal, prefería cambiarse en su casa–. ¿La familia bien?

–Todos bien, gracias –En La Orotava la mayoría de vecinos se conocía–. ¿Y usted?

–Tirando, como siempre.

–¿Algo que tener en cuenta?

–Todo tranquilo, Alpidio. Será una noche tranquila.

–Como todas –dijo el vigilante antes de despedirse.

Alpidio Cabrera era de La Perdoma, un barrio sito en la ladera alta del valle, aunque llevaba toda la vida viviendo en la Villa. Era muy conocido entre el vecindario, más por su faceta de luchador y luego mandador de Lucha canaria que por su trabajo de vigilante, que provocaba que no estuviera disponible para nadie por las mañanas, pero sí por las tardes.

El vigilante cerró la puerta lateral del edificio tras él y se dirigió a la entrada principal con su bolsa de trabajo, que contenía un termo de café con leche caliente y un par de bocadillos para pasar la noche a gusto, sin pasar hambre.

La tranquilidad era la nota predominante en el Liceo. Llevaba ocho años haciendo la vigilancia nocturna y en apenas dos ocasiones se había enturbiado la paz del lugar: unos jóvenes con más alcohol de la cuenta se habían puesto a cantar en el soportal de la entrada principal y en otra ocasión una pareja había tratado de aprovechar el silencio de los jardines para tener demasiada intimidad. En ambos casos, la sola presencia de Alpidio, sin necesidad de llamar a la policía, bastó para que cada situación volviera a su cauce. Como todo era siempre tan tranquilo, Alpidio se echaba una cabezadita en los sofás del salón elegante de una a seis sin que nadie se enterara, y luego solo restaba que llegaran el amanecer y los empleados del bar, en ese orden, que acudían antes que los conserjes, siempre más perezosos.

El vigilante dio la vuelta acostumbrada por todo el recinto, incluyendo pistas de tenis y piscina, sin notar nada especial en el entorno. Satisfecho, se dispuso a pasar un rato en compañía de una revistilla de crucigramas y sudokus facilones, cuando escuchó que alguien tocaba en la puerta principal. Extrañado, miró su reloj: las diez y media pasadas. ¿Es que acaso no era noticia sabida que el Liceo cerraba a las diez? Con el impulso de la irritación se dirigió a la entrada, molesto, dispuesto a echar una bronca al incauto que se había atrevido a turbar su paz laboral.

Abrió la puerta, pero sus furibundas intenciones pasaron a un segundo plano. Al otro lado del marco se encontró una mujer atractiva de unos cuarenta y pico embutida en un vestido negro corto y ajustado que acentuaba sus curvas y sonriente, pero no demasiado. Alpidio se fijó en todos esos detalles en un segundo y los aprobó.

–Perdón, ya sé que está cerrado –dijo la mujer en un tono de súplica implorante desde unos labios pintados de rojo pasión y mirándolo con un pestañeo coqueto que lo derritió al instante.

–¿Deseaba algo? –acertó a decir el vigilante, aunque se trabucó al final.

–¡Ay! Si le dijera lo que deseo..., pero no puedo –respondió en teatral pose de modestia.

–¿No puede? –preguntó Alpidio intrigadísimo– ¿Por qué no puede?

–Una es muy decente –dijo entornando los ojos y mirando al suelo.

La simpatía del primer vistazo se estaba convirtiendo en flechazo, sintió Alpidio. ¡Encima era decente! Pero su diablillo interior se quejó de tanta decencia.

–Lo entiendo –dijo el vigilante, aparentemente comprensivo, pero aun intrigado–. ¿Y qué le trae por aquí?

–Un sueño.

El ego de Alpidio se salió de la estratosfera y se puso a orbitar. ¿Aquel bombón había soñado con él?

–¿Qué sueño? –preguntó el vigilante.

–Un sueño terrible –dijo, con enorme pesar.

«La cosa iba demasiado bien» se dijo Alpidio, que notó que se interrumpían las notas de un vals imaginario que habían comenzado a sonar en su cabeza.

–¡Vaya! ¿Por qué tan terrible?

La mujer abrió los ojos con cierta alarma en su expresión.

–Soñé que algo malo le iba a ocurrir al señor vigilante del Liceo esta noche.

Alpidio abrió los ojos de la sorpresa, no sin cierto atisbo de temor.

–¿Algo malo? –preguntó y tragó saliva.

–Sí, horrible, aunque no debería ser tan melodramática.

El vigilante comenzaba a sentirse algo mal. En el fondo, era

hipocondríaco, y eso le mataba. O casi.

–Puede ser todo lo melodramática que quiera, pero dígame algo más.

–No puedo entrar en detalles, pero para quedarme tranquila, tengo que leerle la mano.

Otra alarma se activó en la imaginación del vigilante. ¿También leía las manos? Mira que él era muy aprensivo. Bastaba que alguien le dijera que le iba a pasar algo, y pasaba, sin que pudiera existir otra posibilidad.

–Pues ya no es solo para que se quede usted tranquila, sino yo también. Aquí las tiene.

El vigilante expuso las palmas de ambas manos con inusitado fervor.

–Solo la izquierda, señor…

–Alpidio Cabrera, para servirle a usted y a Dios.

–Emelina me llamo, encantada.

El vigilante asintió con una leve sonrisa y movió la mano izquierda, exponiéndola con toda claridad.

–Con permiso –dijo Emelina, tomando con delicadeza la mano del empleado de seguridad. El contacto físico hizo que Alpidio sintiera una corriente eléctrica que le recorría todo el cuerpo.

Emelina examinó con detenimiento las rayas de la superficie de la mano.

–Hay qué ver qué larga tiene la raya de la vida. Va a vivir mucho.

Alpidio suspiró aliviado. Al menos, no iba a morir esa noche.

–Y la raya del corazón está profundamente marcada. Es usted un don Juan, Alpidio.

El vigilante no se atrevió a discutir a la mujer, pero la verdad es que no se comía un rosco desde hacía años. Tal vez lo de don Juan fuera en el futuro.

–Y la de la inteligencia es larga y recta, sin fisuras.

Alpidio en eso estuvo de acuerdo. Era muy listo, le faltaban algunos estudios, pero no eran imprescindibles para su día a día. Total, cualquier cosa hoy día se podía buscar en Internet.

–Pues no sabe lo tranquila que me quedo, Alpidio. Mis temores nocturnos eran infundados.

El vigilante también se sintió aligerado del peso que le había caído encima.

–Pues le agradezco mucho que me haya quitado esta preocupación. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Quiere un café?

Emelina miró la hora, llevaba unos cuantos minutos departiendo con el vigilante. Los suficientes.

–¿A esta hora? ¿De noche y dentro del Liceo, donde no hay nadie? ¡Lo siento, señor, pero usted se ha equivocado conmigo! ¡Que soy muy

decente!

Y sin mediar más palabra, Emelina se dio la vuelta y se dirigió a la salida, muy digna, dejando a Alpidio navegando en un mar de dudas y confusión.

–Pero, ¿qué le he dicho yo? –dijo, más para sí que para la mujer.

85

Emelina había utilizado veinte minutos antes el estuche de ganzúas de Olegario para abrir la puerta lateral de acceso del Liceo, lo que hizo en un santiamén. Era una cerradura normalita que no se resistió a la llave maestra de cerrajero profesional que su pareja atesoraba como oro en paño. Desde que la puerta estuvo abierta, Emelina indicó el camino a Marta, y ella, por su parte, bajó sola por el paseo hasta llegar a la puerta principal con la misión de tener ocupado al vigilante de seguridad.

Marta vio marchar a su amiga, entró en el edificio y se dispuso a realizar su cometido lo más rápido posible. Se acordaba perfectamente de su visita anterior de que no era necesario subir al piso superior por la espléndida escalera central, sino que había otra lateral, a la mitad del pasillo que se abría a su derecha tras cruzar las primeras estancias.

Los escalones fueron quedando atrás sin problema y se vio en la primera planta. Salió al corredor que daba al patio central y miró a un lado: allí seguía estando el piano Ortiz y Cussó que era el objeto de su intrusión allí. Se acercó al instrumento y comprobó que estaba tal cual lo había dejado el día anterior. En esta ocasión, venía mejor preparada. Dejó su mochila en el suelo y de ella sacó un par de destornilladores especiales con los que pretendía desmontar el piano.

Vestida con ropa deportiva negra, más un gorro oscuro de invierno que le daba más calor que otra cosa, Marta se enfrentó al piano. Según las instrucciones que le dio don Roque, el piano no se desmontaba por su parte posterior, sino por delante. Debía comenzar por la tapa superior y lo hizo de igual manera, dejándola levantada. Se asomó al interior y localizó las grapas de madera que cerraban la pared frontal del instrumento. Giró media vuelta cada una y liberó los cierres. Sacó el frontal con cuidado hacia arriba y lo separó del resto del mueble. Luego quitó los tornillos que sujetaban la tapa de las teclas y la extrajo también, dejándola en el suelo, al lado del frontal.

Ante sus ojos aparecieron las teclas y una serie de piezas alineadas en vertical que se extendían de un lado al otro del instrumento. Marta nunca había contemplado un piano tan de cerca, por lo que le llamaron mucho la atención sus entrañas frontales, con sus teclas, básculas, macillos y apagadores, que cada pieza tenía su nombre, todas formando parte del complejo mecanismo.

A continuación, sacó la barra que existía entre las teclas y la máquina y luego los cierres que la mantenían ensamblada al chasis, que también salió hacia arriba con más facilidad de lo que había

pensado. Los constructores de pianos tenían previsto que cada cierto tiempo se pudieran desmontar, por lo que la técnica, una vez aprendida, era fácil.

Marta examinó la parte baja del piano, sin encontrar ningún objeto dentro ni detectar ningún falso bajo en la estructura. Era un piano normal, sin añadidos. Don Roque le había advertido que si a estas alturas del despiece no había encontrado nada, existían dos lugares donde podían estar escondidos los papeles. El primero, debajo del teclado: las teclas estaban apoyadas en unos cuarterones de madera cuadrados con espacios interiores. Ahí fue donde miró Marta tras sacar el conjunto de teclas, que se separó de la estructura en una sola pieza. No encontró nada.

Suspiró y sintió que se le estaba acabando el tiempo y los lugares donde mirar. El segundo y último posible escondite se encontraba en la base del piano, en la estructura de la pieza frontal inferior, debajo del teclado, donde se insertan los pedales. La extrajo y le dio la vuelta. También tenía huecos entre cuarterones que no se podían ver sin el piano desarmado.

Y entonces lo vio.

Un sobre de papel grueso atado con cordeles en sus cuatro lados en uno de los huecos. Y en el hueco de al lado, otro más pequeño, de diferente color.

–¡Vaya! –dijo Marta en voz muy baja–. ¡Esto no me lo esperaba!

Notó la vibración en su móvil, que tenía en silencio. Lo sacó del bolsillo y lo miró. Era Emelina, que ya estaba terminando con el vigilante. Marta supo que no tenía tiempo de abrir los sobres. Los sacó de su escondrijo y los metió en la mochila. A continuación, lo más rápido que pudo, procedió a montar las piezas del piano en sentido inverso. El teclado, la máquina y las tapas frontales fueron volviendo a su lugar hasta que, por fin, terminó. Se le quedaron fuera cuatro tornillos que no recordaba dónde iban, por lo que se los guardó en el bolsillo y colocó el mueble en el lugar donde estaba.

Tras echar un vistazo, quedó más o menos satisfecha y se encaminó a la escalera. Bajó los dos tramos y se asomó al pasillo. Escuchó la puerta de la entrada principal que se cerraba a cierta distancia, señal de que Emelina había terminado su trabajo. Corrió los diez pasos que la separaban de la pieza que conectaba con la calle por el lateral y luego los otros diez que distaban de la puerta exterior. La abrió con cuidado y salió fuera. Le fue imposible cerrarla sin darle un leve golpe, que le pareció que retumbaba en todo el edificio. Consciente de que había llamado la atención, se aupó a la valla que separaba el recinto del Liceo del Jardín Victoria y con un movimiento ágil, llegó a lo alto y saltó al otro lado.

Un instante después, se abrió la puerta que acababa de cerrar y

apareció por ella el vigilante, escamado por los ruidos. Localizó rápidamente a Marta al otro lado de la verja, ya repuesta y en pie, que le saludó con una franca sonrisa y un gesto de la mano.

Buenas noches, señor –le dijo con total inocencia y, sin más ceremonia, se marchó caminando con resolución por los jardines en dirección al centro de la ciudad, con el corazón latiendo desbocado.

86

La Laguna, junio de 1936

–El cuadro sigue sin aparecer –le comentó don Néstor a Pierre Hess.

–No me lo explico –respondió el francés–. Lo tenía Conrad en su poder. Lo examinó una persona en Santa Cruz y confirmó que era lo que él estaba buscando.

Ambos hombres hablaban en voz baja en la sacristía de la catedral. La misa había terminado quince minutos antes y, en cuanto los pocos fieles que habían asistido a la celebración de las doce salieron del templo, don Néstor lo cerró, dejando solamente dentro a Hess, con quien se iba a entrevistar.

–Esa historia que me ha contado de agentes secretos alemanes es casi increíble, Hess. Se está metiendo usted en un buen lío.

–Lo sé, y estoy preocupado.

–No me extraña, todo el mundo en La Laguna le vio a usted en compañía de Conrad. Y luego aparece el inglés muerto en su cama, desnudo, al lado de la escritora esa, también fallecida, hallada en deshabillé. Y ambos envenenados, por lo que parece. Es un asunto que huele mal.

–La policía tiene pocas pistas. Ya me han interrogado dos veces y todavía no saben nada del robo del cuadro. Por eso no lo pueden relacionar con la doble muerte del hotel Aguere.

–No, no se sabe todavía, pero puede llegar a saberse. Ya he tomado una decisión respecto a eso para solucionarlo, que prefiero que permanezca en secreto.

Hess se había puesto en el lugar del diácono y había llegado a la conclusión de que la única manera de que no se notase la falta de la pintura era colocando otra en su lugar. Algún pintor a sueldo debía de estar haciendo una copia. El diácono tenía recursos para eso, sin duda.

–Don Néstor, solo hay dos personas que conocen la desaparición del cuadro: Ginés Padilla y yo. Ya sabe que esta misma tarde voy a embarcarme en el Ciudad de Málaga, rumbo a Cádiz. Creo que es mejor que desaparezca durante un tiempo de esta isla.

– Respecto a Ginés, yo me ocuparé de él –dijo don Néstor, y Hess sintió que la frase llevaba una amenaza implícita–. Y en cuanto a su decisión, creo que es correcta, Hess. La mejor manera de enterrar este asunto es que la policía deje de verle. Estoy seguro de que sospechan de usted.

–Yo también lo creo, por eso me voy a tomar unas vacaciones extensas. Este verano pienso hacer un largo viaje por la península.

–Tenga cuidado, las cosas están revueltas.

–Tengo mis contactos, no se preocupe.

–De acuerdo, espero tardar en verlo por aquí –el diácono encendió un cigarrillo; lo hacía cuando no había nadie en la iglesia–. Pero permítame una pregunta antes de que se vaya. ¿Qué sabe usted de ese tal Perkins? Se le vio en compañía de miss Marple, la escritora envenenada.

–Es un tipo raro. Se le vincula con una logia masónica de La Orotava, pero de vez en cuando se le han escapado comentarios muy de izquierdas.

–¿Hasta qué punto tenía conexión con esa mujer?

Hess pensó unos instantes la respuesta.

–No creo que hubiera ningún flirteo entre ambos. Perkins tiene familia, pero algo tenían en común, aparte de la nacionalidad británica.

–¿Es posible que la escritora y Perkins hayan sido comunistas?

La pregunta tomó por sorpresa a Hess. No había pensado en esa posibilidad, pero la mente calenturienta del diácono sí lo había hecho.

–No lo sé, es posible, aunque no tengo ninguna prueba al respecto.

Don Néstor llevaba días dándole vueltas a quién pudo ser el desconocido enmascarado que le hizo las fotos, compinchado con Eleanor, y todas sus sospechas se centraban en Perkins.

–Es un tema que investigaré con discreción –el religioso se levantó y le ofreció la mano a Hess–. Le deseo buen viaje, señor Hess.

El francés se despidió del diácono y salió de la catedral, no sin antes mirar a su espalda un par de veces. No se fiaba un pelo del cura, y sentía que si estuviera en la piel de Ginés Padilla estaría muy inquieto.

En la calle le esperaba don Braulio Herrera, el médico, su hombre de confianza en la sociedad secreta. Le había pedido que le acompañara a la catedral, pero que se quedara fuera por si tardaba demasiado en salir y era necesario rescatarlo. Era una cautela no demasiado descabellada, imaginando cómo se las gastaba el diácono.

–¿Todo bien? –le preguntó el médico.

–Todo bien. No tiene la más mínima pista de dónde está el cuadro.

–Mejor así.

–Braulio, ¿me hará el favor que le he pedido?

–No se preocupe, Pierre. Guardaré la pintura con mucha discreción en mi casa hasta que usted vuelva,

–Si es realmente importante, volveré a buscarla pronto; no obstante, tengo que asegurarme.

–No sé muy bien qué me está diciendo, pero no se apure, que

quedará a buen recaudo el tiempo que sea necesario.

–Se lo agradezco mucho, Braulio. Es usted un buen amigo.

–Váyase tranquilo y vuelva cuando lo considere oportuno. Aquí será bien recibido. Lo único malo es que nos quedamos sin guía espiritual en el grupo.

–Es usted muy amable. Espero no tardar demasiado.

–Seguro que será cuestión de un par de meses, maestro –vaticinó el médico.

87

Conchín empujó con suavidad la puerta norte de la iglesia de La Concepción. Pasaban las doce y media de la noche y sabía que cualquiera que las sorprendiera a ella y a Adela entrando en el templo de modo tan sospechoso podría crearles un grave problema. Pero no, no había nadie en la calle ni en las ventanas adyacentes. Adela miró casi sin querer las ventanas de la vivienda de su hermana Enriqueta, que vivía ajena a lo que se disponía a hacer. «Mejor, que duerma tranquila, sin ningún sobresalto. No sabe lo que es gozar de esa paz en la que vive», se dijo.

La puerta, tras una leve resistencia, se abrió hacia adentro y la tela colocada por Conchín horas antes cayó al suelo. Adela la recogió sobre la marcha y ambas entraron en el recinto. Conchín llevaba consigo dos recipientes que pesaban unos cinco litros o kilos cada uno, pues en uno llevaba agua y en el otro cal en polvo. Adela había protestado porque Conchín no le había permitido cargar peso, pero de nada le habían valido sus quejas. Al menos, portaba un saquito con unas herramientas de albañil, un cubo de plástico vacío y el bolso de su amiga.

Las dos mujeres cerraron la puerta detrás de sí y caminaron por la nave del evangelio hasta llegar a la central. La luz atemperada de las farolas de la calle les permitía moverse sin necesidad de usar linternas. Giraron a la izquierda y se dirigieron resueltas hacia el altar. Conchín dejó los recipientes en el suelo y ambas subieron con decisión los cinco escalones del presbiterio. Rodearon la mesa de piedra y llegaron en unos segundos al sagrario, una pieza de plata repujada con motivos florales colocada sobre un pedestal estrecho adornado con manteles bordados. Conchín se giró hacia Adela:

–Las llaves maestras –pidió, como si de un cirujano solicitando el bisturí se tratase.

Adela buscó dentro del bolso, dio con un estuche negro y se lo entregó de una manera deliberadamente lenta, casi ceremoniosa, a Conchín.

–No te andes con tanta pomposidad –le dijo su amiga–, que todavía no hemos empezado.

Conchín se volvió hacia el sagrario y estudió la pequeña cerradura. Se decidió por una de las herramientas más finas, la sacó del estuche y comenzó a hurgar con ella en el cierre. La resistencia a abrirse se tornó débil y la puerta del sagrario se separó de su encaje con un ligero clic. Conchín extrajo la llave maestra y terminó de abrir la

puertita de la custodia. Dentro, debajo de una servilleta blanca cuidadosamente doblada, se encontraba el cáliz que se usaba generalmente en las misas de la parroquia. La mujer quitó la tela y sacó el objeto metálico, cuyo dorado refulgía a pesar de la falta de luz directa.

–Ave María Purísima –dijo Adela en voz baja, desviando los ojos al suelo y persignándose.

Conchín pasó por alto los escrúpulos de su amiga y caminó a su lado con la copa en la mano.

–Vamos –le dijo–, tenemos que hacer la mezcla.

Las dos mujeres cogieron los recipientes y se dirigieron al otro lado de la iglesia, a la entrada del baptisterio, a donde llegaron en apenas un minuto. Conchín dejó el cáliz encima del borde de la pila verde de bautismo, la antigua, la que no se usaba.

–Echa un poco de agua en el cubo –le pidió a Adela.

La señora obedeció de inmediato y levantar la botella de cinco litros no le supuso demasiado esfuerzo. Llenó medio cubo y se detuvo.

–Así está bien –indicó Conchín–. Ahora la cal.

Adela cambió de recipiente y volcó sobre el líquido una cantidad similar de cal en polvo.

–¿Por qué la cal y no pintura? –preguntó a su amiga.

–"Y los pueblos serán como cal quemada; como espinos cortados serán quemados con fuego", Isaías, capítulo 33, versículo12.

Adela miró a su amiga con expresión confusa. Se había quedado igual.

–¿Y?

Conchín hizo un mohín de desespero ante la incomprensión del mensaje divino por parte de su amiga, y trató de explicarlo.

–La cal significa lo efímero de la carne; significa asimismo la pureza frente a la putrefacción –contestó como si esperase la pregunta–. Y, además, en el siglo XV y en los inmediatamente siguientes no existía la pintura, así que lo haremos con cal.

Adela asintió sin entender mucho, pero dando por buena la segunda explicación.

–¿Tengo que hacer la mezcla de alguna forma especial? –preguntó, volviendo al mundo terrenal.

–Que quede bien pastosa –indicó su amiga–. Voy a abrir la puerta de la escalera del campanario.

Conchín subió los cuatro escalones que llevaban a la puerta que comunicaba el baptisterio con la subida a la torre.

–Las siento –anunció.

Adela removía la cal con el agua, pero desvió su mirada a Conchín.

–¿Las presencias? –preguntó con prevención.

–Sí, están muy alteradas.

–Ave María Purísima –recitó de inmediato y volvió a persignarse.

Conchín estudió la cerradura y eligió la ganzúa correcta. La introdujo en el ojo y giró el mecanismo, que se venció a la primera. Satisfecha, tomó el pomo de la puerta y lo giró. Pero la puerta no se abrió.

–¡Vaya! ¡No se abre!

Adela volvió a detenerse en el continuo girar de la paleta en la mezcla.

–¿No se abre?

Conchín trató de empujar con más fuerza, pero la puerta permanecía firme. Tras intentarlo tres veces, desistió.

–Me temo que está atrancada por dentro con un hierro horizontal. Es imposible abrirla desde aquí.

Adela se irguió, dejando de lado su trabajo.

–Y ahora, ¿qué hacemos?

Conchín trató de pensar con rapidez. Una posibilidad que se le planteaba era la de salir al exterior y abrir las puertas de acceso al público de la torre. Hizo memoria de una visita anterior y recordó que, como mínimo, tendría que vencer dos cerraduras muy visibles desde la calle, tal vez tres. Tardaría lo suyo, y las probabilidades de que la sorprendieran eran bastante altas.

–Tendremos que posponerlo para mañana, Adela. Hay que preparar el terreno al otro lado de esta puerta.

Adela tragó saliva tratando de eliminar el nudo que se le había formado en la garganta e imaginándose teniendo que volver a pasar por todo aquello la siguiente noche.

–¿Para mañana? –preguntó, casi temblando.

–Sí. Voy a devolver el cáliz al sagrario y saldremos de aquí.

–¿Y qué hago con el cubo, la cal y el agua?

Conchín ya se había puesto en movimiento cuando le lanzó la respuesta.

–Pues mételos en el confesionario, que ya no se usa. La gente cada día tiene menos pecadillos que confesar. Y los inconfesables son eso, inconfesables.

–¿Has encontrado dos sobres?

Emelina no cabía en sí de emoción. Se encontraba con Marta en el coche de esta, un Volkswagen Beettle negro con unos cuantos añitos a sus espaldas, pero siempre original y elegante. Marta había recogido a Emelina en la esquina de la plaza del Ayuntamiento, lugar elegido por si eran seguidas, y había estacionado el coche de manera momentánea en las plazas reservadas a vehículos oficiales delante de la biblioteca municipal.

–¡Dos por uno! –contestó Marta cuando apagó el motor del vehículo.

Emelina aplaudió de emoción.

–¡Ábrelos! ¡Ábrelos! –exclamó, completamente extasiada.

–Necesito unas tijeras o algo para cortar los cordeles –dijo, cogiendo su bolso y buscando dentro.

Emelina fue más rápida y del estuche de Olegario sacó unas tijeras con refuerzo que servían para cortar cualquier cosa y se las tendió a Marta. Cogió del asiento trasero el sobre más voluminoso y cortó las cuerdas. A continuación metió una de las puntas de las tijeras en el doblez del sobre y lo rasgó de un lado a otro. Lo ahuecó y miró dentro.

–¡Unos papeles! –anunció.

–¿Serán los que estás buscando?

–Si no lo son, alguien tan chalado como mi tío abuelo Rufino se tomó muchas molestias para ocultarlos.

–Hay gente para todo. Fíjate que hay otro paquetito.

Marta no se lo pensó dos veces y sacó los papeles del sobre. Eran dos hojas tamaño folio dobladas por la mitad. Las desplegó y, como la luz de la calle era escasa, encendió la bombilla de la cabina del coche. Tampoco la luz era óptima, pero podía ver algo. La primera hoja era una portadilla o encuadernación que protegía la segunda, que estaba escrita a mano.

–Es la letra de Rufino –dijo Marta, reconociéndola.

–Pues ya has salido de dudas. ¿Qué dice?

–Es una carta, fechada en 1935, la época en que mi tío se embarcó para Venezuela.

–Pero, ¿qué dice? –repreguntó Emelina, impaciente.

–Te leo:

Queridos hermanos: si esta carta ha llegado a vuestras manos es que he muerto. Guardad un buen recuerdo de mí y haced una oración

de vez en cuando por mi alma.

–¡Hay qué ver! –dijo Emelina–. Parece el comienzo de una novela.

–Deja que siga –pidió Marta.

Durante este último año he llevado a cabo una investigación surgida a raíz de que llegaron a mis manos unas escrituras antiguas de diversas propiedades que necesitaba para perforar una galería de agua en los alrededores de La Laguna.

Una de esas escrituras era un testamento de un herrero, en el que se relacionaban las deudas y los créditos que el finado tenía al tiempo de su fallecimiento. En la relación de créditos, o sea, el dinero que le faltaba por cobrar, aparecía que don Amaro Rodríguez Felipe le había dejado a deber varios ducados por el trabajo del recubrimiento de los veinte quintales de plata que le hizo, y que no había podido cobrar en el momento de hacer el testamento por estar don Amaro enfermo y doliente para la muerte, y que pedía a sus herederos los cobrasen del susodicho don Amaro o de sus sucesores beneficiarios de su fortuna en caso de que pasase a mejor vida.

–¿Cómo ha dicho? –saltó de nuevo Emelina, que no se podía estar callada–. ¡Nada menos que un quintal de plata! ¿Y cuánto es eso?

–Estamos hablando de cuando murió don Amaro, que fue en 1747. El quintal era una medida de peso. Era equivalente a cuatro arrobas o a cien libras de peso.

Emelina miró a Marta con expresión confusa.

–Me quedo igual –dijo.

–Veinte quintales era una tonelada, que en aquel tiempo eran unos novecientos cincuenta kilos actuales.

La pareja de Olegario abrió los ojos exageradamente.

–¿Novecientos cincuenta kilos de plata? ¿Sabes lo que estás diciendo?

Marta señaló el papel.

–Lo dice la carta, no yo. Pero sí, es esa cantidad.

–Pues si el kilo de plata está a novecientos euros, calcula.

Marta volvió su atención al papel y prosiguió:

La obra del herrero fue encargada por don Amaro y quien se encargó de los trámites de recogida fue don Esteban Ramírez de Fuendetodos, un hombre de confianza, que debía darle el destino deseado por quien la encargó. En una escritura de finiquito de obra entre ambas personas que vi entre los papeles del Archivo Provincial, fechada poco antes de la muerte de don Amaro, se dice qué se hizo con el trabajo del herrero. Y ahí sabréis dónde se encuentra la plata de don Amaro.

–¡Anda! –dijo Emelina–. ¡No dice el sitio! ¡Nos envía a leer otro papel!

–La carta termina con una despedida a sus hermanos. Eso es todo –

concluyó Marta.

–Pues vaya chasco. Yo ya me veía recogiendo la plata en carretillas.

–No te apures, Emelina, que iremos a ver la escritura a que se refería mi tío abuelo. Esto no va a quedar así.

–Pues abre el otro paquetito.

Marta tomó el segundo envoltorio, que fue más fácil de abrir que el anterior. Dentro, envuelto en una tela de fieltro, apareció un carrete fotográfico.

–¿Y eso? –preguntó Emelina–. ¿Rufino era fotógrafo?

Marta la miró con expresión sorprendida.

–Era ingeniero de minas, no fotógrafo. No te puedo otra cosa.

–Lo llevaremos a revelar mañana. Si escondieron el carrete de esa manera es que las fotos tienen algún valor.

–Así debe de ser.

–Bueno –dijo, mirando la hora–, todavía es pronto para volver a casa. ¿Y si nos vamos a tomar una copita por ahí? Conozco un local que está abierto a estas horas.

Marta sonrió.

–Buena idea.

89

La primera luz del amanecer provocó que Sandra descubriera que se encontraba en un lugar perdido del monte, en la vertiente sur de la isla, sobre el valle de Güímar. Aquel paisaje, espléndido en cualquier otra ocasión, debía corresponder a los altos de Arafo, pero muy altos, sin ninguna construcción a la vista.

La noche anterior había tomado la determinación de separarse lo más posible de la casa donde los secuestradores habían aparcado el coche donde la habían retenido, pero tras caminar lo que le pareció una eternidad por una pista forestal oscura que no se acababa nunca, decidió cambiar de estrategia. El creciente frío que atravesaba su chaqueta fue otro argumento en favor de volver a la casa. Si los tipos que la habían atado y metido en el maletero no habían vuelto a la vivienda a aquellas horas, lo harían con la luz del día y no antes. Por ello, decidió volver a la casita de campo y pasar el resto de la noche a cubierto.

La periodista llegó a la casa y comprobó que todo estaba igual que cuando salió de ella. Entró por donde había escapado y fue directamente al garaje. La casa tenía luz eléctrica, por lo que pudo examinar el coche con detenimiento y percatarse de que, sin llaves, no sabía arrancarlo. Tenía que hablar con Olegario para que le enseñase a hacer el puente, no se podía ir por la vida con esa carencia de conocimiento.

Luego, echó un vistazo por la casa. Un salón cocina integrado, un baño y dos dormitorios que no se usaban hacía tiempo. Descubrió con fastidio que no había teléfono, pero sí una despensa con un paquete de galletas, que engulló sin miramientos. Trató de descansar en el sofá del salón, pero no pudo dormir.

Con las luces del alba, decidió salir de la casa y comprobó de nuevo que no existía ninguna carretera en un sinfín de kilómetros a la redonda. Ante la opción de caminar sin rumbo por una pista que no sabía dónde ni cuándo terminaba, prefirió quedarse cerca del único lugar civilizado, a la espera de acontecimientos.

No tuvo que aguardar demasiado. Apenas una hora después del amanecer, escuchó un motor a lo lejos que se acercaba poco a poco. Bien oculta detrás de un tupido matorral de retama, tenía a la vista el camino y la casa. Al cabo de unos minutos, apareció un Renault azul con dos tipos dentro. En cuanto el vehículo se detuvo frente a la construcción, Sandra reconoció de inmediato al hombre que la golpeó en la casa de La Laguna. El otro, que también se bajó del coche, no le

sonaba de nada. Los hombres tenían llave y entraron en la casa.

Sandra se imaginó que en segundos descubrirían su fuga, por lo que tenía que actuar con rapidez. Una vez segura de que los hombres habían desparecido tras la puerta, salió de su escondite y corrió por el bosque en dirección al coche. Si se habían dejado las llaves puestas, tenía la intención de arrancarlo y escapar en él. Pero no, en cuanto llegó a la puerta del conductor, descubrió con desencanto que las llaves no estaban en la cerradura. Sin embargo, el coche estaba abierto. No se le ocurrió otra salida que dirigirse a la parte trasera del coche, abrir el capó del porta maletas y meterse dentro, esta vez voluntariamente, al contrario que la anterior ocasión, en que fue obligada a hacerlo, aunque estuviera inconsciente.

Con cuidado, bajó la tapa del portaequipajes y metió un pañuelo de papel en el engranaje de la cerradura y juntó ambos lados sin que se cerrase por completo, de modo que pudiera abrirla desde dentro en cualquier momento.

Con el corazón latiéndole a mil por hora, esperó en silencio la salida de los hombres de la casa, que no se demoró mucho. Escuchó como el conductor juraba y perjuraba en una lengua extraña y daba una serie de órdenes rápidas al otro hombre. Le pareció oír cómo se abría la puerta del garaje y se encendía el motor del otro coche. Por un momento, temió que ambos secuestradores se largaran en el otro automóvil, pero no, la puerta del chófer del Renault se abrió y sintió el peso del hombre al dejarse caer en el sillón. El motor también arrancó y notó el movimiento de la marcha atrás, una breve maniobra y la aceleración hacia adelante, dando botes por la pista forestal.

Sandra se dispuso a sobrellevar el traqueteo lo mejor posible. Al menos, pensó, tendría una salida. ¿Dónde? Pues donde le llevara el destino.

Se resignó. No había otra.

–No nos podemos quedar de brazos cruzados con la desaparición del maestro, Adela.

Conchín y Adela se encontraban en una de las mesas del fondo de la cafetería Marbella, un rincón donde el tiempo se detenía, y el espacio te transportaba a un café madrileño. Conchín había pedido un café cortado con leche condensada y Adela un rooibos con limón. Les acompañaron unos dulces gomeros, de esos de consistencia de galleta dura. Había tentaciones imposibles de rechazar.

–Hemos tocado en su casa y sigue sin haber nadie –respondió su amiga–. La policía no informa de nada y seguimos teniendo el problema de la ceremonia de desagravio.

–Esta tarde me pasaré por la torre para dejar algunas cerraduras sin cerrar. No nos volverá a pasar lo de anoche. Pero vuelvo al tema del maestro: Ramos me dijo que no hay grandes avances después de las detenciones. Y, además. que la periodista Sandra Clavijo puede tener alguna implicación en el caso.

–Pobre Sandra, siempre se mete en líos.

–¿Qué podemos hacer nosotras? –repreguntó Conchín.

Adela meditó mirando con detenimiento el fondo del vaso de su infusión, como si fuera a proporcionarle las respuestas.

–El maestro tenía varios lugares de retiro –dijo, casi hablando para sí–, siempre en lugares elevados. Una casita en Ravelo Alto, llegando al bosque, y otra en el monte, por la cara sur.

–Sí, en Arafo. ¿Crees que puede estar en alguno de esos lugares? ¿No te parece raro que un secuestrador retenga a su víctima en su propia casa?

Adela alzó y bajó las cejas con los labios apretados.

–Es lo primero que se me ha ocurrido –se disculpó–. Pero, en vez de quedarnos quietas aquí dándole vueltas a la cabeza, podríamos comprobarlo. ¿La policía ha investigado esas casas?

–Ramos no me ha comentado nada al respecto. Pero él es hombre pocas palabras.

–¿Nos acercamos? Creo que me acuerdo del camino.

–Vamos –se convenció Conchín–. Tal vez se nos ocurra algo durante el trayecto.

Las dos mujeres pagaron sus consumiciones y salieron a la calle. De allí al párking de la calle Rodríguez Moure no tardaron más de diez minutos.

Conchín condujo el coche de Ramos hasta la autovía y se metió por

la carretera de La Esperanza después de sufrir las retenciones de la rotonda del padre Anchieta.

–Por la carretera del Teide y luego por el desvío a Arafo se llega antes a la casa del maestro –anunció–. Pero tendremos que parar un momento a poner gasolina.

Conchín entró en la gasolinera Pcan que se encontraba a la entrada del pueblo. Adela miraba sin ver a los otros coches aparcados delante de los surtidores, cuando la puerta trasera derecha del coche se abrió súbitamente. El corazón le dio un vuelco del susto y, al mirar atrás, reconoció a la muchacha que se acababa de sentar en el asiento.

–¡Sandra! –exclamó Adela– ¿Qué haces aquí?

–Cambiando de transporte –respondió con una media sonrisa–. Este me parece más seguro.

Adela miró a Conchín y esta le devolvió la expresión de estupor.

–Pero, ¿de dónde sales? –volvió a preguntar.

–Me habían secuestrado unos tipos en la casa del joyero Perdomo y me acabo de librar de ellos. He venido en el maletero de un coche que se ha detenido aquí y aproveché para salir y escabullirme. Y en ese momento, como caído del cielo, he visto este coche con dos conocidas a bordo.

–¿Qué sabes de Perdomo? –preguntó Conchín.

–No lo he visto. Solo te puedo decir que a uno de los hombres que me han retenido lo vi entrar y salir de la casa de Perdomo de La Laguna como Pedro por su casa, y que se llevó unos papeles. Tuve con él una conversación extraña: parecía como si viviera en una novela de espías.

–Eso es nuevo –dijo Adela–. De momento para nosotras la novela es de miedo.

Sandra no supo qué responder. Conchín la sacó de su confusión.

–No le hagas caso, querida –le dijo–. Lo importante es que estés bien. ¿Y quién dices que es el secuestrador?

Sandra miró fuera del automóvil y señaló hacia adelante.

–El conductor de ese coche azul que está saliendo de la gasolinera. ¿Puedes seguirlo, Conchín?

La mujer volvió la cabeza con rapidez y localizó el automóvil. Encendió el motor del suyo y, con una maniobra algo temeraria, sorteó la fila de coches y salió a la carretera.

–Eso está hecho, niña.

91

El timbre de la casa de Enriqueta Cambreleng sonó de forma insistente hasta que Olegario descolgó el telefonillo del portero eléctrico.

–¿Diga?

–Ábrame, Sebastián, haga el favor –se escuchó en el aparato.

El chófer reconoció de inmediato la voz de su jefe y abrió la puerta pulsando el oportuno botón. Se escuchó un chasquido en lo bajo de la escalera, unos segundos después la puerta cerrándose, y los pasos de Ariosto subiendo la escalera. Olegario se adelantó y abrió la puerta de la vivienda dos segundos antes de que llegara el visitante.

–Ha madrugado mucho, señor. Buenos días. –le dijo en cuanto llegó al rellano.

–Buenos días, Sebastián –respondió Ariosto entrando con una media sonrisa, la que esbozaba cuando estaba concentrado en algo–. En realidad, apenas he pegado ojo. ¿Por aquí todo bien?

–Sin novedad en el frente, señor. Salvo los paseos nocturnos de la señora pasillo arriba, pasillo abajo. Que si el baño, que si una tisana, que si tenía que comprobar los fuegos de la cocina, y un largo etcétera de excusas.

–Son cosas de mi tía. No se apure, ya era así cuando yo era pequeño. Lo importante es que no hay nada alarmante.

–Nada, por fortuna. ¿Y a qué se debe esta temprana visita, si me permite preguntarlo?

Ariosto caminó por la vivienda hasta la cocina. Allí encontró a Enriqueta, afanándose en los fogones.

–Buenos días, ¿tan pronto cocinando? –le preguntó su sobrino.

–Buenos días, Luisito, así ya tengo hecho lo del mediodía. ¿Te quedarás a comer?

–No, lo siento. Tengo cosas que hacer.

–¿Y para qué has venido entonces?

–Para llevarme el cuadro.

–Hay qué ver. Parece que todo el mundo tiene manía con lo de llevarse ese cuadro últimamente.

Olegario entró en la cocina detrás de Ariosto y escuchó lo que había dicho.

–¿Llevarse el cuadro, señor?

Ariosto se sentó a la mesa antes de responder.

–Sebastián, he estado dándole vueltas a lo que nos dijo Enriqueta anoche. Y me ha surgido una sospecha.

–¿Qué sospecha, señor?

–Pues que el cuadro que ha permanecido en esta casa durante tantos años es el auténtico. Lo dejó aquí el citado Hess, o bien el propio don Braulio en nombre de este.

–Pero, ese Hess, si es quien dejó el cuadro aquí, no coincide con la descripción de un maestro de ajedrez. Tuvo que ser el señor Grummel, del que nada sabemos.

–No creo que Grummel fuera el maestro a quien han estado esperando tanto tiempo. Era otro. Tal vez fuera Hess, o tal vez otra persona.

–¿Y quién ha dicho que tuviera que ser un maestro de ajedrez? –intervino Enriqueta–. Los hay maestros de todas clases.

Ariosto caviló sobre la frase de Enriqueta.

–Pues también es verdad –se volvió hacia su chófer–. Sebastián, ¿por qué nos empeñamos en que tenía que ser un maestro de ajedrez?

–No lo sé, señor. Lo dimos por supuesto. Tal vez por el tablero y las piezas que están en la entrada de esta casa, que fue un regalo, según tengo entendido.

–Sí, pero eso fue con ocasión de la estancia de otro gran maestro en Tenerife, Aleksander Alekhine, en 1945. Se hizo tan popular el ajedrez en Tenerife que don Braulio le compró ese juego a su hijo, mi difunto Epifanio. Pero no veo la relación con el cuadro.

–Yo tampoco –respondió Ariosto–. Pero, de momento, tengo que salir de dudas en cuanto a la autenticidad del cuadro que está aquí.

–¿Y cómo piensa hacerlo, señor? –preguntó Olegario.

–Hoffmann, el físico. Tiene acceso a un laboratorio muy completo en la facultad. Hablé con él hace poco y sé que puede hacer las pruebas oportunas para saber a qué atenernos. Y es lo que pienso hacer ahora mismo. ¿Viene usted, Sebastián?

–Si lo desea, le llevaré a la universidad, pero luego tengo que hacer una visita ineludible. ¿Nos llevamos a doña Enriqueta con nosotros? Tal vez no sea prudente dejarla aquí.

–No me vais a llevar como un mueble de un lado a otro –protestó la señora–. Si no os importa, me quedaré en casa de Leocadia Fitz–Stuart. Nadie sospechará que estoy allí.

–Me parece buena idea –convino Ariosto–. Leocadia es una buena amiga. Vámonos pues. ¿Me pasa el cuadro, Sebastián?

–A sus órdenes, señor. Estoy seguro de que la pintura estará más segura en cualquier otro lugar antes que en esta casa.

–Ninguno ha dicho esta boca es mía, ni siquiera en ruso –informó Ramos.

Galán no esperaba que los detenidos hablaran. Estaban bien aleccionados a guardar silencio. Con total seguridad, estarían esperando que alguna gestión diplomática los pusiese en libertad, y entonces, desaparecerían. Pero el inspector no se lo iba a poner fácil. Habían disparado contra la policía, y eso no se podía pasar por alto.

–Tendremos que seguir por los caminos convencionales. ¿Has conseguido la orden de registro del consulado y del domicilio del cónsul?

–Acabo de llegar del juzgado. Me ha costado convencer a la jueza, pero lo he logrado. Una llamadita del comisario Blázquez ha ayudado, todo hay que decirlo.

–Le pedí que la hiciera –aclaró Galán–, no me fiaba únicamente de tu encanto personal. No todas tienen el gusto de Conchín.

–Conchín tiene muy buen gusto, jefe –dijo Ramos a la defensiva.

–Vayamos al domicilio del cónsul primero. Si está de vacaciones, no habrá nadie en su casa, imagino.

–¿Llamo a Morales?

–A Morales y a un chófer que nos lleve.

Ramos salió del despacho de Galán para avisar a sus compañeros. El inspector revisó las direcciones. La casa del cónsul estaba en la urbanización San Diego. Se trataba de uno de los chalets de la calle Manuel de Falla, muy cerca del estadio de La Manzanilla, un sitio discreto y agradable. El consulado estaba en Vistabella, al lado de la linde municipal con Santa Cruz. Se decidió por acercarse en primer lugar al domicilio privado. Salió de su oficina, bajó las escaleras y en la entrada ya le esperaba un coche camuflado con Ramos, Morales y un agente al volante, Mandillo. Galán se subió al asiento trasero y el vehículo salió a la calle del Agua. Rodearon la plaza del Cristo y salieron a la carretera de Las Mercedes, conectaron con la de Tejina girando a la izquierda y más adelante tomaron el desvío de Pozo Cabildo. El camino de la Fuente Cañizares les llevó a su destino.

El chalet era una construcción años setenta de dos alturas que se mantenía en buen estado. Los policías bajaron del coche y se dispusieron a entrar. Un jardín pequeño rodeaba la casa y comprobaron que no había perro, lo que era una excepción en aquel vecindario. Tocaron el timbre de la calle, sin recibir respuesta, como esperaban.

–Ramos, haz los honores –dijo Galán, señalando la puerta cerrada.

Ramos sacó su estuche de ganzúas y llaves maestras del coche, recordando que casi se lo olvida en casa, ya que Conchín se lo había cambiado de sitio. «Vete a saber para qué diablos quería el estuche esta mujer», había pensado. El subinspector introdujo la herramienta adecuada en la cerradura y, tras varios movimientos ejecutados con seguridad, la puerta se abrió.

–Ahora toca la de la puerta de la vivienda –indicó Galán mientras los policías entraban en el recinto rodeado de muros.

–Espero que no tenga alarma –replicó Ramos–. La última vez que hicimos algo así no había forma de que se apagara y casi nos quedamos sordos.

–No veo ninguna indicación –dijo Morales, que estudiaba la fachada–, ni cables.

Ramos se puso a trabajar en la puerta y su apertura le costó solo medio minuto más. Galán entró el primero y dio el correspondiente aviso en voz alta.

–¡Policía!

No hubo reacción en el interior, por lo que el inspector y los dos subinspectores se colocaron guantes de látex y entraron en la vivienda. Mandillo se quedó fuera, controlando la calle.

–Buscamos algún indicio que relacione al cónsul con el secuestro de Perdomo –anunció Galán–. Miremos bien.

Les recibió un salón grande bien amueblado, aunque algo pasado de moda, con una cocina anexa con muebles de la misma apariencia.

–Me recuerda a la casa de mis tíos cuando era pequeño –dijo Morales.

–El tiempo no ha pasado por aquí –reconoció Ramos.

Galán sintió que sus subordinados iban a darse cháchara y decidió separarlos.

–Ramos, ve a las habitaciones de la planta alta. Morales, tú aquí.

El examen de la distribución de la casa llevó al inspector a la estancia que buscaba: un pequeño despacho de trabajo. El policía revisó las estanterías, medio llenas de libros, la mayoría literatura española de hace años, lo que reforzaba la idea de que el cónsul había buscado de alquiler una vivienda amueblada. Pasó a la mesa de trabajo, limpia de papeles, con una lamparita a un lado y un teléfono de sobremesa al otro. Tenía tres cajones en paralelo debajo del tablero horizontal.

Abrió el primero, y lo halló con varios teléfonos móviles antiguos, de esos que uno se resiste a tirar, varios cables cargadores, juegos de llaves, tarjetas de visita y un montón de bolígrafos y de lápices. Las tarjetas eran las oficiales del cónsul. El segundo cajón ofreció sobres con correspondencia que exigirían una revisión con calma, y el tercero

contenía dos cuadernos con lo que parecían unos informes escritos en caracteres cirílicos. Galán no comprendía el ruso, por lo que hizo gala de sus últimos conocimientos de las aplicaciones de su móvil. Hizo una foto de la portada del primero y le dio tratamiento de escáner con OCR, de modo que la aplicación pudiera leer el texto. Luego, pidió la traducción. En menos de un segundo obtuvo la respuesta:

Etiología de la bacteria RN–3778, derivada mediante mutación de la bacteria Yersinia Pestis. Cómo reconocer los patógenos causantes de esta enfermedad respiratoria incurable. Por el Dr. Aleksander Rubalkov.

A Galán no le gustó el tema del informe, y tecleó en el buscador el nombre de la bacteria. La bacteria de la peste.

Pero le gustó menos el término “bacteria derivada mediante mutación”. Y menos todavía lo de “enfermedad incurable”. Y para remate, el nombre del autor: Aleksander Rubalkov.

Era el nombre que había facilitado el párroco, don Cosme, del ruso que había hecho la petición de préstamo del cuadro del Evangelista. Rubalkov no era un tipo cualquiera: era un científico, y de primer orden. Y estaba en Tenerife. Y la razón de su estancia en la isla que se imaginó Galán fue lo que menos le gustó de todo.

–¿Esteban Ramírez de Fuendetodos en 1747? ¿Sabes lo que me estás pidiendo? Tendría que revisar un montón de legajos.

Marta había ido a ver a Pedro Hernández al archivo, donde trabajaba, y le había planteado la búsqueda de la escritura que contenía el destino de la plata de don Amaro, según el tío Rufino

–No debe ser tan difícil, Pedro. Te leo: "en una escritura de finiquito de obra entre ambas personas –Ramírez y el herrero– que vi entre los papeles del Archivo Provincial, fechada poco antes de la muerte de don Amaro, se dice qué se hizo con el trabajo del herrero. Y ahí sabréis dónde se encuentra la plata de don Amaro". Al tratarse de pocas fechas antes de la muerte del rico comerciante no habrá tantas escrituras que se refieran a él.

Hernández se armó de paciencia antes de contestar.

–Es tan poco concreto lo que me planteas que, solo el año 1747, entre 14 escribanos que había en La Laguna en aquel año, resultan más de cuarenta legajos. Necesitaría un par de semanas para mirarlos todos.

Marta se alarmó. ¿Dos semanas? ¿Tanto?

–Bueno, si aparece pronto, solo serán unos días –dijo la arqueóloga–. O tal vez lo encuentres al comienzo de la búsqueda.

–Eso es ser optimista. Pero mi experiencia me dice que estará en el último legajo en el que busque. Siempre pasa así.

–Pues mira primero en el último que te hubieras planteado –respondió con una sonrisa.

Pedro miró al techo, exasperado. El entusiasmo de Marta era alentador, pero no por ello el trabajo se hacía más rápido.

–Vale, de acuerdo. Ven conmigo.

Marta ya conocía el camino hacia el depósito de documentos de la planta baja por lo que nada más ver a dónde se dirigían los pasos del archivero. adivinó el destino final.

Hernández guio a su visitante hasta el final del pasillo. Bajaron dos tramos de escalera y abrieron una pesada puerta metálica que daba acceso a un enorme compartimento estanco, el depósito de documentos. Se respiraba la sequedad en el ambiente y Marta notó el zumbido del aire acondicionado que salía de las rejillas del techo. La temperatura era varios grados más baja que en el resto del edificio. Sintió frío. El archivero la guio por un largo pasillo con estanterías metálicas a ambos lados. Para ahorrar espacio, las hileras donde estaban depositados los miles de legajos eran móviles, deslizándose

por unos raíles mediante la manipulación de unos volantes giratorios similares a los de las puertas de los submarinos. Caminaron unos cuarenta pasos y Hernández se detuvo ante una de las estanterías. Abrió el pasillo interior y señaló a Marta uno de los anaqueles atestados con cajas de polipropileno para la conservación de los documentos.

–Ahí tienes los legajos de 1747. Elige uno.

–¿Cuál sería el último que consultarías?

Hernández no se lo pensó. Se dirigió al final de la fila y sacó una de las cajas.

–Esta misma.

Salieron del pasillo de estanterías y se acercaron a una pequeña mesa iluminada por un foco directo, donde depositó con delicadeza la caja. Extrajo un grueso volumen forrado de piel, donde se habían encuadernado una multitud de documentos, algunos de distinto tamaño. Hernández desató los lazos que cerraban el mamotreto y lo abrió.

–Aquí lo tienes.

–Lo tenemos, Pedro –dijo Marta–. ¿Por qué no le echas un vistazo rápido? Tú lees mejor que yo la letra de esa época.

Hernández adoptó la falsa expresión de quien considera que se están aprovechando de su confianza, refunfuñó, pero se sentó y empezó a hojear el legajo. Las páginas de papel grueso fueron pasando ante la experta mirada del archivero, que se fijaba en los lugares adecuados de cada escritura, donde aparecían los nombres de los intervinientes.

Al cabo de diez minutos se detuvo y coloco el dedo índice sobre una línea en el papel.

–¿Cómo se llamaba quien buscabas?

–Esteban Ramírez de Fuendetodos –recitó Marta de memoria.

–No me lo puedo creer –dijo, y levantó la mirada de la hoja amarillenta–. Lo he encontrado.

La sonrisa de Marta le llegó de oreja a oreja.

–Bien por nosotros.

–¿Tú sabes lo difícil que es que se dé esta casualidad? No me ha pasado en la vida.

–Siempre hay una primera vez. ¿Puedes leerlo?

–Claro que puedo –contestó Hernández con suficiencia–. Pero como seguro que vas a querer una copia, mejor nos vamos arriba, que tenemos los escáneres.

El archivero cerró el legajo, ató las guardas con la cinta y se lo colocó debajo del brazo. Comenzaron a hacer el camino de vuelta.

–¿Y qué se supone que es eso de la plata de don Amaro? –preguntó al subir el primer tramo de escaleras.

–Pues no lo tengo muy claro –contestó Marta, que le seguía a un metro escaso–. Según mi tío Rufino, es parte del tesoro del comerciante corsario, del cual corresponde una porción a mi familia.

–Tu tío Rufino me parece que deliraba.

–¿Te apuestas algo?

Hernández se detuvo en el primer descansillo y se volvió hacia su amiga.

–Hoy, contigo, después de lo que ha pasado, no me apuesto nada.

–¿Estás segura de que ese coche es de los secuestradores? –preguntó Conchín, que conducía dejando unos cinco automóviles entre el de ella y el que seguía, que bajaba por la carretera de La Esperanza en dirección a La Laguna.

–Completamente segura. He estado en el maletero, lo puedo reconocer hasta por el olor.

–Pobre niña –dijo Adela, sentada en el asiento del copiloto–, me acuerdo cuando me tocó una vez algo así.

–Pero era una furgoneta, Adela –repuso Sandra–, un espacio más amplio.

–No quiero ni acordarme. Cambiemos de tercio.

–Por lo que nos has contado –intervino Conchín, pensativa–, el lugar donde te retuvieron podría estar en los altos de Arafo, ¿me equivoco?

–Puede ser perfectamente, aunque nunca había estado antes.

–Es lógico, para llegar a La Laguna decidieron subir por la carretera que comunica con la que va y viene al Teide atravesando el pueblo de La Esperanza. Por eso se detuvieron en esa gasolinera.

–Decisión de la que estoy muy contenta –respondió Sandra sonriendo.

–Pues entonces te retuvieron en la casa del maestro.

Sandra se sorprendió.

–¿Perdomo tiene una casa en Arafo?

–Es uno de sus retiros espirituales. Los secuestradores debían de saberlo y se hicieron con las llaves.

–Y con mi móvil. Llevo una noche y lo que llevamos de día sin él y siento que me falta algo.

–¡Ay, esta juventud de hoy! –dijo Adela–. No saben vivir sin los dichosos teléfonos.

–A propósito, Adela. ¿Tienes en tu móvil el contacto de Galán?

Adela se lo pensó dos veces antes de contestar.

–Creo que no. Tengo el de Luis, si te sirve.

Sandra negó con la cabeza y se dirigió a Conchín.

–Tú tendrás el de Ramos, ¿no?

La conductora se rio.

–¡Vaya pregunta más tonta! ¡Claro que lo tengo!

–Creo que deberíamos llamarlo y ponerlo al día. Por lo que me habéis contado, están tras la pista del secuestro.

Conchín dudó unos instantes.

–No sé, no sé. Si mi pitufín se entera de lo que estoy haciendo, y además con su coche, me va a tirar de las orejas y tendremos que dejar esta persecución.

–Correremos el riesgo.

Conchín suspiró, dándose por vencida

–Cógelo, lo tengo en el bolso.

Sandra lo localizó en segundos. Conchín le dio la clave para entrar, y la periodista buscó en los contactos.

–No veo a Ramos en los contactos.

–Búscalo por Pitufín –dijo Adela, riéndose entre dientes, ante la sonrisa cómplice de la conductora.

Sandra pulsó el nombre del contacto y se estableció la llamada telefónica.

–No contesta –dijo, con desencanto–. Ha saltado el contestador automático. Dice que deje el mensaje.

–No te molestes, hija –dijo Conchín–, mi pitufín jamás escucha los mensajes del contestador, lo supe desde los primeros días de salir con él.

–Entonces le dejaré un mensaje hablado en el WhatsApp.

–Vale, pero escríbeselo también que, si tiene gente alrededor, le da mucha vergüenza que los demás escuchen sus mensajes personales.

A Sandra le costaba imaginar que a Ramos le diera vergüenza algo, pero seguro que Conchín sabía lo que decía. La periodista dictó un breve resumen de los acontecimientos hasta aquel momento y prometió volver a llamar. Luego lo escribió y envió el mensaje.

–Sandra, ¿crees que tus secuestradores tienen necesidad de aprender algo? –preguntó Conchín.

La periodista, concentrada en el móvil, había dejado de mirar al exterior.

–¿Por qué lo dices?

–Porque el coche que seguimos acaba de entrar en el aparcamiento de la Facultad de Física de la Universidad. ¿Estarán matriculados en ella tus amigos?

–Algo me dice que lo vamos a averiguar.

–¿Vamos a seguirles? –volvió a preguntar Conchín.

–¿Te apuntas?

–Otra pregunta tonta, hija.

–¡Ay, madre! –dijo Adela, y se persignó.

Olegario y Ariosto, tras dejar a Enriqueta en casa de Leocadia Fitz–Stuart en su mansión de la plaza de la Junta Suprema y comprobar que nadie les había seguido, tomaron un taxi en los alrededores de La Concepción, que les llevó al edificio que albergaba las facultades de Física y Matemáticas en la Universidad de La Laguna. Se trataba de un edificio moderno de diseño funcional, distribuido en dos alas, una para cada facultad. El taxi se aproximó al conjunto de edificios que conformaban el recinto y se detuvo delante de un edificio bajo de color calabaza que antecedía a la mole blanca de las facultades.

–Yo sigo para hacer la gestión que tengo pendiente, señor –dijo Olegario–. En cuanto termine iré a por el Mercedes y le recojo donde esté.

–Bien, no sé lo que voy a tardar. No tengo ni idea de qué tipo de pruebas se le hacen a un cuadro como este, pero le avisaré en cuanto quede libre.

Ariosto se bajó con la caja del cuadro y el taxi siguió su recorrido, perdiéndose de vista. Se encaminó hacia la entrada del edificio, en el vértice de unión de las dos alas. Dejó a su derecha una franja de césped bien cuidado y entró en el edificio. A la derecha, en una oficina de atención al alumno una mujer le dijo dónde estaba el despacho del profesor Hoffmann: segundo piso, cuarta o quinta puerta del pasillo de la izquierda. Ariosto trató de seguir las indicaciones, pero se perdió en el intento en un laberinto de pasillos revestidos de cerámica oscura. Una alumna que cruzaba por allí le sacó de su error y lo encaminó correctamente.

Por fin dio con la puerta de Hoffmann, que lucía un letrerito con el nombre del profesor y el horario de tutorías. Ariosto tocó con los nudillos en la madera y la hoja se abrió de inmediato.

–¡Luis! ¡Qué bueno verte! –exclamó Hoffmann, estrechando la mano que le ofreció Ariosto–. Hay que ver…, vivimos en la misma isla y no nos vemos nunca.

Ariosto entró en el despacho y el profesor cerró la puerta a su espalda.

–Es una situación que requiere una pronta reparación. La semana que viene os invito a cenar a mi casa, en Santa Cruz.

–Aceptada la invitación, que luego, por supuesto, será correspondida. No sabes cómo prepara la carne mi mujer. Ya sabes que es argentina.

–Me lo has comentado. Pero primero tendréis que probar la liebre

en dos cocciones con salsa de chocolate y rebozuelos que hace Fidela. Si no utilizara cubiertos, estaría para chuparse los dedos.

Hoffmann se rio, Ariosto nunca sería sencillo.

–Me imagino que esa caja tan aparatosa que llevas será el cuadro.

–Pues sí. Por razones que se me escapan de momento, esta pintura ha creado un interés llamativo en personas de dudosa reputación.

–¿Y qué crees que buscan?

–Por eso estoy aquí, querido amigo. Buscando la respuesta.

–Pues no perdamos tiempo, vamos al laboratorio.

Hoffmann abrió la puerta y Ariosto salió por ella. Ambos caminaron por el pasillo hasta el fondo, donde una puerta blanca de dos hojas anunciaba el lugar donde se encontraba la sala de experimentos. Un hombre con bata blanca esperaba mirando su móvil en el pasillo.

–Vamos a tener compañía –le avisó–. He llamado a un colega, el mejor especialista en las pruebas que vamos a hacerle al cuadro. Sabe mucho más que yo del funcionamiento de las máquinas y de lo que hay que buscar.

–Si puede ayudar, por mí, encantado –respondió Ariosto.

El hombre se percató de la llegada de ambos y se guardó el teléfono en el bolsillo. Hoffmann se adelantó a hacer la presentación.

–Luis Ariosto, el doctor Aleksander Rubalkov.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos.

–Mucho gusto –dijo Ariosto.

–Me ha comentado Hoffmann que quiere hacerle varios análisis a una pintura antigua –dijo el hombre sin más preámbulos. Su acento delataba su origen extranjero.

–Así es –intervino el profesor alemán–. En suma, se trata de determinar si su superficie es capaz de secretar algún tipo de líquido, en las condiciones que sean.

–Me hago una idea –respondió el ruso–. Habrá que someterlo a diferentes tipos de luz y radiación, así como a temperatura elevada.

–Si no se estropea la pintura, puede hacer las pruebas que estime convenientes –concluyó Ariosto.

–Perfecto –dijo Hoffmann–, pasemos dentro.

El profesor empujó la puerta del laboratorio y sus acompañantes entraron con él en una sala amplia llena de diferentes mesas con aparatos de aspecto extraño y cometido desconocidos para el profano.

–¿Me deja verla? –preguntó Rubalkov.

Ariosto colocó la caja sobre una de las mesas y la abrió. Con el mismo cuidado de otras veces, extrajo la pintura y la desembarazó de su envoltura de tela. El San Juan miró con el mismo aire despreocupado a los tres hombres. El doctor tomó en sus manos el cuadro y lo levantó, sopesándolo. Luego lo miró de perfil y a

contraluz, dándole la vuelta.

–Tiene las medidas y el peso adecuado para meterlo en nuestras máquinas –comentó– ¿Empezamos?

–Cuando quiera –respondió Ariosto.

Rubalkov llevó el cuadro varias mesas más allá, seguido de Hoffmann y Ariosto. Abrió la portezuela de una máquina de tamaño considerable y colocó la tabla dentro. Cerró la puerta y comenzó a manipular los mandos.

–Primero, un análisis espectrográfico –anunció.

El aparato empezó a zumbar de modo creciente y el ruido logró que ninguno de los tres escuchara cómo la puerta de acceso al laboratorio se abría con suavidad y un hombre se colaba furtivamente en la amplia sala, escondiéndose acto seguido en una esquina, detrás de varias máquinas.

El mesón asadero “Vuelta y Vuelta” era un local pequeño situado en la carretera de san Bartolomé de Geneto. Bastante concurrido los fines de semana, el resto de los días tenía unos cuantos parroquianos fieles, pocos, que bebían más que comían, pero como decía Veremundo, el dueño, todos los ingresos son buenos, aunque fueran procedentes del consumo de vino o whisky de garrafón ilegales, pero que él seguía sirviendo con la connivencia placentera de sus clientes, más por los precios que por la calidad de la bebida.

Olegario despidió al taxi en la puerta del establecimiento, que estaba todo el día abierto, y entró en él. Una larga barra a su izquierda, con una estantería alta repleta de botellas antiguas de Terry, Soberano, Licor 43, Cynar y antiguallas similares y otra baja con bebidas de consumo actual, recorría el restaurante, dejando a su derecha una doble fila de mesas bien dispuestas. Al fondo se adivinaba una cocina que compartía hueco con los servicios.

Olegario hizo un recorrido visual del local, siempre lo hacía por prevención, pero no descubrió nada extraño. Dos hombres se encontraban sentados al comienzo de la barra charlando, dando cuenta a morro de sendos botellines de cerveza. Por la hora que era, pasadas las diez, era normal la poca afluencia de público al restaurante. La persona que le interesaba estaba al final de la barra, guardando unos vasos que el lavavajillas acababa de despachar con un sibilante chorro de vapor.

Veremundo Peraza era un viejo conocido de Olegario, con quien coincidió una vez formando parte de la tripulación de un mercante que hacía la ruta entre Cádiz y diversos puertos americanos. Veremundo era el cocinero, y sus buenas artes, más el ahorro pertinaz, le habían servido para montar aquel negocio que sin ser demasiado próspero, le daba de comer a él y a su familia.

Olegario caminó por el local para acercarse al propietario.

–¿Es aquí donde sirven el peor matarratas de la isla? –preguntó en voz alta.

El dueño del local apenas dirigió un ojo al recién llegado, sin inmutarse.

–Hay ignorantes que no saben apreciar otra cosa –le respondió.

–Pues yo quiero probarlo de nuevo –replicó Olegario–. La última vez que lo tomé estuve una semana descompuesto. Ayuda a bajar de peso.

–Tal vez lo patente como adelgazante. Igual me hago rico y me

largo de aquí.

–Tu mujer no te dejará. Ni irte, ni hacerte rico. Antes se gastará tu dinero.

–¡Ay! ¡Qué cruz llevamos algunos! ¿Vas a tomar algo o te vas a pasar el día hablando?

–Dame un vaso de vino. Pero del bueno, el que tienes detrás de la barra.

–Uno no puede tener secretos ni en su propia casa.

Veremundo sacó una botella de un lugar recóndito e invisible debajo del mostrador, junto con un pequeño vaso, y le sirvió.

–¿Tú por aquí a esta hora? –preguntó Veremundo–. Nada bueno te puedes traer entre manos.

–Me imagino que te habrás enterado de la actuación policial ayer, ahí al lado, en la esquina con la calle Bocatuerta.

–No se ha hablado de otra cosa por aquí desde entonces.

–Los tipos que vivían en la casa donde entró la poli eran rusos. Y seguro que hasta allí llega el aroma de la leña y la carne asada que sale de tu chimenea. Apostaría a que vinieron por aquí alguna vez.

–No hablo de mis clientes, Olegario. Lo sabes bien.

–Entonces vinieron –concluyó el chófer–. Como nunca escuchas las conversaciones de tus clientes, no podrás decirme de qué hablaron, aunque sepas ruso.

–La mayor parte de las tripulaciones en que serví eran de Rusia y de Corea. Aprendí ruso en los barcos, pero nunca pude con el coreano. El problema es que se me ha olvidado recientemente.

–Vaya, ¡qué casualidad! Y seguro que no escuchaste dónde tienen retenido a un tipo, uno de aquí.

–¿Retenido?

–Secuestrado, dicen.

–¿Quién dice?

–No hablo de mis clientes, Veremundo. Lo sabes bien.

–¿Nadie te ha mandado nunca a tomar viento?

–Sí, tú, un par de veces.

Veremundo miró a la barra y se aseguró que los dos clientes estaban a la distancia suficiente para no escuchar sus palabras.

–Esos tipos no me parecieron trigo limpio. Y la aparición de la poli ayer me lo ratificó. No hablaron de ningún secuestro, que yo oyera. Pero es que tampoco me paso el día atendiendo todo lo que dice la gente que pasa por aquí. Me volvería loco.

–¿Algún detalle?

–Algo dijeron de un joyero, pero no escuché nada sobre un robo. De cualquier modo no era asunto mío.

–Ya lo sé, no tienes que justificarte de nada. Tal vez se refirieran a alguna casa, alguna dirección.

–Déjame pensar –dijo Veremundo, que estuvo unos segundos mirando al suelo–. Si no recuerdo mal, algo hablaron de que si había problemas se reunirían en la casa de alguien. Un funcionario o algo así. Un cargo oficial.

–¿La casa del cónsul?

–Sí, eso puede ser. El cónsul.

–¿Y dijeron dónde estaba esa casa?

–Sí, en Machado. Al lado de la casa del tesoro del pirata Amaro Pargo.

–La casa donde nunca se ha encontrado el tesoro –comentó Olegario–. Los buscadores la han dejado como un colador.

–Pues eso es lo que dijeron. No recuerdo nada más.

–Pues es algo –dijo Olegario, apurando el vasito y dejándolo sobre el tablero–. Oye, este vino está bueno. Déjame una botella, que me la llevo.

–No tienes suficiente dinero para pagar una botella de este vino.

Olegario sonrió con malicia.

–Puede que no, pero te pondría conseguir un par de entradas en Tribuna para ver el Tenerife - Las Palmas de la semana que viene.

–¿Cuántas botellas dices que querías?

97

Pedro Hernández entró en su despacho seguido por Marta. Depositó el legajo en una mesa auxiliar bien iluminada por el gran ventanal que se abría al fondo, que ofrecía unas vistas excepcionales al macizo de Anaga.

–Aquí tendremos mejor luz para leer –aseveró el archivero.

Marta buscó una silla y la colocó al lado de la que iba a usar Pedro. Ambos se sentaron. Hernández había marcado con una tira de papel el folio concreto donde estaba la escritura que les interesaba.

–Vamos a ver –dijo, como decía siempre antes de enfrentarse a un texto antiguo–. Parece ser una escritura de finiquito de obra.

Pedro siguió leyendo mentalmente y Marta se dedicó a observar su concentración. El archivero prosiguió su descripción del documento.

–El tal Fuendetodos era así como un apoderado de don Amaro Rodríguez Felipe.

–Amaro Pargo –comentó Marta.

–Efectivamente, ese era su mote, pero en las escrituras siempre aparece con su nombre y apellidos verdaderos.

–Vale –asintió la arqueóloga–. Sigue, por favor.

–El encargo era a un herrero, un tal Eufemiano Herrero. Era común que algunos artesanos tomasen como apellido el oficio que desempeñaban.

–¿Eufemiano has dicho?

–Sí, eso pone aquí. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque mi abuelo y mi bisabuelo se llamaban así. Era como una tradición familiar.

–¿Y es posible que se remonte mucho en el tiempo esa costumbre? Igual este Eufemiano era un antepasado tuyo.

–Estaría bueno –dijo Marta, sonriendo–. ¿Y qué le encargó Fuendetodos a mi tatara–tatarabuelo?

–Déjame seguir leyendo. –Pedro se tomó unos minutos de lectura antes de proseguir explicando el contenido–. Es un trabajo especial, casi de orfebre. Debía utilizar unos lingotes de plata que le había suministrado don Amaro para darles una forma determinada, y luego recubrirlos con otro metal.

–¿Cómo dices? ¿Recubrirlos?

–Así es, Marta. Debían resultar dos objetos de la fundición, uno grande y otro pequeño. El grande debía entregarse al obispo, y el otro era para el propio herrero, como pago por su trabajo.

–A ver, ¿el herrero debía recibir un objeto de plata por su trabajo?

Hernández se encogió de hombros.

–Eso dice aquí.

–¿Y el otro objeto al obispo? ¿Para qué? ¿Y qué tipo de objeto era?

–Déjame terminar –propuso Hernández–. Queda poco.

Marta comenzó a morderse las uñas. ¿Tendría algo que ver el tal Eufemiano con su familia? ¿Era esa la razón por la que el tío Rufino consideraba que la plata les correspondía a ellos? ¿Por el hecho de que el herrero no llegó a cobrar su trabajo?

–El obispo había acordado con don Amaro, me imagino que a cambio de unas sustanciosas limosnas, la colocación del objeto grande en lo más alto de la iglesia de La Concepción.

–¿En lo más alto? ¿En el campanario?

–Pues es el lugar más alto. No hay duda de eso.

–Una cosa. ¿Dice en la escritura de qué metal estaba recubierta la plata?

–Creo que sí. –Pedro revisó la página anterior a la que estaba–. De bronce, había que recubrirla de bronce.

–Pues no me digas más, Pedro. Ya sé de qué objeto se trata. Pero, ¿quién es el valiente que lo saca de ahí?

–¿Habéis encontrado algo? –preguntó Galán a Morales y a Ramos cuando se reunieron en el salón de la casa del cónsul.

–Algunos libros en ruso –dijo Morales–, que entiendo que debe ser algo normal, dada la nacionalidad del inquilino. Por las portadas, unos parecen novelas y otros libros políticos, pero no puedo asegurarlo cien por cien. No hay quien entienda nada con esas letras tan raras.

Galán desistió de explicarle a Morales el sistema utilizado por él para traducir textos rusos. Sabía que el subinspector era especialista en pelearse con las aplicaciones de los móviles.

–El señor cónsul se ha preparado para un viaje largo –añadió Ramos–. En los armarios no queda ni un mísero calcetín. Se ha llevado todas sus pertenencias personales. Debe de ser una de esas vacaciones que se toman los cónsules rusos que se sabe cuándo empiezan, pero no cuando acaban.

–¿Nada de Perdomo? –repreguntó el inspector–. ¿Algo de los rusos detenidos?

Los dos subinspectores movieron la cabeza de un lado a otro.

–Negativo, jefe –dijeron al unísono.

Galán sintió algo de impotencia. El tema de los rusos le llevaba continuamente a callejones sin salida. Debía encontrar más pruebas si quería que se procesase a los sospechosos. De momento solo tenía el testimonio del hijo de Perdomo, pero el secuestrado no aparecía. Y el hecho de que uno de los tipos de la casa hubiera disparado un arma lo incriminaba de modo individual, pero veía complicado meter en el mismo saco a todo el grupo. Y el cabecilla, por lo que le habían contado, seguía libre.

–Vayamos al consulado –ordenó–. Hagamos uso de la otra orden de registro que tenemos.

Los tres hombres salieron de la casa y la cerraron tras ellos. Se subieron con Mandillo al coche policial y tomaron por la vía de Ronda hasta la carretera de La Cuesta. El consulado estaba al final, en el límite municipal con Santa Cruz, en uno de los chalets de Vistabella. Los policías se distribuyeron de la misma manera para entrar en el inmueble. Les abrió la puerta una secretaria de mediana edad muy seria. Galán le exhibió la orden de registro, que la eficiente empleada, dada su longitud desistió de leer, y corrió a escanear.

–Tengo instrucciones de enviar por correo a la embajada cualquier incidencia con las instituciones públicas españolas –les aseguró.

Galán la dejó hacer mientras sus hombres se dirigían a registrar las

dependencias consulares. El inspector se acercó a la secretaria, que se afanaba entre una fotocopiadora escáner y un ordenador.

–Necesito una relación de todos los ciudadanos rusos que residen en la isla. Y de aquellos otros de los que se tenga noticia de que están de paso.

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Sabe usted la cantidad de turistas rusos que llega a Tenerife cada día?

Galán sopesó la pregunta.

–Podemos descartar a los que se quedan en un hotel menos de una semana.

La mujer asintió, algo preocupada.

–Me puede llevar horas hacer ese trabajo.

–No hay problema, uno de mis hombres se quedará con usted todo el tiempo, por si necesita ayuda.

Era evidente que la idea de ser vigilada de cerca durante un largo período no entusiasmaba a la secretaria.

–Procuraré hacerlo rápido.

–Y también necesito, lo primero de todo, saber qué ciudadanos rusos han tramitado en el último mes permisos de residencia y de trabajo.

–¡Ah!, eso es fácil. Solo han sido dos.

Galán sonrió. Por fin acertaba en algo.

–¡Qué bien! Y, ¿quiénes son, por favor?

La mujer abrió un cajón de su escritorio y sacó dos carpetillas rojas. Miró dentro de la primera.

–Uno es Dimitri Shepilov. Es un chelista de la Filarmónica de San Petersburgo, que va a hacer una gira por España. Como comienza aquí, le hemos tramitado el permiso.

Galán no vio la relación entre un músico y los sospechosos.

–¿Y el segundo? –preguntó, algo desesperanzado.

–El segundo es el doctor Aleksander Rubalkov, un científico que ha venido a realizar una estancia en la Universidad de La Laguna.

A Galán le saltó una alarma en el cerebro.

–¿Rubalkov ha dicho?

–Sí, ese nombre pone en el papel. Por lo que dice aquí, va a colaborar con un profesor local, el doctor Hoffmann, en una serie de experimentos en la facultad de física y matemáticas.

Galán trató de asimilar los datos y procesarlos con rapidez.

–Y ese doctor, ¿ya está en Tenerife?

–Sí, señor. Ayer mismo estuve hablando con él. Me comentó que no podía venir hoy a recoger unos papeles porque iba a estar ocupado en el laboratorio de la facultad en un análisis muy importante.

–No lo dudo, señorita –respondió el inspector–. Estoy seguro de que



es un análisis de importancia extrema.

Ariosto tenía una amplia cultura humanística, pero en cuestión de física avanzada se encontraba algo perdido. El cuadro del Evangelista se vio sometido a varios experimentos con nombres técnicos endiablados en distintas máquinas del laboratorio, para entusiasmo de los científicos, aunque a él la mareante lista de resultados cifrados le dejaba algo frío.

–Pero ¿han encontrado algo interesante? –preguntó cuando le pasaron un papel con una serie de magnitudes desconocidas para él. Era peor que tratar de interpretar un electrocardiograma siendo un profano.

–Por lo que parece –informó Hoffmann–, se produjo una reacción química entre la materia orgánica superficial de la tabla y los pigmentos de la pintura que se utilizaron sobre ella. Este conglomerado creó un compuesto de naturaleza única, muy rara, que es lo que estamos estudiando.

Ariosto por fin se hizo una idea de lo que se traían entre manos los doctores. A aquellos hombres estudiar una composición orgánica inusual les podía apasionar, pero él no tenía claro si le iba a servir de algo.

–¿Y tiene alguna importancia?

–En eso estamos –dijo el ruso en tono seco, como pidiendo que dejara de hacer preguntas.

Ariosto entendió el mensaje y no cuestionó nada más.

Los dos científicos cambiaron de sistema de estudio. Dejaron de utilizar las máquinas y, ante la alarma de Ariosto se dispusieron a extraer con una paleta fina y una pequeña sierra eléctrica muestras de la pintura y de la madera.

–Solo será un pedacito muy pequeño, Luis, y de un extremo –dijo Hoffmann.

Ariosto no protestó. No valía la pena. Si estaba allí era para encontrar respuestas, y el sacrificio de una porción mínima no iba a hacer daño a nadie.

Rubalkov depositó las muestras en una lámina de cristal redonda y la colocó debajo de un microscopio electrónico. Ambos profesores se turnaron en los binoculares, comentando detalles en un argot técnico incomprensible.

Luego, llevaron la muestra a otra máquina que tenía el aspecto de un microondas, y la dejaron dentro. Manipularon unos controles y el aparato comenzó a zumbar y la muestra a dar vueltas sobre una base

giratoria. Al cabo de medio minuto, sacaron el cristal y lo llevaron a una mesa. Rubalkov se acercó a un armario y extrajo una caja grande de material plástico con advertencias escritas en la tapa en caracteres rusos. Era evidente que la había traído Rubalkov de su país natal. La caja contenía un aparato que se asemejaba a una Thermomix, aunque Ariosto estaba seguro que no estaba diseñado para preparaciones gastronómicas, precisamente. Separaron una parte del mejunje pegajoso en que se había convertido la muestra y lo colocaron dentro del vaso, que luego cerraron con una tapa metálica. Tras enchufarlo a la red eléctrica, el ruso manipuló varios botones y la máquina comenzó a hacer ruido. Rubalkov seguía atentamente unos gráficos que aparecían en una pequeña pantalla de fósforo verde, hasta que, en un momento determinado decidió parar su funcionamiento. Indicó a Hoffmann unos parámetros que aparecían en la pantalla, conectó una impresora a una clavija y pulsó un botón. Una hoja comenzó a deslizarse por el interior de la máquina y salió por su parte baja con texto impreso en ella. Rubalkov la cogió, la examinó unos segundos y se la pasó a Hoffmann, sonriente.

–Observe los resultados –le indicó el ruso.

Hoffmann examinó con detenimiento unas columnas de abreviaturas seguidas de números, y le pasó el papel a Ariosto, que no supo discernir qué significaba aquello.

–¿Qué dicen los resultados? –preguntó, algo molesto por no entenderlos.

–Le haré un resumen –dijo el ruso–. La mezcla de ese tipo de madera y los distintos pigmentos de la pintura sometidos a determinados esfuerzos físicos de temperatura, humedad y falta de oxígeno, provocan una reacción físico química que expide un gas que se licúa fácilmente a temperatura ambiente, con unas facultades espectaculares.

–¿Qué facultades? –repreguntó Ariosto.

–Crean algo así como anticuerpos contra determinados patógenos –dijo Hoffmann, resumiendo aún más lo que iba a decir Rubalkov.

–¿Qué tipo de patógenos? ¿Estamos hablando del que causa la peste?

Rubalkov esbozó una ligera sonrisa.

–Ha acertado. Este compuesto es único. Nunca en la historia de la bioquímica habíamos dado con algo así. Parece algo mágico.

–Algunos lo catalogaron en su día como milagroso –replicó Ariosto–. Entonces, si no he entendido mal, es una especie de antídoto contra la peste bubónica, ¿no?

–No se le puede llamar antídoto, pero los efectos son los mismos. Se trata de una sustancia inhibidora del crecimiento y proliferación de la bacteria Yersinia y sus derivaciones. Es un descubrimiento valiosísimo.

–Me alegro de ayudar a que se pueda publicar un avance de este tipo que tanto puede beneficiar a la humanidad.

El ruso convirtió la sonrisa en una mueca cruel.

–¿Publicar? ¿Quién ha hablado de publicar? Este descubrimiento es alto secreto y quedará bajo la custodia de la Federación Rusa, que es quien ha promovido el experimento.

Ariosto se sorprendió del comentario.

–¿Cómo dice? –preguntó pasando su mirada del ruso a Hoffmann.

–Aleksander, no puedes hacer eso –le dijo el profesor.

Un hombre salió de las sombras a su espalda, colocándose frente a ellos, exhibiendo una pistola dirigida hacia ambos.

–Claro que puede –dijo el recién llegado, un hombre con más acento eslavo que el propio Rubalkov.

–Comprendan que lo que contiene el cuadro no puede estar al alcance de cualquiera –dijo el científico ruso–. Debe estar en poder de quienes sepan apreciar su vital importancia. Así que nos lo llevamos.

Ariosto comprobó cómo Hoffmann estaba tan sorprendido como él, y pasaba del estupor a la cólera.

–¿Estás loco, Aleksander? Esto te impedirá volver a investigar en Occidente. Vas a ser un apestado en el ámbito científico.

El ruso tomó la tabla de la pintura y comenzó a envolverla en la tela.

–Hoffmann, eso será siempre y cuando me relacionen con algo ilegal. Nadie sabe que esta es la tabla original que desapareció de la iglesia.

–Lo sabrán porque se lo diremos nosotros.

Ariosto estaba por darle un codazo a Hoffmann para que se callase, y escuchó a continuación una frase que ya se había imaginado y que no quería oír.

–Eso será siempre que puedas hablar con la policía –dijo Rubalkov, que metió el cuadro en la caja de madera, volviéndose hacia su compatriota armado–. Yevgeny, ya sabes lo que tienes que hacer.

100

Marta fue a la tienda fotográfica en cuanto salió del archivo. Todavía estaba procesando su descubrimiento. ¿Por qué don Amaro disimuló las barras de plata de aquella manera? ¿No era más fácil hacerlo de otro modo? ¿Se trataba de ocultarlas en un lugar donde nunca se tocarían? ¿Era una broma de dudoso gusto hacia sus vecinos laguneros, que le recordarían a todas horas en cada campanada?

Aquellos pensamientos se desvanecieron cuando entró en el laboratorio fotográfico. Recordó cuando era pequeña, acompañando a su padre a recoger las fotografías que se revelaban a partir de un carrete de película, que se entregaban en un sobre con espacio para los negativos. Si había un sector en el que habían cambiado mucho las cosas ese era el fotográfico. El mundo digital se había comido y digerido en pocos años al del celuloide, del que ya solo quedaban rescoldos de lo que fue. Al menos, todavía la gente se hacía reportajes fotográficos en las celebraciones, cuando no acudían a los estudios a hacerse las obligadas fotos de tamaño carnet. Por ello, cuando a primera hora Marta pasó por la tienda a dejar un carrete para revelar, casi produjo excitación en el empleado, sobre todo cuando descubrió la antigüedad del rollo.

–¿De dónde lo ha sacado? –le preguntó a la arqueóloga.

–Estaba olvidado en un mueble viejo –respondió Marta, mintiendo a medias.

Dos horas después, estaba de vuelta para recoger su encargo. El dependiente la estaba esperando.

–¿Ha podido revelar las fotos? –preguntó Marta–. ¿Estaba el rollo en condiciones?

–No ha habido problema –respondió el empleado, poniendo el sobre con las fotos sobre la mesa–. Son muy antiguas, de hace casi cien años, diría yo. Me he permitido verlas, y son algo extrañas.

Marta tomó el envoltorio, lo abrió y encontró dentro seis fotografías en blanco y negro de tamaño de 15 por 20 centímetros, lo suficientemente grandes como para ver bien sus detalles.

–¿Tan pocas?

–Son las que había –respondió el hombre–. Solo se impresionaron en la película seis capturas.

Marta sacó las fotos del sobre y las fue pasando en su mano, colocándolas detrás de la última a medida que las iba mirando.

La primera era una panorámica de una calle tomada desde un balcón o una azotea. Los automóviles que aparecían en la imagen,

escasos, retrotraían la memoria a los años treinta del siglo pasado. El empleado de la tienda había fallado en su vaticinio por pocos años. La calle era de La Laguna, ya que se veía al fondo la característica silueta de la torre de la iglesia de La Concepción, aunque no reconocía las casas que la antecedían.

La segunda fotografía era un posado de tres hombres en la barra de un bar, tomando vasos llenos de un líquido oscuros, probablemente vino. Vestían con mucha corrección, con traje de tres piezas, corbata y hasta cadenas de reloj en los bolsillos del chaleco. Uno, el que aparecía más estirado, lucía barba y bigote cuidadosamente recortados. Era el único con un sombrero en la mano, y no un sombrero cualquiera: era un bombín.

La tercera foto plasmaba la fachada de un edificio que Marta reconoció como el hotel Aguere, aunque lo notaba cambiado. Los paramentos habían sufrido algunas modificaciones con el paso del tiempo. En la puerta del establecimiento hotelero, una mujer que miraba hacia el otro lado, ajena al fotógrafo, parecía esperar la llegada de alguien. Vestía con elegancia, vestido largo, pañuelo al cuello, sombrero de ala ancha y un bolso corto de mano. A Marta le recordó a Ingrid Bergman en Casablanca.

Las tres fotos siguientes fueron una sorpresa para Marta. La misma mujer, que, aunque no se le veía el rostro, se deducía que era ella por el vestido, aparecía de espaldas abrazada a un hombre vestido de negro, tal vez besándolo, y ocultando sus facciones con el cabello femenino.

En la siguiente imagen volvían a aparecer ambos, un poco separados, pero manteniendo el abrazo. Ahora se distinguían perfectamente las facciones del hombre: un cuarentón relativamente apuesto para la época, que miraba a la mujer con deseo en los ojos. Lo llamativo del cuadro era su alzacuellos: era un cura, no cabía duda.

La última instantánea, tomada segundos después, captaba a la pareja más separada y la mirada de sorpresa del hombre ante la presencia del fotógrafo, que no debió de ser invitado al acontecimiento.

Y eso era todo.

Marta volvió a repasar las fotografías una vez más, sin que ninguna le ofreciera más explicaciones que en el primer visionado. Las guardó en el sobre, pagó la factura, se despidió del dependiente y salió de la tienda.

Una vez en la calle, se preguntó a quién podría enseñar esas fotos para que le dieran algo de luz. ¿Eran de su tío Rufino? ¿O de otra persona? El escondite del piano se le pudo ocurrir a más de uno. Un trío de candidatos surgió en su memoria: su abuela, don Roque y doña Enriqueta Cambreleng.

La casa de su madre le caía más cerca, por lo que optó por acercarse. Aquel día no tenía que dar clase y podía retrasar su llegada a la facultad. Abrió con su propia llave y dio con su abuela, doña Candela, en la salita, viendo la televisión.

–¡Hola, abuela! ¿Dónde está mi madre? –le preguntó a la señora.

–Ha salido a comprar. No sé lo que tardará –le contestó, dejándose besar por su nieta en la mejilla sin despegar su atención de la pantalla.

–¿Qué estás viendo que te interesa tanto?

–El debate del estado de la nación –respondió muy seria–. Me encanta ver cómo se insultan los políticos, y cómo no responden a las preguntas que se les hacen. Tienen un arte especial para conseguirlo.

Marta se dijo que su abuela siempre la sorprendía. ¿Cómo le podía interesar un espectáculo tan desagradable?

–¿Te puedo interrumpir un ratito? Quiero que veas unas fotos antiguas.

La mujer se permitió salir de su concentración televisiva.

–¿Unas fotos?

Marta sacó el sobre, lo abrió y extrajo las instantáneas. Comenzó a dárselas a su abuela una por una. La anciana se puso las gafas de cerca y las examinó.

–Esta es de la calle de La Carrera –dijo sobre la primera–. Me acuerdo de estos coches, con los faros tan grandes. Yo era una niña cuando esto. –La segunda foto retuvo su atención más tiempo de lo normal–. ¡Mira, aquí, el primero por la izquierda, es tu tío Rufino! –Marta se envaró de la sorpresa–. ¡Qué guapo se le ve! Esta placa tuvo que ser de cuando se fue a Venezuela. El hombre que tiene a su lado, si no me equivoco, era don Pedro Perdomo, un joyero de Las Palmas que vino a establecerse en La Laguna. Su hijo Pedrín siguió con el negocio, que ahora lleva su nieto, que no sé cómo se llama.

–¿Y el tercero, abuela? ¿El del bombín?

La mujer miró el rostro del hombre con atención.

–Pues me parece que fue el inglés que compró el piano. El que se fue al comenzar la guerra y nunca más se supo.

–¿Es el señor Perkins?

–No me acuerdo del apellido, pero no se me olvida ese bigote con las puntas dobladas hacia arriba, que ya estaba pasado de moda por entonces. Pero es que los ingleses siempre han sido muy raros.

La siguiente foto no la retuvo tanto tiempo en sus dedos.

–Es el hotel Aguere, que está igual. Y la mujer que está en la puerta no la conozco. Por su vestido, bien pudiera ser extranjera.

Las tres últimas fotos las pasó despacio, y Marta notó que la mano le temblaba un poco.

–¿Sabes quién es el cura? –le preguntó.

Doña Candelaria cerró los ojos un momento.

–Claro que sí. Era don Néstor, el diácono –dijo en voz baja, como si temiera que la escucharan–. Ahora entiendo por qué cayó en desgracia y el obispo lo envió a la península. Hubo muchas habladurías, aunque nunca se supo la razón. –La abuela se volvió hacia Marta–. Estas tres fotos es mejor romperlas. No harán ningún bien a nadie.

La mujer volvió a repasar las fotos y se quedó con la de la imagen d los tres hombres.

–¿Me puedes hacer una copia de esta? Tenemos tan pocas fotos de Rufino que quiero enmarcarla, pero recortada. No quiero que salgan los otros.

–Te la regalaré, abuela, aunque tal vez prefieras una ampliación. Pero, ¿por qué no quieres se salgan los otros?

–Porque no me traen buenos recuerdos. Todos estaban unidos por lo mismo.

–¿Qué los unía, abuela?

–¿No lo sabías? Los tres eran masones de medio pelo, aunque en realidad, eran del Partido Comunista, activistas con lazos directos con Moscú. Y por ambas razones tuvieron que irse de las islas cuando la guerra, para nunca más volver.

Las tres mujeres se dividieron en el edificio de la Facultad, con una llamada abierta a tres en el WhatsApp, por si tenían que comunicarse algo unas a otras, prodigio que Sandra dominaba y que dejó boquiabiertas a sus dos amigas.

Adela, por lo de que no se moviera demasiado debido a su edad, y a pesar de sus protestas, le tocó mantenerse alerta apostada al lado del coche, vigilando la puerta principal. Sandra se metió por los pasillos de la facultad de Matemáticas, y Conchín en la opuesta, la de Física. Esta última recorrió la planta baja en un santiamén y se dispuso a subir al primer piso. Dejó pasar a un hombre con pinta de profesor que bajaba cargando una caja de madera rectangular con aspecto de ser muy antigua, y ascendió los escalones. Al llegar al rellano del primer piso, distinguió a tres hombres que caminaban por el pasillo hacia ella. Reconoció a uno de ellos de inmediato: era Ariosto. A su lado, un hombre con bata blanca caminaba a su altura. Los dos avanzaban muy tensos, casi en una postura forzada. Detrás de ellos vio al tipo que conducía el coche que había seguido desde La Esperanza.

Conchín dedujo que allí había conflicto. Aunque no había tratado demasiado a Ariosto, jamás lo había visto tan serio y con ese semblante de preocupación.

–Los he visto –dijo al móvil sin ponérselo en la oreja–. Están en el primer piso de mi ala.

Conchín no tuvo tiempo para pensar qué hacer, pero había que hacer algo. En dos pasos, se interpuso en el camino de los hombres.

–¡Luis! –exclamó, acercándose para abrazarlo con efusividad–. ¡Qué alegría verte!

La aparición repentina de aquella mujer trastocó el plan del secuestrador, que no supo cómo reaccionar.

–La alegría es mía –respondió Ariosto, que se apresuró a corresponder al abrazo.

–Váyase, ese hombre está armado –le susurró a Conchín a toda velocidad en el oído.

Conchín se separó del abrazo, pero no hizo nada por irse.

–¡Ay, pillín! ¡Con que eran estos los gañanes con los que te vas de juerga y me dejas sola! ¿Y no me los presentas?

–Tenemos prisa –gruñó con acento extranjero el tercer hombre.

Para asombro de Ariosto, Conchín pasó entre él y Hoffmann y se dirigió al de atrás.

–Los amigos de Luis tienen que ser mis amigos –y abrió los brazos

para abrazarlo. El hombre tenía una mano dentro del bolsillo de la chaqueta y la mujer adivinó que con ella empuñaba la pistola y lo abrazó con fuerza, inutilizando el brazo.

Ariosto se percató de la estratagema de la mujer y se volvió rápidamente para asestarle un puñetazo en la mejilla al ruso, que cayó hacia atrás con Conchín todavía abrazada a él. Ella no se dio cuenta del golpe de Ariosto hasta que se vio en el suelo.

–Hay qué ver qué confianzas se toma este hombre –dijo, casi riéndose.

El ruso reaccionó con rapidez. Se desembarazó de Conchín con un empujón con el brazo libre, lanzándola contra la pared, pero antes de poder sacar la mano del bolsillo recibió un plantillazo con el tacón del zapato de Ariosto, seguido de otro puñetazo, que logró esquivar por milímetros. El ruso giró sobre sí mismo a su derecha, movimiento inesperado para Ariosto, que trató de detenerlo con otra patada. El hombre logró sacar la pistola y comenzó a levantarla hacia su oponente cuando varias voces atronaron en el pasillo.

–¡Policía! ¡Quieto! ¡Tire el arma!

En menos de dos segundos, Galán y sus tres compañeros llegaron hasta el lugar de la pelea y apuntaron con sus pistolas al ruso.

–No se le ocurra moverse –le conminó Galán sin titubeos y con expresión de determinación.

El ruso bajó el brazo y dejó caer la pistola en el suelo. De inmediato fue obligado por los agentes a ponerse boca abajo, donde lo esposaron sin miramientos.

–¡Mi pitufín! –exclamó Conchín al ver a Ramos entre los policías– ¡Llegas como Errol Flynn con el séptimo de caballería!

–¿Pitufín? –preguntó Morales a punto de soltar una carcajada.

–Como te rías, te doy una buena –le respondió Ramos en voz baja.

Ramos ayudó a Conchín a ponerse en pie, momento que aprovechó para decirle al oído que se abstuviera de darle ese tratamiento en público.

–Luis, ¿está bien? –le preguntó Galán a Ariosto.

–Los nudillos magullados, pero de resto, bien –respondió al policía–. Pero queda libre uno de los secuestradores, el jefe. Acaba de salir con el cuadro.

–¿Con el cuadro? ¿Lo tenían aquí?

–Luego se lo cuento, Antonio. Bajemos rápido a ver si lo alcanzamos.

Galán indicó a Morales que le siguiera y corrieron tras Ariosto, que había salido disparado hacia la salida. Bajaron los escalones de tres en tres y salieron al exterior. Cerca de la puerta se encontraron a Adela Cambreleng, tratando de hacer funcionar su teléfono.

–Si están buscando a un hombre con una caja –les dijo–, se acaba

de ir en un coche azul. A ver si nos damos más prisa, pipiolos, que la vieja soy yo.

Olegario recordaba el camino hasta la antigua hacienda atribuida a Amaro Pargo. Era el mismo que el de la ermita de la Virgen del Rosario, que daba nombre a todo el municipio. Lo conocía no porque fuera muy devoto, sino porque en la plaza anexa al pequeño, pero precioso templo, se organizan verbenas a comienzos de octubre, festejando el día de la patrona. Allí había acudido en muchas ocasiones con Emelina, muy aficionada a esos bailes nocturnos.

El caserío de Machado, con sus casas desperdigadas, como tantos otros en la isla, fue desgranando sus casas a medida que la carretera las dejaba atrás hasta que el Mercedes de Ariosto llegó al punto de la vía por donde pasaba el camino viejo de Candelaria. El chófer decidió aparcar un coche tan ostentoso un poco más allá, en el aparcamiento de la ermita, a unos doscientos metros.

Olegario detuvo el motor del vehículo y sacó del doble fondo de la guantera el revólver que escondía allí. Se lo guardó en la trasera del pantalón, bajó del vehículo y volvió a pie. Al llegar al comienzo del camino empedrado que llevaba a las ruinas de lo que fue una hacienda agrícola espléndida de siglos anteriores, echó un vistazo a su alrededor.

Veremundo le había comentado que los rusos se refirieron a la vivienda más próxima a la hacienda del pirata. En aquella zona todas las casas eran unifamiliares, una aquí y otra allá, sin orden aparente, con algo de huerta alrededor, y separadas entre sí varias decenas de metros. La casa más próxima era sin duda una pintada de blanco que aparecía en lo alto del sendero, a la derecha.

Descubrió dos formas de aproximarse a aquella edificación aislada. Desde la carretera subía un acceso rodado de cemento y por la parte de atrás, se encontraba el camino de tierra. Le pareció menos visible a la hora de acercarse el camino, por lo que comenzó a ascender una ligera cuesta, que se empinaba algo más en su tramo final. La casa, dos plantas con azotea, estaba cerrada y sin ningún automóvil estacionado a su alrededor. Estos indicadores le podían hacer creer que no había nadie en ella, y Olegario, algo menos tenso, se acercó a la puerta principal. Las persianas estaban subidas, aunque los visillos corridos, lo que impedía la visión interior. Los cristales estaban limpios, detalle que aseguraba que la casa estaba habitada.

Olegario no se lo pensó dos veces y pulsó el timbre, que sonó. Había suministro eléctrico. El silencio circundante del campo de Machado le permitió escuchar unos pasos lentos en el interior de la

casa, como si trataran de que no se notasen. El chófer salió de dudas: había alguien dentro.

Sin embargo, la puerta no se abrió. Olegario volvió a tocar el timbre un par de veces más, con insistencia. Estaba seguro de que había alguien al otro lado de la puerta, pero se resistía a abrir.

En ese momento escuchó acercarse un coche por la carretera. Miró hacia la entrada y vio cómo un Renault Azul giraba dispuesto a subir por la rampa de cemento. Prudentemente, se alejó de la puerta de la casa y volvió al camino. Buscó un lugar alto, donde observar la entrada sin ser visto. Unas retamas detrás de un muro de piedra seca le escondieron de miradas indiscretas.

El coche llegó hasta la misma puerta de la casa. Del automóvil se bajó un hombre de mediana edad, vestido muy de ciudad para el entorno, que se dirigió a la puerta. No tocó el timbre, sino que sacó una llave de un bolsillo, abrió la puerta y entró, cerrándola a continuación.

Desde su escondite Olegario escribió un mensaje corto de WhatsApp a Ariosto, explicándole dónde estaba y las sospechas que tenía. Enseguida recibió la respuesta de su jefe: «Espere a que llegue la policía. El coche azul es de los secuestradores de Perdomo». Tras leerlo, puso el móvil en silencio y salió al camino. En lo que se acercaba a la casa, pensó en las posibilidades con las que se podía encontrar. Si Perdomo estaba retenido en la vivienda, habría al menos un secuestrador controlando, más el que había llegado. Debían de ser dos. Podía enfrentarse a ellos con el factor sorpresa. La policía llegaría con el estruendo de las sirenas, lo que les alarmaría a mucha distancia.

El chófer se dirigió a los muros exteriores y rodeó la fachada buscando una puerta trasera. No la encontró, pero si un par de ventanas sin rejas a una altura accesible. Sacó la navaja multiusos del ejército kosovar que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón e introdujo la hoja de acero en la rendija inferior de una ventana de madera tipo guillotina. El metal se deslizó en la juntura y, con un esfuerzo de palanca, logró levantarla lo suficiente para introducir los dedos y empujarla hacia arriba. No notó ningún movimiento dentro de la casa, por lo que se animó a levantarla del todo y a meterse dentro, una pierna primero y el resto del cuerpo después.

Había entrado en un dormitorio de una sola cama, deshecha por el uso reciente. La puerta estaba abierta y escuchó que alguien trasteaba en la cocina. Se asomó al hueco de la habitación y contempló un salón relativamente grande, con un tresillo enfrentado a una chimenea. En uno de los sillones había un hombre mayor sentado, como esperando algo. Olegario dio por supuesto, por su aspecto, que se trataba de Perdomo. No le vio esposas ni ataduras, por lo que debía de estar bien aleccionado por las amenazas. El chófer le hizo una seña con la mano,

que el hombre no vio. Le lanzó un pequeño silbido, que esta vez sí escuchó. La expresión del hombre fue de una extrema sorpresa al ver a Olegario introducirse en el salón a paso lento. El chófer le hizo una seña con el índice sobre los labios para que no hablase.

En ese instante, quien estaba en la cocina salió de ella.

–Ya nos podemos ir, Perdomo –dijo, con acento ruso.

Olegario sintió, por el tono de la frase, que algo no iba bien. No era una orden, sino una invitación. Los ojos de Perdomo se abrieron a modo de aviso, esa advertencia no iba dirigida a Olegario, sino al hombre que salía de la cocina.

–¡Cuidado! ¡Hay un hombre aquí! –gritó Perdomo.

Olegario vio al tipo del coche que sacaba una pistola de su chaqueta y lo comprendió todo. Perdomo no había sido secuestrado. Era cómplice de una simulación para engañar y forzar a alguien a hacer algo. No perdió un segundo en darse la vuelta y volver corriendo a la habitación por dónde había entrado. Escuchó un disparo a su espalda y el impacto del proyectil sobre el marco de la puerta. En dos pasos llegó a la ventana y se lanzó por ella, cayendo al exterior con una ágil pirueta. El hombre de la pistola llegó apenas un segundo después y apuntó el arma a través de ella y volvió a disparar. Esta vez la bala casi rozó la cabeza del chófer, que se libró gracias a un movimiento rápido del cuerpo, y saltó por encima de un muro de piedra seca. Detrás de él, escuchó unos gritos.

–Te ha reconocido. No podemos dejar testigos. Voy tras él.

Olegario se encontró en el camino y debía tomar una decisión. Si bajaba por este hacia la carretera, sería blanco fácil para el tirador. A la derecha, el camino viejo de Candelaria continuaba dando una leve curva, lo que también le dejaba muy expuesto. Solo le quedaba seguir hacia arriba, por un ancho sendero que terminaba apenas unos metros más allá en la entrada de las ruinas de la hacienda de Amaro Pargo. Allí se dirigió, corriendo a la mayor velocidad que le permitían sus piernas.

–Estimada Conchín, se ha arriesgado de un modo excesivo sin venir a cuento.

Ariosto se encontraba en la puerta de la facultad de Física y Matemáticas. A su alrededor se encontraban Sandra, Adela y Conchín. Los policías Morales y Mandillo se habían marchado con el ruso detenido en el coche policial y Galán y Ramos estaban interrogando a Hoffmann.

–Querido Luis, era evidente que estaba en peligro –repuso Conchín, era necesario actuar.

Ariosto hizo una reverencia.

–Actuación digna de un Oscar. ¡Chapeau! Me descubro.

–Déjate de tonterías, Luisito. No llevas sombrero. –le reprochó Adela.

Ariosto hizo caso omiso de la amonestación de su tía.

–¿Puedo preguntarles cómo han llegado hasta aquí en un momento tan oportuno?

Las mujeres se miraron unas a otras, indecisas, las historias de cada cual eran algo largas. Adela rompió el fuego.

–Estamos aquí porque estamos buscando a nuestro maestro, el joyero Perdomo.

Ariosto se sorprendió de la respuesta.

–¿Vuestro maestro? ¿Maestro de qué?

–Del grupo de investigación paranormal –respondió Conchín con total naturalidad–. Hay que celebrar una ceremonia vital y necesitábamos de su sapiencia.

–¿Perdomo es el maestro del grupo?

–Sí, es un gran entendido en esas cuestiones. –intervino Adela–. ¿Pasa algo?

Ariosto no previno el contra ataque de su tía y se echó un poco atrás.

–No pasa nada, por supuesto –y miró a Sandra–. ¿Usted, Sandra, también busca a su maestro?

–Yo no formo parte de esa asociación –aclaró la periodista–. Estaba buscando al joyero por otros motivos. Perdomo fue el protagonista de la desaparición temporal de un cáliz en la iglesia de La Concepción hace unos cuarenta años que quedó sin aclarar. Todo gira en torno a una asociación denominada “Nivaria Desvelada” de la que nuestras amigas forman parte.

–Entonces, el señor Perdomo parece ser el centro de todas nuestras

pesquisas. Yo estoy aquí por el cuadro.

Las tres mujeres miraron sorprendidas a Ariosto.

–¿Qué cuadro? –preguntaron a la vez.

***

–Señor Hoffmann, ¿era usted muy amigo de Rubalkov? –preguntó Galán al profesor universitario.

–Amigo, lo que se dice amigo, no. Es un profesor que hacía una estancia de investigación con nosotros sobre temas científicos, y lo último que esperaba yo es que estuviera involucrado en un delito.

–En varios, al parecer –terció Ramos. Galán lo miró con severidad para que lo dejara hablar.

–No sé nada de ninguno. A raíz de una conversación telefónica con Luis Ariosto, que sí es amigo mío, comentada de modo inocente con Rubalkov en un almuerzo de trabajo, este me indicó que poseía la técnica adecuada para analizar la pintura desde una óptica muy interesante, lo que comenté a Luis, que había hecho una consulta sobre un tema similar días antes. Eso es todo. Rubalkov venía precedido de un historial intachable, nada hacía presagiar que tuviera un perfil de delincuente.

–¿Qué interés puede tener sobre el cuadro?

–Es fácil, inspector. Ese cuadro es una maravilla. Por casualidades de la naturaleza, dirán unos, o por intervención divina, dirán otros, en la base de la tabla se ha creado una sustancia que inhibe la reproducción de una bacteria zoonótica muy dañina denominada Yersinia Pestis. Nada menos que la causante de la peste bubónica, y además, en una versión mutada, lo que la hizo en su momento y la hace hoy día aún más peligrosa.

–Es una especie de cura extraordinaria de la peste –recapituló Galán–. Entonces, ¿cuál es el interés de los rusos? Me imagino que algo así se publicaría de modo que todo el mundo pudiera acceder a ella.

–Ahí está el problema. Los rusos lo quieren para tener en exclusiva el antídoto de la enfermedad.

–¿En exclusiva? ¿Por qué?

–Porque tienen el patógeno, el maldito bichito, como arma bacteriológica, y si ellos poseen la contramedida y nadie más, se aseguran la efectividad del arma en caso de su uso en un conflicto armado.

La contestación de Hoffmann dejó pasmados a los policías.

–Hay que joderse –acertó a decir Ramos–. ¡Vaya banda!

En ese instante, se les acercó Ariosto, que interrumpió la conversación.

–Perdonen el inciso, pero acabo de recibir un mensaje de Sebastián, que parece haber seguido una pista de las buenas.

Ariosto exhibió el móvil con la conversación de WhatsApp y Galán la leyó en pocos segundos.

–Parece que el bueno de Olegario ha dado con los secuestradores. Se giró hacia Ramos–. Pongámonos en marcha, Ramos, que nos vamos a Machado. Y pide refuerzos que nos acompañen.

–De acuerdo, jefe. Mira que llevamos días detrás de estos rusos, y todas las actuaciones exitosas han venido de la mano de chivatazos de estos amigos. Me voy a plantear si vale la pena seguir en el cuerpo.

–Ramos, en estos casos, solo cabe una opción. Hay que joderse.

Camino de la Universidad, Marta le daba vueltas a los últimos descubrimientos que había realizado. Por un lado, el hecho de que la plata de don Amaro estuviera, transformada en campanas por un posible antepasado suyo, en lo alto de la torre de la iglesia de La Concepción. Y, por otro, que quien compró el piano de su familia en los años treinta, Perkins, que era amigo de su tío abuelo Rufino, ambos masones y comunistas –lo que parecía una contradicción–, tuvieran algo que ver con las fotos y la supuesta extorsión a un cura, a través de una misteriosa mujer de sombrero de ala ancha.

En esas tribulaciones mentales se hallaba cuando recibió una llamada. Echó un vistazo rápido a la pantalla del móvil, que parpadeaba en el asiento de al lado, y comprobó que era Pedro Hernández. Aprovechó que había huecos libres de aparcamiento en la calle por la que transitaba para hacerse a un lado y detener correctamente el vehículo.

–Hola, Pedro –dijo al contestar–. ¿Pasa algo?

–Era solo para decirte que he consultado con mi amigo Faneque Hernández, el genealogista. Tiene una base de datos fabulosa sobre muchísima gente que ha vivido en Canarias en los últimos quinientos años, y le he preguntado por Eufemiano Herrero.

–El herrero que recubrió de bronce la plata de don Amaro.

–Exacto. Pues me ha contestado, y resulta que ese Eufemiano es padre de otro de tal nombre, y este también de otro, y así sucesivamente durante varias generaciones hasta llegar al siglo veinte. Y acierta quién es el último que tiene controlado.

–No será mi bisabuelo, ¿verdad?

–Es tu bisabuelo, Marta. Sin duda. Su antepasado fue quien hizo el trabajo a don Amaro y, por lo que parece, nunca cobró. Y creo que sé por qué.

–Dímelo, no te pongas en modo suspense.

–El Eufemiano del siglo XVIII no pudo cobrar su trabajo porque don Amaro le adjudicó de las dos piezas, la pequeña.

–Vamos a ver, Pedro. ¿Estás diciendo que don Amaro encargó a Eufemiano que fundiera varias barras de plata y le diera la forma de dos campanas, una grande y otra pequeña, y que luego las recubriera de bronce?

–Así es, la pequeña era en pago de su trabajo, pero no aparece indicado así en el contrato celebrado por Fuendetodos con él. Por alguna razón que no sabemos, Eufemiano no llegó a tomar posesión de

la campana pequeña, por lo que se quedó sin cobrar su salario. Y las dos campanas acabaron colocadas en lo alto de la torre de la iglesia de La Concepción.

–¿Me estás diciendo que una de las campanas es propiedad de mi familia?

–A la luz de los documentos que maneja Faneque, así es. Tal vez tendrías que hablar con un abogado; esa campana era de tu antepasado.

–¿Y tú crees que se puede pedir ahora, después de que haya pasado tanto tiempo?

–Para eso están los abogados, para crear conflictos donde no los hay. Yo, en tu caso, contactaría con alguno que sea bueno.

–Lo haré, Pedro. Mil gracias por llamarme. ¿Podrías conseguirme copia de los documentos?

–Claro que sí. Y en cuanto a tu agradecimiento, ha sido un placer, como siempre. Si no fuera por ti, esta vida de archivero sería bastante aburrida.

Marta se despidió y colgó, pero no le dio tiempo a asimilar los datos. Saltó otra llamada en su móvil. Era Sandra Clavijo.

–¡Hola Sandra!, ¿cómo te va?

–Pues aparte de haber sido golpeada hasta dejarme sin sentido, secuestrada, trasladada en dos maleteros de coche y haber escapado de unos asesinos rusos, me encuentro bien.

–¿Cómo has dicho? ¿Todo eso te ha pasado?

–Ya te lo contaré con detalle. Lo que necesito ahora es un transporte para mí, Adela y Conchín, que estamos tiradas en la facultad de Física y Matemáticas.

Marta sintió que toda aquella información de golpe superaba a la que le había suministrado Pedro Hernández.

–Estoy en el coche. Voy para allá. Llegaré en diez minutos o menos.

Marta se despidió y dejó el móvil en el asiento, mirándolo con cierta aprensión, no fuera a ser que volviera a recibir otra llamada con noticias tan extraordinarias como aquellas. No sonó, y pudo arrancar el coche y volver al tráfico cadencioso del centro lagunero.

El trayecto al recinto de las facultades de Física y Matemáticas duró siete minutos y medio, y encontró juntos a personajes tan dispares como Sandra, Adela y Conchín, que se subieron al coche de inmediato.

–Estábamos por llamar a un taxi –dijo Adela–, pero Sandra se empeñó en llamarte.

–Hizo bien –replicó la arqueóloga–, para eso están las amigas. Pero antes me tenéis que contar toda esa historia que me ha adelantado Sandra.

–¿Tienes tiempo? –preguntó Conchín–. Porque puede ser largo.

–Tengo un rato, así que hacedme un resumen.

La narración la comenzó Sandra, relatando su inicial investigación en torno al robo de la pintura del evangelista y las desagradables sensaciones que sufrió en la torre de la iglesia. La interrumpió Adela para explicar que esas percepciones se debían a las presencias, que solo podían ser aplacadas mediante un ritual que conocía su maestro, el joyero Perdomo.

Sandra intervino de nuevo para contar cómo sus indagaciones sobre el cuadro del evangelista le habían llevado a un asunto parecido en los años treinta.

–¿Años treinta? –preguntó Marta–. Yo también he estado investigando sobre aquellos años.

Ahora le tocó a Marta compartir el contenido de la carta y del testamento de su tío abuelo Rufino, la búsqueda dentro del piano del Liceo y el contenido de la escritura del archivo.

–¿Y dices que quien compró el piano se llamaba Perkins? –preguntó Sandra, adelantándose a sus amigas, ávidas por comentar todos aquellos acontecimientos.

–Sí, un inglés que dejó el piano en el Liceo de La Orotava, junto con unas fotos comprometedoras de un diácono de aquellos años.

–¿No sería el asunto del diácono y la hermosa mujer extranjera? –volvió a preguntar la periodista.

Marta miró a Sandra, completamente sorprendida.

–¿Cómo sabes tú eso?

–Investigación periodística, Marta.

La arqueóloga abrió la guantera y sacó el sobre con las fotos, que exhibió a Sandra y a sus amigas, curiosas por todo.

–Este es Perkins –dijo Marta–, y este mi tío Rufino.

–Y esta mujer debe de ser la extranjera –respondió Sandra, mirando la siguiente fotografía–, la escritora viajera que fue encontrada muerta envenenada junto a otro hombre en el hotel Aguere.

–¡Qué emocionante es todo esto! –exclamó Adela–. Tal vez alguien debería escribir una novela basada en estas historias.

–Olvídate de eso –le dijo Conchín–, no se la creería nadie. A ver, el cuadro del evangelista volvió a su lugar, ¿no? Todas esas intrigas no sirvieron para nada.

–Sí, pero es que ahora ha vuelto a suceder –intervino de nuevo Adela–. El cuadro ha desaparecido.

Marta sintió que comenzaba a dolerle un poco la cabeza. Eran demasiados impactos emocionales en muy poco tiempo.

–Me voy a quedar con la historia de mis campanas, que ya no puedo con más –dijo la arqueóloga, batiéndose en retirada.

–Es que, Marta, con respecto al tema de tu campana –dijo Conchín–. Es imposible que la puedas recuperar.

–¿Por qué no?

–Porque forma parte inseparable del ceremonial de desagravio.
A Marta le dio una punzada más intensa el dolor de cabeza.
–¿Qué ceremonial es ese? –preguntó, aturdida.

Olegario llegó al conjunto de casas que conformaron en su día una hacienda agrícola, todas en ruinas. Un espacio central por donde en su día entraban los carros se abría ante él y el chófer lo aprovechó para introducirse en un espacio abierto que debió ser un patio de alquería donde se asomaban el resto de estancias. El suelo aparecía lleno de matojos y tuneras, en estado de completo abandono. Los muros de la mayoría de las construcciones adosadas se encontraban derruidos, salvo unas cuantas paredes y un almacén, que aun conservaba la estructura del techo.

La razón de tamaña destrucción, en la que se aunaba el paso del tiempo y la mano del hombre, se debía a la leyenda popular que se había forjado de que Amaro Pargo había enterrado una fortuna en la hacienda, lo que dio pie a que decenas de buscadores de tesoros removieran suelo y vuelo en busca de una riqueza que nunca apareció. Según había leído, unos estudios posteriores demostraron que las tierras sí fueron propiedad de don Amaro, pero que la hacienda se construyó después de su muerte, con lo que la leyenda no tenía ningún fundamento. Pero los agujeros en el suelo y las paredes reventadas ahí se quedaron, mudos testigos de la ambición sin escrúpulos y la avaricia insensata de algunos ignorantes.

El ojo entrenado de Olegario descubrió varios lugares donde esconderse de su perseguidor, pero eligió el almacén de la izquierda, el que todavía tenía algunas vigas ensambladas a modo de techo a dos aguas. Con dos saltos se introdujo en él, pisando las malas hierbas que cubrían su suelo, y apostándose detrás del muro de entrada. Con la espalda apoyada en la pared, trató de tranquilizar la respiración, que no le dejaba escuchar bien.

Al cabo de unos segundos, oyó los pasos de un hombre, que seguía su rastro. Olegario sacó su revólver, le quitó el seguro, separó el percutor y se mantuvo en guardia.

El hombre que le perseguía sintió el ruido y dedujo dónde estaba el escondite de Olegario.

–Salga con las manos en alto –le dijo–. No tiene escapatoria.

Olegario cogió una piedra y la lanzó a la estancia sin techo que se enfrentaba a la suya. El ruido de la piedra al caer llamó la atención de su perseguidor, que corrió hacia el lugar y se asomó al distribuidor de las dos construcciones, apuntando al lugar equivocado.

Olegario, justo a la espalda del tirador, se acercó un paso antes de avisar.

–Tire el arma o disparo.

El hombre, tal vez pensando que Olegario no iba armado, se volvió rápidamente, dispuesto a abrir fuego contra él. El chófer no se lo pensó dos veces y apretó el gatillo. El proyectil alcanzó al hombre en el hombro y le hizo caer hacia atrás, perdiendo el arma en la caída. Olegario se apresuró a recoger la otra pistola y apuntar con ellas al tipo que estaba en el suelo, caído boca arriba.

–Ahora, amiguito, me vas a decir quién eres y qué juego te traes con Perdomo.

El hombre dejó caer la cabeza hacia atrás, como abandonándose.

–Si no acabo mi trabajo, lo harán otros –respondió.

Olegario no supo muy bien a qué se refería, pero escuchó el motor del Renault, arrancando, y cómo el vehículo maniobraba para dirigirse a la carretera.

–Parece que le abandonan–le dijo al herido.

–Lo importante es la misión –respondió–. Usted no puede comprenderlo.

Olegario sopesó salir corriendo hacia el coche y perseguir a Perdomo, pero tenía a un hombre herido delante de él y no podía abandonarlo allí.

–Tal vez no pueda comprenderlo, pero desde luego que tendrá que dar bastantes explicaciones a la policía en cuanto llegue.

Sacó su móvil, quitó el modo silencio y llamó a Ariosto, que contestó a la primera.

–Oiga, Olegario, cada vez que interviene usted nos encontramos con que tenemos que llamar a una ambulancia –le dijo Galán al chófer de Ariosto.

Galán, Ramos y Ariosto habían llegado a la carretera de la ermita de El Rosario, en Machado, unos segundos antes de que lo hiciera un coche patrulla de la Policía Nacional y un cuatro por cuatro de la Guardia Civil. Olegario les esperaba en el comienzo del camino a la hacienda de Amaro Pargo, junto al asfalto, tras haber bajado a hombros a un hombre herido y que resultó ser Rubalkov.

Aunque Olegario le había practicado los primeros auxilios, los policías completaron el trabajo hasta que llegó la ambulancia, minutos después de que la zona se llenase de agentes de la Policía Nacional y de guardias civiles del cuartelillo de Radazul Alto, para espanto de los vecinos, nada acostumbrados a semejante despliegue.

–No es que cree los problemas, inspector –contestó Olegario–, es que me vienen a mí.

–No tengo muy clara esa versión de que le quitó la pistola al ruso y le disparó con ella. ¿No tendrá usted otra arma?

Olegario adoptó una expresión de serena inocencia.

–Es normal que el ruso diga cosas como que yo llevaba una pistola, es un delincuente desesperado y trata de manchar la reputación de gente honrada y obediente de la ley, como un servidor.

–No sé si felicitarlo o llevármelo detenido, Olegario –dijo Galán, poco convencido.

–No es necesario que me felicite, inspector. Hágase cargo del herido y con eso basta.

–De acuerdo. Por lo que me cuenta, Perdomo estaba fingiendo su secuestro, y eso es de por sí un delito, además de ser cómplice de unos cuantos más. Pediré una orden de búsqueda contra él.

–Me imagino que tratará de sacar el cuadro de la isla, o enviarlo fuera de alguna manera, inspector.

–Hay qué ver lo que está dando de sí la historia del cuadro. Avisaremos a los colegas de puertos y aeropuertos.

–¿Puedo ayudarle en algo más, inspector?

–Puede irse, Olegario. Le avisaré para que se pase por la comisaría a firmar una declaración.

–Estoy a sus órdenes. Cuando me diga.

Ariosto, que estaba a unos metros, notó que la conversación estaba terminando y se acercó a ambos hombres.

–Antonio, pero que no sea mañana por la mañana, por favor. Es que tenemos un asuntillo que atender de modo ineludible. ¿No es verdad, Sebastián?

El chófer asintió con un gruñido de disconformidad. El inspector se despidió y se alejó hacia sus hombres.

–Vamos, Sebastián, tómeselo mejor. No podemos dejar en evidencia a la pobre Adela.

–Doña Adela se pasa de amable a veces, señor.

–Bueno, espero que la policía dé con el tal Perdomo y acabemos de una vez con este asunto, que ya me marea.

–Señor, este asunto, como usted lo llama, me trae a disgusto. Todavía hay un cabo suelto del que tirar.

–Ya estamos de nuevo. ¿Tirar? ¿Al margen de la policía?

–Es que no estoy seguro, y no quiero interferir en la actuación de las fuerzas del orden.

–¿De qué se trata?

–Preferiría no mezclarlo a usted en esto. Tal vez sea una pérdida de tiempo.

Ariosto miró con expresión de fingida desconfianza a su chófer.

–¿Tiene una sospecha? ¿Una corazonada?

–Algo así, señor.

–Entonces, haga el favor de contármelo. Voy con usted.

–Pues suba al coche, señor. Si me permite la orden.

–Quedan cinco minutos para que cierren la torre al público –dijo Marta a Conchín. Apuraremos hasta el final.

Las dos mujeres se encontraban en el piso alto del campanario de la iglesia de La Concepción. Marta había subido para examinar las campanas, y Conchín para dejar las cerraduras de acceso preparadas para una fácil apertura, dándoles un tratamiento especial a medida que pasaba cerca de ellas. Sandra prefirió no acercarse a la torre, y Adela se quedó acompañándola en la cafetería de la casa museo Cayetano Gómez Felipe, en un encantador patio canario con una pequeña fuente central, cuyo rumor hacía olvidar que se estaba en el centro de La Laguna.

Marta comprobó una por una las campanas que se distribuían por los cuatro lados del piso alto de la torre siguiendo un artículo sobre las piezas de bronce publicado en una revista científica de Historia del Arte.

–No hay duda, son estas dos –comentó a Conchín, señalando dos campanas que se encontraban juntas, una al lado de la otra, a pesar de la diferencia de tamaño.

–Esas son las campanas mágicas –indicó Conchín–. Para completar el ceremonial, hay que usar estas y no otras.

–¿Por qué?

–Porque tienen el toque mágico. Y es muy posible que sea así por su composición.

–¿Es la plata del interior lo que produce ese efecto?

–Sin duda.

–¿Y no me puedes contar más?

Conchín se debatió internamente. Le sabía mal dejar a su amiga en ascuas, pero tenía a su vez un deber de discreción con los secretos del grupo a que pertenecía.

–No puedo contarte más, pero si quieres podrás estar presente en la ceremonia. Calladita, eso sí.

Marta se dejó llevar, sabía que no podía presionar más a Conchín.

–De acuerdo, me vale. Esta noche, ¿no?

–Sí, en cuanto se haga de noche y se vacíe la iglesia, que ahora, en invierno, es pronto –Conchín decidió cambiar de tema–. ¿Has pensado qué vas a hacer con las campanas? ¿Vas a dar a conocer al público que están hechas de plata bajo un recubrimiento de bronce?

–No lo sé todavía, Conchín. Quizá publicar ese dato sea contraproducente. Tendrán que quitar una campana tan valiosa de

este lugar. Sería una tentación demasiado fuerte para los ladrones.

–Pues no lo hagas. Si se quita la campana de este lugar no se podrán hacer futuras ceremonias. Podría crearse un problema enorme. Pero sí que podrías reclamar la que pertenece a tu familia.

–Tengo que consultarlo con mi madre y con mis primos. Lo decidiremos entre todos.

–Si se quita una, hay que dejar la otra, eso hay que tenerlo claro.

La mirada de Conchín no dejaba dudas acerca de la necesidad absoluta de que las cosas fueran así, tal como ella decía.

La empleada que controlaba el acceso a la torre subió las escaleras y llegó al piso donde estaban las dos amigas.

–Señoras, es hora de cerrar –les dijo, indicando amablemente la salida.

Las dos mujeres asintieron y se encaminaron a la escalera. Conchín miró su reloj. En apenas hora y media estarían de vuelta.

–¿Es aquí, Sebastián? –preguntó Ariosto en voz baja.

–Sí, señor. La casa del hijo de Perdomo. El subinspector Ramos me pasó el dato. Como Emelina y Conchín son amigas, tenemos un poco más de complicidad.

Ariosto se imaginó una cena compartida entre los cuatro y consideró que tenían unos perfiles similares. Hasta se lo podrían pasar bien.

Los dos hombres se encontraban en el Mercedes, aparcado correctamente en el arcén de la carretera de Los Baldíos, poco después de una floristería y una farmacia, en una media curva que les permitía observar sin ser vistos la vivienda. A unos cien metros de distancia, una edificación de dos plantas pintada de rojo teja se levantaba sin gracia alguna, con un garaje en la planta baja.

Al cabo de un rato de mirar con atención la casa, Ariosto comenzó a cansarse.

–No parece que haya nadie.

–Las ventanas del primer piso están abiertas, señor. Si quienes viven en la casa salen, cierran las ventanas. Estamos en invierno, y por esta zona el viento corre helado.

Ariosto se abstuvo de hacer más comentarios al respecto. Si su chófer decía que había alguien en casa, es que lo había.

–¿Por qué cree que Perdomo puede estar en casa de su hijo?

–No tiene otro sitio dónde esconderse. Sabe que sus casas de campo están vigiladas. Debe estar preparando su salida de la isla en un plazo muy corto. Desde que pueda, intentará escapar.

–¿A dónde cree que va a ir? No parece que tenga muchos recursos.

–Tiene todos los del mundo si sus amigos rusos lo reciben. Hasta lo podrían nombrar héroe de la patria. Es lo que suelen hacer con sus mejores espías.

–¿Espía? ¿Cree que Perdomo es un espía ruso?

–No lo creo, es que estoy seguro. Y su hijo, creo que también.

–Pues vaya. ¡Cómo avanzan los tiempos! Hoy día, cualquiera puede ser lo que se proponga.

Ariosto dejó pasar un par de minutos, pero no pudo con el tedio.

–¿Y cuál es el plan si descubrimos a Perdomo en esa vivienda?

–Nos acercaremos y le pediremos con toda amabilidad que nos entregue el cuadro.

Ariosto sospechó que Olegario hablaba en broma, aunque nunca estaba seguro del todo.

–¿Y si no accede de modo voluntario?

–Habrá que pedírselo de otro modo más persuasivo –contestó de inmediato el chófer con una seguridad pasmosa. Ariosto se mordió la lengua para no preguntar en qué consistiría la persuasión.

–¿Hasta cuándo piensa esperar?

Un coche les adelantó y el intermitente se encendió, indicando que iba a girar a la derecha y entrar en la casa. Un hombre abrió el garaje desde dentro para permitir la entrada.

–No hace falta esperar más –dijo Olegario, señalando la maniobra–. Ahí lo tiene: Perdomo en persona.

Ariosto esforzó la vista al máximo, pero solo pudo ver una sombra dentro del garaje. Se preguntó si su chófer tenía una vista excepcional o su mente le estaba jugando una mala pasada.

–Yo no lo veo –admitió el dueño del Mercedes.

–Tendrá que ir al oculista, señor.

Olegario quitó las llaves del encendido y abrió la puerta del coche. Ariosto, que estaba sentado a su lado, en el asiento de copiloto, se sorprendió de la determinación de su chófer.

–¿Vamos así? ¿Sin más preámbulos?

–Usted puede quedarse en el coche, señor. Déjeme a mí.

Ariosto se puso inmediatamente en movimiento, se bajó del coche un segundo después que su chófer y le alcanzó enseguida en el arcén de la carretera.

–¿Me dejará hablar a mí? –le preguntó–. Reconocerá que a usted a veces le falta un toque diplomático.

–Por supuesto, señor.

–¿Por supuesto qué? –insistió Ariosto– ¿Qué me dejará hablar o que no tiene diplomacia?

–Lo que usted prefiera, señor.

En lo que mantenían la conversación, los dos llegaron a la verja exterior de la casa. Antes de que Ariosto pudiera hacer nada, Olegario abrió la verja y entró en el estrecho pasillo que existía entre la fachada y la valla. La puerta se hallaba dos peldaños más alta, con un pequeño rellano delante de ella. El chófer pulsó el timbre y esperó. Ariosto se mantuvo detrás, en la puerta exterior. Los dos estarían muy apretados delante de la entrada.

En ese momento, la puerta metálica del garaje comenzó a abrirse y se escuchó un motor arrancando.

–Alguien quiere marcharse con prisa –avisó Olegario, que bajó los escalones, pasó junto a Ariosto y saltó al asfalto.

La puerta del garaje se abrió por completo y un vehículo, el Renault azul, comenzó a acelerar. Olegario se interpuso en el camino del vehículo, pero este no paró. El chófer puso ambas manos sobre el capó del coche para que no le golpease las piernas y se sentó sobre la tapa

del motor. Ariosto no esperaba aquel movimiento y salió de su estupor, acercándose al vehículo. El conductor trató de acelerar, pero el cuerpo de Olegario le tapaba toda la visión del parabrisas, impidiéndole comprobar si venía algún coche por la carretera. El vehículo frenó y Olegario se vio expelido hacia adelante, pero se agarró con una mano al retrovisor del conductor, dando un medio giro sobre sí mismo que lo llevó a aterrizar de pie justo al lado de la puerta del conductor. Con un movimiento rapidísimo, abrió la puerta del coche y cogió al conductor, el hijo de Perdomo, del cuello de la camisa. El espacio era estrecho y el golpe forzado, pero el chófer, a pesar de ello pudo asestar un gancho de manual en el mentón del conductor, y a continuación cogió el cabello del hombre de la parte trasera de la cabeza y la estrelló contra el volante, sin que el cinturón de seguridad lo impidiera. Ariosto vio que el copiloto, Perdomo padre, cogía un bolso de mano y comenzaba a buscar algo dentro. Olegario no perdió ni una décima de segundo: metió la mitad de su cuerpo en el coche, por encima del conductor, cogió al hombre por el cuello y le propinó un cabezazo con la frente en la nariz. Los dos ocupantes del coche quedaron fuera de combate en apenas tres segundos.

–¡Caray! –dijo Ariosto, maravillado testigo de lo que había acontecido–. ¿Esto es lo que usted entiende por un toque diplomático, Sebastián?

Olegario retrocedió y sacó su cuerpo del coche, sacudiéndose la chaqueta y colocándosela bien nuevamente.

–Lamento no haberle dejado hablar, señor. No hubo lugar.

–Queda dispensado, mi querido amigo.

–¿Ve ese bolso que hay en el asiento trasero –le preguntó, señalando con el dedo–. ¿Puede comprobar si es el cuadro?

Ariosto abrió la puerta trasera y tomó el bolso. Abrió la cremallera y respondió en un instante.

–Es el cuadro.

–Pues ya está, señor. Nos podemos ir a casa. Y doña Enriqueta ya puede dormir tranquila.

Marta estaba asombrada de la facilidad con que Conchín había entrado en la iglesia y se había hecho con el cáliz, bien envuelto en su tela.

–Es que ya lo he hecho antes –se justificó–. Ahora es pan comido.

–¿Y para qué hay que cargar con la cal y el agua? –preguntó la arqueóloga, que portaba en sus manos los contenedores.

–Es parte de la ceremonia, y muy importante. Hay que tener los pies puros. Es todo un detalle del cura que no haya usado el confesionario. Así no ha hecho falta volver a comprarlos.

–No creo que el cura considere un detalle comprobar que le falta el cáliz.

–No lo va a notar. Lo devolveremos de inmediato, cuando terminemos.

–Un cáliz multiusos y reciclable, vamos mejorando.

Conchín y Marta salieron de la iglesia por el mismo lugar por donde habían entrado, la puerta norte. Ya había anochecido y el frío comenzaba a dejarse sentir. Había muy poca gente en las calles peatonales, iban a los suyo y nadie se fijó en las dos mujeres que acababan de salir de La Concepción.

Adela se encontraba en la puerta del acceso al campanario y se alegró al ver acercarse a sus amigas, que terminaban de rodear la base de la torre.

–¿Todo bien? –preguntó por preguntar, ya que era evidente que las dos llegaban con lo que habían ido a buscar.

–Todo bien –respondió Conchín–. ¿Sandra no viene?

–Ha dicho que nos espera en el restaurante, que no le apetece pasarlo mal otra vez.

–Pues no perdamos tiempo.

Conchín entregó el cáliz envuelto a Adela y sacó de su bolso el estuche de Ramos. Había colocado en los pestillos de las cerraduras unas bolas de cera que se endurecían en minutos, con lo que logró que ninguna de ellas tuviera pasada la doble vuelta, salvo la de la entrada, que era la que cerraba el empleado en último lugar al salir. Esa cerradura le llevó algo más de tiempo a Conchín, oculta tras los cuerpos de Marta y Adela, que charlaban animadamente de temas que improvisaban sobre la marcha.

La puerta se abrió finalmente y las tres mujeres entraron con rapidez en la zona de admisión al monumento. Cerraron la puerta detrás de ellas y respiraron aliviadas.

–Ya no pueden vernos desde la calle –dijo Conchín–. Ahora toca prepararse.

Adela, con la experiencia de la noche anterior, se puso de inmediato a preparar la mezcla de la cal y el agua, y comenzó a dar vueltas al mejunje resultante con una paleta larga.

Conchín, por su parte. Se quitó la chaqueta y sacó del bolso una larga túnica blanca, que se colocó por la cabeza, dejándola caer hasta los pies.

–Estás espléndida –reconoció Marta–. ¿Quién hace la ceremonia debe vestir así, como una sacerdotisa blanca?

–No lo sé, pero a mí me gusta ser refinada, así que no me quites la ilusión. Siempre he querido hacer algo así con este tipo de vestimenta.

Marta sonrió. Conchín era genio y figura.

–Lo que sí es parte de la ceremonia es el color blanco, símbolo de y la pureza y la perfección; de la limpieza y la inocencia; de la reflexión y la creatividad; de la apertura y el crecimiento.

–Entonces no queda nada para los otros colores –comentó Marta.

–Ahora toca el blanco. De los demás hablaremos en otra ocasión. En esta ceremonia se trata de lograr que las pisadas sobre la tierra dejen la huella de todos esos dones. Tengo que impregnar mi calzado con la mezcla de cal y agua para marcar esas improntas.

Marta abrió los ojos de la sorpresa y de la admiración hacia Conchín por cómo se tomaba tan en serio aquello.

Dicho y hecho. La oficiante metió las botas de agua que calzaba en el cubo y las sacó con las suelas completamente embadurnadas. Tomó de las manos de Adela el cáliz, que dejó al descubierto. Su superficie dorada refulgió bajo la luz eléctrica de la recepción. Conchín la levantó con ambas manos y comenzó a subir las escaleras muy despacio, con gran concentración. Marta se dispuso a seguirla.

–Espera –le dijo Adela, que la detuvo por el brazo–. Hay que subir el cubo. La cal de las suelas no le va a dar para llegar hasta arriba.

–Esa parte del ceremonial no me la han contado –replicó Marta de broma, cogiendo el cubo y evitando así que lo hiciera Adela.

Conchín se detuvo al llegar al primer piso y volvió a untar su calzado con la mezcla. Tras quedar satisfecha del resultado, subió otro tramo de escaleras, siempre con el cáliz en alto cuando se movía.

Marta y Adela la seguían en silencio. La puesta en escena de Conchín infundía respeto cuando menos. Por fin llegaron a la planta donde se encontraban las campanas de la iglesia. Conchín se acercó a la campana grande, la que Marta había identificado como la de Amaro Pargo aquella misma tarde, acercó el cáliz a su superficie de bronce y comenzó a recitar:

–Tocarás con el vaso sagrado dorado la piel de plata de los anuncios divinos para suene el latido de amor, e invocarás la

misericordia del Señor.

–El choque del oro y la plata, los metales más preciosos, sobre la blancura de las pisadas, más la invocación final, es lo que logrará calmar a las presencias –susurró Adela a Marta, explicándole lo que estaba viendo.

Conchín continuó la oración con los ojos cerrados:

–Señor nuestro que viniste a salvar a los hombres, humildemente imploramos tu caridad para que te apiades de todas las almas atormentadas de estos fieles difuntos que yacen a nuestros pies. Que sus pecados sean por tu misericordia perdonados.

Marta observó que al final de cada frase, Conchín tocaba con el cáliz la campana, logrando un leve sonido, apenas audible.

–Es el tañido milagroso –especificó Adela en su oído.

Conchín se dispuso a terminar.

–Concédeles Señor, el descanso eterno y que les ilumine tu perpetua luz y que sus almas reposen en tu gloria.

–Amén –concluyó Adela.

Conchín bajó el cáliz y su rostro perdió la tensión que la dominaba, relajándose de nuevo.

–Ya está. Todo ha concluido. Las almas vuelven a la paz. ¿No lo notáis?

Marta notaba una clama singular a su alrededor, pero no podía asegurar que esta no existiera antes debido a la expectación que había creado Conchín. Adela no notaba absolutamente nada, pero estaba feliz.

Conchín se acercó a la arqueóloga y le puso la mano en el hombro.

–¿Entiendes ahora por qué la campana debe permanecer en su lugar?

La mañana amaneció despejada y la ausencia de viento auguraba un día apacible en el que la temperatura subiría mucho más de lo aceptable al mediodía. La ciudad apenas despertaba y todavía los negocios no se habían abierto cuando dos hombres caminaban por la calle de La Carrera con la mirada fija en el campanario de la iglesia de La Concepción.

Ariosto y Olegario siguieron con determinación hasta llegar a la puerta de la iglesia, que se acababa de abrir a la hora en punto por un voluntario de la diócesis. El primero portaba bajo el brazo una bolsa amplia con cremallera y cruzó el umbral del templo seguido de inmediato por el segundo.

Una vez dentro, aspiraron el aroma a iglesia antigua, en el que la cera se superponía a los barnices de tanta madera, amortiguados por un leve perfume a incienso. Los dos hombres se dirigieron a la capilla del evangelio, el lugar donde debía estar el hueco del cuadro robado.

Pero cuando llegaron ante el retablo su sorpresa fue mayúscula. Bien encastrada en su tabernáculo, la pintura de san Juan Evangelista aparecía en su lugar, perfectamente rehabilitada.

–¿Y esto? –preguntó Ariosto–. ¿Acaso la nuestra no es la auténtica?

–Permítame un segundo, señor –dijo Olegario, que se acercó al cuadro todo lo que pudo.

Tras unos instantes de observación, se volvió hacia Ariosto y le dedicó una sonrisa.

–Es la copia que encargué. Una impresión láser de última generación. Da el pego perfectamente.

–¿Y qué hace ahí?

–Seguro que Morales, al encontrarla en la casa de los secuestradores creyó que era la original y se la entregó a don Cosme, el cura.

Ariosto miró la bolsa que portaba.

–Y entonces, ¿qué hacemos?

Olegario volvió a sonreír.

–Tendremos que llamar a Conchín o a Emelina, tanto da. Ellas sabrán cómo ocuparse del asunto.

Epílogo

El desfile iba camino de ser todo un éxito. El enorme espacio cubierto del recinto ferial de Santa Cruz se había dispuesto para albergar la Bienal de Moda del Atlántico, y aquella mañana le tocaba mostrar sus creaciones a José Acosta, un diseñador puntero con experiencia internacional que hacía amigos con solo mostrar su radiante sonrisa eternamente joven.

Al acontecimiento habían sido invitados un sinfín de personalidades del heterogéneo y original mundo de la moda, incluidos Jules Cardin, Giulio Armani, Domenico Gabbana y Julian Posen, además de unos cuantos políticos, inevitables por su apoyo financiero al evento.

Una pasarela de treinta metros de longitud, con grandes pantallas en ambos lados que mostraban los detalles de las piezas únicas que se exhibían, fue el escenario por el que una quincena de modelos masculinos caminaron de aquí para allá con paso resuelto, mirando al infinito y aparentando ignorar al resto de los mortales.

Ariosto y Olegario, a pesar de ser los recién llegados, se habían integrado bien en el grupo de profesionales de la pasarela gracias a la amabilidad que desplegaron todos, conocedores del problema del diseñador para sustituir a sus compañeros dados de baja.

Cada modelo debía lucir siete atuendos distintos, todos aplaudidos con entusiasmo por el centenar de espectadores asistentes acomodados en cuatro filas de sillas en paralelo al escenario.

–Le estoy cogiendo el gustillo a esto, señor –dijo Olegario al finalizar el cambio de chaquetas y de pantalones.

–No se entusiasme –respondió Ariosto–, que la gente aplaude la confección de la indumentaria, no al modelo.

–No sé qué decirle. Hay una señora en la segunda fila que me guiña el ojo cada vez que paso.

–Tendrá un tic nervioso. No olvidemos que le estamos haciendo un favor a Adela y a José, y por fin hemos terminado. Ahora toca salir a saludar.

–Tengo entendido que luego hay copa de cava.

–Vaya con cuidado, que no suelen acompañarla con algo de comer y se sube rápido a la cabeza.

A una indicación de Acosta, todos los modelos salieron a la vez a la pasarela a recibir una ovación unánime dirigida al creador de moda, extensiva también a los que desfilaron. El diseñador subió a la tarima a agradecer el aplauso y alguien de la organización le puso un

micrófono inalámbrico en las manos.

–Muchísimas gracias por haber venido –dijo en cuanto el ruido de las palmas se lo permitió–. Es un honor presentar esta nueva colección arropado por gente tan importante para mí como son Jules, Giulio, Domenico y Julian –Acosta pasó su mirada de uno en otro de los citados, pero se detuvo en el asiento vacío del último.

–¿Julian? –preguntó en general–. ¿Dónde está Julian?

Un murmullo de confusión siguió a la pregunta. Todas las cabezas se giraron de un lado a otro, buscando sin éxito al célebre modisto.

–Señor, el tal Julian ha desaparecido –le dijo Olegario al oído a Ariosto–. ¿Qué hacemos? ¿Intervenimos?

–Sebastián, es usted incorregible. ¿Todavía no ha tenido bastante con lo que hemos vivido estos últimos tres días? ¿No puede dejar algo para la próxima novela?

FIN

NOTA DEL AUTOR.

Las tramas que se desarrollan en esta novela son fruto de la imaginación del autor, aunque la mayoría de los escenarios son reales.

El personaje de Amaro Pargo es real, aunque envuelto en tanta leyenda que es difícil discernir lo auténtico de lo inventado. De momento, que se sepa, no donó ninguna de las campanas de la iglesia de La Concepción, y todas estas deben ser de bronce. O al menos eso tengo entendido.

La espléndida hacienda atribuida al corsario en el barrio de Machado, en el municipio de El Rosario, continúa en el mismo estado ruinoso de hace años y su restauración debería ser un objetivo para las autoridades de patrimonio histórico con el objeto de crear en ella un museo de artes agrícolas, por poner un ejemplo.

La pintura de San Juan evangelista existe en la capilla del evangelio de la iglesia de La Concepción y, de momento, nadie ha tratado de robarla, y espero y deseo que siga allí para siempre. La leyenda en torno a sus milagros tiene su base histórica y la imagen es objeto de culto desde hace varios siglos por fervientes seguidores.

El detalle de si en la madera pintada pudiera existir un antídoto contra la peste bubónica es pura ficción. O no, a falta de dictamen científico.

Que yo sepa, en la torre de la mencionada iglesia no se producen manifestaciones paranormales, o al menos cuando yo he estado las presencias estaban tranquilas y apaciguadas.

La trama de 1936 en inventada, y rememora edificios hoy desaparecidos, como el restaurante La Valenciana, el Casino de La Laguna y el Hotel Orotava de Santa Cruz. Sin embargo, el Hotel Aguere sigue siendo una realidad –una joya del siglo XIX lagunero– y el teatro Leal también. La programación cinematográfica de tarde recogida en la novela recoge la de un día de aquellas fechas.

El palacete del Liceo Taoro de La Orotava es un fabuloso ejemplo de arquitectura de comienzos del siglo veinte, y visitar su escalera es algo que todos los ciudadanos de las islas deberían hacer al menos una vez en su vida. El conjunto –jardines incluidos- te retrotrae a otra época, cuando las damas lucían vestidos largos y abanicos cortos, y los caballeros chaleco, traje, bombín y reloj de cadena.

Los centenarios pianos Ortiz y Cussó son tal cual se describen en el texto, y su calidad es muy bien ponderada en círculos musicales. Estoy seguro que el ejemplar del Liceo se restaurará más pronto que tarde.

En Santa Cruz no hay consulado ruso ni este autor tiene nada en

contra de los ciudadanos de la Federación rusa, aunque no se pueda hablar muy decir de su máximo dirigente.

El laboratorio de la Facultad de Física de la Universidad de La Laguna es completamente inventado, tanto en su distribución como en los aparatos que en él existen. Espero que sus usuarios sepan perdonar mi atrevimiento al meter en su interior sin permiso a tipos tan dispares como Ariosto, Hoffmann y Rubalkov.

He encontrado en una publicación de Internet que el maestro francés de ajedrez Grummel estuvo en Canarias en 1936 con el objeto de jugar varias simultáneas. Desgraciadamente, no dispongo de más detalles: falta de noticias que me ha permitido incluirlo en esta novela. Pero de ninguna manera hay que sospechar que fuera colaborador del Estado alemán antes de la Guerra Civil.

Lo que sí es real es el planteamiento de la partida que jugaron en 1945 mi abuelo Mariano Gambín Ros y el campeón del mundo Alekhine, con victoria del segundo con alguna dificultad, hasta el punto de que el gran maestro ruso la incluyó entre sus partidas más reseñables, y hoy se puede encontrar y seguir en Internet.

José Acosta no es un personaje de ficción, existe en la realidad, y es un buen amigo que me invitó a un desfile de sus creaciones que se pareció bastante al que se describe en el epílogo de esta novela. El resto de diseñadores no son reales. Y no me pregunten dónde está Julian Posen, dejen algo para una próxima historia.

AGRADECIMIENTOS.

Como siempre, agradezco a mi familia y a la gente que me quiere el apoyo que me prestan para que pueda volver a reunirme con usted, lector, una vez más.

A mi padre, Eusebio, por esperar atento la llegada de los capítulos y ser el primero en criticarlos, algo que en ocasiones se merecían.

A Ana López, Maloli Sánchez, y Ana Martínez, que han dedicado su tiempo a la lectura del borrador de la novela y a sugerir cambios, siempre bienvenidos.

También a Carmen Leyes, presidenta del Liceo Taoro de La Orotava, que me acompañó con exquisita cordialidad en una visita por el edificio, y eso a pesar de advertirle que uno de mis personajes se iba a colar en él una noche de estas. La sociedad que preside puede estar orgullosa de las instalaciones del club, cuya joya principal es el espectacular palacete que corona la colina donde se enclava.

A mis amigos de la Alianza Francesa de Santa Cruz de Tenerife (en especial a Tomás Afonso, a quien le he robado el nombre), cuya sede visitó Sandra para entrevistar a Adelina en una tarde de invierno.

Por supuesto, a todos los amigos que de alguna manera han apoyado la publicación y promoción de mis novelas, en especial a Esther Carmona, Dulce Gutiérrez, Doris Martínez, Adrián Tarjuelo, Germán Armas, Madi Ramos, Victoria Martínez Lojendio, Luis Adern, Javier Hernández Velázquez, Raquel Gutiérrez, Enrique Negrín, Josué Alberto Padrón, Carlos Castro, Mar Oropesa, Ciro Guerra, José Maza, Carlos Ramos, Paco Gurillo, Josué Fumero, Baudilio Marichal, Andrés lglesias y Paco Lemus.

Y también a los profesores, libreros y directores de clubes de lectura, que siguen recomendando mis novelas entre la gente joven, sus clientes y sus co-lectores, respectivamente.

Y a todos mis amigos de Facebook y de aquellas otras distintas formas de relacionarse a través del móvil, que cada vez son más.

Sigue al autor en www.marianogambin.com